

Chloé Esposito

mal
loca
peligrosa



Adictiva, sexy e imparable, la trilogía de Chloé Esposito se lee como se conduce un Ferrari: una vez empiezas, no puedes parar.

LOCA MALA PELIGROSA 1

 Planeta

ÍNDICE

[PORTADA](#)

[SINOPSIS](#)

[PORTADILLA](#)

[SERIE LOCA, MALA Y PELIGROSA. LIBRO I](#)

[CITAS](#)

[DESCARGO DE RESPONSABILIDAD](#)

[PRIMER DÍA. Pereza](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[SEGUNDO DÍA. Envidia](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[TERCER DÍA. Ira](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)
[CAPÍTULO 17](#)

[CUARTO DÍA. Lujuria](#)

[CAPÍTULO 18](#)
[CAPÍTULO 19](#)
[CAPÍTULO 20](#)
[CAPÍTULO 21](#)
[CAPÍTULO 22](#)
[CAPÍTULO 23](#)
[CAPÍTULO 24](#)
[CAPÍTULO 25](#)
[CAPÍTULO 26](#)
[CAPÍTULO 27](#)

[QUINTO DÍA. Gula](#)

[CAPÍTULO 28](#)
[CAPÍTULO 29](#)
[CAPÍTULO 30](#)
[CAPÍTULO 31](#)
[CAPÍTULO 32](#)

[SEXTO DÍA. Avaricia](#)

[CAPÍTULO 33](#)
[CAPÍTULO 34](#)
[CAPÍTULO 35](#)
[CAPÍTULO 36](#)
[CAPÍTULO 37](#)
[CAPÍTULO 38](#)

[SÉPTIMO DÍA. Orgullo](#)

[CAPÍTULO 39](#)
[CAPÍTULO 40](#)
[CAPÍTULO 41](#)
[CAPÍTULO 42](#)
[CAPÍTULO 43](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[COLOFÓN](#)

[CRÉDITOS](#)

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



SINOPSIS

A Alvie no le ha ido bien en la vida hasta ahora. Cuando el destino le brinda la oportunidad de robar la perfecta vida de su hermana gemela, Alvie cree que puede abandonar, por fin, su deuda con la tarjeta de crédito y su improductiva relación a tres bandas con Tinder y Twitter. Es una verdadera pena que Beth tenga que morir para que los sueños de Alvie se cumplan...

Así empieza una semana salvaje en la que Alvie romperá cada una de las normas de lo que está bien y lo que está mal. Ella, en el fondo, nunca tuvo mucho respeto por los límites... Puede ser una locura, pero las reglas están para romperlas, ¿no?

CHLOÉ ESPOSITO

LOCA

Traducción de Maia Figueroa Evans



SERIE *Loca, Mala y Peligrosa*

LIBRO I

«No codiciarás.»

Éxodo

«Todos tenemos dos vidas.
La segunda empieza cuando nos damos
cuenta de que sólo tenemos una.»

CONFUCIO

«Mucha locura es juicio divino
para el ojo más sagaz.
Mucho juicio, la más estricta locura
para la mayoría;
En esto y en todo, prevalece
Asiente, y entonces eres normal,
disiente y eres directamente peligroso
Y manejado con cadenas.»

EMILY DICKINSON

DESCARGO DE RESPONSABILIDAD

Hay algo que debes saber antes de continuar: no tengo corazón. O no lo tengo donde debería. Igual que el estómago, el hígado y el bazo. Todos mis órganos internos están en el lado opuesto, justo donde no habrían de estar. Estoy del revés: soy un fenómeno de la naturaleza, un bicho raro. En el planeta hay siete mil millones de personas con el corazón en la izquierda. Y yo lo tengo a la derecha. ¿No te parece una señal?

Mi hermana sí tiene corazón, y lo tiene en su sitio. Elizabeth es perfecta la mires por donde la mires. Yo soy el reflejo de mi gemela, su lado oscuro, su sombra. Ella hace las cosas bien y yo mal. Ella es diestra, yo zurda. Otra palabra para la izquierda es *siniestra*. Yo soy la hermana siniestra. Y, si Beth es un ángel, ¿qué soy yo? Piénsalo.

Lo gracioso es que, si nos mirases, no sabrías distinguirnos. Vistas desde fuera, somos gemelas idénticas, pero si retirases la piel, te llevarías el susto de tu vida al observar con asombro cómo se me derraman todos los órganos en desorden. No digas que no te he avisado. No es una imagen muy bonita.

Por si te interesa, somos monocigóticas. El cigoto que iba a ser Beth se dividió en dos y aparecí yo. Sucedió en los primeros estadios del desarrollo, cuando ella no era más que un grupo de células. Mi madre llevaba embarazada apenas unos días y, de repente, ¡puf!, broté yo de la nada. ¡Cucú! Beth tuvo que compartir su agradable bañera amniótica y la placenta casera de mi madre.

Aquel útero estaba atestado y no había espacio suficiente para nosotras dos y los cordones umbilicales. A Beth se le enredó el suyo alrededor del cuello y acabó formándose un nudo estrecho. Durante un tiempo, la situación fue crítica. No sé cómo pudo pasar. No tuvo nada que ver conmigo.

Los científicos opinan que los gemelos son una ocurrencia aleatoria. Continuamos siendo un misterio, y nadie sabe cómo o por qué existo yo. Algunos lo llaman *suerte*, *coincidencia* o *azar*, pero a la naturaleza no le gusta

hacer las cosas al tuntún. Dios no se juega nada a los dados. Estoy aquí por un motivo. Lo sé. Sólo que todavía tengo que averiguar la razón. Los dos días más importantes de tu vida son el día en que naces y el día en que averiguas el porqué.

PRIMER DÍA

Pereza

@AlvinaKnightly69 «Siempre he fracasado a la hora de conseguir que las cosas me importasen una puta mierda.»

Lunes, 24 de agosto de 2015, 08.00 horas
Archway, Londres

De: Elizabeth Caruso
ElizabethKnightlyCaruso@gmail.com
Para: Alvina Knightly
AlvinaKnightly69@hotmail.com
Fecha: 24 de agosto de 2015, 08.01
Asunto: VISITA

Alvie, querida:

Ya basta de pasar de mí. Sé que has recibido mis dos últimos mensajes porque tengo activada la confirmación de lectura, así que ya puedes dejar de hacer como si nada. A riesgo de repetirme, me gustaría invitarte una vez más a pasar unos días con nosotros en nuestra casa de Taormina. Te encantará: es un edificio del siglo XVI con detalles arquitectónicos originales de la época y el olor de la flor de los franchipanes en el aire. Todos los días brilla el sol. Hay una piscina como para morir. Estamos muy cerca del teatro griego. Desde allí se ve el monte Etna al oeste y el Mediterráneo reluciente al este. Sería maravilloso verte, aunque consigas sólo una semana de vacaciones (ya sé que en ese trabajo espantoso te tienen como esclava). No me puedo creer que todavía no conozcas a Ernie. Cada día está más mayor y es clavadito a su tía Alvina.

Ahora en serio: te necesito. Ven, te lo suplico. Ya han pasado dos años.

Tengo que pedirte algo y no puede ser por email.

Un beso,

BETH

P. D. Sé lo que estás pensando y, no, no pasa nada. Aunque tú no lo hayas olvidado, Ambrogio y yo sí lo hemos dejado atrás. Así que no seas tan testaruda y ven a Sicilia.

P. P. D. ¿Cuánto pesas ahora mismo? ¿Sigues pesando 59 kilos? ¿Talla 38? Yo no logro quitarme el sobrepeso del embarazo y estoy volviéndome loca.

Joder, esta mujer es insufrible.

«El olor de la flor de los franchipanes en el aire, bla, bla, bla, el teatro

griego, bla, bla, bla, el Mediterráneo resplandeciente, bla, bla...» ¡Qué asco! Parece la presentadora de ese programa de propiedades en el extranjero: «Alvina Knightly busca una segunda residencia en la despampanante costa este de Sicilia». Pero yo jamás vería algo así en la tele.

No pienso ir. Ni de coña. Tal como lo cuenta, diría que es un sitio anticuado y aburrido. Además, no me fío de los volcanes. Y tampoco soporto el calor: es demasiado pegajoso, húmedo. Mi piel británica no aguantaría ni dos segundos y me quemaría porque estoy más pálida que un esquimal. Ya la oigo regañarme: «¡No digas *esquimal!* No les gusta que los llamen así, no es políticamente correcto. Son inuit».

Echo un vistazo a mi dormitorio: botellas vacías de vodka, un póster de Channing Tatum, un corcho lleno de fotos de «amigos» a los que nunca veo. Ropa tirada por el suelo. Tazas con culos de té frío. La atmósfera de mi cuarto haría flipar hasta a la señora de la limpieza de Tracey Emin. ¿Tres correos electrónicos en una semana? Pero ¿qué mosca le ha picado? ¿Qué querrá pedirme? Supongo que debería contestar, o seguirá tocándome los huevos.

De: Alvina Knightly
AlvinaKnightly69@hotmail.com
Para: Elizabeth Caruso
ElizabethKnightlyCaruso@gmail.com
Fecha: 24 de agosto de 2015, 08.08
Asunto: VISITA

Elizabeth, querida:

Gracias por la invitación. Tu casa parece estupenda. Qué suerte tenéis Ambrogio y tú —y el pequeño Ernie también— de vivir en un hogar tan espléndido. El lugar suena perfecto. ¿Te acuerdas de que, de pequeñas, era a mí a la que le encantaba el agua? Y ahora tú tienes piscina...

(Y yo una bañera con el desagüe atascado.)

Qué gracia tiene la vida, ¿verdad? Me encantaría verla y conocer a tu precioso querubín, mi sobrino, ya lo sabes. Pero ahora mismo estoy trabajando a destajo. Agosto es siempre nuestro peor mes y por eso he tardado tanto en responder. Disculpas.

Avísame la próxima vez que estés de visita en Londres. Será genial ponernos al día.

ALBINO

Joder, no importa cuántas veces escriba Alvina, que es mi nombre: el corrector siempre lo cambia a Albino. (A lo mejor sabe lo blanca que estoy y se cachondea de mí.) Al final acabaré cambiándome el nombre.

ALVINA

P. D. Dale recuerdos a tu marido, y a Ernesto, un besito de su tía.

Enviar.

El hermano gemelo de Elvis Presley nació muerto. Hay gente con suerte.

Salgo a rastras de la cama y, sin darme cuenta, piso la pizza que había dejado en el suelo. Cuando me quedé sobada a las cuatro de la madrugada, me había comido sólo la mitad. Salsa de tomate por toda la planta del pie y una loncha de salami entre los dedos. Despego la tajada de fiambre, me la meto en la boca y me limpio la salsa con un calcetín. Me visto con lo que encuentro tirado por el suelo: una falda de nailon que no necesita planchado, una camiseta de algodón que sí y un jersey. Me miro en el espejo y arrugo el ceño. Uf. Me froto los ojos para quitarme el rímel, me pongo una capa de pintalabios morado, me peino la melena grasienta con los dedos. Así ya está bien, que llego tarde. Una vez más.

Me voy a trabajar.

Cojo el correo al salir de casa y voy abriendo sobres mientras bajo a la calle con parsimonia y con un Marlboro entre los labios. Facturas, facturas, facturas, la tarjeta de una empresa de taxis, propaganda de un local de pizza para llevar. «ÚLTIMA NOTIFICACIÓN», «AVISO DE EMBARGO», «SE REQUIERE ACCIÓN INMEDIATA»... Más de lo mismo, qué aburrimiento. Me gustaría saber si Taylor Swift tiene que lidiar con mierdas como ésta. Veo a un hombre sin hogar que está sentado junto a la entrada del metro y le dejo las cartas en el regazo: ¡Se acabó el problema!

Me abro paso entre los que hacen cola para el torno y estrello el abono de transporte público contra el lector. Avanzamos por la estación a 0,0000001 kilómetros por hora. Intento componer un haiku mentalmente, pero no me salen las palabras. ¿Qué tal algo sobre una intensa lucha existencial? Algo poético y nihilista. Pero, no, aún tengo el cerebro dormido. Contemplo con rabia los anuncios de ropa y joyería que cubren hasta el último milímetro de las paredes. La misma modelo orgullosa y con retoques de Photoshop me mira con la misma cara orgullosa y retocada de todas las mañanas. Está dándole de comer a un niño pequeño en un anuncio de leche de crecimiento. No tengo un bebé y tampoco me hace falta que me lo recuerden. Y, desde luego, no necesito leche de crecimiento.

Marcho escaleras mecánicas abajo y choco contra un señor que ocupa demasiado espacio.

—¡Oye, mira por dónde vas! —me grita.

—¡Ponte a la derecha, capullo!

Soy una gran artista atrapada en el cuerpo de una comercial de publicidad. Una reencarnación de Byron o de Van Gogh, de Virginia Woolf o de Sylvia Plath. Mientras espero en el andén, contemplo mi destino. La vida debe de ser mejor que esto, ¿no? Una ráfaga de aire viciado me acaricia la cara y me indica que se acerca el metro. Si salto ahora, todo desaparecerá. En cuestión de una hora, los técnicos de emergencias habrán raspado mis restos de las vías y el

servicio de la línea Northern se habrá restablecido.

Un ratón corre sobre el raíl. Le falta una patita, pero disfruta de una vida de libertad y aventura. Menudo cabrón con suerte. A lo mejor uno de los vagones le aplasta el cráneo. Pero se aparta de su trayecto en el último instante. Maldita sea.

Me apoyo al fondo del vagón, y un hombre con herpes labial invade mi espacio personal. La tela de su camisa transparenta de tanto sudor. Se ha agarrado a la barra amarilla que tengo sobre la cabeza y me ha puesto el sobaco a unos centímetros de la nariz. Desde aquí huelo Axe Africa mezclado con desesperación. Leo su ejemplar de *Metro* del revés: asesinatos, drogas, guerra, un artículo sobre el gato de no sé quién. Cuando me aprieta la entrepierna contra el muslo, le doy un pisotón. Se aparta. A la próxima, pienso darle un rodillazo en las pelotas. Nos detenemos durante unos minutos en algún punto de los intestinos londinenses y después reanudamos el camino. Cambio de línea en Tottenham Court Road. Salimos del metro como si nos vomitase: un desecho amorfo. A mí me han potado en Oxford Circus.

Mayfair, Londres

En la calle, el aire es más denso que la manteca. Ruido de coches, sirenas de la policía. Me lleno los pulmones de dióxido de nitrógeno y echo a andar. Vendedores de *The Big Issue*, atracadores de la beneficencia y hordas de estudiantes con cara de estar aburridos. Five Guys, Costa, Bella Italia, Starbucks, Nando's, Greggs. Recorro los tres minutos y medio que se tarda en llegar a la oficina con el piloto automático. A lo mejor estoy sonámbula y todo. O muerta, ¿puede ser? Tal vez sí haya saltado a las vías y ahora esté en el limbo. Continúo caminando. Las calles podrían estar llenas de zombis, de alpacas o de clones desnudos de Channing, pero yo no me daría ni cuenta. Giro en Regent Street. Voy pensando en Beth. No iré ni de coña.

Se me ha cagado una paloma en el hombro: es una pasta de un gris verdoso. Fantástico. ¿Por qué yo? ¿Qué he hecho mal? Miro a mi alrededor, pero nadie se ha dado cuenta. ¿No se supone que da suerte? Quizá sea un buen augurio para hoy. Me quito el jersey y lo lanzo a una papelera. Da igual, ya tenía hasta agujeros de las polillas.

Empujo la puerta giratoria y le hago una mueca al tipo del mostrador. Los dos llevamos años trabajando aquí, pero no sabemos cómo se llama el otro. Él levanta la mirada, frunce el ceño y sigue con el crucigrama. Creo que no le caigo bien, y el sentimiento es mutuo. Mientras bajo la escalera me pesan los pies como si los tuviera de plomo; aquí estoy desaprovechada. Muy desaprovechada.

Yo no soy la que vende los anuncios desplegados en papel satinado de las portadas de las revistas a marcas tan sexis como Gucci o Lanvin o Tom Ford: eso sería una maravilla. Ahí es donde está la pasta. Y me dejarían sentarme en la planta de arriba. Pero, no, yo trabajo para la sección de clasificados. Vendo espacio para anuncios tan diminutos que, si te descuidas, ni los ves: suplementos capilares, viagra para mujeres o parafernalia rara de jardinería que no compraría ni mi abuela. Un octavo de página cuesta sesenta y una libras. No sé cómo llegué hasta aquí ni por qué me quedé.

¿Y si me escapo y me uno a un circo? Siempre he querido ser el que lanza cuchillos a la mujer que da vueltas en la tabla redonda. (¿Por qué es siempre el hombre el que tira las dagas?) Me imagino los colores del arcoíris en la carpa, los payasos, los malabaristas, los caballos, los leones. Oigo el rugido del público, los vítores y los aplausos, los gritos de pavor cuando los cuchillos surcan el aire. Noto el picor de la transpiración. El subidón de adrenalina. Veo la tabla redonda dando vueltas y más vueltas; los cuchillos se clavan a milímetros de la cara del tipo y atraviesan la madera... Venga, Alvina, sabes que eso no ocurrirá. Menuda fantasía de país multicolor te has montado. Y componiendo haikus no vas a ganar dinero. Mi hermana siempre decía que se me daría bien hacer de guardia de tráfico, pero a mí me divertiría más el matadero.

Empujo la puerta del sótano. Angela (con la ge sonora) Merkel (apellido falso) levanta la cabeza cuando entro y enarca una ceja. Las lleva muy bien depiladas. Su expresión promete que el día de hoy será una tortura: como que te hagan una endodoncia, o tener piedras en el riñón.

—Buenos días, Angela.

«Vete al infierno, Angela.»

Si fuese caníbal, me la desayunaría.

Me siento a un escritorio de conglomerado en una sala llena de cubículos que parecen bandejas para hacer cubitos de hielo. No hay ventanas. A pesar de ser regulable, mi silla nunca parece estar a la altura ni en el ángulo correcto: hace tiempo que dejé de intentar arreglarla. El lirio necesita que lo rieguen. El aire está viciado y seco.

El chicle de fresa que hay pegado debajo del monitor parece un cerebro rosa de rata. Me lo meto en la boca y mastico. No le noto sabor a fresa, pero, a decir verdad, la semana pasada tampoco.

He llegado exactamente con doce minutos de retraso. Creo que se supone que debería estar en una teleconferencia con Kim (Jong-il, apellido falso), pero no tengo ganas de conectarme. Ese tipo tiene el mismo encanto que una uña encarnada. Me planteo coger el teléfono y ponerme a acosar a la gente. Mi trabajo supone llamar a desconocidos a puerta fría una y otra vez, hasta que o

bien ellos consiguen alguna clase de orden de alejamiento, o se deciden a comprar espacio para un anuncio. Pagan para que me calle y los deje en paz. Al final, lo que hago es encender el ordenador. Mala idea. Tengo la bandeja de entrada inundada de mensajes urgentes: «¿Dónde estás?», «Pasa por recursos humanos», «Violación de la política de gastos». Dios mío, otra vez no. Activo la respuesta automática y así no tendré que enfrentarme a estas mierdas.

Twitter sigue abierto desde el viernes porque no salí de la cuenta. Miro a Angela, que está en un rincón haciéndole la tortura del submarino a un compañero. A tomar por culo: echo un vistazo para ver las tendencias del día, pero todo me parece muy aburrido. Taylor Swift no ha contestado a ninguno de los tuits que le he enviado para halagarla por sus últimos conjuntos de ropa. Ni un solo «Me gusta». A lo mejor está muy ocupada. Seguro que está de gira.

«Estoy tan aburrida que voy a ver porno en la oficina *#ilovemyjob*», tuiteo.

Lo he dicho en broma, pero ahora me pica la curiosidad. Abro el buscador de Google en el móvil, tecleo «YouPorn» y me pongo a pasar fotos de genitales. «Tríos», «Fetiches», «Juguetes eróticos», «Tetas grandes». Ay, mira: «Para mujeres». Entonces me suena el teléfono fijo, y la pantalla dice: «Beth móvil». Joder, qué insistente. ¿Por qué me llama a la oficina? Estoy ocupada y soy importante. Echo un vistazo, pero ninguno de mis compañeros se ha dado cuenta. Intento pasar la llamada al contestador, pero me resbala el dedo y respondo sin querer.

—¿Alvie? ¿Alvie, eres tú?

Oigo su voz llamándome. Tenue y lejana. Aprieto los párpados e intento no hacer caso de la voz. Quiero colgar.

—Alvie, ¿me oyes?

Cojo el auricular y me lo pego a la oreja.

—¡Hola, Beth! ¡Qué alegría saber de ti!

En serio, acaba de alegrarme el día de mierda.

—Por fin lo consigo.

Aprieto los dientes.

—Escucha, Beth, ahora no puedo hablar. Tengo que salir corriendo a una reunión. Lo siento, pero es que me espera el jefe. ¡Creo que van a ascenderme! Te llamo luego, ¿vale?

—No, ¡un momento!

Cuelgo y vuelvo al porno: pollas, tetas y culos. Una persona con tetas y polla. Qué guay.

—Buenos días, Alvina. ¿Cómo estás hoy?

Alzo la mirada y veo a Ed (*el Huevo*, porque tiene la cara como un testículo) oteando desde su cubículo. Ay, Dios, ¿qué querrá ahora? Además de

un trasplante de personalidad, quiero decir.

—Hola, Ed. Estoy bien. ¿Qué se te ofrece?

—Nada, sólo quería saber qué tal le iba a mi compañera favorita en esta hermosa mañana de lunes.

—Vete a tomar por culo, Ed.

—Vale. Sí, claro. Era por...

—¿Por qué?

—Me preguntaba cuándo crees que podrás...

—¿Devolverte las cincuenta libras que te debo?

—¡Sí!

—Bueno, pues hoy no, eso es obvio.

—No, claro que no.

—Así que déjame en paz ya, coño.

—Vale. De acuerdo. Adiós.

Esconde la cabeza detrás de la mampara. Por fin. Dios mío, esta semana tendré que evitar encontrármelo en la fuente de agua. Casi preferiría no haberle pedido el dinero, porque sólo lo necesitaba para decorarme el chirri con un dibujo de purpurina. A toro pasado, la verdad es que no me corría tanta prisa, pero tenía una cita caliente con un tío que estaba más bueno que el pan. Lo había conocido en una tienda de todo a una libra del barrio de Holloway y pensé que un poco de purpurina le añadiría chispa a nuestra primera noche de pasión. Sin embargo, las diminutas lentejuelas acabaron por todas partes, por toda la cama, por toda su cara y en su pelo. Hubo una que se le metió en el ojo y tuvo que ir al médico. Estuve encontrando pedazos milimétricos de plástico brillante durante semanas: en los zapatos, en la cartera, en un paquete de bocaditos de pollo que había al fondo del congelador (ni idea, no me preguntes). Lo peor es que él no valoró el esfuerzo que yo había hecho al escribirme su nombre con diamantes rosas en la entrepierna: AARON. Al parecer, se escribía ARRAN. Pero ¿qué importa si había faltas? La intención es lo que cuenta. Al final de la noche sólo decía *Run*. Corre. Sal corriendo sin mirar atrás.

Vuelvo al porno. Bajo el volumen para que no se oigan los gemidos, pero aun así el sonido es bastante alto. Gemidos y gruñidos y palabrotas. «Me gusta ese culo.» «¡Zorra!», grita uno. Justo cuando un enmascarado está haciéndole *fisting* a una MILF, veo una silueta con el rabillo del ojo. Angela se alza sobre mi cubículo. Mierda.

—¿Estás escribiendo tuits sobre porno desde la cuenta de la empresa?

—¿Era la de la empresa? ¡Ups! La he liado.

—Estás despedida —dice Angela.

—¡Que te follen bien follada, so puta! —responde YouPorn.

Cojo el bolso, el lirio, una grapadora y un par de revistas de famosos que tenía debajo de la mesa. Y regreso a casa.

Archway, Londres

En lo alto se oye el graznido de unas gaviotas del tamaño de perros ilegales. Se oyen también los chillidos de zorros siendo violados en grupo. Borrachos con un vocabulario limitado a diversas variaciones de *joder* y de *puta* dan voces a los transeúntes. Es una zona muy agradable, la clase de barrio que los agentes inmobiliarios llaman «en desarrollo», porque más abajo no se puede caer. Todo es de un gris pardo: el cielo, las paredes, las calles. Hay árboles enfermos de donde brotan bolsas de plástico y latas vacías de Pepsi. La calle principal lleva ocho años en obras. No huele a rata muerta, pero tampoco sería de extrañar. Hasta las ardillas tienen aspecto rabioso.

No estoy segura de por qué me he llevado la grapadora. No es mía y tampoco la quiero: no tengo nada ni a nadie a quien grapar, así que la lanzo en el jardín de alguna casa.

El tipo sin hogar de antes echa a correr tras de mí con las cartas de ÚLTIMA NOTIFICACIÓN.

—¡Oye! ¡Eh, tú! —grita sin aliento, tambaleándose.

Marcho calle abajo sin hacerle caso.

Hay mucha gente que confunde nuestra puerta con un vertedero; no pasa una mañana sin que yo descubra latas vacías de cerveza, envoltorios de kebab, condones usados o algún juguete roto. Un día encontré una Barbie desnuda y decapitada. El cadáver rosa estaba tendido boca abajo en la acera, como una especie de escenario del crimen a lo *Toy Story*. Ni rastro de la cabeza. Pero al menos tenemos unas vistas brutales de la torre Archway: el edificio más feo de todo el Reino Unido, aunque no lo hayan hecho oficial.

Empujo la puerta de entrada; se engancha, así que hay que darle fuerte. Las bisagras chirrían. Alguien ha hecho un *graffiti* muy cutre que dice CHOCHO en

mayúsculas. Creo que no he sido yo.

Vivir en un piso compartido es más barato que alquilar un estudio para una persona, pero un poco más caro que una caja de cartón debajo de un puente. No obstante, esta última está convirtiéndose en una opción cada vez más atractiva, sobre todo cuando tengo que hacer cola en la puerta del baño a una hora intempestiva para descubrir que uno de mis compañeros de la casa de «Gran Hermano» ha olvidado usar la cisterna.

*Me miras
con un ojo; quieres quedarte.
Yo tiro de la cadena.*

¡Mi primer haiku del día! No has perdido tu toque, Alvina. Menudo genio poético el tuyo. Tienes el Nobel al alcance de las manos, no renuncies a tus sueños.

El apartamento está en la planta superior de una casa victoriana muy mal reformada que está haciéndose pedazos. La semana pasada me cayó un trozo de tejado en la habitación y, cuando llamé al propietario preocupada por la lluvia, se ofreció a comprarme un cubo. El papel de las paredes empieza a despegarse, aunque no creo que fuese muy atractivo ni siquiera cuando lo colocaron. La moqueta es beis y está raída. Pero al menos tengo un techo bajo el que resguardarme (más o menos) y una cama en la que dormir (un futón de IKEA), así que intento no quejarme. Sobre todo, delante de Beth. Ella jamás lo entendería.

Subo una cantidad interminable de escalones y me encuentro con que alguien ha dejado la bicicleta atravesada en la escalera. También me topo con el olor inconfundible de la maría. Sigo subiendo más y más. Vivo con dos candidatos a programa de telerrealidad que se llaman Gary y Patty o Jerry y Patsy o Geoff y Pinkie o algo parecido. Pasan mucho tiempo en casa escuchando bandas que no he oído en mi vida y convirtiendo el salón en un submarino. Llevan los mismos pitillos de color negro y camisetas negras con calaveras y sudaderas grandes con capucha negra y accesorios fosforescentes con intención irónica. Yo no soy muy de vestirme de negro.

Cuando entro en casa, están morreándose en el sofá. Qué asco. Se secan la boca mojada y me miran. Ojos rojos. Ya están fumados. No sé qué mierda está atronando desde el televisor. ¡Bienvenida al hogar!

—Hola —los saludo, y cuelgo las llaves en el gancho.

—Eh —responden los concursantes de «Gran Hermano».

La moqueta está salpicada de bolsas vacías de ganchitos y de Skittles.

También hay una botella medio vacía de Dr. Pepper. Me escabullo hacia mi dormitorio y cierro la puerta. Con pestillo. A ese par les gusta charlar y, si no voy con cuidado, me comerán la oreja. A lo mejor eso es justo lo que le pasó a Vincent Van Gogh. Ahora me apetece beber absenta.

La cama sigue sin hacer desde la mañana. Me quito los zapatos, me acurruco debajo del edredón y bostezo como un gato. Creo que voy a echarme una siesta: no tengo nada más que hacer. Voy a tumbarme aquí a esperar la llegada del apocalipsis zombi. Eso nos alegrará el día a todos.

Las paredes son de papel de fumar; tan finas que oigo la conversación de mis compañeros.

—Dios mío, acabo de encontrar su cuenta de Facebook. Me meo.

Creo que están hablando de mí.

—Espera, ésa no es ella —dice Gary.

—¡Que sí! Sólo que con un kilo de Photoshop y cinco años menos — responde Patty—. ¿Cuántas Alvinas Knightly crees que hay?

Sí, están hablando de mí.

—¡Mira esto! Jajaja. Dice que vive en Highgate —lee Gerry—. Qué pija...

—¿Trabaja como poeta en el suplemento literario de *The Times*? —aporta Patsy.

—Y tiene una relación con Channing Tatum —dice Geoff.

—¡Vaya puto bicho raro! —entonan ambos al unísono.

Yo empiezo a afilar el cuchillo imaginario.

—Pídele amistad —sugiere Pinkie—. Así nos echaremos unas risas.

—Hecho —responde Geoff.

Estoy muriéndome un poco por dentro. Es cruel reírse de mis mentiras: dime una sola persona que no adorne su vida en las redes sociales. Que no estire la verdad. Que no exagere. No son más que mentirijillas sin importancia, mi vida retocada. ¿Qué más da si no soy una poeta famosa? ¿A quién le importa que no tenga trabajo? Al menos tengo metas, alguna aspiración. ¿Qué tienen ellos, aparte de clamidia? ¿Ladillas?

—El otro día encontré su perfil de Twitter —dice Gary—. ¿Sabes que escribe haikus?

—¿Qué es eso? —pregunta Patty.

—Un aburrimiento —contesta Gerry—. Es una especie de poema muy corto, de menos de ciento cuarenta caracteres. Creo que son coreanos.

«Geordie Shore» los distrae un momento. Uno de los participantes le está chillando a otro no sé por qué motivo. De pronto entra un tercero y se arranca a gritarles a los dos. Escuchar a través de la pared me ha puesto de mal humor y abandono la idea de dormir. Tengo el teléfono en el bolso. Lo cojo y miro la

pantalla. Es un Samsung Galaxy S5 que compré de rebajas en Carphone Warehouse. Sé que todo el mundo tiene un iPhone, pero me gusta ser diferente. En cualquier caso, parece un iPhone pero es más barato.

¿Póquer? ¿Solitario? ¿Pinterest? ¿*Minecraft*? ¿Uno de esos juegos en los que tienes que matar a todo quisque? ¿*Grand Theft Auto: Vice City*? ¿*Dead Trigger 2*?

Tinder.

Es hora de juzgar a un puñado de perdedores en una aplicación de citas. (A mí no me juzga nadie: uso la foto de Beth. ¿Qué?, ¿cómo te quedas? Soy mucho más que una cara bonita.)

Izquierda.

Izquierda.

Izquierda.

Izquierda.

Izquierda.

Izquierda.

Izquierda.

Izquierda.

Dios, ¡no!

Izquierda.

Izquierda.

Izquierda.

Tío, estás muy mal.

Gafas de la seguridad social.

Está muy delgado.

Sonrisa de depravado.

Cara de rana.

Ni te cantarí una nana.

Orejas de soplillo.

No me lo cepillo.

¿Y ese sombrero?

Desnudo de cuerpo entero.

Hitler sin mostacho.

Qué feo, macho.

Vaya bizquera.

Le huele la sobaquera.

La cara llena de granos.

¿Éste es humano?

Selfi en el baño.

Menudo engaño.

Izquierda.

Izquierda.

Izquierda.

Izquierda.

Izquierda.

Izquierda.

Izquierda.

Izquierda.

¡DERECHA! ¡Dios mío! ¡Derecha, derecha, derecha! «Hola, Harry, 27, que vive a cinco kilómetros de aquí. ¿Cómo está usted, señor?» Ay, mi madre, por Dios bendito. A éste le doy a la derecha. Le mando un corazón. Sí, éste es el señor Corazón. «Ven aquí, nene. Voy a darte que sí. Te comería entero, Harry, 27, que vives a cinco kilómetros de aquí. Más te vale que tú también le des hacia la derecha, cabrón.»

Cinco minutos después: nada.

Media hora más tarde: sigue sin haber nada.

Al cabo de una hora: todavía nada. Odio Tinder.

Cuando ya han pasado dos horas: ¡*Match!* Dios mío. Ay, Dios mío. Respira, Alvina, respira. Mi diosa interior hace una triple voltereta lateral seguida de un tirabuzón digno de una puta gimnasta bielorrusa de trece años. Respira, Alvina, respira. Y ¿ahora qué? ¿Me enviará un mensaje? ¿Tengo que mandárselo yo? ¿Cuáles son las normas? ¿Qué hago? No me puedo creer que tenga un *match*.

¡Ping!

¿Qué es eso? ¿Qué coño es eso? ¡¡Es un mensaje!! ¿Qué dice? ¿Qué ha escrito? Venga, vamos, vamos, ¿qué ha...?

Hola, sexi.

La hostia, menudo romántico. ¡Un maestro de la seducción! Cree que soy sexi. Con éste me acuesto seguro. Vaya, vaya. Estoy hiperventilando. Tengo las partes íntimas más prietas que las encías de mi abuela cuando come polvorones. ¿Qué le digo? ¿Lo mismo que él? Vale. Venga, allá voy.

Gola, sector.

Enviar.

¿Qué? No, ¡eso no es lo que quería decir! El puto corrector. ¿«Gola, sector»? Dios, dime que no acabo de enviar eso. Mi diosa interior me hace

aovillarme en el suelo sucio y está soltándose patadas con unas Dr. Martens de puntera de acero. Estoy vomitando y me sangra el bazo. ¿«Gola, sector»? Va a pensar que soy retrasada. Lo habré espantado. Ya está. Fue bonito mientras duró. Mi vida ha tocado a su fin. Va a dejarme tirada. Otra oportunidad perdida para ser feliz. Me cago en la puta. ¿Qué hago ahora?

Mi diosa interior me propone una solución que, francamente, es muy floja, pero igual me salva el pellejo: «Escríbele “Hola, sexi” otra vez, seguido de una carita sonriente. O un guiño irónico». ¿Eso es subversivo o una señal de mi retraso? Da igual, Alvina. Tú hazlo. Allá vamos.

Hola, sexi. ;)

Enviar.

Una pausa.

La expectativa pende sobre mi cabeza como una nube de lluvia tropical a punto de reventar y dejarme calada hasta los huesos, la camisa transparente y el rímel corriendo por las mejillas en plan Alice Cooper.

¿Por qué no contesta? Ha sido por el guiño, ¿verdad? Cree que soy imbécil.

¡Ping!

Ha respondido. Flipa, chaval.

m gustan tus tetas.

Ah, vale. Qué mono, ¿verdad? Qué halagador. Todo un caballero. Bueno, vamos a contestar, Alvina.

Gracias.

Enviar.

Un beso. ¿Le mando un beso?

.*

Enviar.

Pausa.

¿Por qué no me contesta? No piensa contestarme. A lo mejor me he pasado con el beso. Buen trabajo, Alvina. Ahora piensa que eres una fresca. Ya que estamos, ¿por qué no le escribes «¿Echamos un polvo?» y así acabamos antes? «Aquí tienes una foto de mi coño.»

Ping.

¿Quedamos? ¿Te lo tragas?

Jajaja. ¿De qué va? ¿Me lo trago o no me lo trago?

Mi diosa interior se echa un puñado de aspirinas al gaznate, se corta las venas en una bañera de agua caliente y pierde sangre hasta que el agua se vuelve de color magenta.

Por desgracia para él, estoy sobria.

No. Yo muerdo.

Enviar.

Cerrar sesión.

Iniciar sesión de nuevo.

Gilipollas.

Enviar.

Borrar aplicación.

Debería haber contestado que era vegana. Ahora mismo eso es lo más. Y, si no, fíjate en Beyoncé y Jay-Z. Lo malo es que las mejores réplicas se me ocurren cuando ya es demasiado tarde. Bueno, por lo menos mi diosa interior ha muerto. Empezaba a cabrearme.

Facebook.

Entro y echo un vistazo al muro. Tampoco es que me interese mucho. Nadie ha dicho nada ingenioso desde la última vez que lo he mirado, a las ocho y veintiuno de la mañana. Hay una solicitud de amistad de uno de los del piso de «Gran Hermano». Eliminar. Un desconocido me ha invitado a jugar a *Candy Crush Saga*. «Vete a tomar por el culo.» Le doy «Me gusta» a una foto de un gatito persa mojado en una bañera y comento: «Adefesio». Después actualizo el estado: «¡Por fin he dejado el trabajo!», y añado el icono con gafas negras de «Me siento genial». Publicar.

Por culpa de Harry, 27, estoy pensando en sexo, aunque no tenga con quién practicarlo. Éstos son mis juguetes eróticos favoritos, en orden descendente: el número uno, Real Feel Mr. Dick, un vibrador de veintiocho centímetros. El segundo puesto lo comparten el Conejito Rampante en sus versiones Mighty Pink One y Throbbing One. El tercero es el vibrador fálico Silicon Pink Plus. En cuarto lugar tenemos las bolas chinas vibratoras y, en quinto, el Conejito Rampante modelo Little Shaking One. (A este último no le vi la gracia, tuve que

fingir.)

Me la juego a que Beth no tiene juguetes eróticos. Es demasiado formal para eso. Además, tiene un marido de carne y hueso con pene, así que... supongo que él ya cubre el expediente. Aunque no estará siempre dispuesto como Mr. Dick. Abro el cajón de la mesilla de noche y saco a mi número 1, mi amante y mejor amigo. Contemplo la posibilidad de pegarlo a la pared (porque tiene una ventosa muy potente en la base para colocar en los azulejos de la ducha o en puertas), pero creo que no tengo suficientes energías.

—Lo siento, señor Pene, hoy no me apetece.

Le doy un besito y lo meto en el cajón.

Fumo un cigarrillo después de otro y otro y otro. Ni me apetece ni me gusta, pero estoy más aburrída que una ostra. Juego con el mechero; la llama se eleva y titila. Primero es roja, pero se vuelve amarilla en el aire trasnochado de la habitación. Es hipnotizante. Siempre he admirado el fuego: un enigma esquivo, la gran dama de la destrucción. No soy pirómana, sólo disfruto viendo cómo se queman las cosas. Pensar que este Zippo tan pequeño podría reducir toda la ciudad a cenizas me fascina: eso es poder. Nerón era consciente de ello cuando incendió la antigua Roma. Lo contempló todo desde su palacio del monte Palatino, cantando y tocando la lira mientras el pueblo huía corriendo del fuego, aunque las llamas ya les acariciaban los ropajes y les chamuscaban el pelo. Esperó hasta que el incendio se aplacase y construyó su nuevo palacio en el corazón de la ciudad, donde el fuego había destruido las casas. Debo admitir que lo que hizo era de admirar: el tipo no se cortaba.

Prometeo también era un machote. Sabía que las reglas están ahí para romperlas y, cuando encendió una antorcha con el sol y llevó el fuego a los hombres, cabreó a Zeus de lo lindo. Resulta que no quería que la humanidad se pusiera a quemar movidas, igual que mi madre. Ella no quería que prendiese fuego a los ositos de peluche de Beth ni al gato de la vecina ni a la caseta del perro con el animal encerrado dentro. (No le pasó NADA. Mi madre lo oyó ladrar antes de que se hundiese el techo y sólo le hizo falta un baño para limpiarle el hollín.) Hay gente que no sabe divertirse. El director del colegio también era un aguafiestas: ¿por qué tuvo que expulsarme si lo único que hice fue prenderle fuego al coche?

De todos modos, ¿quién necesita ir a la escuela? Ahora que hay internet, ya no hace falta educar a los niños. Internet lo sabe todo, y es asombrosa la cantidad de cosas que puedes aprender sin exponerte a los piojos, a los uniformes ni a la comida asquerosa del comedor. Sólo esta semana he descubierto que vivimos en un holograma generado por ordenador, que Matthew Perry era el actor que hacía de Chandler en «Friends» (no me acordaba y tuve que preguntárselo a Google) y

que cuando un lophiiforme macho se aparee con una hembra, se funden y comparten el cuerpo para siempre. Al parecer, el mar es tan vasto y profundo que, cuando el macho encuentra a la hembra, se aferra a ella, pierde los ojos y los órganos internos y los dos peces acaban compartiendo cuerpo y flujo sanguíneo. Es bastante bonito. Vale la pena saberlo.

He leído muchísimo más que Beth, y eso que ella tiene un montón de licenciaturas (ya sé que no es una competición). Tengo el cerebro lleno. Me he licenciado *cum laude* en la Universidad de la Vida, o sea, lo que se llama ser *autodidacta* si eres un poco pedante, pero tampoco hace falta que nos pongamos sesquipedálicos.

Me levanto y voy hasta la cocina / zona cero. Té. Fuerte y con leche, nada del pijerío que pide mi hermana por internet: Darjeeling o Earl Grey o Arábica ecológico de los huevos con el sello de la Rainforest Alliance. Me da igual que me hayan despedido; sigo pensando en Beth y no paro de darle vueltas: «Me gustaría invitarte una vez más a pasar unos días con nosotros en nuestra casa de Taormina. Te necesito. Ven, te lo suplico».

¡Que te follen!

Sin embargo, me gustaría saber qué quiere. Seguro que es un poco de médula ósea o uno de mis riñones. Ya te digo que yo no voy a dárselos, tendrá que pedírselos a mi madre.

—¿Un té? —pregunto.

Mis compañeros de la casa de «Gran Hermano» me miran con cara rara y responden que no con la cabeza. Lleno el hervidor de agua y le doy al interruptor. Puaj, ¿por qué está pegajoso? Por fin localizo mi taza —NO TENGO NADA QUE DECLARAR, EXCEPTO MI GENIO—; está al fondo de la instalación de cultivo de bacterias. La lavo. Al terminar, tiene tantas manchas como antes de frotarla con detergente. Sólo queda una bolsita de té, así que la dejo caer en la taza y miro a los concursantes. Estaban vigilándome, pero se vuelven hacia el programa de Jeremy Kyle en cuanto los pillo. Bichos raros. En la botella de leche desnatada queda menos de un centímetro. Añado el agua a la taza y uso toda la leche.

—Oye —dice Gary cuando me dirijo a mi habitación—, ¿podemos hablar un momento?

Doy un respingo y me derramo té caliente en la pierna. Suficiente para quemarme y manchar la falda, pero no como para molestarme en ir a por una toalla.

—Sí, claro. ¿Qué pasa? —pregunto, y me siento enfrente de ellos.

Más vale que se den prisa. ¿Estoy hablando con el chico o con la chica?

—Hemos estado pensando —empieza Gary.

¿Pensando? Lo dudo.

—Y creemos que esto no funciona —continúa Patty. O Pam.

Esperan una respuesta con rostro inexpresivo. Yo no digo nada.

—Pensamos que tienes que marcharte —sugiere Geoff. ¿O acaso se llama Graham?

Y ya está, sin más explicaciones. O han encontrado otro concursante emo que quiere vivir con ellos, o no les caigo bien. ¿Por qué no les caigo bien? ¿Han dado con la ardilla muerta? A lo mejor es porque no he pagado el alquiler. Increíble. Debería echarlos yo a ellos; aunque la verdad es que ellos estaban antes.

—Mañana —dice Patty con una mueca de desdén muy ensayada.

Ojalá tuviera una espada samurái. En ocasiones como ésta se les saca provecho.

—Claro —respondo—, sin problema. De hecho, pensaba irme pronto. Me voy de vacaciones a Sicilia, así que...

A buscar una caja de cartón toca. Sabía que hoy era mi día de suerte.

Regreso con prisa a mi cuarto y me lanzo sobre la cama. Una fotografía vieja me clava la mirada. Mi gemela y yo. Beth parece una supermodelo y yo una vagabunda en un mal día. Nos la hicieron el último día de instituto de mi hermana. Ella sale con la melena secada a cepillo, brillo de labios y una sonrisa digna del Gato de Cheshire. Yo tenía resaca de haberme bebido una botella entera de Malibu, sola, subida a un árbol de al lado de casa. Te digo con sinceridad que no veo ninguna similitud. Si me preguntas a mí, no nos parecemos.

Miro la foto con rabia.

—¿Qué quieres?

Oigo lo que ella está pensando en el otro extremo de Europa. «Ven a Sicilia, Alvina. ¡Ven, ven, ven!» Somos como dos partículas cuánticas, enredadas para siempre. Ella es un gluon y yo un quark. Yo la materia oscura, y ella... materia, supongo. Aun en la distancia nos pasan cosas escalofriantes. Ella se da un golpe en la cabeza y me duele a mí. Me rompo la pierna y a ella le duele la rodilla. Ella se casa con un italiano rico que está como un tren y se muda a Taormina, y yo vivo con un par de imbéciles y me dejan por Tinder. Supongo que no siempre funciona.

Tengo a mi gemela presente en la cabeza todo el tiempo, como un miembro amputado. No uno bonito que has perdido en un accidente de tráfico, sino uno gangrenoso que ya olía y que te dejabas cortar con mucho gusto. Alvie y Beth, Beth y Alvie. Así solía ser, pero ya no. No desde lo de Oxford, no desde lo de Ambrogio. Aunque somos idénticas, ella siempre ha sido la atractiva. La guapa.

La delgada. Beth fue la primera en aprender a andar y en quitarse el pañal y en follar. Aprieto la cara contra la almohada.

—¡Aaaaargh!

Facebook.

Tengo un «Me gusta» nuevo de Elizabeth Caruso en la actualización de estado: mi hermana.

Cómo no.

Miro el teléfono, saco la porquería que se ha pegado al teclado y limpio la mermelada de frambuesa de la pantalla. Releo el correo electrónico que le he enviado a Beth: «Avísame la próxima vez que estés de visita en Londres. Será genial ponernos al día». Eso se lo dirías a uno del trabajo que te cae mal, no a una persona con la que has compartido útero. Ahora que repaso su mensaje, parece que tiene ganas de verme de verdad. «Te necesito. Ven, te lo suplico.» De acuerdo, Beth. Bravo, coño: has ganado. Supongo que no me pasa nada por comprar crema solar factor 50. Si todo va bien, el Etna seguirá inactivo. Me pongo a escribir.

De: Alvina Knightly

AlvinaKnightly69@hotmail.com

Para: Elizabeth Caruso

ElizabethKnightlyCaruso@gmail.com

Fecha: 24 de agosto de 2015, 11.31

Asunto: Re: VISITA

Hola, Beth:

Perdona por lo de antes. Estaba pasándolas putas en la oficina. Pero, ahora que ya no trabajo, tengo tiempo para ir a verte. Tienes razón: dos años son demasiado tiempo. Como te puedes imaginar, me muero por conocer a Ernie, y lo de la casa suena maravilloso. Estoy libre por un período indefinido (y me irían genial unas vacaciones), así que dime cuándo te va bien y buscaré vuelos baratos.

ALVIE

Enviar.

Lo cargaré a una de las tarjetas de crédito. No es dinero de verdad: son sólo números. Ya me preocuparé de ello más adelante. En comparación con la montaña de deudas que tengo, será un montoncito de nada, minucias. Ni siquiera lo notaré. (Probé a escribir al director de la oficina del banco para hacerle saber que habían cometido un error en el extracto de mi cuenta, pero no me creyó. Al parecer, no me habían engañado al venderme el seguro de protección de pagos ni me habían cobrado comisiones de más. Qué típico, joder. Banqueros cabrones. Por mí, pueden irse todos a cagar a la vía.)

3

La carne que gira en el escaparate del local de kebabs no es identificable: ¿gato, rata, zorro, paloma? Algo amarillo cae gota a gota, chorreando en la rejilla metálica de debajo, donde chisporrotea y salpica, silba y se quema: de rosa a gris, pasando por marrón. Dentro, el ambiente está cargado de grasa. Un hombre atractivo con un delantal blanco lleno de manchurroneos y un gorro de cartón se acerca al mostrador. Tiene el pelo lacio y una barba de dos días. Imagino el aspecto que tendrá debajo de la ropa: ¿los treinta y tres centímetros de gloria del pene de Mark Wahlberg en la escena final de *Boogie Nights*, quizá?

—¿Lo de siempre?

Yo respondo que sí con la cabeza.

—Espera, que tengo hambre. Ponme dos.

Coge un cuchillo largo de hoja plateada y acciona el interruptor. La luz de neón se refleja en la sierra, los dientes vibran, emiten un zumbido, un runrún, rotan. Corta los pedazos de carne, lonchas bien gordas, y los recoge con el bollo de pan. Lechuga, tomates, pasando de cebolla y ración extra de salsa.

—Ocho libras y noventa y ocho peniques.

¿Cuánto? Eso es un robo a plena luz del día. Pago de todos modos y le dejo una propina generosa: los dos peniques. Cojo los *donner* y una lataza de Coca-Cola y los devoro de camino al apartamento, aunque tengo que ir sacando los trozos de cebolla (cabrón) para tirarlos al suelo y chuparme el ketchup que me chorrea por los dedos. Me cae un goterón en la camisa, otro en el zapato, otro en la acera. Chof, chof, chof.

Hay una librería de segunda mano que tiene el libro de Beth en el escaparate. Cincuenta peniques. Me detengo en seco: cuesta menos que el papel higiénico. Aun así, no pienso comprarlo. No lo leería ni aunque me pagasen. Bueno, si me pagasen mucho, a lo mejor sí. Miro por encima del hombro; es casi como si Beth me persiguiese. Me cuesta creer que tengan su libro en esa tienda.

Le echo un vistazo al teléfono y veo que me ha contestado.

De: Elizabeth Caruso
ElizabethKnightlyCaruso@gmail.com
Para: Alvina Knightly
AlvinaKnightly69@hotmail.com
Fecha: 24 de agosto de 2015, 13.10
Asunto: Re: VISITA

Alvie, querida:

¡Claro que estás perdonada, y por supuesto que debes venir! Te he comprado un billete para el vuelo de mañana por la mañana de British Airways a Catania (tienes el itinerario adjunto). Querida, es un asiento de Club Class, así que aprovecha el champán gratis. Si no aterrizas como una cuba, me decepcionarás. Espero que el viaje no te parezca que es demasiado pronto, pero has dicho que no tenías nada que hacer y, bueno, ¡me muero de ganas de verte! Ambrogio irá a recogerte. Te aviso de que conduce como Lewis Hamilton. Con el Lamborghini, haréis un viaje de cuarenta minutos en un cuarto de hora.

Que no se te olvide el biquini y un sombrero, que aquí hace un sol mortal. De hecho, si no tienes, no te preocupes: en Taormina, que está cerquita, hay Prada y Gucci.

¡Hasta mañana!
Te quiere,

BETH :*

P. D. Que hayas dejado el trabajo es una noticia fabulosa. No te gustaba nada, ¿verdad?

P. P. D. ¿Cuánto decías que pesabas? Recuérdamelo otra vez.

Durante un buen rato, no parpadeo. Cuando por fin me atrevo a cerrar los ojos un instante, el mensaje de Beth sigue ahí. Qué eficiencia: ¿mañana por la mañana? Y ¿me ha comprado el billete? Menuda loca del control.

Y ¿a qué viene esa obsesión repentina con averiguar cuánto peso?

De: Alvina Knightly
AlvinaKnightly69@hotmail.com
Para: Elizabeth Caruso
ElizabethKnightlyCaruso@gmail.com
Fecha: 24 de agosto de 2015, 13.20
Asunto: Re: VISITA

59.

Hasta mañana.

Enviar.

Beth contesta casi al instante.

De: Elizabeth Caruso
ElizabethKnightlyCaruso@gmail.com
Para: Alvina Knightly
AlvinaKnightly69@hotmail.com
Fecha: 24 de agosto de 2015, 13.23

Asunto: Re: VISITA

¡Genial! ¡Yo también!

.*

Pero ¿qué dice? ¿Cómo es posible, si acaba de dar a luz? «Yo no logro quitarme el sobrepeso del embarazo y estoy volviéndome loca.» ¿Ves a qué me refiero? Menuda hija de puta.

Mañana por la mañana me voy a Sicilia en Club Class (¿qué será eso?) y me recogerán en un Lamborghini. Parece sacado de un sueño. Y me muero por ver a Ambrogio, el mejor regalo para la vista que puedas pedir. Es un Brad Pitt multiplicado por Ashton Kutcher elevado a la potencia de David Gandy. A ver si Beth no va a ser tan imbécil como parecía.

Lanzo los envoltorios vacíos al montón de escombros de la puerta de casa y subo los escalones de dos en dos.

Tengo todo el apartamento para mí sola, como a mí me gusta. Ojalá fuese siempre así. Ya me he fumado seis cigarros de una sentada y me he bebido casi toda la botella de pinot grigio que he encontrado en el frigorífico. No era mía, pero me voy mañana y me la suda.

Vací el armario y los cajones y saco la maleta de debajo de la cama de un tirón. Le quito el polvo con un soplado y aparto las colillas y los calcetines. Me cuesta creer que vaya a ver a Beth otra vez. Desde que nacimos hasta el instituto éramos casi inseparables; pero no por decisión propia, sino que más bien era en plan tenia, lombriz de Guinea o parásito chupasangres. De eso hace veintiséis años, diez meses y doce días. Estábamos dándonos codazos en un mar amniótico y salado, desesperadas por convertirnos en seres independientes. Nueve meses son mucho tiempo cuando tienes la cara pegada al culo de otra persona. Beth fue la primera en escapar, y se escurrió por el canal del parto como un hacha del *bobsled* canadiense intentando conseguir el oro en las Olimpiadas de invierno. Pero yo me quedé enganchada con el culo por delante, y la comadrona tuvo que meter el brazo hasta el codo y tirar de mí como si estuviera sacando a un ternero. Yo estaba haciendo un *spagat* con un pie detrás de cada oreja. Ni que decir tiene que mi madre ya se había cansado de empujar después de que saliese la primera. ¿Para qué me quería a mí, si ya tenía a Beth? Yo sobraba, como las ofertas de dos por uno de cosas que no quieres. El paquete de queso que se pudre y acaba criando moho. El segundo paquete de galletas que no deberías comerte. Fácil de olvidar, fácil de borrar de la mente.

Mi madre siempre se olvidaba de mí, igual que no se acordó de mencionar que emigraba a Australia. Se le olvidaron mis vacunas, y tuve sarampión. Me

dejó olvidada en el supermercado y en el tren a Penzance. No se acordó de invitarme al funeral de mi abuela. (No murió por mi culpa, aunque el día que por fin estiró la pata coincidió que yo estaba allí de visita.) Creo que ya te haces una idea.

Como me había quedado enganchada, tuvieron que meterme en la pecera, o lo que se conoce por *incubadora*. Tenía algo que ver con que me había faltado oxígeno. La primera vez que alguien me vio, estaba de un azul rabioso. Y, como me pusieron en la pecera, tuve que estar un tiempo en el hospital. A diferencia de Beth, mi madre no me dio el pecho, sino que una enfermera me daba biberones. Sólo conocí la leche en polvo. Mi madre se marchó con Beth, su adorada primogénita, y las dos lo pasaron en grande. Cuando por fin me dieron el alta unas semanas más tarde, tuvieron que dejar tres mensajes en el contestador automático antes de que mi madre me recogiese. Aún no había móviles, así que al menos tiene esa excusa. Supongo que estaba por ahí, divirtiéndose. Para entonces el vínculo entre Beth y ella ya era fuerte, y todo el mundo sabe que tres son multitud. La pauta se ha repetido durante veintiséis años: mi madre era perezosa, y querer a Beth era fácil. Era una niña obediente, se portaba bien y su aspecto era siempre immaculado. Jamás nos avergonzaba ante los vecinos ni se escapaba ni tenía que llamarle la atención la policía. No le prendía fuego a nada ni decía palabrotas. Nunca decepcionaba.

A mí me pusieron el nombre de mi padre, Alvin (menuda imaginación), y a Elizabeth el de su majestad, la reina (una historia que mi madre no se cansaba de contar, por cierto). Lo cierto es que mi madre no era una gran admiradora de mi padre. Se divorciaron poco después de que nació, y él se mudó a San Francisco. No he vuelto a verlo. Me da lo mismo, seguro que era un imbécil. Mi madre no habría querido vivir en Estados Unidos, en Groenlandia, en Afganistán ni en ninguna parte por el estilo: quería demasiado a la reina. Era una devota. El único motivo por el que accedió a vivir en Australia con su segundo marido (un auténtico canalla de nombre Rupert Vaughan Willoughby) fue que en Sídney la reina sigue siendo la soberana. Como súbdita abnegada y verdadera patriota, siempre ha preferido a Elizabeth. ¡Ojalá hubiese habido una reina Alvina! Lo miro en Wikipedia, pero no: no ha habido ninguna. Sólo una boba descarriada de una novela de D. H. Lawrence que no he leído. ¿Mi primer recuerdo? Pinchar alfileres en una muñeca de Beth. No me preguntes por qué. No tengo ni idea, pero entonces debía de tener tres o cuatro años. ¿Qué sabía yo de vudú? Nada. Pero un día encontré la muñeca y pensé que ponerle alfileres me divertiría. Y así fue. Todavía la veo tendida en el tocador: melena larga y rubia y unos ojos azules enormes que se abrían y se cerraban solos cuando le movías la cabeza. Si la sentabas, se abrían. Si la tumbabas, se cerraban. Abrir, cerrar. Abrir, cerrar.

Horas de diversión.

Encontré los alfileres de mi madre guardaditos en un cajón. Eran de esos largos, finos, plateados, con bolitas de distintos colores en la cabecilla. En la cajita cuadrada debía de haber unos cincuenta. Los saqué uno a uno, a medida que iba clavándolos. Pan comido. Pensaba que la muñeca lloraría, pero no hizo ningún ruido; se quedó ahí, aguantando. Empecé por los pies: cuatro en cada uno, entre los deditos rosa. Después otro más y otro más, hasta formar dos líneas largas que le subían por las piernas. Entraban bien en el plástico, sin problema, firmes como las espinas de un erizo.

Continué, uno detrás de otro, por la tripa, el pecho, el cuello, las mejillas, la frente, las sienes. Le pinché los ojos, pero los alfileres no entraban porque los globos oculares estaban hechos de cristal duro y reluciente. Cuando acabé con la parte de delante, le di la vuelta y se los clavé en la espalda. En las nalgas. En la nuca. Todo fue bien hasta el último; uno que, si no recuerdo mal, tenía la bola roja. Lo saqué de la cajita y, entonces, me pinché el pulgar. El susto fue colosal. A esa edad es como vivir un terremoto. Apareció una perla de sangre: perfecta, redonda, a juego con la cabeza del alfiler. Era como la Bella Durmiente hilando con la rueca. Sin pensar, me la chupé. Instinto animal. Era la primera vez que probaba la sangre. Nunca había degustado nada igual, ni antes ni después: salada, metálica. Ilícita, como el vino. Me había quedado sin habla. La experiencia me había cambiado.

Pero eso fue entonces, y ahora es ahora. Hace dos años que no veo a mi hermana. En concreto, desde que celebró la boda en Milán, en la puta catedral. Y menudo desastre. No quiero ni pensarlo. Enciende otro cigarrillo, aspiro una bocanada de cáncer y me siento en el alféizar a mirar las palomas. Ellas me observan con ademán amenazador e instinto asesino. Ojitos negros que brillan con maldad. ¿Ha sido una de vosotras la graciosa que se me ha cagado en el hombro? Han visto películas de Alfred Hitchcock y atacarán en cualquier momento.

Las imágenes de la boda de Beth me vienen a la memoria sin mi permiso.

Le doy otro trago al vino.

Durante los meses previos al «gran día» de Beth, mi madre me llamaba y preguntaba:

—¿A quién vas a traer de invitado, Alvina? Necesito saberlo para organizar las mesas / las invitaciones / para tocarte las narices.

—¿Por qué tengo que ir con alguien, mamá? ¿Para qué quiero un novio?

—No pienso empezar esa conversación ahora, Alvina. Las coles de Bruselas se cocerán demasiado y tu padre no se las comerá.

—No es mi padre.

Silencio.

—¿Qué te costaría encontrar un buen hombre como Ambrosio? —me decía. Dios mío, dame fuerzas. Ya empieza.

—*Ambrogio*, mamá. No es el del anuncio de Ferrero Rocher.

Aunque es cierto que me lo comería.

—Tu hermana va a formar una familia y a ti se te pasará el arroz.

—No me digas.

Tenía veinticuatro años.

—A tu edad ya no se recupera el atractivo.

Me cago en la hostia. Mi madre sí que sabía cómo fastidiarme. Yo me secaba las lágrimas y hacía demasiado ruido sorbiéndome la nariz. Ni que quisiera morirme sola.

—Soy muy feliz sin novio, y el último tío que me tiré resultó ser un molusco.

Una de las características más sorprendentes de los moluscos es la economía de su diseño, que otorga distintas funciones al mismo órgano. Por ejemplo, el último tío con el que me acosté usaba el miembro como pene y como cerebro. Además, era un baboso. Y no lo digo como cumplido. No, según mi experiencia, los novios requieren demasiado tiempo y exigen demasiada atención. Como el *tamagotchi* que se me murió de pequeña. Por suerte, Dios inventó Tinder... y, a falta de eso, Duracell.

Oía a mi madre revolver las coles de Bruselas desde Australia: el borboteo del agua hirviendo, las salpicaduras, el zumbido del extractor. Casi las olía.

—¿Cómo se llamaba el último novio que tuviste? Michael o Simon o Richard o algo así, ¿verdad?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

¿Ahmed, tal vez?

—He perdido la cuenta, cariño. Parece que sales con muchos.

Aprieto la mandíbula con tal fuerza que me rechinan los dientes.

A pesar de todo, no tenía la menor intención de ir al bodorrio perfecto de Beth yo sola cual solterona solitaria, una paria social. Un día me llamó mi madre y sucumbí: le dije el primer nombre que me vino a la mente.

—Alex, mamá. Se llama Alex.

—¡Anda! ¿Alexander?

—¿Qué?

—¿Es griego?

—¡No!

—¿Es rico? ¿Es un magnate de una naviera? ¿Cómo se apellida?

—No, no, y no lo sé.

—Bueno, vale, os envió la invitación. Y así ya puedo acabar de organizar las mesas. Vosotros estaréis en la mesa Madreselva, entre la tía abuela Vera y el tío Bartholomew. Estoy segura de que les encantará conocerlo. Una vez fueron de crucero a Corfú.

Ni que decir tiene que no conocía a ningún Alex, y cuando ocupé el asiento en el vuelo de easyJet y esperaba a que despegásemos hacia Milán, empecé a flipar. Supongo que podría haber dicho que a última hora le había salido una reunión urgente de negocios —porque uno de sus buques había chocado con un iceberg, por ejemplo—, pero no me creerían. Soltera en la fabulosa boda de mi hermana. Un despojo, una aguantavelas. Empezaba a desesperarme (todavía más).

Resolví conformarme con cualquiera que se sentase a mi lado en el avión. Ya sé que es dejar demasiadas cosas al azar, pero tenía un matiz excitante que sorprendía. Me fijé en los pasajeros según iban embarcando... Oh, éste parece guapo: vaqueros de diseño, recién afeitado, bandolera con pinta de ser cara. ¿Es de Prada? De pronto gira a la izquierda y se sienta con su esposa, que seguro que es modelo de lencería, y un niño sacado de un anuncio de GAP. Fabuloso. Uy, y ¿éste qué? Es un bombón. Clavadito a Tyson Beckford. Pendientes de diamantes, jersey de Ralph Lauren. Sonrisa sensual. Se sienta en la fila de detrás con su novio, que está aún más bueno. Que alguien me mate. Ahora mismo.

—Hola —dijo el típico tío en plan Harley Davidson de pelo largo, barba y demasiados tatuajes que acababa de sentarse a mi lado en el asiento de pasillo—. Me llamo Adam.

¿Adam? Uy, casi. Me sirve.

Adam olía a cultivo hidropónico de marihuana y, por su acento, podría ser de Newcastle, o sordo. Tenía un tatuaje que decía MAMÁ y otro con la palabra CHARDONNAY escrita en tinta a lo largo del cuello, que llevaba lleno de marcas. Restos trasnochados de aceite de motor en las uñas y costras en la cara de un accidente de moto reciente. Y una mente todavía más sucia que la mía. La tía abuela Vera no habría aguantado ni cinco minutos. Durante las dos horas y media siguientes casi no pudimos evitar consumir la lujuria y hacernos miembros del club de la milla en ese mismo vuelo, pero siempre parecía que había cola para el baño y, de todos modos, yo sabía que tenía que hacerle esperar o no me acompañaría a la boda. Nos morreamos un rato (cosa que molestó bastante a la ancianita que tejía en el asiento de la ventanilla) y me metió los dedos por debajo de la mesita plegable. Entonces lo invité.

—¿Te apetece venir a una boda en Milán? Haré que merezca la pena —dije con un guiño y la mano en el muslo cubierto de cuero negro, pero muy muy arriba.

—Vale —respondió Adam con una sonrisa torcida.
Iba a ser perfecto.

Creo que sería justo decir que no era mi tipo, pero ya sabes lo del pájaro en mano. Sobre todo, cuando ya estás volando con dos dedos de esa mano.

No fue culpa mía que llegásemos los primeros a la iglesia y no pudiéramos dejar de manosearnos. Supongo que le gustaron el vestido de licra con escote palabra de honor y vistas a la entrepierna, y las medias de liga de rejilla plateada (me había esforzado mucho por encontrar un buen conjunto para la boda de Beth y estaba emulando el culo de Pippa Middleton). Nos dimos unos besos en uno de los bancos del fondo de la iglesia, pero cuando la congregación empezó a llegar, nos miraron mal. Susurraban. Nos señalaban. Chistaban. Necesitábamos un lugar adonde ir y, pegadas a uno de los muros, había unas cabinas muy apañadas (doy gracias a Dios por los confesionarios). Tenían las dimensiones perfectas y una cortina de terciopelo rojo que podías cerrar para mayor intimidad. Así que cogí a Adam de la mano y nos escondimos allí mientras la iglesia se llenaba.

Al principio no hicimos ruido (porque estábamos en un templo del Señor, claro), pero creo que nos dejamos llevar cuando él estaba cosiéndome a puntadas contra las paredes de caoba y, sobre todo, cuando me senté encima de él y cabalgué como una amazona. Recuerdo que la incongruencia me resultaba embriagadora: «¡Estoy follando en una iglesia!», pensaba. Adam sabía a empanada de carne y, cuando se corrió, le dio un meneo y un tembleque muy raro. Las tablas de caoba chocaban contra el muro, y me suena que soltó algún que otro gañido. Yo grité algo como: «¡Dios mío, esto es la hostia!» o «¡Este polvo es un milagro!», y él chilló: «¡Mamá!». Rodamos por el suelo a través de la cortina en pleno clímax, justo cuando Beth y sus damas de honor iban hacia el altar. Beth se puso roja; aún le veo la cara. Nadie nos quitaba ojo, y un niño le preguntó a Adam si era Jesucristo (supongo que debía de haberle visto la barba). Mi madre apagó la cámara de vídeo. Todos miraron a Beth, después a mí y, por último, se fijaron de nuevo en ella. Como espectadores en un partido de tenis sólo para adultos.

Eso jamás habría ocurrido si Beth me hubiera propuesto que fuese su dama de honor.

A partir de ahí, y una vez que el cura le hubo pedido a Adam que se marchase, la boda fue un aburrimiento. El típico bodorrio de blanco con cientos de invitados que no conocía, la mayoría de ellos italianos. Todo muy católico, apostólico y romano. Mi madre cambió la disposición de las mesas y a mí me tocó comer en la cocina con el personal, embutida entre un repostero gordo que se llamaba Giuseppe y Toto, el friegaplatos. Y no me refiero a embutida en el buen sentido de la palabra. La cena constaba de trece platos: *antipasto*, pasta,

langosta, venado, ternera... La tarta medía casi dos metros. Una mágnam tras otra de prosecco de reserva, chupitos y más chupitos de *limoncello*. Bailamos la *tarantella* («tarántula») toda la noche: cien personas cogidas de la mano, corriendo en círculos al ritmo de una música cada vez más acelerada, invirtiendo el sentido una y otra vez, hasta desplomarse mareadas en el suelo. La gente le prendía billetes a Beth en el vestido y yo se los arrancaba. ¡Esa noche gané tres mil euros!

Hubo unos cuantos que intentaron ligar conmigo. Los amigos de Ambrogio iban vestidos de extras de *Matrix*, con chaquetas largas de color negro y gafas de sol del mismo color. Al parecer, todos trabajaban en Sicilia en el sector de la eliminación de residuos o algo así, cosa que me pareció asquerosa. Y, total, después de lo de Adam no tenía el cuerpo para farolillos. Mi abuela me preguntó si era vegana «como esa tenista adorable, Billie Jean King». No comprendía por qué motivo no me había casado como mi hermana ni bailaba con los tíos guapos. (Debía de haberse quedado dormida durante el incidente con Adam.) Resultó que quería decir *lesbiana*, no *vegana*, y para quitármela de encima le dije que era gay «como esa actriz adorable, Jodie Foster», pero no sabía quién era. «¿Cara Delevingne? ¿Ellen DeGeneres?» Pero seguía sin tener ni idea.

Beth estaba tan guapa que parecía otra persona. Mientras posábamos juntas para una sesión interminable de fotos de boda, pensé en los clásicos «antes y después», como en los programas de televisión en los que les cambian la imagen a los participantes. Beth era una princesa de cuento, y yo la rana. No sé cómo, pero ella parecía más adulta, más mayor. Ya sé que oficialmente me saca veinte minutos, pero me refiero a más tiempo. Más alta, más sofisticada y segura. A lo mejor es lo que te ocurre cuando te casas con alguien con dinero, cosa que yo no puedo saber. Cuando se marcharon en un Alfa Romeo decorado con flores para allanarles el camino hacia la *dolce vita*, no pude evitar echarme a llorar. Ambrogio era perfecto y debería haber sido mío. Era injusto. Una tragedia.

La cuestión es que Beth no me hablaba desde entonces. Hasta los correos electrónicos que ha estado enviándome estos días. Pensándolo bien, en realidad no me hablaba ya antes de la boda. Desde otoño de 2007, para ser exactos.

Apago el cigarrillo y le lanzo la colilla a una paloma por la ventana. Yerro el tiro. Ese día, viéndola desfilar hacia el altar, caí en la cuenta de que nuestra divergencia era completa. Sí, el médico nos había cortado el cordón umbilical veinticuatro años antes, pero vivimos juntas hasta que cumplimos dieciséis. Alvieybeth. Bethyalvie. Compartíamos dormitorio, litera, libros. Ella me definía. Era lo más cercano que tenía a una amiga, incluso a pesar de que yo la odiase casi todo el tiempo. Y entonces desapareció.

Cuando nos mudamos a ciudades distintas, forjamos vidas separadas. Beth

fue a Oxford, a la universidad, y yo me mudé a Londres. No recuerdo por qué. Supongo que pensé que aquí el dinero crecía en los árboles, y resulta que, de tanto mirar arriba, no hacía más que pisar mierda de perro y chicle. Soy una especie de Dick Whittington en versión femenina y menos afortunada. ¿Sabías que en Archway hay una estatua de su gato? Eso es lo que pasa si te conviertes en el alcalde de Londres: la gente levanta efigies de piedra de tus mascotas. Cuando llegue a alcaldesa, si llego, alguien esculpirá una réplica a escala de Mr. Dick para la posteridad. Lo erigirán en un pedestal en Whitehall. Sé que Ken Livingstone tenía tritones, pero ¿y Boris Johnson? ¿A Donald Trump y a Boris Johnson los separaron al nacer o sólo me lo parece a mí? Ojalá alguien hubiera hecho eso con Beth y conmigo. Que nos hubieran adoptado a mí o a ella. A Beth o a mí. A Beth. Beth. Eso, a Beth.

Me echo otro trago de vino al gaznate.

Ahora no tenemos nada en común, aparte del ADN.

La gente siempre da por sentado que los gemelos son amigos del alma, que tienen una conexión sobrenatural y un vínculo imperecedero. ¿Qué coño sabrán ellos? Déjame vivir, anda. ¿Qué te parecería a ti si te pasases toda la puta vida a la sombra de un doble que te supera en todo? Eclipsada por alguien de quien se encaprichaban todos los chicos del instituto. «Pregúntale a tu hermana si quiere salir conmigo.» «Dile a tu hermana que quedamos junto a la caseta de las bicis después de clase.» ¿Tú no la odiarías? ¿Ni siquiera un poquito? ¿Aunque la quisieras casi a muerte? Supongo que puedes llamarlo *una relación de amor / odio*. Beth se ocupa del amor y yo del odio. Al menos creo que antes me quería. Como mínimo, me toleraba. Nadie me ha querido, no de verdad, como en los libros. Enciendo otro cigarrillo.

Cuando todavía estaba en la universidad, Beth escribió una novela. Como Zadie Smith, pero sin talento. Ni que decir tiene que no la he leído, pero estoy bastante segura de que no vale una mierda. Leerla sería como escucharla mientras se enrolla durante diez horas seguidas; le encanta el sonido de su propia voz (y a mí, vivir con ella me daba ganas de tatuarme en la cara ¡CALLA YA, COÑO!). No me gusta mucho hablar, sobre todo con otras personas. Prefiero la poesía.

Hoy he escrito otro haiku:

*Vacío estival:
la ciudad, desierta;
salvo por las avispa.*

Yo no he dicho que fuese bueno. Hasta los haikus me resultan demasiado

largos: tres líneas enteras. Me gustan los poemas de Ezra Pound. «En una estación del metro» sólo tiene dos versos. Lo ideal sería uno. O cero. Silencio, sin más.

Revuelvo un montón de ropa que hay dentro de una bolsa de plástico rota y encuentro un vestido que no me he puesto desde octubre de 2007: ceñido y fucsia, a lo Katy Perry. Beth compró dos iguales por nuestro cumpleaños: uno para cada una. Parecíamos los gemelos Kray, o las crías espeluznantes de *El resplandor*. ¿Me entrará? Me desnudo y me planto delante del espejo de cuerpo entero. Soy una *mozzarella di bufala*. Sólo de pensar en estar desnuda en presencia de Ambrogio me dan escalofríos. Me pongo el vestido por encima de la cabeza forzando la cremallera, que me araña la piel. No me cabe. Lo tiro al suelo y salto encima descalza. Debe de haberse encogido en la lavadora. Suponiendo que lo haya lavado alguna vez.

Miro los libros que tengo en las estanterías. No tengo cómo llevármelos todos, pesan demasiado. Hay un ejemplar de *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir, que es demasiado gordo para leerlo. Alguna cosa de Toni Morrison, Jeanette Winterson y Susie Orbach. A lo mejor me llevo uno o dos nada más. Tengo que robar un Kindle como sea.

Echo alguna otra cosa indispensable a la maleta: bragas, tabaco, navaja multiusos... ¿Y el pasaporte? ¡Mierda! ¡El pasaporte! ¿Dónde está? No lo he usado desde que fui a Milán y, desde entonces, me he cambiado de piso cinco veces. Podría estar en cualquier parte de Londres. ¿Es posible que me lo dejase en la tienda de bebidas cuando me pidieron una identificación? ¿Lo habrán vendido mis compañeros de piso a cambio de cristal? Teniendo en cuenta que hace unas horas no quería ver a mi hermana, ahora estoy desesperada a nivel psicótico por visitarla. (¿Adónde voy a ir, si no? Estar en casa de Beth es mejor que arriesgarme a que un indigente cockney me viole en un callejón por el ojete.) Y ahora estoy borracha, cosa que no ayuda. Vacío el cajón de la ropa interior en el suelo: bragas y sujetadores que no están precisamente en su máximo apogeo. Me arrodillo, miro debajo de los muebles y saco puñados de porquería. El cuarto está como si hubiera pasado un huracán. No hay ni rastro del pasaporte, sólo el desastre que yo llamo *vida*.

No tengo identidad. No soy nadie. Como un bebé que no ha nacido o una rana sin besar. ¿Cómo voy a decirle a Beth que no puedo ir? Me matará. Jamás me lo perdonará. ¡Era mi única oportunidad de hacer las paces! Porque tenemos que arreglarlo: está volviéndome loca. Merodea en mi subconsciente como un *dementor* en Hogwarts. Me chupa el alma. Está haciéndome perder la cabeza. Deprimiéndome. De pronto empieza a temblarme el labio. Me escuecen los ojos por culpa de los lagrimones calientes. Me hago un ovillo en el suelo y me quedo

dormida con la cabeza sobre la maleta como si fuera una almohada.

SEGUNDO DÍA

Envidia

@AlvinaKnightly69 «Ojalá yo tuviera un culo así.»

La culpable de que nunca tuviésemos ninguna fiesta de cumpleaños era Beth.

Bueno, celebramos la primera y última cuando cumplimos cinco.

Estábamos muy emocionadas, de eso me acuerdo muy bien: era nuestra primera fiesta de verdad. Estábamos corriendo por la casa, riéndonos, dando gritos y saltos mientras esperábamos a que llegasen los invitados. Beth se había puesto un vestido nuevo con volantes, alas de hada y un tutú, y yo llevaba un pichi viejo de Beth que a ella ya no le cabía. Nos habíamos hecho unas coletas torcidas con nuestras gomas favoritas y unos clips en forma de mariposa. Mi madre había hinchado globos y preparado bolsitas de sorpresas; había elaborado hasta una tarta con nueve velas: cinco para Beth y cuatro para mí, porque se le había roto una al regresar de la tienda. El olor a tarta recién horneada creaba un ambiente agradable en la casa; era de Mi Pequeño Pony, con glaseado de mantequilla con vainilla, mermelada de fresa y toneladas de fideos de azúcar. Pero a mí no me gustaba la mantequilla con azúcar. Ni la vainilla. Y, si te digo la verdad, la mermelada de fresa tampoco. La que se volvía loca con los caballos era Beth. Yo prefería los trols, aunque a primera vista la tarta llamaba mucho la atención: un poni volador de color rosa con alas brillantes y una crin azul que relucía y ondeaba al viento. En aquella época, los caballos volaban y la magia se respiraba en el aire. Al menos, eso era lo que pensaba yo, hasta que empezaron a llegar los invitados. A partir de ahí, todo fue cuesta abajo.

«¡Felicidades!», gritaban los niños con voz de pito al entrar. Comenzaron los juegos. Beth le pinchó la cola al burro la primera, ganó a las estatuas y también a las sillas musicales. Cuando estábamos pasando el paquete, mi madre paraba la música siempre que le llegaba el turno a Beth. Y encima le dejó cortar a ella la tarta y pedir un deseo (¡y el cuchillo era precioso!).

Ésa fue la gota que colmó el vaso. No pude más. Di media vuelta y corrí a mi cuarto con la cabeza a punto de reventar de la rabia. Se me escapaban las

lágrimas, y pasé la tarde llorando encerrada en un baño, rodeada de pañuelos de papel empapados de mocos. Desde el salón me llegaba el ruido de la fiesta en pleno auge, el radiocasete atronando con la canción favorita de mi hermana: *I Should Be So Lucky*, de Kylie Minogue. Mi madre me dijo que podía quedarme arriba «¡Hasta que aprendas a comportarte!», y Beth lo pasó en grande. No llegué a probar el poni, aunque mi hermana intentó hacerme salir varias veces dando golpes en la puerta. Suplicando. Rogando. Tiró del pomo con tanta fuerza que lo arrancó. Me ofreció sus regalos, sus tarjetas y la tarta, sólo para sentirse mejor. Pero no era lo mismo. Los juguetes de segunda mano han perdido la chispa. Y yo no quería compartir. Compartir es una gilipollez. Quienquiera que dijese que compartir es amar no tenía una hermana gemela.

Ése fue el año en que los caballos dejaron de volar.

Y, después de ésa, no hubo más fiestas.

Martes, 25 de agosto de 2015, 07.00 horas

Archway, Londres

—¿Dónde está el vino, Alvina?!

Hay alguien gritándome con acento de Liverpool. ¿Quién busca una botella de vino a estas horas? Se oyen golpes en la puerta y la manija se menea. Menos mal que había cerrado el pestillo, joder. Estoy tirada en el suelo sin ropa y con tortícolis. Voy a pasarme el día mirando hacia la izquierda.

—Quiero el vino —lloriquea el concursante de «Gran Hermano».

Intento levantarme.

—Lo siento, me lo bebí anoche. Te daré diez libras, ¿vale?

Sí, seguro.

—Que no se te olvide.

La manija deja de moverse. Se oyen pasos que se alejan por el pasillo. Silencio.

Me pongo en pie como puedo, y el suelo se mueve y da vueltas. La boca me sabe a un cenicero en el que alguien ha vertido una pinta. Ojalá me hubiese molestado en cepillarme los dientes, porque los tengo pastosos. Entonces veo un bolsillo en la parte frontal de la maleta donde, pensándolo bien, sería sensato guardar el pasaporte. Abro la cremallera. Ahí está. ¡Increíble!

Leo el nombre, por si acaso: Alvina Knightly. *Sip*, que yo sepa, ésa sigo siendo yo. Estudio la fotografía, que es de hace tiempo. Recuerdo que me la hice en un fotomatón de la estación de Paddington en 2007, justo antes de conocer a Ambrogio. Observo la cara, mi sonrisa, mis ojos. ¿Qué es eso que veo?

¿Esperanza? ¿Inocencia? ¿Juventud? Por algún motivo, parezco distinta. Estoy guapa. Cierro los ojos, aguanto la respiración, me trago el dolor y lo guardo. Lo escondo en un sótano profundo y tiro la llave. Eso fue antes de que sucediesen cosas. Antes de todo. Yo tenía dieciocho años, era jovencísima y virgen. Todavía estaba a tiempo de hacer las cosas bien. Paso la página de la foto y hojeo las demás. Está vacío, immaculado. No hay sellos. Ningún recuerdo. No he ido a ninguna parte. No he hecho nada. No he crecido. No he avanzado.

¿Qué hora es? Mierda. ¿Por qué no puse el despertador? Son las siete y cuarenta y ocho. Tengo poco más de una hora para llegar a Heathrow y no sé si lo conseguiré. Cojo el vestido que no me cabe, me lo embuto por la cabeza, me pongo una chaqueta vaquera con una mancha de dentífrico en la pechera y unas Reebok hechas polvo. Revuelvo los cajones buscando algo rosa y suave, agarro a Mr. Dick y lo meto en el bolso. Recorro toda la habitación con la mirada, pero no veo nada que me importe perder. Es posible que mis compañeros de la casa de «Gran Hermano» lo quemem todo cuando se den cuenta de que no he dejado las diez libras. Ni el alquiler de los últimos dos meses. Al salir, resisto la tentación de prenderle fuego a la casa. Bajo la escalera de tres en tres y salgo a la calle. Tardo menos de un minuto en llegar a la estación.

Aeropuerto de Heathrow, Londres

El trayecto en metro hasta el aeropuerto es interminable. Los vagones no tienen aire acondicionado: esto no es un tren, sino una sauna. Un baño turco. La puta línea Piccadilly, que es aún peor que la Northern. Estoy sentada sobre la tapicería naranja de pelusa sintética intentando no vomitar. El joven encapuchado que va sentado a mi lado juega a *Angry Birds* a todo volumen mientras se ceba a patatas fritas. ¿Cómo puede estar comiendo eso a las ocho de la mañana? Miro con rabia su reflejo distorsionado en la ventana de enfrente. Tiene suerte de que esté de buen humor.

Ojalá tuviera un libro para leer. Ojalá hubiese traído gafas oscuras. El resplandor de los fluorescentes es más fuerte que el del sol. Me tapo la cara con las manos y espero una eternidad sumida en un mundo oscuro de olor a grasa y vinagre y la musiquilla hiperactiva del videojuego. Tengo una marea de bilis en la garganta que sube y baja como si tuviera un océano en el estómago. Los vasos sanguíneos del cerebro me hacen ¡PUMBA! ¡PUMBA! ¡PUMBA!. ¿Por qué bebí tanto vino? Todavía no he estado allí, pero me imagino que el infierno debe de ser así, tal cual. Creo que, en cualquier momento, la mosca gorda y negra que está subiendo por esa ventana cubierta de vaho se convertirá en el mismísimo

Belcebú y me dará la bienvenida a la perdición. «¡Hola, Alvina! —me saludaría con voz de personaje de Disney—. ¡Bienvenida al infierno! Tenemos torturas sin fin preparadas para ti en nuestras horribles mazmorras, pero antes, ¿por qué no te presento a la peña? Osama, el Ayatolá, Idi, Pol, Adolf y Saddam, ésta es Alvina.» Menudo campo de nabos. Siempre he dado por sentado que Maggie Thatcher estaría allí, pero no: todo tíos. Esto parece el Bullingdon Club, pero sin bebida y sin follarse cabezas de cerdo.

Cuando por fin llego al aeropuerto, el control de seguridad se convierte en otra pesadilla: colas interminables para pasar por la máquina de rayos X. Me obligan a quitarme las zapatillas, el cinturón y la chaqueta. Tiro el bolso a una bandeja de plástico y veo cómo desaparece por la cinta transportadora. Paso por el detector de metales y, cómo no, se dispara. ¡PI-PI-PI-PI-PI! Genial. Justo lo que necesitaba. Una mujer con cara de pocos amigos me cachea. Le huelo el suavizante de frutas tropicales en la blusa. A partir de ahí, las cosas van de mal en peor.

—¿Es éste su bolso, señora? —pregunta un hombre uniformado.

—Ajá —respondo yo.

—Acompáñeme, por favor.

Preferiría no hacerlo, pero tiene el bolso y no me queda más remedio que ir. Rompo a sudar mientras me devano los sesos pensando en qué objeto comprometedor podría llevar dentro. ¿Las drogas de mis compañeros de piso? Puede, pero ¿para qué me las habrían metido en el bolso? ¿Acaso están usándome como mula para transportar *speed* a Sicilia? ¿Será una botella de agua de más de cien mililitros? ¿Unas tijeras para las uñas? ¿Es posible que haya metido un machete sin darme cuenta? Estoy segura de que la navaja multiusos la puse en la maleta. No se me ocurre nada más.

—Parece que su bolso está vibrando, señora. ¿Sería tan amable de decirme por qué?

Me mira con cara de funeral, y de la bandeja sale un zumbido agudo. Me acuerdo de la mosca, pero él piensa que es una bomba.

—No tengo ni idea —respondo—. Pero seguro que no es una bomba.

No digas esa palabra en el control de seguridad de un aeropuerto, porque la gente se pone un poco nerviosa. De pronto, todos enmudecen y se vuelven para mirarme. La mujer con cara de pocos amigos y otros dos tipos vestidos de uniforme me rodean. Fruncen el ceño. Uno de ellos se pone guantes de látex y abre la cremallera del bolso. El zumbido aumenta. Tierra, trágame: acabo de darme cuenta de qué es lo que llevo dentro.

—Será mejor que no mire —le advierto, según la mano enfundada en látex se aproxima a Mr. Dick.

El hombre uniformado saca el vibrador Real Feel de veintiocho centímetros y lo sujeta en alto para que todo el mundo lo vea. Un montón de desconocidos cogen el móvil y empiezan a grabar.

—¿Qué es esto? —me pregunta.

Es una réplica de color rosa de un pene erecto. Ya sabe lo que es. Todos lo tienen claro. La mujer trata de disimular una sonrisa. Y yo no le contesto.

—¿Qué es esto? —repite en voz más alta.

Hay familias con niños pequeños en la cola que estiran el cuello para ver mejor. Al menos no hay nadie que yo conozca. Al menos no está Ambrogio. Ni Beth.

—Permítame que le presente a Mr. Dick —contesto al final, después de un leve carraspeo—: un vibrador de última generación y veintiocho centímetros de largo con velocidad variable y un accesorio desmontable para el culo. Garantía de orgasmo con cada uso. ¿Quiere que lo apague? Es con este botoncito...

Estiro el brazo para pulsar el interruptor que hay en la base, pero lo aparta.

—Lo siento, pero debo confiscárselo, señora. No está permitido subirlo al avión.

Me quedo más boquiabierta que un pecesito de colores.

—¿Qué? ¿Por qué no? No está en la lista de objetos prohibidos.

Señalo un póster que hay pegado en la pared con fotografías de mecheros y cuchillas. Las pollas vibratoras de plástico brillan por su ausencia.

—Podría usarlo como arma, señora.

—¿Como arma? ¿Cómo se hace eso?

Pero él no me da más explicaciones. La mujer suelta una carcajada y finge estar tosiendo. El de uniforme intenta llevarse a Mr. Dick, pero estiro el brazo a tiempo y lo agarro. «¡No! ¡Fuera esas zarpas, cabrón! ¡Es mío!» Tres profesionales de la seguridad y más de treinta miembros del público contemplan boquiabiertos mientras el tipo suelta el vibrador y éste se me estrella contra la cara. ¡PUMBA!

Dejo escapar una lágrima que me rueda por la mejilla (qué útil es saber llorar a voluntad).

—Prometo no atacar a nadie —digo, sorbiéndome la nariz—. Mire, voy a quitarle las pilas.

Saco las dos pilas AA y las lanzo sobre la mesa.

—¿De acuerdo?

Una pausa. La mujer, que sin duda es la que lleva los pantalones, asiente. Guardo a Mr. Dick en el bolso y hago un esprint hacia la salida. La mitad de la concurrencia sigue grabando la escena en vídeo.

Me dejo caer en un sofá de la sala vip de British Airways y recupero el

resuello. ¿Qué clase de lugar es éste? Decoración espacial y orquídeas. Sofás de cuero de color crema. Lámparas de diseño y suelos de madera pulida. En un rincón hay un puesto donde hacen masajes gratis. Es como un hotel balneario de lujo. La gente me mira, gente con la que en un día normal yo no me mezclaría: hombres de negocios, escoltas, novias y esposas de deportistas profesionales, todas vestidas con un gusto impecable. Me planteo desnudarme y así darles motivos para mirarme, pero quizá no me permitan embarcar.

Cojo el móvil y miro YouTube. *Sip*. Claro que sí. Ya lo han subido. Un tío penoso ha colgado el vídeo y lo ha titulado «Turista con juguete sexual». Se ve a Mr. Dick y la parte trasera de mi cabeza. Por fin, la fama. Es increíble: ya tiene más de sesenta «Me gusta». Paro la reproducción y guardo el teléfono en el bolso. No pienso darle al icono del pulgar hacia arriba. Que los follen.

A mi izquierda se ha sentado una rubia que huele muy fuerte a jazmín. Lleva logos de Louis Vuitton de arriba abajo, a juego con el equipaje: falda de Louis Vuitton, chaqueta de Louis Vuitton, bufanda de Louis Vuitton. Es como si estuviera haciendo maniobras de camuflaje en una tienda de marca. A lo mejor es eso. A mí me dan envidia los zapatos y el bolso, y ella me mira de arriba abajo con los labios fruncidos como el culo de un gato. Le hago una peineta.

Todavía me duele el cuello. Me lo froto y meneo la cabeza.

La boca se me ha convertido en el Sahara. Al principio creo que es un espejismo fruto de mi cerebro deshidratado, pero la barra gratis es gratis de verdad.

—¿Agua? —pido.

Estoy a muy poco de tumbarme en el suelo.

Una señora muy acicalada de aspecto impecable me entrega una botella de Evian helada y me ofrece la sonrisa del millón de dólares. En el súper barato de Archway no te tratan así. No me pide dinero.

—Oye, ¿hay champán?

Un clavo saca otro clavo. Estoy obedeciendo las órdenes de Beth: cuanto más espumoso beba, mejor. No me puedo creer que lo den gratis.

—¿Le parece bien un Laurent-Perrier Grand Siècle, señora? —me pregunta con voz de Marilyn Monroe.

Creo que lo ha dicho en francés. Me da una copa y lo pruebo. Sol líquido. ¡No tardaría nada en acostumbrarme a esto! Me hago un selfi con el champán y lo subo a Instagram. «¡Poniéndome como una cuba!», con doce signos de exclamación. También lo cuelgo en Twitter: «@ChanningTatum ¡Ojalá estuvieras aquí!»

Cuatro copas más tarde, salgo de la sala para buscar un regalo. ¿Qué le compras a una chica que ya lo tiene todo? Me quedan cinco minutos antes del

embarque y no me funciona el cerebro. Vodka. Si la visita va a ser dolorosa, vale más que nos emborrachemos. Cojo una botella de Absolut y me cuelo en la caja.

—Lo siento, tengo que coger un vuelo —le digo a quien sea.

—¡Como todos! —se queja una rusa respondona que lleva un abrigo de visón.

¿Cómo se dice «vete a tomar por el culo» en ruso?

Paso por delante de las tiendas a toda prisa: Burberry, Prada, Chanel, Ralph Lauren. No hago caso de los artículos sin impuestos que me llaman como las sirenas a un marinero de celibato obligado. «Cómprame», susurran un par de botas de piel de serpiente. «¡Quiéreme!», grita un vestido de PVC y encaje. En el escaparate de Prada hay unas sandalias brillantes con tiras doradas en los tobillos. Pego la cara al cristal y lo empañó con mi aliento cálido y húmedo. Dejo marcas mojadas con el sudor de las palmas. Una botella de Poison de Christian Dior por sólo cuarenta y tres libras y cincuenta peniques. El pintalabios Violet Fatal de Tom Ford cuesta treinta y seis libras nada más. Imagínate el dinero que podría ahorrar si comprase estas gafas de sol; las Ray-Ban valen ciento cincuenta y nueve libras: el veinte por ciento menos que en la calle. Si las compro ahora, habré ganado cuarenta libras. La decisión es fácil, pero no me queda tiempo. Ni dinero.

—Último aviso para la pasajera Elvira Kingly. Embarque urgentemente por la puerta catorce. El vuelo de British Airways BA 4062 cerrará dentro de dos minutos. Elvira Kingly, puerta catorce. Gracias.

¿Elvira? Ése es nuevo. «¿Qué estás llamándome? ¿Elvira, la dama de la oscuridad? ¿Acaso parezco la presentadora de un programa americano de terror de los ochenta? ¿La reina de Halloween? Déjame vivir, anda.» Aunque al menos no me ha llamado Albino.

Corro hacia la puerta de embarque y me salto la cola. Club Class, querida. No pienso esperar. Quiero salir de aquí porque no tengo dinero ni casa ni novio ni trabajo. ¿Qué te parece? De hecho, no quiero regresar en la vida. El caos y la miseria en los que vivo no formaban parte del plan. Cuando salí huyendo de mi casa tenía grandes esperanzas. Lo recuerdo como si fuera ayer: un domingo en mitad de la noche. Acabábamos de cumplir dieciséis y me parecía que estaba embarcándome en una aventura maravillosa: *La isla del tesoro* o *Las aventuras de Huckleberry Finn*. Salí de casa a hurtadillas con todo mi mundo metido en una mochila y llegué a la ciudad haciendo autostop en la oscuridad. Me desperté en medio de Piccadilly Circus y me pareció tan bien como cualquier otro lugar: luces brillantes por todas partes, carteles de neón, un caleidoscopio de colores que daba vueltas y centelleaba a mi alrededor. Conseguí trabajo en un restaurante japonés cortando atún y calamar para hacer sashimi, encontré una

habitación en un albergue que podía permitirme y, durante el tiempo libre, pasaba horas sentada garabateando en una libreta de espiral. Haikus, sobre todo, pero también sonetos, letras de canciones, cuartetos, epigramas, un par de romances. Melancolía y congoja adolescente. Mi angustia vital estaba al nivel del de los bardos. Creía que a estas alturas ya sería una poeta famosa en todo el mundo y que estaría casada con un modelo barra actor guapísimo (¿Channing Tatum?) o, mejor todavía, con Ambrogio. Que tendría una niña pequeña tan bonita como las hadas de las flores de Anne Geddes, un Range Rover, un dachshund y una mansión en Chelsea. ¿Por qué me ha salido tan mal?

Miro por la ventanilla ovalada: nubarrones grises de tormenta sobre el asfalto, goterones bien gordos que se estrellan contra la pista. ¿No se supone que es verano? Miro el calendario en el teléfono y, al parecer, todavía es agosto.

Mientras tanto, en el avión, una azafata reparte toallas calientes por si la gente no se ha lavado. Yo me froto los brazos, la cara, las manos, los pies y las rodillas. Tengo más espacio para las piernas del que puedo aprovechar y me pongo a hacer ejercicios de cuádriceps como si nadase a braza. Estoy practicando como un renacuajo adolescente para cuando esté en la piscina de Beth. El vuelo dura sólo tres horas, pero no quiero arriesgarme a que me dé una trombosis. El hombre que está en el asiento contiguo me mira por encima de sus gafas sin montura como si yo fuese un nuevo espécimen de palurda que no había visto antes. Paro.

Se vuelve hacia la ventana, así que empiezo de nuevo. ¿Qué más da?

El avión despega con un tembleque y un gemido agudo. No me gusta volar. Porque no es natural. Es imposible que un pedazo enorme de metal vaya a flotar en el aire. Me agarro a los reposabrazos del asiento hasta que tengo los nudillos blancos. Contemplo la posibilidad de aferrarme al señor, pero no tiene pinta de ser de los que te cogen la mano. Al final me echo al gizonte un puñado de valium. Al menos, cuando el avión se incendie y acabemos siendo un amasijo de carne y de queroseno en la pista de despegue, yo estaré colocada. Podría ser divertido y todo.

La señal del cinturón se apaga con un ¡ping! ¡Estamos a salvo! Estudio la sección noble del tubo de aluminio; me gusta estar aquí delante en lugar de ahí atrás, en el transporte de ganado. Me siento vip, una celebridad. Así es la vida de Taylor o de Miley, aunque yo prefiero ser infame a famosa. Britney mejoró con la recaída, pero Winona y Whitney se llevan el primer puesto de calle. No sé por qué la gente se porta tan mal con Lindsay, si parece que está pasándose el teta.

La admiradora de Louis Vuitton está aquí, le huelo el perfume. Al otro lado del pasillo hay otra *fashion victim* con cuerpo de insecto palo y los pómulos de Kate Moss (ojalá yo tuviese esa pinta de anoréxica, en serio. Tiene cara de estar

a tan sólo unas horas de la muerte). Un octogenario con bronceado a lo Berlusconi se ha dormido con un cigarrillo sin encender colgando de los labios. ¿Demasiadas fiestas «bunga-bunga»? (Igual está muerto, pero eso se lo dejo a la tripulación.) No hay ni un solo niño y nadie me da patadas en el asiento ni en la cabeza.

—Más champán —digo al pulsar el botón para llamar a la azafata. Me pregunto qué pasa cuando mezclas champán y valium—. ¿Hay algo de comer?

Esto es un puto flipe.

Aeropuerto de Catania-Fontanarossa, Sicilia

El calor te atropella como un coche de la mafia dándose a la fuga. Me protejo los ojos de la luz cegadora con la mano y los entorno y parpadeo como un topo que nunca ha visto el sol. Salgo del avión a trompicones y, más que bajar, me lanzo desde los últimos peldaños hasta la pista. Qué daño, joder: el hormigón raspa la piel, el metal abolla los huesos. Creo que me he fracturado el codo y el brazo derecho me sangra con profusión, pero ya me preocuparé por eso más tarde. La gente me mira. (Otra vez; pero ¿qué les pasa?) Beth estará contenta, porque estoy como una cuba. Me sacudo el polvo y monto en la jardinera. Más transporte público no, por favor. Supongo que lo de Club Class aquí ya no se aplica. En Sicilia hace más calor y hay más humedad que en el coño de una puta.

Enseguida llegamos a la terminal para recoger el equipaje. Lo que más quiero ahora mismo es sentarme en la cinta transportadora y dar vueltas y vueltas como ese crío de seis años. Pues no, no se lo permiten. Y ahora su mami lo regaña. Seguro que a mí también me echaría la bronca.

Entonces me viene una idea a la cabeza con la urgencia de un «¡BAM!» de cómic: ¡Ambrogio! Está aquí. Tengo un aspecto terrible, dentífrico en la pechera y sangre en el codo de cuando me he caído por la escalera del avión. El vestido de Katy Perry está lleno de manchurroneos de color granate. Sigo sin cepillarme los dientes. Mientras me ato los cordones de las zapatillas de deporte se me ocurre algo, porque no puedo dejar que me vea con un calzado tan hecho polvo como éste: al pasar por el control de pasaportes he visto a la admiradora de Louis Vuitton discutiendo con alguien; tenía un problema con el visado y todavía no ha podido entrar. En la sala vip le he echado un vistazo al culo y creo que tenemos la misma talla. ¡Podría llevarme su equipaje! ¿Lo hago? Tengo a Mr.

Dick en el bolso y, aparte de eso, supongo que habrá hecho la maleta mejor que yo. Si te soy sincera, me vendría bien un cambio de imagen.

Cojo mi maleta de la cinta junto con la suya y hago un esprint hacia la salida con el corazón a punto de estallar. Me escondo en el baño de discapacitados y me miro al espejo: peor de lo que pensaba. Tengo un aspecto de mierda y el pelo hecho un asco, así que busco el gorro que tengo en el fondo del bolso. Me cubre el pelo, pero no la cara. Ojalá tuviera un burka a mano. O un pasamontañas. Me limpio la sangre del brazo con papel higiénico humedecido y me sorprende ver que se trata sólo de un rasguño. Cojo la maleta de Luis Vuitton. La cremallera está cerrada con un candado en miniatura, ¿cómo voy a quitar eso? Intento con un clip del pelo y compruebo que esos trucos funcionan en las películas, pero a mí no me dan resultado. Lo remuevo en la cerradura esperando oír un clic, pero es en vano. Lo meneo y lo meneo... y reniego entre dientes. No dispongo de plan B: esto tiene que funcionar. Continúo removiendo el clip pero el candado no se abre. Una gota de sudor se me desliza por el cuello. Esto no pinta bien, es hora de ponerse creativa. Venga, Alvie, ¿tú no eras poeta? Éste es el momento de desplegar tu ingenio. ¿Dónde está cuando lo necesitas? Me contemplo en el espejo y el reflejo me devuelve la mirada. Bien. Voy a buscar algo con lo que romper el candado. Escudriño el baño: ¿qué puedo usar? ¿El grifo del lavamanos? Parece pesado. Lo desenrosco y lo retuerzo para desmontarlo. Ya tengo un buen cacho de metal. A lo mejor tengo suerte y el plan sale bien. Pero de pronto me sorprende un potente chorro de agua que me salpica la cara. No esperaba que estuviese tan fría. El lavamanos se llena y se forma una cascada hacia el suelo. Tengo que darme prisa ¡o lo mojaré todo! Tiro del candado para apoyarlo en el suelo, levanto el grifo y lo estrello con fuerza.

¡PAM! ¡PAM! ¡PAM!

¡CRAC!

No me lo puedo creer: ¡ha funcionado!

Abro la maleta con manos temblorosas. Hay un vestidito negro de — ¡sorpresa!— Louis Vuitton, y el satén me produce una sensación fresca y sedosa en la piel, como de nata montada. Me lo pongo y me queda fabuloso. El corte es increíble. De pronto tengo curvas donde toca tenerlas, y también cintura. Hay un par de zapatos de tacón de aguja de mi talla que combinan. Me los pongo y de repente mido quince centímetros más. Se me echan los hombros hacia atrás, se me sube el pecho. Tengo pose de bailarina, de *prima ballerina*. Me doy la vuelta y me miro el culo: ¡un auténtico milagro!

El estuche de maquillaje de esta mujer es más grande que mi maleta. Encuentro un colorete rosa muy bonito de Yves Saint Laurent y me pongo una capa de rímel Diorshow. Añado mi característico pintalabios. Bueno, tendrá que

valer así. Me miro en el espejo temblando desde lo alto de los tacones y parezco otra persona, una mujer mucho más atractiva. Alguien con dinero. Con gusto. Con clase. Meto la ropa manchada de sangre en mi vieja maleta y me doy por preparada. Me siento capaz. Ya puedo enfrentarme al marido buenorro de mi hermana, al dios del sexo, al semental que es Ambrogio Caruso. Uy, tengo hipo.

Cierro la puerta y me olvido de la inundación.

Un tsunami de rostros se abalanza sobre mí. ¿Dónde está él? Oteo la multitud en busca de un modelo de Davidoff, pero no veo más que un mar de desconocidos blandiendo cartulinas con el nombre de otros: Alessia, Antonio, Ermenegildo. Creo que ninguno de éstos soy yo, aunque tal vez hayan enviado a un chófer. ¿Uno con dislexia, quizá? ¿Podría ser el cartel de Elena? ¿El de Aldo? Seguro que es el de Adrian. Estoy harta de esta mierda.

Hay un grupo de monjas vestidas con hábitos negros, griñones blancos y crucifijos colgando del cuello; irradian calma: tranquilas, iluminadas, felices, serenas. Debería haberme hecho monja, pero supongo que ahora ya es demasiado tarde. Podría haber hecho algo de provecho en la vida, escribir más haikus. Ganar el Pulitzer. El Nobel. Pero me dejé distraer con demasiada facilidad. Demasiados hombres, demasiados dramas. Debería haberme centrado en la poesía, no en los chicos. Eso no incluye a Ambrogio, porque Ambrogio es diferente. Él y Channing Tatum. Suspiro.

Venga, vamos. Date prisa. Estoy aquí más plantada que un palo.

Ahí está. Ay, Dios mío, ¿cómo he podido no verlo? De pronto, el mundo se detiene. El plano se congela y yo no veo más que su cara preciosa. Qué porte. Qué guapo es. Lleva gafas de sol, aunque estemos dentro. Moreno de primera clase. La camisa blanca y recién planchada, como las sábanas de hotel. Ese bulto en los vaqueros estrechos que impide concentrarse en otra cosa.

Beth es una hija de puta.

—¡Alvina! —dice Ambrogio, y me saluda con la mano antes de quitarse las Wayfarer—. ¡Madre mía, no te había conocido! ¡Ven aquí!

Le devuelvo el saludo con la mano y sonrío. Sé a qué se refiere: no suelo tener muy buen aspecto.

—¿Cómo estás? —me pregunta.

Está moreno y se le adivina un poco de barba. Qué barbilla tan bonita. Y qué sonrisa tan encantadora. De hecho, todo él es adorable. Es perfecto. Lo quiero. Debería haber sido mío. Me tambaleo sobre los tacones, hago un giro repentino, resbalo y casi me caigo al suelo, pero aterrizo en sus brazos. Mmmm, ahora me acuerdo de su loción para después del afeitado: Armani Black Code. Sensual, exótico. Lo llevaba el día que nos conocimos.

—¡Qué guapa estás! ¿Has adelgazado?

Farfallo algo incomprensible que suena a *asgra*.

—Estás borracha —dice entre risas.

—Me dijo Beth..., champán.

Me había olvidado de su acento italiano: irresistible de tan mono que es. Le miro los ojos marrones y me hundo en sus profundidades, me ahogo en ellos. Nutella o Nesquik o chocolate fundido. De pronto, regreso en el tiempo al día en Oxford. Mi primera vez..., nuestra única vez.

Mierda, ¿qué es eso? ¿Logos de Luis Vuitton? ¿Ella también ha salido? ¿Acaso está siguiéndome? Respiro hondo y escudriño la muchedumbre con histeria. Pero no es ella. Es otra mujer. Tengo que irme de aquí o la situación podría volverse incómoda. Aunque, si llegamos a las manos, sé que sería capaz de dejarla KO. Estoy segurísima. Seguro que sí. Casi seguro, vaya. O a lo mejor no.

Me rodea la cintura con el brazo y me coge una de las maletas. Tiene el cuerpo caliente. Siento un cosquilleo por toda la piel. Apoyo la cabeza en su hombro y aspiro su aroma: una fragancia oriental, tabaco, cuero. Acabo de llegar y ya lo deseo; esto va a ser duro. Me concentro en caminar en línea recta hacia el coche. Es más difícil de lo que parece.

La gente se aparta para dejarnos pasar. Una vez más, están mirando. ¿En quién se fijan, en mí o en Ambrogio? Debe de ser en él, y lo entiendo. Ni yo misma soy capaz de quitarle ojo. Cogemos el ascensor hasta la planta baja. Siempre he querido hacerlo en un ascensor. ¿Es posible que esté todavía más guapo? ¿Cómo puede ser? Han pasado dos años, pero los hombres son así, mejoran con la edad igual que el queso extranjero, el vino bueno y George Clooney. Es injusto. Yo estoy hecha un espantajo y me la juego a que Beth ya se ha hecho una liposucción y una abdominoplastia, además de un aumento de labios y de pecho, y un tratamiento de láser por todo el cuerpo. Quizá no la reconozca. Seguro que está clavadita a Megan Fox y hecha de plástico al noventa por ciento como mínimo.

El Lamborghini está aparcado en la acera, junto a la puerta. Raro. Es muy muy brillante y muy muy rojo. Tiene unas curvas seductoras increíbles. Estudio el logo del capó reluciente: un toro dorado sobre un escudo negro liso. Es la clase de capó en el que posaría en bikini una modelo glamurosa, y me pregunto si la chica va incluida con el coche. A lo mejor está metida en el maletero, desesperada por escapar. Si es así, luego la encontraremos con las uñas rotas de tanto arañar, la manicura francesa arruinada y las puntas de gel arrancadas. Nunca he estado tan cerca de un coche tan caro y vacilo antes de tocarlo. Ambrogio se da cuenta, se ríe e intenta dar explicaciones.

—Es un Miura del 72. Venga, Alvie, que no muerde.

No, el coche no, pero puede que yo sí. ¡Dios mío! Esos labios de Marlon Brando: seductores, voluptuosos, carnosos, gruesos. Se los besaría, se los mordería y se los arrancaría. Mataría por un morreo, el sabor fugaz de su lengua mientras sus labios suaves y cálidos hacen presión con los míos. Debe de saber al cacao del tiramisú. A la brisa en góndola.

Lanza las maletas al maletero (donde no hay ninguna modelo), me abre la puerta del copiloto, y yo me deslizo sobre el cuero. Huele a selecto. Es sexo sobre ruedas. Acabo de decidir que me gustan los Lamborghini; son mi nuevo coche favorito. El Batmóvil lo sigue muy de cerca, y en tercer lugar está el DeLorean de *Regreso al futuro*. En el parabrisas hay una multa de aparcamiento y veo que se acerca un guardia obeso. Se apresura en nuestra dirección dando resoplidos con la camisa a punto de estallar y el pelo que le cubre la calva ondeando al viento. Arranca el papel de debajo del limpiaparabrisas, lo hace pedazos y le abre la puerta a Ambrogio para que suba. Es raro.

—*Signor Caruso!* —exclama, y hace una gran reverencia—. *Mi dispiace! Mi dispiace!*

Ambrogio no hace ni caso.

Muy raro.

—Beth me ha pedido que te transmita sus disculpas —me dice—. Quería venir a recibirte pero, como puedes ver, sólo hay dos plazas.

—Ah, bueno, no pasa nada —respondo, y aparto la mirada.

Él sigue mirándome a los ojos. No te sonrojes, Alvina. No digas ninguna estupidez, coño. Esto no es incómodo: esto es una puta agonía. Pero supongo que, al mismo tiempo, me encanta. Necesito tranquilizarme. Un poco de calma. Cierro los ojos, respiro hondo y empiezo a contar mentalmente hacia atrás desde trescientos. Trescientos, doscientos noventa y nueve, doscientos noventa y ocho...

No sirve.

Arranca el motor, y me tiembla todo el cuerpo. Eso sí que es potencia. Mi sillón vibra y me resulta muy agradable. ¿Será una característica intencionada? Las ruedas derrapan y se oye un chirrido agudo. Salimos del aeropuerto con un volantazo y, antes de que yo me dé cuenta, estamos en mitad de la *autostrada*. Ambrogio ha puesto *Nessun dorma* a todo volumen.

—¡Pavarotti! —me grita, y guiña el ojo—. Me alegra mucho que estés aquí. Beth está encantada de que hayas podido venir de improviso. ¿Habías estado en Sicilia?

Eso es, Alvie. Una charla distendida. Tú puedes. Sé buena.

—Esto... No. He estado en Milán, claro; el día de tu boda. —Una pausa. Me sonrojo. Será mejor no hablar de eso—. Y Beth y yo fuimos de excursión con el

instituto a Pompeya.

Tengo doce años. Nos miramos. Estira el brazo y me aprieta la mano. Pero ¿qué me estás contando?

—Me gusta el pintaúñas —dice, sonriendo de oreja a oreja.

Me miro la laca de uñas de color verde lima. No sé si le gusta o si está burlándose de mí.

—Yo viajo mucho, siempre de aquí para allá —explico deprisa—. El fin de semana pasado estuve en Los Ángeles, en Nueva York el anterior y en Sídney el de antes.

—¿Fuiste hasta Australia a pasar el fin de semana?

—Eh..., ¿sí? —respondo.

¿Qué tiene eso de raro? Oigo a Beth chistarme sobre las emisiones de dióxido de carbono.

—Genial —dice, y se ríe—. Pues estamos muy contentos de que hayas venido.

Pierdo la capacidad de hablar.

Me recuesto en el cuero y me arrellano. He vuelto a verlo. Además, estar a solas con él me abruma.

El paisaje siciliano yace ante nosotros. Curvas que compiten con las de Sophia Loren, y nosotros a ciento ochenta kilómetros por hora. Él pisa el acelerador a fondo, y el motor ronronea. Tengo la impresión de que Ambrogio está fardando de coche sólo para mí y eso me encanta. Las comisuras de mis labios forman una sonrisa, y yo me aferro a los bordes del asiento como una gata con sus garras. Por la ventanilla veo una serie de viñedos que la velocidad funde entre sí. Los olivares se mezclan unos con otros. «Más rápido. ¡Más, más! Llévame hasta el horizonte sin mirar atrás. Quiero perderme en este paraje glorioso, solos tú y yo, Ambrogio. Quiero que desaparezcamos en esta isla.»

Salimos de la carretera nacional donde una señal indica TAORMINA.

—Ya casi estamos —indica él con una sonrisa, y se pasa los dedos por su cabellera de anuncio de champú.

Subimos una cuesta empinada sin bajar la velocidad. Más rápido, no pares nunca. Quiero que siga conduciendo y que este momento no acabe.

—La casa está arriba del todo.

Hectáreas de huertos de cítricos nos rodean. Es como estar en un cuadro al óleo: amarillo, naranja y verde. El aroma es abrumador: potente y delicioso. Limones grandes como melones. Subimos hasta la cima entre los árboles, y yo imagino que Ambrogio detiene el Lamborghini en un claro (siempre he querido hacerlo en un coche). Sólo que esta vez significaría algo para él. Esta vez sería importante. Esta vez no me dejaría por mi hermana gemela.

Pero no se detiene en ninguna parte.

Entramos en la propiedad —una verja automática que se abre por arte de magia—, y apaga el motor.

—¡Ya hemos llegado!

Taormina, Sicilia

La hostia puta. ¿Mi hermana vive aquí?

Me salen símbolos de dólar en los ojos: el chalet es una locura, debe de haber costado un cojón y medio.

—¿Todo esto es tuyo?

—Lo heredé de mis padres.

Ay, sí, ya me acuerdo. Me lo había contado Beth: murieron. Pobre Ambrogio, que sólo tenía trece años. Trece y millonario. De hecho, eso es alucinante, y seguro que ni le importó. Y, por suerte para él, es hijo único y no tiene una hermana mayor estirada con quien repartírselo.

—*Benvenuta!* —me dice.

Me abre la puerta y me coge la mano. Los asientos son tan bajos que lo necesito, sobre todo con los tacones. ¿Cómo se las arregla la gente para caminar con esto? Me levanta y yo me apoyo en el coche para estabilizarme, me protejo los ojos con la mano y parpadeo a la luz del sol.

—¡Vaya!

Parece el decorado de una lujosa sesión de fotos de moda para *Vogue* o *Elle* o *Vanity Fair*, y me da la sensación de estar a punto de ver a Gisele Bündchen tomando el sol en una tumbona: biquini de lamé dorado, daiquiri, bronceado. ¿Dónde están las cámaras? ¿Y los flashes? ¿El clic de las tomas? Me recuerda a los mundos lejanos de fantasía de *Condé Nast Traveller* y del *Sunday Times Travel*, a las propiedades de ensueño de los programas de televisión. Sólo que esta vez es evidente que estoy aquí y, por tanto, debe de ser real.

Edificios antiquísimos de color rosa con tejados de terracota se extienden por las hectáreas de jardín. Jardines perfectos de arriates y parterres bien

cuidados. Las flores son tan bonitas que me cantan: geranios rojos, fucsias de color morado, toda la gama de azules, franchipanes, buganvillas, violetas. El paraíso. El edén: rosas y flores de cactus, jazmín y camelias. Palmeras altas como torres que se mecen con la brisa y cuyas copas explotan como fuegos artificiales.

Entonces veo la piscina: fresca, profunda, seductora. Las losas de piedra volcánica enmarcan el azul opalescente. Los diferentes tonos del agua brillan al sol inclemente de Sicilia, y las centellas de luz me ciegan. Las palmeras y las rosas se reflejan en el espejo de la superficie: un cuadro de Hockney, un oasis. Está rodeada de hamacas de lino de color crema y sombrillas, colocadas como si nada sobre esa maravilla de enlosado. El agua parece tranquila y tan atrayente que a duras penas consigo no tirarme dentro. Quiero chapotear como las buenorras de los vídeos musicales, fingir que soy una adolescente en las vacaciones de primavera.

Doy media vuelta y, al ver la casa, me quedo boquiabierta. Ni siquiera parece de verdad, sino un fotograma de una película de la era dorada de Hollywood, algo romántico sacado de una de Federico Fellini o el decorado de *Vacaciones en Roma*. Echo un vistazo para ver si están Audrey Hepburn y Gregory Peck. Hay muros ruinosos cubiertos de hiedra, las hojas de un color esmeralda cuyo brillo es casi demasiado verde. El cartel que figura junto a la puerta dice: LA PERLA NERA. Alcanzo a ver el mármol por una ventana abierta; las cortinas ondean en la brisa como si fueran nubes amarradas al cielo.

No sé cuánto tiempo me quedo contemplando la escena.

Creo que estoy soñando.

Hay alguien pronunciando mi nombre.

—¿Alvina? —Me veo a mí misma (en un día bueno) corriendo hacia mí con los brazos tendidos. Se me hace un nudo en el estómago. Debe de ser Beth. Es extraño, porque dos años son un período muy largo: he olvidado lo que significa formar parte de un todo, tener un doble, una copia, ser un puto extra en tu propia vida.

—¡Alvie, has venido! ¡Dios mío, ya estás aquí!

Mi hermana gemela se me echa encima y me envuelve en un abrazo violento.

—¡No me puedo creer que hayas venido!

—Gracias por los billetes. No hacía falta —digo, e intento respirar a pesar de sus brazos y su exuberancia.

Beth huele dulce, como un puesto de algodón de azúcar. Me da un beso en cada mejilla y me suelta. Por fin.

—¿Qué dices? No seas tonta. Me cuesta creer que estés aquí de verdad.

Vamos, que te enseñe la casa.

Me coge de la mano, y yo la sigo. Me lleva a la sombra de un limonero precioso sin dejar de parlotear con alegría como un pajarito cantando.

—Estás guapísima. Siéntete como en tu casa. Me muero de ganas de que conozcas a Ernesto; ahora está durmiendo, pero en cuanto se despierte, es todo tuyo. ¿Qué tal el viaje?

¿Por qué se alegra tanto de verme? Está demasiado animada. Demasiado emocionada. Casi nerviosa. Estoy a punto de contestar cuando una nube flota delante del sol y lo tapa. De pronto el jardín se oscurece un poco y la temperatura desciende. Un hombre vestido de negro de los pies a la cabeza, con gafas de sol negras y un sombrero negro y gris planea como un murciélago desde la villa hasta un vehículo que está aparcado en la gravilla. Abre la puerta de un monovolumen reluciente de color negro y se sube. Una brisa me roza el cuello y me baja por la espalda. Me estremezco.

—¿Quién es?

—Nadie.

Ya, claro.

Vigilo mientras el coche hace crujir la gravilla y recorre con lentitud sobria el camino largo y serpenteante que sale de la propiedad. La verja automática se abre sin hacer ruido. El hombre y el monovolumen doblan la esquina y desaparecen.

—Vamos adentro —propone Beth, y continúa contándome cosas.

¿Es posible que esté hablando más de lo habitual o es que ya no estoy acostumbrada a su parloteo incesante? Ambrogio saca el equipaje del maletero y nos sigue. La verdad es que no estoy escuchándola, sólo soy capaz de mirar. Hay demasiado que ver, y el resto de mis sentidos quedan en un segundo plano. El cuerpo de Elizabeth. La cara de Elizabeth. El pelo de Elizabeth. Poso la vista en el hombro bronceado de mi hermana gemela: piel luminosa, iridiscente. Le miro los ojos: verdosos, vivos. Lleva una melena acariciada por el sol, con mechas. Está impresionante, y creo que no se ha hecho ningún arreglo. Todo parece de verdad. Quizá sean genes buenos. No, no puede ser. Tiene que ser el dinero. El dinero ayuda, sin duda. Cualquiera pensaría que tiene la mitad de años que yo.

Soy Narciso mirando a Beth. Narciso enamorándose. Y muriendo de envidia.

La sigo por una pérgola de rosas trepadoras, suelo de mosaico y alfombras marroquíes. El interior de la casa es luminoso y espacioso: un atrio majestuoso, el olor de las magnolias. No he estado en el Ritz, pero creo que debe de ser así. Todo parece estar hecho de mármol blanco, y las motas plateadas titilan como polvo de diamante bajo los rayos de luz. Los sillones y las *chaise longues* están

tapizados en tonos crema y dorado, y en las paredes cuelgan tapices preciosos y retratos de señoras: nobles del Renacimiento ataviadas con suntuosos vestidos de seda, cuentas de cristal en el pelo y joyas relucientes. Esmeraldas, diamantes y perlas resplandecientes. Beth y yo pasamos por delante de espejos con marcos dorados y nuestros rostros se reflejan hasta el infinito.

«Un edificio del siglo XVI con detalles arquitectónicos originales de la época...»

Beth tenía razón, estoy encantada. ¿Quién no lo estaría? No quiero marcharme de aquí en la vida.

Subimos una escalera de mármol, y me detengo a admirar un cuadro que cuelga de la pared. Es el retrato de un niño; su piel pálida irradia luz en contraste con el fondo en penumbra. Blanco sobre negro. Duerme tranquilo con ademán dulce y angélico. Es lo más bonito que he visto en la vida. Beth se da cuenta de que lo observo.

—¿Te gusta? —pregunta sonriendo.

Cuando estoy a punto de contestar, me percató de que ya ha dado media vuelta y está corriendo arriba.

Sus pies desaparecen por la escalera. Sandalias de plataforma y purpurina con tiras doradas para el tobillo. Son las mismas que he visto en el escaparate de Prada, la segunda cosa más bonita que he visto en la vida. Creo que voy a tirar las Reebok viejas, porque tampoco voy a necesitar zapatillas. Ni que yo hiciese deporte...

—Éste es tu dormitorio —dice con una gran sonrisa.

Beth abre la puerta de doble hoja y me conduce a una habitación de invitados bañada por el sol. Está en el primer piso y tiene vistas a la piscina. Es vasta, palacial, y los techos son el doble de altos que los del apartamento de Archway. La cama es enorme y en ella caben al menos tres personas (¡ojalá!). De la pared cuelga un cuadro de la crucifixión, todo colores primarios y un cielo azul y soleado. Jesucristo tiene un aspecto radiante, porque en Taormina todos son felices... Hay un balcón de Julieta con una balaustrada de hierro forjado y un biombo antiguo en un rincón del cuarto. Resigo los trazos de pincel japonés con el dedo: una imagen estilizada de un pájaro volando. Sobre el tocador hay un ramo de flores, y su fragancia azucarada llena el espacio.

Estoy aguantando la respiración porque todo esto es demasiado. No puede ser real, sino un sueño precioso. Dentro de un minuto mi hermana me pellizcará y me despertará. Estaré de regreso en Archway, rodeada de los concursantes de la casa de «Gran Hermano», buscando un pasaporte que jamás encontraré. Me froto los ojos y parpadeo.

—Te he comprado unas cositas, por si te hacían falta —dice Beth—. He

pensado que a lo mejor traías poco equipaje.

Me hace ojitos con sus pestañas postizas y se muerde un labio brillante y voluptuoso.

—Espero que no te importe...

Empiezo a salivar, porque junto a una de las paredes hay seis o siete bolsas grandes. Blanco reluciente con la palabra PRADA escrita en los costados, lazos bonitos de cinta negra. Beth ha salido de compras. ¿Es todo para mí? Por eso quería saber mi talla... Madre mía.

—No hacía falta —le digo.

¿Es ésa la reacción adecuada?

—No es nada, sólo cuatro cosas básicas, la verdad. Bañadores, sarongs, sombreros para el sol, faldas. Ya me dirás si necesitas algo más.

Vuelco las bolsas encima de la cama: vestidos y blusas con la etiqueta puesta. Una falda de verano con estampado de flores. Una rebeca fina de ganchillo. Sólo el bikini ya cuesta seiscientos euros, y yo que acostumbro a comprar en tiendas baratas... Paso la mano por las telas suntuosas, las acaricio, las mimo.

—Qué maravilla verte —dice ella.

Paro y la miro. No me convence. Nunca nadie se ha alegrado tanto de verme, excepto el perro viejo de mi abuela, y eso sólo porque le gustaba frotarse contra mi pierna. «¡Fenton! ¡Fenton! ¡Deja a Alvina en paz!»

—Entonces ¿no te importa lo de...?

—¿Lo de la boda? —me pregunta.

Aparto la mirada. Iba a decir lo de Oxford.

—Sí, eso.

Me da otro abrazo.

—Que sepas que lo he olvidado todo.

—Vale —contesto.

Le huele el pelo fantástico, a pradera en flor. A lo mejor es cierto y me ha perdonado. ¿Es posible que, al fin y al cabo, me quiera?

Por la ventana se oye el canto de un cuco.

Creo que voy a sentirme muy a gusto aquí, Beth. Creo que sí.

—¿Qué té te apetece más? ¿Earl Grey? ¿De Ceilán? ¿Rooibos? ¿Darjeeling? Justo ahora tengo un té *oolong* a granel que traen del Tíbet que está buenísimo.

—Eh... —digo.

No puedo pedirle la típica bolsita de té con leche.

—Voy a hacer una tetera de *oolong*.

—Genial.

La veo desaparecer en dirección a la cocina. La melena ondea a su espalda como una crin rubia y brillante. Parece una Barbie. Brigitte Bardot. Parece una versión nueva y mejorada de mí: Alvina Knightly 2.0. Y la sensación no me gusta. Me siento en el borde de una butaca de color chocolate blanco intentando no tocar nada para no ensuciar y mantengo las distancias con la mesita de cristal, por si se rompe. Tengo un peso en el pecho, como si me hubieran envuelto en cinta americana; no puedo ensanchar las costillas. Me clavo las uñas en lo más carnoso de la palma y espero a que Beth regrese. Con sudores. Me pregunto qué querrá pedirme. No sé a qué he venido.

Una alfombra de color crema llena la estancia. Tiene flores bordadas en los extremos y unos dibujos en espiral de colores verdes y blancos. Creo que son lirios. Me acuerdo de la moqueta de Archway, tan vieja que había cosas viviendo en ella; no recuerdo haber visto a nadie pasar la aspiradora. De hecho, creo que ni siquiera teníamos una. Muevo los dedos de los pies por el pelo suave y tupido de ésta. Todo está como una patena. Seguro que tiene empleados domésticos.

En la mesita de café hay una foto de Beth y de Ambrogio con un marco que reluce como si acabasen de pulirlo. Me recuerdan a Brangelina o a cualquier otra pareja de Hollywood. Dientes blanqueados, sonrisa demasiado amplia. No parece real. Hay un jarrón de porcelana de color azul y amarillo, limones y franchipanes pintados a mano. La chimenea está tan limpia que no deben de haberla estrenado siquiera.

—Aquí llega el té —anuncia Beth al entrar por la puerta.

Me sobresalto. Lleva una bandeja de plata que posa en la mesa. Coge dos teteras pequeñas, dos tacitas delicadas de porcelana y dos platitos con flores a juego y, con simetría perfecta, los dispone delante de mí en la mesita. Sirve el té en las tazas individuales con las teteras individuales con la misma elegancia de una geisha. El chorro de té produce un tintineo precioso al contacto con la porcelana. La escena es toda una ceremonia.

—Alvie, ¿está bien así de fuerte? —pregunta—. ¿O es demasiado suave?

—No, está bien —contesto.

—¿No está demasiado fuerte?

—No.

Deja la tetera. Ya estamos. Sea lo que sea que necesita, ha llegado el momento.

—¿Quieres azúcar? Tengo blanco y moreno. No te preocupes, es de comercio justo.

¿Me ha visto cara de preocupada?

—No, gracias —respondo.

—¿Quieres que te traiga edulcorante? Tengo estevia en la cocina.
¿Qué coño es *estevia*? Suena a una enfermedad de transmisión sexual.

—No, gracias.

—No me importa ir a buscarla.

—No quiero estevia.

Busco la leche con la mirada.

—¿Me pones un poco de leche?

—Ay, el *oolong* se toma sin leche.

—Vaya.

Claro que es sin leche. Qué tonta soy.

—Bueno —empiezo—, querías pedirme algo, ¿verdad?

Sin embargo, algo me distrae. O, más bien, me despista. Beth levanta la campana plateada de un expositor de tartas y revela una cosa asombrosa. Hay una tarta rellena de crema pastelera de color amarillo y un dibujo precioso hecho con piñones. Están tostados, dorados, y tienen un aspecto delicioso. La crema pastelera parece suave y ligera.

Beth se da cuenta de que estoy babeando.

—*Torta della nonna*. Es mi favorita. Ya verás, te va a encantar.

Corta una porción generosa y me la sirve en un plato muy delicado con una servilleta doblada y un tenedor de plata diminuto. Huele a limón y a azúcar glas. El plato está decorado con capullos de rosa y rosas en flor, y el tenedor parece una antigüedad.

—¿Tú no tomas? —pregunto con incredulidad al ver que no se sirve.

—No, no. Yo estoy a dieta: nada de gluten, lácteos ni azúcar.

Entonces ¿qué narices come? ¿Aire? Cojo el tenedor y lo clavo en la tarta.

—Mmmm.

Beth sonrío.

—Ya te había avisado.

Me observa mientras mastico.

Pincho otro pedazo y otro y otro más. Dios mío, no me canso. ¿Es posible tener un orgasmo de las papilas gustativas? Creo que acabo de tener uno.

—¿Puedo comer un poquito más? —pregunto, antes de limpiarme la boca con el dorso de la mano y lamerme los labios.

Estaba muy bueno. Buenísimo.

A Beth le cambia la cara. Se queda boquiabierta y empieza a meter el labio inferior hacia dentro.

Paro de masticar a medio bocado. Ay, no, ¿qué he hecho ahora?

—Alvie, estás llenando la alfombra de migas.

—¿Alvie? ¿Alvie, estás bien?

Debo de haberme quedado dormida o traspuesta. Estamos en la habitación del niño, rodeadas de barquitos y de locomotoras, de juguetes y de parafernalia infantil: un cambiador, una cuna, un zapatero con parejas de botas azules, nuevas y diminutas. Hay una hilera de libros de cartón en miniatura. «Mi primer abecedario.» Me siento como una gigante en una casita victoriana de muñecas: éste no es mi sitio.

—¿Estás bien? —me pregunta Beth, y me toca el brazo.

Lo aparto.

—Sí.

No, no estoy bien. ¿Qué es lo que quiere? ¿Qué está pasando? No me ha invitado para jugar a mamás y a bebés. No he venido a tomar el té.

Ernie esboza una sonrisa amplia y estúpida, y de la comisura de los labios le sale una burbuja de saliva.

—Ba, ba, ba —dice mirándome.

Estudio el rostro de mi sobrino.

—Sí, estoy bien. Pero es que...

Pero ¿qué, Alvina? ¿Que se parece a ti? Desgrano los rasgos de su carita: ésos son mis ojos. Mi nariz, mi boca y mi barbilla. Los reconocería en cualquier parte. Se parece a mí cuando yo era un bebé. Podría ser hijo mío.

Un dolor me brota en el vientre como una herida recién abierta y entonces recuerdo: el olor penetrante del desinfectante de la clínica, la peste a lejía, la mirada vacía del techo, las cortinas sofocantes, las paredes tan blancas, el jarrón vacío de la mesilla, los lloros de los demás, agujas relucientes, bacinillas de cartón para vomitar y el dolor insoportable que me volvía loca y me dejaba marcas donde me mordía las manos y la

sangre,

sangre,

sangre.

Han pasado ocho años.

Fue todo culpa de ella.

—Es que... ¡es tan guapo! —exclamo al final, cosa que me sorprende a mí misma.

Lo cierto es que lo es: un angelito. Beth sonrío porque lo sabe.

—Gracias —responde con orgullo.

Le pasa los dedos por la mata de rizos dorados y le planta un beso en su cabecita de querubín. Ernesto es precioso, como uno de los bebés modelos que aparecen en los anuncios del metro, como el niño dormido del cuadro que había en el pasillo. Ojos grandes y azules como el océano. Me sonrío con el optimismo inocente que sólo demuestran los niños. Tiene las mejillas más redondas y sonrosadas que una manzana. Es un osito de gominola de tamaño real. Azucarado. Dulce. Nunca llegué a mencionarle el embarazo, no sabe que tuve un aborto espontáneo. Pero la ignorancia no es un eximente.

—¿Quieres cogerlo?

—¿Qué? No.

El pánico me domina.

—Ernie, ¿quieres un abrazo de tu tía Alvina? —pregunta Beth.

Lo coge y me lo acerca.

—No, de verdad. Nunca he tenido un...

—No seas tonta, no pasa nada. Le caes bien, se le nota —dice, y se ríe—. ¿Quieres darle el biberón?

Y de pronto lo tengo en el regazo, ligero pero rollizo. Lo agarro con fuerza y el cuerpo en tensión, muerta de miedo por si se me cae o lo rompo o algo peor. Ernie me mira y balbucea entre risas.

—Ma, ma, ma.

Parece que está bien.

Escucho su respiración —inspirar, espirar; superficial como la de un gatito — y le huelo el pelo con olor a gel de baño para bebés. Intento no derramar lágrimas, es demasiado injusto. Éste debería haber sido mi bebé. No quiero soltarlo.

—Ma, ma —dice, y estira el brazo hacia Beth.

—Ohhh —responde ella—, quiere a su mami.

—Tómalo.

Se lo devuelvo.

—Es tuyo, cógelo tú.

Beth arruga el gesto.

Tengo las mejillas sonrosadas, hace demasiado calor. ¿Quién ha encendido

la calefacción?

—Ma, ma, ma.

Es todo culpa suya y jamás se lo perdonaré.

—Ma, ma, ma, ma.

—Cuéntame, ¿qué ha ocurrido con tu trabajo? —me pregunta.

Entonces me pasa las tijeras para cortar la etiqueta del bikini nuevo. Es un modelo palabra de honor de Prada en negro y rojo con pedrería en la parte delantera. Las tijeras están bien afiladas.

—Ah, sí...

Ris, ris.

—Me iba tan bien que la competencia se enteró.

Ris, ris.

—Me han reclutado, ¿te imaginas?

—¡¿En serio?! —exclama—. No sabía que hubiera cazatalentos para poetas.

—Muchísimo más dinero, coche de empresa...

Lanzo las tijeras sobre la cama.

—Vaya. Y ¿quién era?

—¿Cómo?

Me bajo la cremallera del vestido y me lo quito. Tengo marcas rojas justo donde se me han clavado las costuras.

—La competencia.

—Pues...

Me desabrocho el sujetador.

—¿*Esquire*? La revista. Necesitaban una poeta jefe.

Me mira de arriba abajo. Creo que no se lo ha tragado.

—O sea, que te han despedido.

—¿Despedido? ¡No!

Me observa mientras me quito las bragas y me echa un vistazo a las ingles.
Me vuelvo.

—Y ¿qué me dices del apartamento nuevo de Londres? ¿Qué tal con los compañeros de piso?

Dejo la ropa hecha un gurrño en el suelo, pero Beth pone cara de estar escandalizada y forma una línea con los labios, así que la doblo con cuidado y la coloco a los pies de la cama.

—¿Graham y Pam? Bueno, ya sabes, son geniales —contesto—. Más que amigos, somos familia. Nos llevamos fenomenal desde el primer día.

Me pongo la braga del bikini y me la subo de un tirón hasta las rodillas. Oigo un crujido: el plástico protector, que todavía está pegado en la entrepierna. Me la quito y lo arranco.

—O sea, que los odias, ¿no? —comenta Beth con una sonrisita.

¿Cómo lo hace? Parece que me lea la mente, joder. Miro las tijeras. El mango es negro, y los ojos, redondos; las hojas, largas y plateadas. Relucen. Brillan. Centellean a la luz del sol y repiten mi nombre.

—Están... bien.

Me ajusto el bikini, porque los cordones me hacen parecer una sobrasada. No hace falta que sepa que me han echado del piso.

Beth lleva un tanga de rayas rosa y beis estilo Missoni. Yo escondo mi nueva prenda bajo un sarong de Louis Vuitton y un sombrero de paja de ala ancha. ¿Cómo puede ser que Beth y yo tengamos la misma talla y a mí se me vea gorda?

Nos hemos tendido junto a la piscina a disfrutar del sol, pero yo estoy derritiéndome en la tumbona como un helado de vainilla. El sol es brutal, y se me empieza a chamuscar la piel a pesar de la capa de protector factor cincuenta que me he untado antes de salir. Tengo las rodillas de un rojo alarmante. Mi hermana coge el iPhone y la vigilo mientras marca el código de seguridad: 1996. Pues qué fácil de recordar; es el año en que las Spice Girls lanzaron *Wannabe*. Le escribe un mensaje a alguien con muchos emoticonos de besitos.

Una mujer sale con una botella de vodka y un par de *limonate* con hielo en una bandeja. Es el Absolut que he traído para Beth. Gracias, gracias, gracias, joder. Estoy más allá de la desesperación, Beth no ha callado desde hace más de una hora y ya no aguanto más. La mujer tiene los ojos oscuros, pelo negro y rizado, y el cutis bronceado y curtido. Me sonrío.

—*Mamma mia!* ¡Si hay dos Elisabettas! —exclama.

Da palmas y se toca los labios con las yemas de los dedos.

Ya estamos: el entretenimiento gratis, el carromato de las mujeres fenómeno, el dúo cómico. «¡Pasen y vean!, y no olviden señalar con el dedo con cara de pasmarote.» Deberíamos cobrarles por minuto. Así las dos seríamos millonarias (no sólo Beth).

Mi hermana estalla en una de sus típicas risitas despreocupadas.

—*Non ci credo!* ¡Sois iguales! —clama la señora.

Yo no estoy de acuerdo, y ella debe de ser muy simple. ¿Es que no hay

gemelos en Italia?

—Alvie, ésta es Emilia, nuestra ama de llaves y niñera. Es una maravilla. Emilia, ésta es mi hermana, Alvina.

—*Piacere* —me dice la mujer, mirándome de arriba abajo.

Me revuelvo en la tumbona. Me escondo bajo el sombrero.

—Vale —contesto.

No me digas que mi hermana tiene esclavos. Cómo no. Si yo pudiera permitírmelo, tendría tres: uno para prepararme las comidas, otro para limpiar la casa y otro para que me abanicase en el jardín con una hoja gigantesca. Coño, qué calor hace.

—¿Vive aquí? —pregunto cuando Emilia se marcha.

—No, por Dios. Vive en la casita rosa que hay ahí atrás, la de las plantas colgando junto a la puerta. Sólo trabaja aquí de las siete de la mañana a las nueve de la noche, seis días a la semana.

Anda, ¿no trabaja más horas? No sé cómo se las apaña Beth con todo.

—Me planteé traer a alguien a vivir a casa para ayudar por las noches con todo lo del bebé, pero él duerme tan bien que al final no hizo falta.

—Ajá.

«Todo lo del bebé.» Dios, menuda vaga está hecha. Ha llegado al punto de subcontratar la maternidad. ¡Venga ya! Tan difícil no puede ser. Octomom tiene ocho críos, y Beth sólo uno. Además, tampoco es que tenga algo más que hacer, como trabajar. No, conseguir un bronceado como el suyo no cuenta como trabajo. Por favor, no me digas que está escribiendo otra novela; no me siento capaz de preguntárselo.

Bebo sorbitos de *limonata*: fresca, vigorizante, cítrica, y con un buen chorro de vodka. Ya estoy pensando en la segunda. Debo reconocer que Emilia hace unos cócteles de vodka muy muy apañados. A lo mejor Beth no exageraba al decir que era maravillosa.

—¿Le hablas en inglés? Me refiero a Emilia —pregunto.

—Sí.

—¿No has aprendido italiano?

Beth me lanza una mirada.

—No. ¿Para qué?

Ya te lo he dicho: es una vaga.

—Todo el mundo habla inglés. Además, no quiero quedarme aquí toda la vida.

De pronto se calla como si se hubiera ido de la lengua.

—¿En serio? ¿Por qué no? ¿Qué tiene de malo?

Yo no le veo pegas. Me fijo en cómo los rayos del sol se reflejan en la

superficie de la piscina. Mil diamantes resplandecientes.

—No, por nada. Supongo que... supongo que el idioma nunca me ha atraído. Se me da mejor el alemán.

Cierra los ojos y se recuesta en la tumbona. Fin de la conversación. Lo próximo será que se mudan a Múnich.

Es la primera vez que Beth no habla desde que he llegado. El nivel de sangre en alcohol y el calor que me acaricia la espalda conspiran para hacerme dormir, pero de pronto un zumbido estridente irrumpe desde la izquierda del jardín. Despego un párpado y veo que Beth ya se ha erguido y está preparada para salir a investigar. Se levanta de un brinco cual gacela o ardilla voladora y sale corriendo en dirección al ruido. Hago un esfuerzo por ponerme de pie y la persigo por el jardín mientras me envuelvo en el sarong.

Hay un hombre cortando un árbol con una sierra mecánica. Es una sierra muy bonita.

—¡Oye! ¡¿Qué haces?! —vocea Beth.

Es evidente que no se trata del jardinero, y continúa aserrando hasta que el árbol cae a tierra. Era un limonero y ahora es leña. Huele a motor de gasolina y a hojas de cítrico. El tipo se quita las gafas de seguridad de polimetacrilato y deja ver un par de ojos de un azul frío como un glaciar, iguales que los de Daniel Craig. Apaga la motosierra y se saca el cigarrillo de entre los labios. Es alto y de hombros anchos y está desnudo de cintura para arriba y bañado en sudor. A juzgar por el bulto de los vaqueros cortados, mi intuición optimista me dice que ahí hay veinte centímetros. Como mínimo, hay un buen contorno. Tiene pinta de ir al gimnasio y me recuerda a Channing Tatum. (Maldita sea, debería haberme traído el póster. Ya sabía yo que me dejaba algo.) Tiene un hoyuelo en la barbilla, de esos que gritan «¡bésame!»; es tan perfecto que parece hecho con Photoshop. Cabellera de color castaño claro más despeinada que alborotada, pero sujeta con una diadema negra que me parece, quizá, demasiado de niña. Pero, igual que Leonardo DiCaprio y los futbolistas de la Premier, creo que puede permitírselo.

Quién iba a decirme a mí que Beth tenía leñadores buenorros en el jardín... Sólo por esto ha valido la pena despertarme.

—Le dije a tu marido que había que quitarlo. Pero todavía estaba aquí. Y ahora ya no está —explica él con un acento italiano muy fuerte.

Es obvio que es de la zona. Un lugareño a quien no le gustaba ese árbol.

—Salvatore, no puedes ir por ahí cortándole los árboles a la gente — protesta Beth.

—Sí puedo. Lo he hecho.

Eso es innegable.

—A Ambrogio no le hará ninguna gracia.

Salvatore le da una calada al cigarrillo. No parece que le importe mucho.

—Se lo dije: el árbol me roba la luz. Necesito la luz para las esculturas. O el árbol, o él. Debería estar contento de que haya sido el árbol.

Sonríe. Es guapo. Tiene el descuido despreocupado de una estrella de rock. Y tiene pelo en el pecho. Un reloj caro. Debe de ser un artista famoso para poder permitirse un Patek Philippe. Se seca el sudor de la frente con el dorso de la mano.

Las dos estamos como pasmarotes, mirando el árbol. Entonces él repara en mí.

—¿Sois familia? —pregunta, se ríe y nos señala con la colilla.

Intercambiamos una mirada sostenida que me resulta invasiva y vulnerable. Beth está a punto de contestar cuando Ambrogio sale corriendo de la casa. Va dando voces.

—*Ma che cazzo hai fatto?!* —chilla por el jardín. Está un poco enrojecido —. Mi padre plantó ese árbol. *Merda*, Salvatore. ¡Estoy harto de ti y de tus esculturas!

Empiezan un combate animado de gritos en italiano. No tengo ni idea de qué se dicen, pero parece una discusión intensa. Beth y yo esperamos un rato bajo el sol de justicia y contemplamos el espectáculo. Ambos compiten con los gestos más exagerados y por subir el nivel de decibelios, y van acercándose hasta que al final están casi follando, chillándose a la cara mientras se ponen cada vez más morados.

—Vámonos de aquí —dice Beth al final, y entorna los ojos sin dar crédito. Me coge de la mano y me lleva hacia la casa—. Venga, vamos a vestirnos. Quiero enseñarte algo especial.

—Sí, claro —respondo, aunque tampoco estaba pidiéndomelo.

A ver si ésta es la buena. El verdadero motivo por el que me ha invitado.

Aunque yo habría preferido ver la pelea.

Nos arrastramos en medio del calor abrasador hasta llegar al teatro. Pósteres con imágenes de *prime donne* anuncian una ópera; acaban de representar *Nabucco* de Verdi. Ay, Nabucodonosor, el rey loco de Babilonia. ¿No fue él el tipo que exilió a los judíos en el Libro de Daniel? Ya sabía yo que diez años de ir obligada a catequesis todos los domingos acabaría siendo útil. Por fin ha valido la pena.

Un montón de gorras de visera y mochilas salen de un autobús y empiezan a hacer clic, clic ante las vistas. Llevan camisetas que les quedan demasiado grandes y sandalias con calcetines, y se acumulan en la entrada como una plaga de langostas. Putos turistas, los odio. Ya sé que, si nos ponemos puntillosos, yo también soy turista, pero da igual: los odio. En Archway no había, supongo que eso es un punto a favor.

Beth conoce al vigilante de seguridad, uno rubio y alto con una chispa en la mirada. Tiene unos veinticinco años y su uniforme consiste en una camisa blanca almidonada y bermudas caqui. Cosa que no es muy sexi. Nos acompaña hasta el principio de la cola y a mí también me guiña el ojo. Disfruta de la visión doble, pervertido.

—Somos un poco amigos —explica Beth—. Vengo mucho. Me inspira.

«¿Que te inspira? ¡Por favor!» ¿Se puede ser más pretenciosa? ¿Para qué necesita la inspiración? ¿Para escribir *chick lit*? Estoy segura de que las musas tienen cosas mejores que hacer que pasar el rato en un teatro esperando a que aparezca mi hermana gemela. No es escritora, sino una esposa trofeo. Si escribe otra comedia romántica con una heroína enamorada y final feliz, me suicido. O tal vez ha querido decir que se lo está follando, sin más. Pero, no, no puede ser. Mi gemela, no. Eso es más típico de mí que de ella. Aunque tampoco creas que soy fácil.

Me lleva hacia el fondo del auditorio por unos escalones medio en ruinas, y yo no paro de resoplir durante toda la escalada interminable. No puedo con todo

esto: hace demasiado calor. Que alguien me traiga otro vodka con hielo y *limonata*. Sin embargo, cuando llegamos a la cima y descubro las vistas, todo cobra sentido.

—La hostia...

—¿Te gusta? —me pregunta Beth.

Esto es lo que la gente llama «*Earth Porn*». Un escenario nos muestra la naturaleza en su estado más dramático. Casi oigo la voz de Michael Palin narrando algo sobre columnas corintias, Eurípides, Sófocles y Esquilo.

—¿Qué montaña es ésa? —pregunto, señalando algo negro y descomunal con forma cónica.

—No es una montaña. Es un volcán. ¿No te acuerdas de que te hablé del Etna?

—Ah, sí.

Claro, ¿cómo se me iba a olvidar?

—¿Está activo?

Entorno los ojos para otear la cima: una pequeña columna de humo sobre un cielo azul.

—Sí, pero no te preocupes.

Sí me preocupo, que ya he visto lo que les pasó a los de Pompeya.

—Los italianos lo llaman Mongibello: montaña.

—Ya te he dicho que era una montaña.

Tiene tal aspecto funesto que me estremezco y tengo que apartar la vista. Las columnas enmarcan la ladera del volcán, que se vierte hasta el mar desde el cráter. Y, sí, el Mediterráneo reluce. Supongo que, al fin y al cabo, Beth tenía razón. Respiro hondo y noto el salitre en la boca. *Mamma mia*, esto es mejor que en las revistas. Podría hacer una foto con cualquier filtro de color y colgarla en Instagram. Pero ya hay miles de personas que han tomado miles de imágenes idénticas, así que no pienso perder el tiempo.

Nos sentamos juntas en la piedra caliente y miramos a la antigua Grecia. Al cabo de un rato me vuelvo hacia Beth y, con un vistazo breve, me fijo en que tiene algo azul en el brazo. Es una magulladura, y de las grandes. Del tamaño del puño de un hombre. Ha intentado disimularla con maquillaje, pero el roce con la manga lo ha borrado.

—¡Joder, Beth! ¿Qué tienes ahí? —le pregunto, y le levanto la manga para vérsela bien.

—Nada —responde, y se baja la manga—. No importa. Olvídalo.

—¿No es nada? —contesto mirándola a los ojos—. ¿Cómo te lo has hecho?

—Me caí de la escalera en el jardín.

Menuda mentira.

Beth menea la cabeza.

—Alvie, escucha. Tengo que pedirte algo. Es importante.

Conque quieres cambiar de tema... De eso nada.

—Beth, no me jodas. ¿Ha sido Ambrogio? —pregunto, aunque me cuesta creerlo.

Es inconcebible. Está demasiado bueno para ser un maltratador. Dudo mucho que beba Stella Artois y lleve camiseta estilo imperio.

—¡Alvina, por favor! Escúchame.

No lo ha negado, pero ¿por qué no me lo dice? Está hablando con voz cada vez más aguda, casi de pito.

—Dios, ¿qué pasa? —digo al final.

Hace demasiado calor para tener una conversación como ésta. Fantaseo con una bañera llena de cubitos de hielo.

Una chica japonesa aparece de la nada. Lleva una camiseta de Hello Kitty y una mochila más grande que ella, y señala el iPhone que tiene en la mano.

—¿Por favor?

Miro a mi hermana, pero ella ni se inmuta.

—Si no hay más remedio... —digo, y me levanto.

Hace la señal de la victoria con dos dedos y sonrío a la cámara. Es muy mona. Encuadro la foto de manera que la cabeza queda fuera y sólo se le ven las rodillas y los pies: zapatillas deportivas rosa de plataforma y calcetines blancos de ganchillo. Pulso el disparador. La chica se marcha dando brincos, y me siento.

—Alvie —empieza Beth.

Bien, allá vamos. Que comience el espectáculo: aquí está el verdadero motivo por el que he venido. Ella no me echaba de menos, para nada. No pienso darle un riñón, así que ya puede olvidarse del tema. Debería haber cuidado los que tiene. Veo que ha formado una línea muy seria con los labios y también me fijo en las pecas de la nariz. Me pregunto si las mías son idénticas. Seguro que sí, aunque nadie se molestaría en comprobar algo como eso.

—Necesito que mañana te hagas pasar por mí unas horas. ¿Lo harás?

—¿Qué?

—Mañana por la tarde, después de comer, necesito que nos cambiemos. No será mucho rato y nadie se enterará. Por favor, di que sí.

Pero ¿qué mierda es ésta?

Así que por eso me ha invitado a venir y estaba tan desesperada como para pagar los billetes: «Te necesito. Ven, te lo suplico». Lo de mi hermana es increíble.

—Como cuando estábamos en el colegio, ¿te acuerdas? Nos cambiábamos de clase todo el tiempo y nadie se daba cuenta.

—Pero eso era cuando éramos más jóvenes, cuando teníamos el mismo aspecto. La gente se coscará: míranos.

—Alvie, somos idénticas. Idénticas. ¿O no te das cuenta? Ya sé que a nosotras no nos lo parece, pero a los demás sí. Será pan comido. Tú puedes decir que vas a salir por la tarde, que quieres llevar a Ernie de paseo. Después nos cambiamos la ropa, nos peinamos igual, pero en lugar de marcharte tú, me voy yo.

Entorno los ojos.

—¿Por qué? ¿Adónde vas? ¿Qué vas a hacer? ¿Por qué tanto secretismo?

Mi hermana lo tiene todo planeado.

—Por favor, no hagas preguntas, Alvie. Necesito que hagas esto. Lo necesito de verdad. Si pudiera contártelo, lo haría. Y tú lo comprenderías.

—Entonces dímelo, y yo lo comprenderé.

¿Cómo se atreve la niña mimada? Se cree que, si ella me lo pide, voy a tirarme de un puente. «Haz esto, Alvie; haz lo otro.» Aprieto los puños. Noto tensión en los hombros.

—¡No!

Se levanta de un salto. Creo que está a punto de marcharse, pero mira al cielo y alza la voz.

—Dios mío, Alvie, por favor. ¡Te necesito!

Empieza a temblarle el labio. No me jodas, ¿de verdad va a echarse a llorar? Otra vez como si fuéramos unas renacuajas, discutiendo y peleándonos por un juguete. Beth siempre se salía con la suya. Aprieto la mandíbula.

—Alvie, por favor, tienes que hacerlo.

Sus ojos grandes y verdes se llenan de lágrimas.

—Por mí.

Joder... Si lo hago, a lo mejor me deja en paz. Si lo hago, me deberá una, cosa que podría ser útil más adelante. Es consciente de que tendrá que compensármelo, pero me gustaría saber qué es lo que planea hacer. ¿Robar un banco? ¿Disparar a alguien desde un coche en marcha? Quizá se trate de un robo en Prada. No, Beth, no: es demasiado santurrona. Se porta demasiado bien. Seguro que sólo quiere acercarse a la biblioteca para evitar pagar una multa por devolver los libros tarde.

Le miro los pies.

—Las sandalias —digo—. Lo haré a cambio de las sandalias.

Me arrepiento nada más decirlo. Es una idea terrible y es imposible que Ambrogio vaya a tragárselo. Sabrá que soy yo en menos de dos segundos.

—¿Cuáles?, ¿éstas?

Estira las piernas y tuerce los tobillos. Ambas miramos el calzado de

purpurina y tacón de aguja que centellea en sus pies. Parecen bolas de espejos, pero hasta las cejas de crack. Las quiero más que a la vida.

—¡De acuerdo! —exclama, y se pone a dar saltitos con una sonrisa de oreja a oreja.

Me rodea el cuello con el brazo y me planta un beso húmedo en la mejilla.

—Pero sólo me cambio por la tarde —la aviso.

Me debe una. Una muy gorda. No vale sólo con los zapatos, por muy bonitos que sean.

—Y parte de la noche. Unas horas nada más.

Me toca el hombro con lágrimas en los ojos.

Y sonrío con tristeza.

—Gracias, Alvie.

Vuelve a quererme.

Regresamos a la casa y, durante el camino, el cielo va tornándose del color de la arcilla roja. Beth insiste en que caminemos del brazo, casi como si fuésemos superamigas. Amigas para siempre. Pero no lo somos. No lo hemos sido desde lo de Oxford, cuando me acosté con Ambrogio. Sé que ambas lo sabemos y ella está fingiendo porque quiere algo que sólo yo puedo darle.

Tal vez, si hago esto, me lo perdone. Si la ayudo, estaremos en paces.

Me asomo al balconcito a fumar un cigarrillo detrás de otro porque estoy furiosa. Ha caído la tarde y esto ya no parece un horno, sino que me siento como si fuera una langosta y estuviesen hirviéndome viva. ¿Qué está tramando esta Beth de los cojones? Es una locura. «Haz esto, Alvie; haz lo otro.» No puede decirse que sepa jugar en equipo, que esté jugando limpio. A ella siempre le gustaron los deportes como el *netball* y el hockey, todos los juegos insulsos donde los participantes chocan los cinco y se dan abrazos en grupo. Yo era más bien una corredora de fondo. Cuanto más lejos, mejor. Lejos de mi familia. Del mundo. No cooperaba a menos que me coaccionasen. Alvina Knightly no es un anagrama de *equipo*, sino de *individualismo*.

Beth y Ambrogio están hablando en el jardín, pero no oigo lo que dicen. Él le susurra algo al oído y se agacha para darle un beso en los labios. Ella le alborota el pelo y entra en la casa. Dios, qué pareja más pagada de sí misma. Hacen que me alegre de no estar casada: hay maridos que duran sesenta años. ¿Se te ocurre algo peor? Todavía no he conseguido aguantar a un tío más de una noche.

*Érase una vez...
Y vivieron felices
para siempre: ¡mentira!*

Beth cree en los cuentos de hadas y me juego lo que quieras a que adelanta las películas porno hasta el final para ver si se casan. Yo prefiero verlas marcha atrás: las pollas sorben el lefazo como una aspiradora. Es la puta bomba, me troncho.

Observo a Ambrogio mientras da vueltas por la locura de enlosado que tienen alrededor de la piscina y grita por el móvil. Está gesticulando como si la

persona con quien habla pudiera verlo. Aunque a lo mejor está usando FaceTime. Fuma un cigarrillo tras otro y sopla nubes blancas al cielo de la tarde. El tabaco me sabe dulce. Sigo vigilándolo. Él se vuelve hacia mí, ve que estoy mirándolo y me saluda con la mano y una sonrisa. Cojo aire de golpe y le devuelvo el saludo. ¿A quién quiero engañar? Me encantaría ser su esposa. Ojalá hubiera tenido su bebé. ¿A quién le importa que sea un maltratador si es un adonis?

Estoy resuelta a conseguir un hombre italiano. (Lo ideal sería Ambrogio, pero Salvatore lo sigue muy de cerca desde el segundo puesto. Estoy bastante segura de que Channing tiene antepasados italianos. O alemanes, o..., ¿nativos americanos? A lo mejor son galeses.) Creo que es por el idioma, porque se me aflojan las rodillas con cualquier frase que suene a italiano. Escucha esto: «*figlio di putana*»; es dulce y meloso, ¿verdad? Pues significa «hijo de puta». «*L'anima de li mortacci tua*»: ¡qué bonito! Es para acordarse de tus muertos. «*Vaffanculo*» debe de estar sacado de Petrarca por lo menos y significa que te vayas a tomar por donde amargan los pepinos. Puedes estar escuchando una discusión sobre prostitutas y meados y que suene a soneto sobre amor cortés. Y no quieras saber lo que significa «*ti prego, scopami in culo*» (las palabrotas en italiano las aprendí viendo porno).

Apago el cigarrillo en la barandilla. Se me cae al suelo y lo tiro al jardín de una patada. Entro en la habitación. Me encuentro bastante mal, tanto calor es para volverse loca. Es imposible refrescarse, y siento que tengo burbujas en el cuerpo, que me hierve por dentro; se me está asando el cerebro y ya tengo los órganos internos medio fritos. ¿Y si me ducho? Escojo uno de los productos de belleza de la admiradora de Louis Vuitton y me dirijo al cuarto de baño *en suite*. Es de los que tienen rociador en lugar de alcachofa y el agua cae directamente al suelo, porque no hay plato de ducha. Azulejos azules y grifería plateada y reluciente. No podría alejarse más de lo que hay en la casa de «Gran Hermano» de Archway. Pelos en el desagüe, moho en la cortina de ducha, una bañera de color aguacate y las cañerías atascadas.

El gel de ducha es Chanel N.º 5 y me encanta la fragancia de rosas y jazmín que emana cuando el agua fresca se derrama sobre mí, me despeja la mente y me acaricia la espalda. Mmm, Ambrogio... Sus ojos penetrantes, la mandíbula cuadrada. No puedo evitar tocarme; verlo de nuevo me hace pensar en cosas malas. Por la mañana, en el Lamborghini, me ha dado la impresión de que yo también le gustaba, y estoy bastante convencida de que estaba flirteando conmigo. Me rozo el clítoris con los dedos y me palpita; tengo los labios húmedos y suaves, cálidos y resbaladizos al tacto. Me meto dos dedos hasta el fondo y me froto fuerte con el pulgar. Siento cómo la presión va aumentando

poco a poco y una sensación cálida se va extendiendo y acrecentando cada vez más. Pero no. No basta. No estoy haciéndole justicia a Ambrogio.

Abro la puerta empapada para entrar en la habitación, cojo a Mr. Dick del bolso (le he puesto pilas) y corro al baño. Lo pego en la pared a mi espalda, a la altura de las caderas, a noventa grados. Un día normal se me llenaría la cabeza de ventanas emergentes con imágenes de Channing sin ropa, pero hoy es Ambrogio de pie detrás de mí: me envuelve la cintura con los brazos, sus bíceps me aprietan los pechos y me acaricia el clítoris con sus dedos anchos y fuertes, con firmeza y cuidado, dando vueltas y más vueltas. Dice algo sexi en italiano como «*cappuccino*», por ejemplo. Retrocedo hasta el consolador, pero es Ambrogio embistiéndome desde atrás, haciéndome segregarse de todo. Me flaquean las rodillas. Cierro los ojos y me dejo llevar por olas y más olas de placer perfecto. Es muy intenso. La ducha me vierte agua encima y salpica. Estoy a punto de resbalar y partirme el cuello.

¿Con quién habla? Pego la oreja a la puerta de Beth. La madera está fresca y con la mejilla noto su suavidad. Está pintada de un blanco satinado.

—Por favor... Por favor, tienes que hacerlo.

¿Por qué lloriquea tanto? ¿Qué estará pasando?

—Tiene que ser mañana, Salvo. Por favor. El tiempo se acaba —insiste mi hermana.

Habla con voz de pito, nasal, aguda. Se oye el eco por toda la habitación.

Me apoyo en la puerta, pero no está bien cerrada e irrumpo en la habitación con un traspié. Beth levanta la cabeza y me ve caer con cara de indignación y sorpresa. Tiene los ojos encendidos.

—Luego te llamo —dice, y cuelga—. ¿Es que no sabes llamar, Alvina? —me suelta.

—No, perdona. Eh... ¿Tienes desodorante?

Entorna los ojos con impaciencia y marcha enfadada hacia el baño. Echo un vistazo a la habitación y me siento en la cama. Está muy alta, no como mi futón. El colchón parece firme pero mullido al tacto. La colcha tiene flores bordadas.

—¿Con quién hablabas? —le pregunto en voz alta.

Beth revuelve cosas en el baño. Tiene el móvil sobre la cama, así que podría entrar y mirarlo. Podría mirar el registro de llamadas, porque tengo el pin: 1996. Lo que pasa es que no me daría tiempo.

—Nadie, no era nada. ¿Por qué? ¿Estabas escuchando?

Asoma la cabeza de lado por la puerta del baño.

—No, es por curiosidad.

Cojo el teléfono y lo dejo otra vez donde estaba. No me da tiempo.

—De hecho, era mamá. ¿Querías saludarla?

—No, por Dios.

—Puedo llamarla otra vez —vocea desde el baño.

—No, ni se te ocurra. No pasa nada.

No era nuestra madre, sino alguien que se llama Salvo. Se lo he oído decir.
¿Será Salvatore?

Emerge con un bote de Dove Go Fresh olor a granada y me lo lanza. Con ganas.

—Ahí tienes. Todo para ti.

Esto no podría ser más violento.

Estamos en una mesa de tres en el restaurante más fardón que he visto en la vida. ¿Son ésos Kanye West y P. Diddy comiéndose una bandeja de marisco? Los dos de la barra que están tomando chupitos parecen Drake y Snoop Dogg. Miro a Beth y luego a Ambrogio, y después lo repito en sentido inverso. Intento sonreír, pero me siento como una niña a la que sus padres han llevado a cenar con ellos porque la canguro ha cancelado en el último momento. Eso, o como si estuviera en la peor entrevista de trabajo del mundo. Se acerca un camarero e interrumpe el silencio.

—*Buona sera, signori* —dice, y le hace una reverencia a Ambrogio—. *Signor Caruso, sei troppo fortunato! Che belle donne!*

Me regala una sonrisa de oreja a oreja y después otra a Beth.

—*Gemelle?*

—*Si, gemelle* —contesta Ambrogio con una sonrisa sexi.

El camarero fuerza la mueca un poco más y me entrega una carta que no puedo leer. Ambrogio comenta algo en italiano, y el camarero se ríe.

—*Un vodka Martini, per favore* —indica Ambrogio.

—Un virgin mary, por favor —pide Beth.

—*Certo, signora* —responde el camarero, y me mira.

—¿Qué es eso? —le susurro a mi hermana.

—Como un bloody mary, pero sin vodka.

—O sea, zumo de tomate, ¿no?

Beth asiente.

—Yo tomaré un bloody mary —le digo, porque no puedo pedir vodka a secas. Sería raro.

—*Certo, signora.*

El camarero se marcha.

—Debo de ser el hombre más afortunado del mundo por tener a un par de *belle donne* sentadas conmigo —afirma Ambrogio, y me guiña el ojo.

No recibe respuesta.

—Estás preciosa, cariño —le susurra a Beth.

Le aparta un mechón de pelo invisible de la mejilla, le coge la cara con delicadeza, se la besa con cariño y la mira a los ojos, como si yo no estuviera presente. Como si ésta fuese su primera cita. Su luna de miel. Podrían ponerse a follar en cualquier momento.

—¡Ejem! —carraspeo, y enciendo un cigarrillo.

Se vuelven y me miran. El silencio es una agonía, y la tensión tan palpable que podrías cortarla con un cúter y ver cómo se desangra sobre el mantel de lino.

—Sé un chiste nuevo, ¿os lo cuento? —dice Ambrogio.

Se recuesta en la silla y me mira sonriendo. Acaba de recordar que existo.

—No, no hace falta —responde Beth.

Coge la carta y se esconde detrás de ella. Puta.

Me fijo en las vistas para evitar intercambiar una mirada con él. Estamos en una terraza en lo alto de una ladera y, desde aquí, el agua parece de mercurio o de plata fundida. Un barco de crucero reluce en la bahía como un joyero sobre terciopelo negro. Llega una brisa fresca del mar que barre la terraza y me acaricia la piel.

Si no fuese por la presencia de Beth, sería muy romántico.

La terraza está sobre un precipicio enorme: el sitio ideal para suicidarse. Tejados de teja, palmeras y, muy muy abajo, una playa de guijarros. En las calas, con forma de concha o de media luna, se ven lucecitas titilantes que van haciéndose tan pequeñas que al final desaparecen. A lo lejos se ve el Etna, que es omnipresente en la isla. No hay modo de zafarse de la montaña. Con los últimos rayos de la puesta de sol marcándole la silueta a fuego, me alegra comprobar que todavía no ha entrado en erupción. La ladera de color negro azabache se desliza hacia el mar. Majestuosa. Prehistórica. Es como una ventana a la eternidad, algo sublime y, al mismo tiempo, aterrador. Joder.

De verdad, si no fuese por Beth, todo sería perfecto.

El interior del restaurante es blanco: mantelería, cortinas, columnas, sillas. Lámparas de araña de cristal. Un piano de cola de la hostia. Observo la mesa: servilletas inmaculadas, copas de cristal tallado. No quiero tocar nada por si lo mancho. La cubertería brilla. Cojo el cuchillo y dejo las huellas marcadas. Las llamas de las velas parpadean. Jarrones elegantes. La única nota de color la aportan unos geranios de color carmesí.

Ojalá Beth se fuera a tomar por el culo.

Miro la barra que hay a un extremo del restaurante. Blanco reluciente, como

el interior de un globo de nieve. Sofás de cuero blanco. Azulejos lustrosos. Estanterías llenas de botellas que se reflejan en el espejo: Campari, grappa, sambuca, amaretto. Aparece un camarero con una bandeja de plata bruñida y un trapo colgando del brazo. Podría ser el mismo de antes u otro: todos me parecen iguales. Si te digo la verdad, me acostaría con cualquiera de ellos, sin distinción. Pantalón elegante de color negro y camisa blanca almidonada. Los hombres con una bandeja llena de bebidas tienen un no sé qué que los vuelve muy sexis. Nos sirve dos vasos llenos de zumo rojo como la sangre con un par de ramas de apio y pajitas largas de color negro. Ambrogio coge el vodka Martini y le da un sorbo mientras yo me fijo en cómo se le mueve la nuez al tragar. Ojalá yo también hubiera pedido eso.

Anímate, Alvie. No seas así. Se supone que estás de vacaciones, ¡es divertido! ¡Mira dónde estás! Es un lugar muy agradable. Al menos no somos siamesas.

—Discúlpenme, señoras —dice Ambrogio de pronto, y se levanta—. Voy a empolvarme la nariz.

¿Está hablando de coca? ¿O es que va a tomar *speed*? Si es cocaína, ¡yo quiero!

Cruza el restaurante, y todos se vuelven a su paso como si fuera alguna megaestrella: Cristiano Ronaldo o David Beckham. Lo miro hasta que su espalda desaparece más allá de las mesas y una clientela rebosante de diamantes cegadores, peinados ahuecados e impecables trajes italianos. Hay camareros que llevan bandejas con montañas de pasta. Las hojas de las palmeras se mecen en la brisa. Me encantan la espalda y el culito de Ambrogio. Me recuerdan a los de Channing Tatum.

—Alvie —dice Beth con cara de ir a reñirme—. Basta ya de pensar en Oxford.

—¡No estoy pensando en eso! —protesto.

Qué injusto, no estaba pensando en Oxford para nada.

—Vale, perfecto. Pues deja de pensar en Ambrogio.

Le devuelvo la mirada pernicioso.

—Estaba pensando en Channing Tatum.

Más o menos.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Voy a pensar en lo que o en quien me dé la gana. ¿Quién eres tú?, ¿la policía del pensamiento?

Enciendo otro cigarrillo y Beth suelta una risotada.

—¿Acaso estamos en 1984 o qué?

—No —responde ella, y se aparta el pelo. Tiene una melena fabulosa—.

Pero estamos en el mejor restaurante de Taormina y no quiero que la situación sea incómoda.

—No lo es —miento.

—¿Sabes lo difícil que es conseguir una mesa?

—No, cuéntamelo. ¿Qué hay que hacer?, ¿venderle el alma al diablo? ¿Conseguir la paz en Oriente Próximo? ¿Resolver la teoría del todo?

—¿Qué? No, sólo tienes que conocer a gente.

—Ah, vale.

O sea, que se la ha chupado al encargado.

Beth suspira.

—Haz un esfuerzo, ¿vale? No has dicho ni una palabra desde que hemos salido de casa, y yo quiero que disfrutemos de la cena.

—¿Qué quieres que diga? Estaba admirando las vistas, son preciosas.

—Muy bien, me alegro de que te gusten —contesta ella.

—Me gustan —confirmo.

—Bien.

—Perfecto.

—Genial.

Le soplo el humo al mar y observo las gaviotas con rabia.

—Mira —empieza a decir mi hermana—, ya basta de darle vueltas a Ambrogio. No es quien tú crees. Esa noche, en Oxford, pensaba que eras yo.

Mi gemela tiene el don de escoger el mejor momento para decir las cosas. ¿Ahora tiene que soltarme esto? No me lo puedo creer.

—No te creo. Supongo que lo diría para que lo dejases en paz.

O eso, o ella está mintiéndome con descaro.

—Me dijo que... Me dijo...

—¿El qué? ¿Qué te dijo?

—Da igual.

Beth enarca las cejas.

—Bueno, eso es lo que me contó a mí —afirma, y se encoge de hombros.

Noto que se me acelera el pulso y se me tensa el estómago. Tengo las palmas de las manos cubiertas de una película resbaladiza de sudor y quiero gritar. Quiero lanzarla por el puto precipicio, joder. Aquella noche fue especial, es todo lo que tengo. ¿Cómo se atreve a arrebatármela?

Armani Black Code. Las dos levantamos la mirada: Ambrogio se acerca a la mesa.

—¿Todo bien? —pregunta, y se sienta al lado de Beth y se coloca la servilleta en el regazo—. ¿Pedimos? Me muero de hambre.

Le clavo una mirada a mi hermana.

—Habla —me dice sólo moviendo los labios.

¿De qué coño se supone que voy a hablar? «Ay, Ambrogio, cariño, mira qué anécdota más graciosa tengo: mi hermana acaba de contarme una novedad muy interesante. ¿Te acuerdas de esa noche de hace ocho años en Oxford? Sí, el día que nos conocimos y pasamos la noche juntos. Bueno, pues, al parecer, según Elizabeth... A ver cómo te lo digo... Que pensabas que yo era ella. ¿Qué?, ¿te partes de la risa? Es que yo llevo desde entonces convencida de que te acostaste conmigo porque querías; o sea, porque querías estar conmigo. ¡Conmigo, no con mi hermana! ¡Imagínate! Pero resulta que me confundiste con mi hermana gemela. Ya pasó, no te preocupes por eso. Te emborrachaste, follaste conmigo, me dejaste embarazada y..., total, que pensabas que era Beth.»

—Con educación —insiste, de nuevo sólo con los labios.

Me acabo el cóctel de un trago y me seco la boca con el dorso de la mano. El pintalabios morado me mancha la piel, parece una magulladura.

—Y ¿a qué te dedicas exactamente, Ambrogio? —le pregunto—. Es algo relacionado con el arte, ¿verdad?

Beth niega con la cabeza y mira al suelo. Me da una patada por debajo de la mesa, con saña.

—¡Au! —me quejo.

¿Qué he dicho?

Ambrogio frunce el ceño y se obliga a sonreír.

—Sí —responde, y carraspea—. Soy marchante de arte. Compro y vendo obras de todo el mundo. La verdad es que no es muy interesante.

Se ríe, y yo observo mientras él pliega la servilleta en forma de paloma blanca y después la despliega de nuevo. El silencio es insoportable.

—Cariño —le dice a Beth—, ¿te apetece algo en particular o pido yo para todos?

Ambrogio me mira, sonrío y se vuelve otra vez hacia ella. Beth sigue con cara de pocos amigos.

—Así que eres marchante de arte. Qué interesante.

—Sí —contesta él.

Asiento y sonrío para que continúe. Esto es lo que se llama charlar con educación.

—A veces la gente, bueno, ya sabes, se muere. Y, de vez en cuando..., esa gente..., tiene obras de arte. Y otras personas quieren comprarlas. Yo soy el intermediario.

Se encoge de hombros. Se ha acabado el tema de conversación. Beth parece aliviada.

El primer plato del menú que nos sirven es *prosciutto e melone*. Las rajadas de

melón tienen forma de góndolas en miniatura cubiertas de láminas lánguidas de jamón de Parma. Tiene una pinta jugosa, dulce y deliciosa, se me hace la boca agua. Los melones son de la isla y, al parecer, el jamón tiene doce meses de curación. Después nos traen un *carpaccio* de atún: lonchas de atún finas como el papel, de un rosa sangriento muy intenso; cubren todo el plato y están aliñadas con limón y aceite de oliva virgen, perejil y tomatitos pachino. La *sorpressata di polpo* es más bonita que un ramo. Tentáculos de pulpo ondulados como el coral, blancos con los bordes rosáceos y el aroma del mar. Flores comestibles de color morado y azul. Los *spaghetti alle vongole* huelen increíble: vino blanco, ajo, almejas, tomates. El aroma es embriagador, característico, adictivo. Bogavante, cigalas, pez espada, cangrejos. *Semifreddo* de panal de miel con caramelo salado, corazones de chocolate blanco y montones de pan de oro.

No puedo comer nada. He perdido el apetito.

Hace demasiado frío para dormir y estoy dando vueltas en la cama. Me retuerzo. Tiemblo y tiritó. Todas mis neurosis arremolinadas en la cabeza. Tengo los pies como un par de témpanos. «Esa noche, en Oxford, pensaba que eras yo.» ¿Cómo puede decir algo así? ¿Y si es verdad? Aparto la manta de golpe y me siento en la cama. Enciendo la luz. Miro el aire acondicionado con el ceño fruncido, y me noto la cara tan fría y entumecida que el gesto me la resquebraja. ¿Por qué hay que escoger entre el ártico o el desierto? ¿No hay un término medio? Pulso los botones del mando para apagar el aparato, pero se ha quedado sin pilas, o estoy demasiado lejos. Me levanto de un salto, voy hacia allá y aporreo los botones hasta que la lucecita verde se apaga. El ventilador deja de hacer runrún y la corriente de aire frío amaina. Por fin. Mucho mejor. Quizá ahora consiga dormir.

Entonces lo oigo: un grito desgarrador. Como si alguien estuviera despellejando a un gato. Paro en seco. ¿Es Beth? Pero ¿qué coño pasa? Corro hasta la puerta de la habitación y la abro sólo una rendija. Miro el pasillo, pero está a oscuras. No se mueve nada. Y lo oigo de nuevo: un chillido. Y lloros. Parece Beth, ese lloriqueo no se me escapa. Los sollozos van subiendo de volumen, cada vez más intensos y violentos. Se me tensa todo el cuerpo. Esto no mola nada, de verdad. Es la una de la madrugada.

Regreso a la cama y me tapo la cabeza con la almohada. Me meto los dedos en los oídos. ¿Por qué narices no se calla ya? Todavía la oigo desgañitarse. El sonido atraviesa la carne y el hueso y las plumas, y me penetra el cerebro. ¿Y si él está pegándole? Una paliza, ahora mismo. Oigo los gritos de más de una persona, pero el sonido llega amortiguado, distorsionado. No entiendo lo que dicen, pero estoy segura de que son mi hermana y Ambrogio. Más gritos. Más

lloros. Voy a tener que levantarme.

Estoy a punto de salir cuando me doy cuenta de que estoy desnuda. Me gusta dormir al natural, como Marilyn Monroe, aunque no es muy conveniente en caso de que suene la alarma contra incendios. Corro a la maleta, cojo unas bragas y revuelvo hasta encontrar una camiseta vieja. Me la pongo. Del revés. Asomo la cabeza a la puerta y miro a ambos lados del pasillo. Nada. De pronto no hay más que silencio. ¿Me lo habré imaginado? ¡Quizá esté muerta! Pero entonces oigo gritos. Otra vez. Ay, ¡por Dios! Está pegándole ahora mismo, ¿verdad? Le he visto los cardenales. Tendré que buscar un arma, así que entro de nuevo en el dormitorio y echo un vistazo. Si está atacando a mi gemela, ¡tengo que impedirselo! ¡Voy a darle una buena! ¿No te lo crees? Pues espera y verás. Puede que Beth sea un puto incordio, pero es sangre de mi sangre. No quiero que la mate. Esta noche no.

Busco la navaja suiza en el bolso, pero no la encuentro. Junto a la rejilla de la chimenea hay un atizador de hierro: lo usaré. Lo cojo y siento su peso en las manos. Es largo, negro y retorcido. Perfecto. Vacilo un instante y pego la oreja a la puerta. Aguanto la respiración para no perderme nada. ¡Otra vez! ¡Qué gritos! ¡Están asesinando a alguien!

Salgo y avanzo a hurtadillas por el pasillo con el atizador en alto y sin hacer ruido, descalza sobre la moqueta tupida. Recortada en la pared, mi silueta se ve monstruosa. Hay tantas puertas que parece un hotel. ¿Cuál es? Sigo el ruido. A medida que me acerco de puntillas, el volumen de los gritos aumenta. Aumenta sin cesar. Me aproximo centímetro a centímetro hasta la puerta de Beth con el corazón a cien y los ojos bien abiertos. ¿Qué está pasando ahí dentro? De pronto, la puerta se abre de golpe y el atizador me tiembla en la mano. Sale Ambrogio. Despeinado, con el pecho descubierto. Cuerpo de nadador olímpico. Sólo lleva el pantalón del pijama. Doy un paso atrás e intento fundirme con las sombras. Ojalá pudiera desaparecer. Ojalá estuviera en la cama.

—¡Ay! Hola, Alvie. No te había visto.

Me mira de arriba abajo y arruga la frente.

—Ei, Ambrogio ¿adónde vas?... —contesto como si nada.

—A hacerme un sándwich. Tu hermana acaba de dormirse con el crío. No te habremos despertado, ¿no? A veces arma mucho escándalo.

—No, no. No importa, estaba despierta.

Hay una pausa, y me pregunto si miente. Le observo las manos buscando restos de sangre. Pero no hay nada.

—Bueno, buenas noches —dice al final—. Que duermas bien. Nos vemos por la mañana.

Echa a andar en dirección contraria y luego se detiene.

—¿Te echo una mano con el atizador?

Miro el «arma» que llevo en las manos y me parece ridícula. ¿Qué pensaba hacer con esto? Me la escondo detrás de la espalda.

—No, no hace falta. Iba a encender la chimenea de la habitación, pero al final he apagado el aire acondicionado y ya está.

Me mira como si le hablase en otro idioma.

—Tenía un poco de fresco.

Cuando Ambrogio se va, espero y escucho. Dentro no se oye nada. Sólo percibo mi respiración. No se oye nada dentro del dormitorio de Beth. La fina línea de luz que bordeaba la puerta del dormitorio de Beth ha desaparecido. Ahogo un bostezo y me froto los ojos. Bueno, da igual. Supongo que era el niño. Me vuelvo a la cama.

TERCER DÍA

Ira

@AlvinaKnightly69 «A veces me enfado tanto que partiría el espejo de un puñetazo.»

Que yo no tuviera regalos en Navidad era culpa de Beth.

Crecí pensando que Papá Noel me odiaba. Todos los años escribía la carta y la enviaba a Laponia como el resto de los niños y las niñas. Todos los años, cuando Santa Claus no me traía nada, mi madre decía exactamente lo mismo: «A lo mejor si no fueses tan mala y no hubieras intentado matar al perro / incendiar la escuela / darle una patada en las gónadas al director, Papá Noel te traería regalos. Mira qué cosas más bonitas le ha traído a Beth. Ella se ha portado de maravilla». Beth. Beth. La princesita de mamá. Ella siempre era la buena, su portento del buen comportamiento. ¿Por qué tenía que ser tan perfecta? Era sólo para hacerme quedar mal.

Todos los años igual: en Nochebuena yo no pegaba ojo. Miraba el techo y aguardaba llena de esperanzas, sin atreverme a respirar por si no oía el clop, clop, clop de los renos en el tejado, el tintineo de los cascabeles o las pisadas fuertes de las botas de cuero negro y brillante. Con la primera luz del día, corría abajo y veía el montón de regalos apilados bajo el árbol. Una cascada de suntuosas cintas rojas, papel de regalo verde o dorado, brillante y crujiente. De la chimenea colgaba un único calcetín lleno a rebosar de bastones de caramelo. Me sentaba y observaba cómo mi hermana abría un regalo tras otro durante horas, hirviendo por dentro, furiosa, planeando en secreto qué le haría a Papá Noel si algún día lo veía. Mientras Beth desenvolvía los distintos Mi Pequeño Pony — algunos con brillantes de colores en los ojos y otros a los que les crecía la cola y venían con un cepillo— o se aferraba a un Oso Amoroso más, yo planeaba mi dulce venganza.

Una opción era sacarle los ojos con un lápiz HB, así que afilaba los que tenía, por si acaso. También podía usar el compás para rajarle la garganta, sólo que una barba tan generosa como la suya podía ser un impedimento. Siempre había la posibilidad de usar el matarratas que mi madre guardaba debajo del

fregadero y que no nos permitía tocar. Podría engañarlo con una taza de chocolate caliente: un sorbo y la diñaría. Me lo imaginaba retorciéndose frente a la chimenea; la borla blanca del gorro meneándose, y las botas de cuero negro y brillante dando patadas al aire. Vestido con la casaca roja, lo veía rodando por el suelo sin parar de vomitar, sin poder respirar, sacando espuma por la boca. Y aun así no me parecía suficiente para él. Menudo capullo.

Entonces, un mes de diciembre fui a comprar con mi hermana y con mi madre. Había niños cantando *Navidad, Navidad, dulce Navidad y Ya vienen los Reyes*, árboles cargados de espumillón y de velas. El aroma de la canela en el aire. Mi madre y Beth de la mano, y yo rezagada. «Alvie, ¡no te olvides de portarte bien! No quiero que montes otro numerito.» Mi madre no acostumbraba a llevarme a ninguna parte, por si la avergonzaba delante de alguien. Yo no sabía de qué hablaba.

Doblamos una esquina, y allí estaba el gordo rojo. Lo vi y ¡eché a correr! Salí a toda velocidad gritando como una *banshee* y me abrí paso a empujones al tiempo que levantaba una nube de copos de nieve de poliestireno hasta el taller infestado de elfos. Me abalancé sobre Papá Noel de un brinco, le arranqué la barba y las gafas y me ensañé con él. Todavía recuerdo la peste rancia de los pastelillos de frutos secos y el aliento trasnochado de whisky. Gritaba «¡Quitádmela de encima!», mientras yo le pateaba las pantorrillas con fuerza sobrehumana y agitaba los brazos. Hasta que alguien me apartó.

Funcionó, porque a partir de ese año el hijo de puta no volvió a dejar el calcetín vacío. Lo llenaba sobre todo de libros de autoayuda y DVD de *fitness*, pero era mejor que nada. Aunque ahora sé que era mamá.

Miércoles, 26 de agosto de 2015, 11.00 horas
Taormina, Sicilia

Empujo la puerta, entro y la cierro sin hacer ruido. Decorado en tonos rosa palo, crema y dorado, el dormitorio de Beth parece el tocador de Coco Chanel en el París de los años veinte. Cruzo la alfombra de pelo largo y tupido y acaricio el cubrecama: seda suave y fresca. Huele a vainilla, y la temperatura está controlada. Sobre la chimenea hay una vela de Jo Malone encendida; la cera se vierte por los lados a una bandejita de plata. Se oye música de Mozart como si estuviéramos en los probadores de una tienda de diseño. Echo un vistazo buscando los altavoces, pero no los encuentro.

Beth ha ido a Taormina a comprar no sé qué trivialidad. Ernie está con Emilia en la sala de juegos de abajo y no sé dónde está Ambrogio. Por ahí con

sus amigos, creo. Yo no debería entrar aquí, pero no he podido evitarlo. «Puedo resistirlo todo menos la tentación.» ¿Quién dijo eso? Me acerco al tocador de mi hermana; es antiguo, de madera de caoba. Las cajitas de las joyas se amontonan como regalos diminutos: la cajita azul de Tiffany's y otras de colores rosa claro o rojo carmesí. Dicen que la buena confitura está en el tarro pequeño, pero qué sé yo. Cojo la caja más grande que hay sobre la mesa y el terciopelo granate me acaricia la piel como las orejas de un spaniel. Tiene forma de corazón y pesa mucho, más de lo que pensaba. Quiero ver qué hay dentro. Echo un vistazo hacia la puerta por encima del hombro. La he cerrado al entrar, no hay nadie. Vacilo un momento; me miro a los ojos en el espejo y me reto a mí misma. Venga, Alvie, que te mueres de ganas.

Me muerdo el labio y me regodeo en la sensación de anticipación. Y al final levanto la tapa.

Me deslumbran un par de diamantes del tamaño de dos planetas. Bueno, exagero: meteoros o cometas. En cualquier caso, ¡son enormes, joder! Y me apuesto cinco libras a que son de verdad. Dios mío, pero míralos. Yo mataría por algo así de *bling*. No soy capaz de moverme. No respiro. Sólo puedo mirar. Me han hipnotizado, los quiero, los necesito. Ojalá fueran míos. Once diamantes en orden ascendente, engarzados en oro blanco. Es un collar precioso. La piedra del centro tiene forma de huevo y las yemas de mis dedos quieren que lo toque, que lo acaricie y me lo pruebe. Acerco la mano a la caja y lo levanto del forro satinado. Pesa como si fuera un arma cargada; las piedras lo lastran como las balas. Dejo que me cuelgue de los dedos y, aun así, lacio, está lleno de vida y centellea. Me acuerdo de las joyas de la corona de la Torre de Londres. Cuando consigo apartar la vista de los diamantes, miro la puerta.

¿Y si entra alguien? Me da igual. A la mierda, voy a probármelo.

Me aparto el pelo del cuello y me lo coloco sobre un hombro. En el espejo veo que mi pecho parece demasiado despojado. Desnudo, el cutis demasiado blanco. Levanto el collar con dedos temblorosos y me lo pongo sobre la piel. Parece irreal. De ensueño. Surrealista. Me siento como una puta princesa. Abro el cierre, junto los extremos en la nuca e intento abrocharlos, pero me siento torpe. Le pongo empeño, pero no consigo acertar.

—Deja que te ayude —pide una voz masculina a mi espalda.

¡Ambrogio! ¿Cómo ha entrado?

—No, no. Da igual —respondo, intentando quitármelo.

Pero Ambrogio ya se ha hecho con el collar y me lo abrocha.

—Vamos a ver —dice su reflejo, de pie a mi lado—. Te quedan de maravilla, Alvie. *Molto bella*.

Tengo los diamantes alrededor del cuello y creo que voy a vomitar. Quiero

arrancármelos y tirarlos al suelo. Él me sonrío.

Me vuelvo hacia él, pero le miro los zapatos para evitar sus ojos. Son magníficos, diría que están hechos de cuero italiano muy suave; con cordones de diseño caros. Él levanta la mano y me mete un mechón de pelo detrás de la oreja, supongo que para ver los diamantes mejor. Cuando me roza la mejilla, noto que tiene los dedos calientes. Me tapo el pecho con las manos.

—Estás muy guapa.

—Ay.

Lo miro a los ojos, pero enseguida aparto la vista. Seguro que no se le escapa que me queman los carrillos de vergüenza. ¿Por qué ha tenido que entrar justo ahora? ¿Por qué me late el corazón tan deprisa? Está demasiado cerca; tanto, que me llega su olor y el aliento de café. Durante un momento demencial creo que va a besarme y no muevo ni un músculo. Cierro los ojos, incapaz de creer que esté en su dormitorio. No doy crédito a lo que acaba de decir.

—¡Hola, chicos! —saluda Beth, que acaba de entrar, como si nada.

—Yo ya me iba —contesta Ambrogio.

Me sonrío y da media vuelta para marcharse. Su espalda se aleja hacia la puerta bajo mi mirada atenta. Ambrogio cierra la puerta. ¿De dónde coño ha salido mi hermana? Ha aparecido a hurtadillas como un puto gato.

—Creía que habías salido —exclamo, y me llevo la mano al collar.

Más te vale que me dejes esto en herencia.

—Sí —responde ella en voz muy baja, casi en un susurro—, pero quería venir a verte.

—¿De verdad?

—Para asegurarme de que estás lista para lo de hoy.

—Afirmativo.

—Y de que no has cambiado de opinión.

Por fin oigo un clic y el broche se abre. Me quito el collar y se lo entrego a mi hermana. Me doy cuenta de que tiene un leve temblor en la mano. Sus ojos de color verde oscuro transmiten una desesperación reprimida.

—Sigue en pie —le aseguro—. Lo que tú digas, no pasa nada.

Cuanto antes acabe esto, mejor. Cogeré las sandalias y me iré a casa, dondequiera que eso sea. No quiero volver a verla.

—¿No puedes decirme al menos adónde vas?

—No puedo, Alvina. Lo siento —contesta.

—Si no me lo dices, no pienso ayudarte.

Me lanza una mirada y después se fija en las sandalias. Yo también. Mi hermana sabe que son lo que más quiero en el mundo. Suspiro. Lo único que deseo es quitármela de encima, olvidarme de ella, que salga de mi vida. Y esta vez para siempre. ¿Por qué cojones habré venido hasta aquí? Pienso coger las sandalias y largarme.

Estamos discutiendo en el dormitorio de Beth, repartiéndonos la ropa para el plan del cambiazo. Me siento como si hubiéramos regresado a nuestro viejo dormitorio, en casa de mi madre, cuando ella exigía dormir en la litera de arriba, se llevaba el pedazo más grande de bizcocho de fruta confitada y se agenció el CD de Hear'Say para ella sola. «Si no quieres que me lo quede, le diré a mamá lo que le hiciste al hámster / a la ardilla/ a mi muñeca.» «Haz esto, Alvie.» «Haz lo otro.» «Hazme los deberes.» «Límpieme los zapatos.» Hernández y Fernández. Las Olsen.

Nos ponemos delante del espejo de cuerpo entero, una al lado de la otra. Sólo hay un detalle obvio que nos distingue.

—Tienes que ponerte más morena —dice Beth—. Ven conmigo.

Me lleva hacia su baño, tal como estoy: en ropa interior. Allí remueve en el armario de productos de belleza y saca un bote de autobronceador instantáneo de St. Tropez. Mientras me frota el líquido fresco y viscoso por los brazos, las piernas, el pecho y la espalda, me estremezco. Huele a galletas y parece demasiado oscuro.

—¿Te depilas las piernas con cera? —me pregunta.

—Esto pinta muy mal.

Beth se desnuda y cuelga la ropa. Después de haber tenido un bebé, el

vientre le ha quedado un poco fofo, como el mío, y ya no tiene la tabla lisa de las clases de pilates. Ambas tenemos un leve michelín en la cintura, aunque es probable que ella acabe haciéndose una lipo. Si yo pudiera permitírmelo, también tiraría por ahí, pero a la hora de la verdad continuaré comiendo galletas y donuts y tarta de tres chocolates con caramelo salado y *brownies* de beicon hasta que me ahogue en mis propios michelines y la grasa de mi cuerpo me absorba como a un alienígena glutinoso de color rosa. Al menos es una perspectiva de futuro mejor que ir a clase de pilates.

Beth se pone el vestidito negro que yo llevaba ayer y le queda mejor que a mí. Se vuelve para que le suba la cremallera, que se desliza por sus omóplatos dorados hasta el cuello. Debajo de la melena, donde no le da el sol, tiene la piel blanca. Le observo el vello fino y claro. Desde esta perspectiva, parece muy vulnerable.

—Es injusto: me pides que sea tú, pero no quieres decirme el motivo —me quejo.

—No tardaré mucho —contesta, y se vuelve hacia mí—. Basta ya de preguntas, ¿vale?

Tiene otra magulladura justo en el mismo lugar, pero en el otro brazo. Azul verdoso y morado, todo a la vez. No sé cómo no se la vi ayer, a lo mejor es nueva.

—¿Tiene algo que ver con los cardenales? —le pregunto.

Estoy segura de que no puede haber sido Ambrogio. Él es un príncipe azul.

Mi hermana finge que no me ha oído y desaparece por una puerta. La sigo como Alicia al Conejo Blanco, y aparecemos en una habitación donde hay cientos de vestidos en exposición, organizados en un perfecto arcoíris textil. Es la primera vez que entro en un vestidor, y es tan bonito que me quedo sin respiración. En las paredes cuelgan polaroids de ella con los distintos vestidos; hay docenas de cajones. Mi hermana es Cher, de la película *Fuera de onda*. Me acuerdo de mi dormitorio en la casa de «Gran Hermano»: guardaba la ropa en los sacos de la lavandería, y los montones acababan tirados por el suelo.

—Ponte este vestido.

Me lanza uno de flores a la cara: chifón violeta con una cintura estrechísima y falda larga. Justo la clase de prenda que no me pondría ni por dinero. ¿Por qué me he dejado convencer?

—¿En serio? —pregunto con una mueca.

No puedo ponerme semejante cosa. Puede que a Beth le quede bien, pero yo pareceré una niña de cuatro años lista para ir a misa.

—En serio —responde Beth.

Miro la etiqueta.

—¿Qué talla es? —sondeo, por si consigo librarme.

—La treinta y ocho. No te preocupes, las dos tenemos la misma.

Suspiro. Meto la cabeza por el agujero y me peleo con las capas de enaguas. Por cómo muevo los brazos, parece que esté ahogándome en un mar de tul.

—Al menos podrías decirme a qué viene todo esto, joder. Y de qué son los morados. Todavía no me has contestado.

Beth entorna los ojos con impaciencia.

—Te lo conté ayer, ¿o no te acuerdas? Me caí de una escalera en el jardín.

—Dos veces, ¿verdad?

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

—Pues que ése es nuevo —digo, y le toco el brazo con el dedo—. Ayer no lo tenías.

—¡Au! —se queja, y se aparta—. No seas idiota, sólo me caí una vez.

Se frota donde le he clavado el dedo y me mira con rabia.

—Bueno, sabes tan bien como yo que no me lo trago.

Siempre le pillo las mentiras. No se le dan muy bien.

—Además, anoche te oí. Estabas llorando —insisto.

—Deja el tema, ¿vale?

Beth da media vuelta, busca un bote de quitaesmalte en uno de los cajones del tocador y me pasa el frasco y una bola de algodón. Creo que al final no me lo contará. A lo mejor lo de la escalera es cierto. Estaría cogiendo kumquats ecológicos o algo así. Debía de querer hacer mermelada sin azúcar de kumquat y quinoa. También puede ser que ya tuviera el cardenal en el teatro y yo esté volviéndome loca. Y que el de los gritos fuese Ernie.

—¿Tienes..., el color verde? —pregunta ella, tan guapa, mirándome las uñas con cara de susto.

Nunca se las ha pintado de nada más atrevido que rosa claro, y creo que va a darle un síncope.

—*Sip*, aquí está —contesto, y cojo mi bolso.

Saco el pintaúñas y se lo lanzo al regazo.

—¿Me las pintas, Alvie? Yo no puedo —me pide.

—No, hazlo tú. Es mejor si queda un poco mal. Más auténtico.

Beth coge el bote como si fuese a morderle.

—Entonces ¿por qué llorabas anoche? —insisto.

—¿Que yo lloraba? ¿Cuándo?

—Anoche —respondo.

—Era Ernie. Me parece que tenía un cólico.

—¿Un cólico?

Sí, claro: más bien parecía una tortura.

Me froto las uñas con el algodón hasta que consigo quitar todo el verde lima fosforito con la peste acre en las narices del quitaesmalte hidratante sin acetona con vitamina E añadida. Entonces esperamos que se le seque el esmalte a ella. Es como esperar a que se seque la pintura de las paredes, pero más aburrido porque Beth está presente.

—Qué color más interesante —comenta ella, meneando los dedos.

»Ahora vamos a hacernos el mismo peinado —añade, y fuerza una sonrisa.

Se pone de pie delante del espejo con un secador y un cepillo redondo, y yo la observo mientras su melena se convierte, como por arte de magia, en el peinado de la Barbie Malibú. Una cascada de mechones rubios que le caen por la espalda formando ondas amplias. Hacen falta horas de mantenimiento y días de tratamientos en los mejores salones para conseguir semejante equilibrio entre alborotado y sexi, pero es perfecto. Entonces me acuerdo de mi pelambreira grasienta y del medio palmo de raíces.

—Esto no va a salir bien —digo—. Tengo el pelo hecho un asco.

Beth deja lo que estaba haciendo y frunce el ceño. Me suelto la melena, que me cae sobre los hombros. Ella examina un mechón parduzco que descansa inerte entre sus dedos de manicura perfecta.

—Tienes las puntas abiertas —advierte con horror—. Voy a llamar a mi estilista. Seguro que puede venir y arreglártelas.

Beth tiene respuestas para todo.

Coge el móvil del bolso y pulsa las teclas. Yo me dejo caer sobre la cama y estudio la selección de perfumes y pociones del tocador. Esto es el País de las Maravillas: «Cómeme, bébeme, frótame por todo tu cuerpo desnudo». Los botes parecen obras de arte en miniatura, esculturas menudas de porcelana y de cristal. Me gustaría saber qué milagro de la alquimia contienen para combatir el envejecimiento, y me acuerdo de la botella medio vacía de jabón de supermercado para el acné que dejé en el lavamanos de la casa de «Gran Hermano». Genial, seguro que ahora me sale algún grano. Justo lo que necesitaba. ¿Qué te apuestas a que a Beth jamás le sale ni uno?

—No puede ser —dice una voz a mi espalda—. No tiene un hueco hasta el jueves. Tendremos que pensar otra cosa.

Qué suerte. A lo mejor así cambia de opinión. Es imposible que el plan salga bien.

Beth tira de uno de los cajones de una cómoda de caoba y revuelve entre la lencería: seda rosa, pedrería, intrincado encaje de color blanco reluciente. Hay hasta un par de esposas de pelo rosa con la etiqueta aún puesta que seguramente no habrá ni estrenado. ¿Será un regalo irónico de la despedida de soltera en Puerto Banús? Me pregunto si le hicieron ponerse una ele de purpurina y beber

piña colada con pajitas con forma de pene. Yo lo habría hecho, si me hubiesen invitado. Y supongo que por eso no me dejaron ir.

—¡Por fin! —exclama, y saca un sujetador acorazado—. Mi Wonderbra. Con esto puesto, nadie se fijará en tu peinado.

Tiene sentido. Me quito el vestido como puedo y me pongo el sujetador con el mismo esfuerzo. La primera vez en la vida que tengo canalillo y, joder, tiene una pinta increíble. Me da la sensación de que podría bailar en un escenario a cambio de dinero, liarla en el Moulin Rouge o en el Crazy Horse. Se me salen los ojos de las cuencas y me ruedan por el suelo. Lo siento mucho por Ambrogio.

—Y Ambrogio, ¿qué? —pregunto sin quitarles ojo a mis tetas en el espejo—. ¿No se coscará?

De éstas se cosca seguro, no lo dudes.

—Toma, una cinta y un cepillo —dice, y me pasa también el secador—. Recógetelo así.

Me hace una coleta alta y la retuerce para hacer un moño. Con cantidad de tirones, sacudidas y meneos.

—¡Joder! Quitá, ya lo hago yo —espeto, y me aparto.

Me llevo el secador a mi lado del tocador. Qué fácil sería estrangularla con el cable; podría enrollárselo alrededor del cuello y liquidarla en menos de dos minutos. ¿Lo hago? Beth se hace exactamente el mismo peinado, y con el pelo recogido no se me ven las raíces. La verdad, parece que tengamos el mismo color.

—Espera —dice—, todavía no he acabado.

Coge un poco de Crème de la Mer y me la aplica en la cara y en el cuello. Después, maquillaje DiorSkin con una esponja minúscula. A continuación, busca el polvo sellador de Chanel y una brocha enorme, y me mira. Es la pura imagen de la concentración: ésta debe de ser una tarea difícil.

—Ponte esto por toda la cara y por el *décolletage* —ordena, y me pasa el polvo.

Creo que eso significa *tetas* en francés. Con un golpe de brazo me pone sombra de ojos de color bronce y saca una varita mágica. El rímel: They're Real de Benefit, en «Negro más negro», como si el color negro no fuera suficientemente negro. Me da toques en las pestañas y empiezan a llorarme los ojos. Entonces saca un Juicy Tube del neceser, me hace separar los labios y me los unta. Huele demasiado dulzón y sabe a caramelo. Por último, busca un frasco de perfume que está decorado con un lacito plateado: Miss Dior Chérie.

—Ponte esto —me ordena, y me da el perfume—. Pero no te pases, que es el último que me queda. Dejaron de hacerlo en 2011.

Me lo pulverizo en el cuello: pachuli y naranja. Maldita sea, ahora huelo como ella y todo.

—Y esto —dice.

Se quita el reloj (un Omega Ladymatic nacarado con diamantes minúsculos en lugar de números) y su despampanante anillo de compromiso. Esa piedra debe de haber costado más que el PIB de un país en desarrollo. Lo quiero. Me queda bien. No me jodas: lo quiero.

—Éstos también. Ambrogio los encargó para mí cuando tuve a Ernesto.

Me entrega un par de pendientes de diamantes: el toque final. Tienen forma de lágrima y parecen muy caros. Si los vendiese, podría comprarme un apartamento en Archway; no quiero ni pensar en qué me haría mi hermana si perdiese uno de la pareja. Me vigila mientras me los pongo.

Me enfundo el vestido de nuevo y nos colocamos frente al espejo, la una al lado de la otra. Esta vez yo parezco Beth y Beth parece yo. Nuestra transformación es completa, y hasta yo siento confusión. Muevo la mano y saludo sólo para comprobar cuál de las dos soy yo. Supongo que la cosa marcha, que hemos dado el cambiazo. Dios mío, menudo incordio es mi hermana. Al menos sólo serán unas horas.

—Tu bolso —me pide, con un tono alegre que suena más estresado que animado.

Señala los de las dos, que están en la cama. ¿Por qué será que me siento como una marioneta? Beth es la titiritera, y mi vida se desenvuelve ante mí como si yo bailase en un escenario y unas cuerdas invisibles controlasen mis brazos y mis piernas.

—Beth —empiezo a decir, pero antes de empezar ya sé que será en vano—. Creo que esto no es muy buena idea.

—¡Alvie! —me espeta ella, y me clava una mirada punzante—. Deja que las decisiones las tome yo, ¿vale? Ya sabemos cuál de las dos tiene mejor historial.

—¿Qué coño se supone que significa eso? —quiero saber, aunque no me cabe duda.

«Mírame a mí y, después, mírate tú. Fíjate en lo rica, feliz y próspera que soy, y luego analiza hasta qué punto tu vida es una mierda, en todos los sentidos posibles.» ¡HIJA DE PUTA! ¡MENUDA CABRONA! Me tiemblan las manos y me muero por darle un puñetazo o una bofetada y tirarla por la ventana. Si rompo el espejo, podría usar una de las esquirlas para rebanarle el pescuezo. Pero intento controlarme. Normalmente lo consigo.

—No, nada —me suelta.

Aprieto los dientes.

Beth vacía su bolso sobre la cama: un monedero Mulberry de suavísimo cuero rosa, un par de gafas de sol enormes de Gucci y otro Juicy Tube de caramelo. Cojo su bolso de Hermès y lo acaricio. Después le entrego mi cartera destartalada de Primark, un paquete de Marlboro y un protector labial con sabor a cereza. Se da cuenta de que mi clásico pintalabios morado está en el fondo. Es el que llevaba ayer cuando Ambrogio me recogió.

—¡Anda! ¿Puedo ponerme un poco de ése? —pregunta—. Va, por favor.

Le doy el pintalabios. Le quita el tapón, saca la barra y le quita unas migas y no sé qué más que había en la punta.

—No habrás tenido pupas ni nada parecido, ¿verdad? —inquire, y le da vueltas al pintalabios para examinarlo.

—¿Estás preguntándome si tengo herpes?

—Supongo...

—Vete a tomar por el culo.

Ella suspira, se pinta y se mira a los ojos mientras le pone morritos al espejo. Me cago en todo: le queda mejor que a mí.

—Tendremos que cambiarnos la documentación, por si acaso.

Me da su pasaporte, y yo le doy el mío. Me parece una exageración; ¿por qué está siendo tan exhaustiva?

—Toma, a lo mejor te hacen falta.

Me lanza las llaves de la casa.

—¿Llaves? No creo. No pienso salir de aquí. Además, tú sólo...

—Por si acaso.

En cuanto terminamos, está lista para marcharse.

—Que no se te olvide: tú eres Beth —me susurra al oído.

—Sí, ya lo he pillado.

Debe de pensar que soy retrasada.

—Y acuérdate de lo que te he dicho. —Me clava una mirada intensa y me agarra del brazo con fuerza—. Dile a Ambrogio que vas a salir a leer al jardín. En la mesita está la novela que estoy leyendo. Voy por la mitad. Intenta no acostarte con él.

—¿Por qué? Es tu marido, yo no...

—Cariño, te lo agradezco. Muchísimo, de verdad.

Me aprieta la mano y me abraza. Pero yo me suelto.

—Vale, vale. Tú harías lo mismo por mí, así que andando.

—Voy a preparar a Ernie —explica, y se queda callada un momento—. Te quiero, Alvie.

Me quedo parada. La última vez que oí esa frase fue cuando me lo dijo Ambrogio hace ocho años: «Joder, no sabes cuánto te quiero». Aprieto los ojos

para que no se me salten las lágrimas. Respiro hondo por la nariz y saco el aire despacio, muy despacio, por la boca. Bueno, lo que tú digas. Dios, ¿cómo se puede ser tan manipuladora? Todo para que esté contenta y no me tire a los brazos de su marido (o a su marido) ni la delate. «Eres un libro abierto, Elizabeth Caruso. No esa porquería vomitiva para leer en el baño que escribiste tú, sino uno bueno con un argumento fácil de leer, de ahí la sonrisa.»

—Te quiero mucho, de verdad —repite.

Creo que le ha fallado la voz. Sonríe, pero está intentando no llorar. Que no le caigan lágrimas de verdad. Estoy viéndoselas. Durante un segundo me dejo llevar por el pánico, se me revuelve el estómago. ¿Va a dejarme sola con un bestia maltratador? ¿Voy a acabar en urgencias? O, aún peor, ¿muerta? Y ¿adónde coño va? De todos modos, me ha prometido que volvería a casa. Todavía no se ha ido y ya quiero que regrese.

—¿Y las sandalias? —le pregunto.

Beth suspira y me da los tacones de aguja de purpurina. Yo le doy los de la admiradora de Louis Vuitton. Me siento en la cama a probármelos, ensarto las delicadas tiras en las pequeñas hebillas doradas y muevo los dedos entre la abundante pedrería. Me quedan perfectos. Y se ven de maravilla. Me admiro los pies y éstos centellean y sueltan destellos. Tengo los pies de una modelo de Victoria's Secret.

Beth da media vuelta y sale del dormitorio.

—¡No saldrá bien! —grito en el pasillo una vez más para asegurarme de que se ha enterado.

No soy buena actriz. La última vez que lo intenté, me tocó hacer de los cuartos traseros de un burro en un belén viviente y mi actuación fue, por decir algo, poco convincente. Beth se metió al público en el bolsillo en su papel de Virgen María. Muchos años después, cuando teníamos once o doce o trece, encontramos el vídeo de la representación. «¡Vamos a verlo!», dijo Beth. Le quitó el polvo a la cinta y la metió en el reproductor. Una hora y cuarto de primeros planos de Beth. Ni rastro del asno.

Espero en la habitación y miro por la ventana mordiéndome las uñas. Ambrogio se ha bañado en la piscina y ahora lo veo tomando el sol en el jardín: bañador de *slip* negro, bronceado intenso y tableta de chocolate a lo Action Man. Puede que sea un maltratador, pero no deja de estar como un puto tren.

Veo a Beth, o sea, a Alvie, es decir, a Beth salir al jardín con Ernie en el cochecito. Levanta la mirada hacia la ventana, hacia mí. Oigo lo que piensa alto y claro: «¡Alvie, baja ahora mismo! ¡Rápido!». Supongo que ha llegado la hora. Ambrogio se incorpora en la tumbona y se pasa los dedos por el pelo mojado. Esto es una locura. Creo que no voy a poder. Se dará cuenta... Puede que ahora mismo no, sino a lo largo del día. No va a tragarse que yo sea su esposa, y tendré que decirle que todo ha sido idea de Beth. A veces ella es muy convincente. Me dan ganas de meterme en la ducha y quitarme todo el maquillaje: me siento como una *drag queen*. Pero entonces pienso en Beth y me acuerdo del «Te quiero, Alvie» y de las sandalias. Me cago en todo. Voy para abajo. Tendrá que compensármelo de algún modo. ¿Quizá un bolso a juego con las sandalias? Y también quiero el collar de diamantes.

El ambiente es seco y no se mueve ni una brizna de aire. El sol azota como si la bola de fuego estuviera a tan sólo unos metros de distancia. Huele a los putos franchipanes.

—¡Hola! —digo demasiado alto.

Ambos levantan la vista y se quedan mirándome. Me quedo helada con una mueca antinatural estampada en la máscara de arcilla que es ahora mi cara. Ambrogio me sonrío y se dirige a mi hermana.

—Alvie, vaya moreno has conseguido en tan sólo un día —señala, y se ríe.

Está mirando a Beth. Esto va a ser un lío.

—Bueno, he hecho un poco de trampa —contesta ella con una risita—. Es St. Tropez. No soportaba estar tan pálida en comparación con ella.

Me señala con la cabeza. Yo soy Beth.

—Bueno, las dos estáis guapísimas —afirma Ambrogio, y nos sonrío a ambas de oreja a oreja.

Su mirada se detiene en mi pecho trucado; así que esto es lo que se siente siendo Eva Herzigova. Me dan ganas de saludar en plan «Hola, chicos», guiñar el ojo y lanzar un beso al aire pero, teniendo en cuenta el contexto, podría no ser apropiado. Maldita sea. Por lo menos, un selfi, ¿no? Puede que nunca vuelva a estar tan guapa.

No tengo ni idea de qué hacer ni qué decir. ¿Qué diría Beth? Me quedo plantada sonriendo como una figurante en una película de mierda como *Dos tontos muy tontos*.

Beth se vuelve hacia mí. Vaya, la verdad es que el parecido es enorme: el pintalabios, el vestido, el esmalte de uñas verde. Parece yo en un buen día, que no deja de ser un poco desastroso.

—Beth —dice (ésa soy yo, ¿no?)—, estaba comentándole a Ambrogio que voy a Taormina a hacer un poco de turismo. Puede que no regrese hasta la noche.

—Vale —respondo, y asiento.

Por favor, no me dejes aquí. No te vayas. Ambrogio me descubrirá en cuanto nos des la espalda.

—Quiero ver la casa de D. H. Lawrence y esa iglesia famosa que hay en la plaza. Pienso explorar un poco, perderme por ahí. Sabes, ¿no?

Beth me mira.

Ambrogio me mira.

—Sí, claro. Suena muy bien. Seguro que te diviertes —contesto con aire alegre y simpático.

¿Es ésa la voz de Beth?

—Os parece bien que me lleve a Ernie, ¿verdad? Así nos conoceremos mejor. Estoy deseando jugar a ser mamá por una tarde —asegura.

Ernesto saca el brazo del cochecito y le agarra uno de los dedos con su puño regordete.

—Sí, cómo no.

Rompo a sudar. Debe de estar subiendo la temperatura. Según el Ladymatic de Beth, son las doce pasadas.

—Así que nos quedamos solitos —dice Ambrogio, y se levanta de un brinco.

Se pone detrás de mí y me envuelve la cintura. Le miro los antebrazos — fuertes, bronceados, definidos, pegados a mí—, y él me atrapa con manos de hierro.

—¡Por fin! Así puedes pasar un rato de relax con el guapo de tu marido —

indica.

Me besa justo donde me he puesto perfume, y se me eriza el vello de la nuca. Me pongo tensa. No le veo la cara, pero me lo imagino guiñándole el ojo a Beth. Miro a mi gemela, que tiene cara de no dar crédito a lo que está viendo. Dibuja una sonrisa que parece forzada. ¿Está celosa? ¿Celosa de mí? Esto sí que es nuevo.

—Sí, ya os dejo solos, tortolitos. Que paséis un buen día.

Pero ¿qué dice? «¡No!», exclamo moviendo los labios. Va a ponerse cariñoso, lo sé. Los bebés son el cianuro de la vida sexual, pero si Beth se lleva a Ernie, ésta es su gran oportunidad. Este hombre se me va a echar encima. Antes de que me dé cuenta, ella ha dado media vuelta y está traspasando la verja de entrada. ¿Qué narices piensa que va a pasar aquí? Y ¿qué podría ser tan importante como para arriesgarse a todo esto? Ambrogio desliza las manos sobre mis caderas en dirección al culo, y a mí va a darme un ataque.

—Voy contigo y te echo una mano con Ernie —suelto.

Me libero del abrazo y corro hacia ella. Bueno, más que correr, troto; los tacones de quince centímetros no están hechos para esprintar. A lo mejor para estar sentada. Y beberte un buen sex on the beach tranquilamente. No llego muy lejos antes de darme por vencida.

—¡No te preocupes! —vocea Beth por encima del hombro—. Nos las arreglaremos, ¿verdad, Ernie?

—¡¿No quieres que te acerque en coche, Alvina?! —grita Ambrogio.

—No, gracias —la oímos decir—. No está tan lejos.

Desaparece al doblar la esquina.

—¡¿Sabes adónde vas?! ¡Te vas a perder! —grita él, y se ríe.

—¡Para eso está Google Maps!

Ambrogio se me acerca por la espalda y me habla en un susurro.

—¿Estás segura de que no le pasará nada a Ernie? Tu hermana no es Mary Poppins, que digamos.

Me cuesta un esfuerzo titánico no chillar que no se vaya.

—No le pasará nada —contesto.

Y, después de eso, mi hermana ya no está, y yo me quedo mirando el trozo de jardín que ella ocupaba hace un momento. Estoy sudando la gota gorda; imagino que el bronceado de pega me hace churretes por las piernas. Lo compruebo, pero no se me ha corrido. Me estremezco y echo a caminar hacia la casa.

—Oye, ¿adónde vas?

—Al baño —respondo sin detenerme.

—Vale, pero ven cuando acabes —dice en voz alta—. Se me ha ocurrido

una cosa.

En serio, no soy capaz de leer semejante mierda, joder. Tiro la novela sobre la mesa y me repantigo en la butaca. La novela que Beth me ha dicho que lea es espantosa. ¿Qué voy a hacer ahora? Es evidente que estoy evitando a Ambrogio, y el tío es un anuncio andante de viagra. Un peligro en toda regla. En circunstancias normales me faltaría tiempo para aprovechar y meterme en la cama con él, pero así no. No mientras yo sea Beth. No es lo mismo.

Le echo un vistazo a la biblioteca: paredes llenas de estantes hasta arriba de libros. La mitad están en italiano y deben de ser de Ambrogio. Maquiavelo, Dante, Tomasi di Lampedusa. La otra mitad están en inglés, pero eso no significa que tenga de qué alegrarme. De entrada, cualquier cosa con letras rosas y arremolinadas en el lomo la clasifico como *chick lit* edulcorada. Las historias románticas me dan arcadas, dudo que yo sea su público. Si voy a leer una novela, quiero que tenga más giros que un circuito de Fórmula 1 y más gancho que el capitán Garfio. Tiene que sorberme el seso y no dejarme ni respirar. Y me temo que la literatura para solteras profesionales no cumple los requisitos. O lo que quiera que sea la mierda esa que escribió Beth: *Una chupapollas y sus tampones*, o *Huracán de amor*.

En una de las baldas hay una sección más reducida de libros que prometen, pero cuando saco uno resulta ser una novela erótica. Rasgacorsés de Harlequin, Mills & Boon. *Heartless*, *Un negocio arriesgado*, *Sólo deseo*. ¿Qué tiene esto de erótico? Ni siquiera hay dibujos, no lo pillo. ¿Qué le pasa? De todas las personas que conozco, nadie tiene peor gusto para los libros que Beth. Y se hace llamar *escritora*, *parfavar*... Cuando éramos pequeñas nos leíamos libros: Enid Blyton, Roald Dahl, Beatrix Potter. Parece que hayan pasado mil años desde entonces. Ya es un sueño lejano. Yo quería leer historias de terror gótico, y a ella le gustaban los animales parlanchines y los banquetes secretos a medianoche.

Mataría por algún clásico: *Lolita*, *Psicosis*, *El silencio de los corderos*. Les quito el polvo a los lomos de algunos volúmenes viejos que hay en un rincón. Me encanta el olor del papel antiguo. Qué fácil sería prenderle fuego a este sitio. Nadie los ha leído en muchísimo tiempo. Shakespeare. *A buen fin no hay mal principio*, *Las alegres comadres de Windsor*, *El cuento de invierno*, *Macbeth*. Saco la obra escocesa y la abro por una página cualquiera. Lady Macbeth: «¡Corred a mí, espíritus propulsores de pensamientos asesinos! ¡Cambiadme de sexo, y desde los pies a la cabeza llenadme, haced que me desborde de la más implacable crueldad! ¡Espesad mi sangre; cerrad en mí todo acceso, todo paso a la piedad, para que ningún escrúpulo compatible con la Naturaleza turbe mi

propósito feroz, ni se interponga entre el deseo y el golpe! ¡Venid a mis senos maternos y convertid mi leche en miel, vosotros, genios del crimen».

Genial. Me gusta su estilo. Aunque no sé a qué viene lo de la piedad. Lady Macbeth es un personaje brillante; tiene cojones y va a por lo que quiere, sin miedo. Igual que Hillary Clinton. Hoy en día eso no es muy común. La admiro.

Cierro el libro y lo devuelvo a la estantería. *Otelo* está justo al lado: mi obra favorita. La abro por el final: «He rendido algunos servicios al Estado, y lo saben los senadores. Pero no hablemos de esto... Os lo suplico; cuando en vuestras cartas narréis estos desgraciados acontecimientos, hablad de mí tal como soy; no atenuéis nada pero no añadáis nada por malicia. Si obráis así, trazaréis entonces el retrato de un hombre que no amó con cordura, sino demasiado bien; de un hombre que no fue fácilmente celoso; pero que una vez inquieto, se dejó llevar hasta las últimas extremidades».

Dios mío, cállate ya, Otelo. Menudo idiota. «Un hombre que no amó con cordura, sino demasiado bien.» Bla, bla, bla. Era un maltratador y punto. Un abusón taciturno y celoso que merecía morir. Yago es con diferencia el mejor personaje, el listo. El bromista. ¡Qué carisma! La obra debería llevar su nombre por título. ¿Por qué no la tituló *Yago*? Shakespeare desperdició la oportunidad.

Dejo el libro en la mesa. Ya estoy bastante estresada y no necesito una tragedia. Por la mañana pienso pedir algo de poesía por Amazon; algo alegre, como Siegfried Sassoon.

—¿Beth? ¡Beth!

Oigo la voz de Ambrogio por el pasillo.

—¿Beth?

Mierda. Se acerca.

—¿Beth?

Cada vez más.

Aparto la silla —las patas chirrían al arrastrarlas sobre las baldosas— y me escondo debajo de la mesa. Oigo sus pasos fuera. Tiro de la silla para ponerla en su sitio, despacio, sin hacer ruido. Me tapa las vistas. Aguanto la respiración. Ambrogio abre la puerta.

—¿Shakespeare? —se pregunta.

Debe de haber visto el *Otelo*. Mecachis. Si quiero hacerme pasar por Beth, tendré que bajar el nivel.

Le veo los pies y los tobillos. Los zapatos italianos. Lo oigo respirar. ¿Me ve? Por fin da media vuelta y sale de la habitación. Lo oigo alejarse por el pasillo. Esto es ridículo, ¿hasta cuándo voy a quedarme aquí debajo? Ya se me está agarrotando el cuello. Mi hermana me debe una gordísima, joder. ¿Adónde coño habrá ido?

Salgo a gatas de debajo de la mesa y me froto el cuello. Me dejo caer en la silla, ha ido de muy poco. Casi me pilla. Y, si fuera así, ¿qué? Ahora mismo estaríamos follando encima de esta mesa de nogal del siglo XVIII. Dios mío, me muero por tirármelo. Hasta sus tobillos me parecen sexis, pero no consigo quitarme el comentario de Beth de la cabeza: «Esa noche, en Oxford, pensaba que eras yo». ¿Y si es verdad? ¿Y si fue un accidente? No quiero acostarme con Ambrogio siendo Beth. Quiero seducirlo y follar con él siendo yo. Me lo ganaré. Ésa es la victoria definitiva. Puede que lo haga mañana, cuando vuelva a ser yo misma.

¿Dónde coño estará? Son más de las diez. Las golondrinas vuelan en picado desde el cielo y cruzan el jardín. Descienden hasta la piscina, rozan la superficie y se marchan como espectros silenciosos. Ojalá tuviera una pistola de balines o una bazuca. ¿Un Kalashnikov? Estoy sentada en una de las tumbonas que hay sobre el alucinante enlosado de piedra volcánica viendo cómo anochece mientras tiemblo de la rabia. Le doy un trago a la botella de Absolut que he escondido debajo del asiento y me toqueteo los pellejos de los pulgares hasta que me sangran. Estoy furiosa, me hierve la sangre. Estoy tensa como una cobra y pegajosa del sudor. Han pasado diez horas y quiero matarla. ¿No hay que acostar al crío? Es una irresponsable, eso es lo que es. Está trastornada, joder.

Sale la luna llena, y esta noche me siento un poco lunática. Me pregunto si es cierto lo que dicen de ella. «¡Se aproxima a la Tierra más que de costumbre, y vuelve locos a los hombres!» Poco a poco van saliendo las estrellas, de una en una. Hay trillones y trillones, como si no tuvieran fin. Y estoy harta de esperar. De momento he conseguido esquivar a Ambrogio, pero no podré mantenerlo a raya mucho más tiempo. Ahora oigo el crujido de la puerta cristalera y pasos en el enlosado. No le he quitado ojo a la verja de entrada, así que sé que no es Beth. Es Emilia o él.

—¿Beth? —dice una voz masculina—. ¡Estabas aquí! No sabía adónde habías ido. ¿Qué haces sola aquí fuera a oscuras?

—Ay, hola —contesto, tratando de parecer alegre.

Soy Elizabeth. Soy Beth.

Se sienta en una de las tumbonas y la acerca hacia mí. Noto el aroma de las feromonas y de Armani Black Code. Es Ambrogio.

—¿Se te ha pasado el dolor de cabeza con la aspirina?

Me acaricia el muslo con una mano caliente y me la posa en la rodilla. Dios mío, es sexi hasta en la oscuridad, donde ni siquiera lo veo. Cierro los ojos y

trago saliva.

—Sí, gracias. Estoy mucho mejor —respondo.

Oigo mi propia voz como si estuviera muy lejos, como si estuvieran estrangulándome en un segundo plano. ¿Dónde está mi hermana? Maldita sea, joder. Ambrogio me va a descubrir.

—Tu hermana no tardará en volver con Ernie, y yo he echado de menos a la guapa de mi mujer —dice.

Se me acerca y me pega la mejilla a la cara; la barba incipiente raspa. Ambrogio, Ambrogio, Ambrogio, Ambrogio. Hasta su nombre me suena a maná. Respiro el olor de su loción de afeitado. Lo deseo mucho pero, pase lo que pase, no voy a besarlo. Beth podría llegar en cualquier momento.

—Sí —contesto en voz baja, sin respiración.

Siento la presión de sus labios en los míos, está besándome. Me hace volverme hacia él y me da un beso más profundo, con lengua, y no consigo evitarlo. Lo beso. Sabe a *espresso* y a tabaco dulce. Le paso la mano por la cabellera espesa y caliente de la nuca y gimo. Porque lo deseo. Joder, me muero por él. Ambrogio es todo lo que siempre he querido. Desde la última vez, mi primera vez, nuestra única vez (mis trescientos rollos de una noche no han significado nada). Le noto la erección a través del pantalón vaquero. Siento un hormigueo en la piel y se me derriten los muslos. Se me abren las piernas. Me desliza la mano por la cara interna y me roza la ropa interior con las yemas de los dedos. ¡La hostia! Electricidad pura. Estoy mojada y palpitando. No tiene ni idea de quién soy, podría acostarme con él aquí mismo, ahora. Sería orgásmico. Me muero por arrancarle la ropa, pero de repente me acuerdo: así no. No mientras soy Beth. Me aparto.

—No puedo, lo siento —digo, y me levanto—. Alvie llegará de un momento a otro y no quiero que nos pille.

Perfecto, eso es justo lo que diría Beth. Mojigata de mierda.

Él se sienta en la tumbona y ladea la cabeza. A pesar de la oscuridad, noto que está cabreado.

—¿Dónde estará tu hermana? —pregunta—. Es tarde. Ernie debería estar en la cama, ¿no?

—Seguro que no tardará. Voy a llamarla.

Tranquila, no te alarmes. Haz como si nada. Soy el Etna a punto de entrar en erupción.

—Tengo que... —empiezo a decir.

Pero no sé cómo terminar la frase. ¿Qué tengo que hacer? ¿Gritar? Sí, necesito chillar. No debería tardar tanto. Lo sé yo, y lo sabe Ambrogio. ¿Y si le ha ocurrido algo? Espero que no, joder. No voy a soportar esto mucho más

tiempo.

—Lo siento, cariño —me disculpo de pronto, porque me he acordado de quién se supone que soy.

Le paso los dedos por el pelo y le acaricio la coronilla como si fuera un gato. Él tiene el cabello suave y sedoso.

—Seguro que ya están viniendo hacia aquí.

Él asiente, y yo le doy un beso en la frente y noto el sabor salado de su piel. Gatito bueno.

—Te veo dentro —dice, y se pone de pie.

No sonrío, sino que da media vuelta y se marcha. Vigilo mientras se aleja. Otra vez.

Genial, ahora Ambrogio está enfurruñado conmigo. Sólo que no está enfadado conmigo, sino con Beth. Espero a que entre en la casa y cierre la puerta, me tiro en la tumbona y me pongo a gritar mentalmente.

Llevo tres horas sin hacer nada más que llamar a Beth y escuchar el mensaje de su contestador una y otra vez: «Hola, éste es el contestador de Elizabeth Caruso. Lo siento, pero ahora no puedo atender llamadas. Deja un mensaje, por favor». Todas las veces he colgado para marcar de nuevo, en plan acosadora loca. Pero tiene el móvil apagado, aunque no se me ocurre ni un solo motivo: es un iPhone nuevo, así que la batería no debería habersele muerto. Debe de haberlo desconectado adrede, la muy hija de puta.

Cojo la botella de Absolut y doy un buen trago. Está caliente. El alcohol me quema la garganta, pero le doy otro tiento. Y otro. Y otro más. Hasta que en la botella no queda nada. La dejo caer sobre el enlosado volcánico y suena como el roce del cemento y el cristal. El jardín me da vueltas y vueltas, estoy atrapada en el vórtice de un remolino. Prefiero esta sensación a la sobriedad.

Si me quedo aquí más tiempo, voy a explotar.

Un zumbido agudo rompe el silencio; es un mosquito que se me ha metido en el oído como la nota más aguda de un violín. Me doy un golpe en la sien, pero me están comiendo viva. Hay una nube de mosquitos encima de la piscina. ¿En Sicilia hay malaria? No sé, pero estamos casi en África. Me levanto de un brinco y me dirijo a una oscuridad abominable. En Taormina, la negrura es total, no como el cielo monocromático de color naranja grisáceo que tenemos en Londres. Echo de menos la contaminación lumínica. Joder, qué montón de estrellas.

Marco el número de Beth de nuevo, pero —oh, sorpresa— todavía tiene el móvil apagado. ¿En qué estaría yo pensando? Soy una idiota de cojones. ¿Por qué me meto en semejantes líos? Me quito las sandalias y las tiro debajo de la tumbona; me rozan. Cómo no, si Beth tiene los pies más pequeños que yo. Es más delgada y delicada. Me siento como Anastasia o Drizella, las hermanastras

feas de Cenicienta. Como la calabaza que se convierte en carroza.

Camino descalza sobre la alfombra basta de césped. Al pasar junto a un rosal, se me engancha el vestido en una espina. Tiro y se rasga. Da igual, no me gustaba. Hay unos árboles que me cierran el paso como cadáveres malévolos; sus dedos largos y nudosos me arañan la piel. ¿A qué juega Beth? No debería haber accedido: estaba claro desde el principio que iba a ser un error. Se me pega una tela de araña a la cara y algo me corretea por el cuello. Suelto un grito, me meneo y me doy un manotazo con la palma en la espalda. Creo que se me ha escondido algún bicho en el pelo.

Llego hasta la calle que discurre al fondo del jardín. La verdad es que no sé adónde ir. Respiro hondo —hojas podridas—, doy media vuelta y regreso hacia la casa. Debería haberme acostado con él cuando se me ha presentado la oportunidad. Beth se lo merece. Pero ya pasó, mi única posibilidad. Yo quería, coño; me moría de ganas. Y Ambrogio también. Lo he notado. Me deseaba, a mí. Podríamos haber estado follando aquí mismo: nuestros cuerpos pegados en la tumbona. El marido de Beth susurrándome «te quiero» al oído. Habría sido fabuloso. Pero no. Porque estoy portándome bien, la niña buena que hace caso de lo que le manda su hermana. Beth siempre se sale con la suya, joder. Soy su marioneta. Su títere. ¡Mierda! He oído un crujido. Algo duro y afilado, pero enseguida noto algo baboso entre los dedos del pie. He pisado un caracol. Salgo corriendo por el césped e intento limpiármelo. ¡Dios, qué asco!

Cuando miro a mi alrededor, me doy cuenta de que estoy en el jardín de Salvatore. Las luces de seguridad se encienden y me deslumbran: un conejo ante los faros de un coche. Me quedo inmóvil. Sin respirar. Echo un vistazo moviendo sólo los ojos y veo que las luces son automáticas; no hay nadie. El camino de entrada y la plaza de aparcamiento están vacíos, Salvatore ha salido con el coche. Así que puedo moverme. Puedo respirar. La gravilla cruje a medida que me acerco a la casa. Poco a poco. Con cuidado. Este chalet no es tan indecente como la casa de Beth, pero sigue siendo bastante impresionante. Apoyo las palmas de las manos en el cristal de una ventana y miro el interior. Es el vestíbulo de Salvatore: moderno, con obras de arte. Ladrillo visto, palmeras en jarrones de cerámica, cuadros en las paredes...

Y entonces lo veo: la estatua de una mujer. Una mujer clavada a mí. Es de tamaño real y está hecha de mármol, de pie sobre un pedestal en la entrada de la casa de Salvatore. Mi cara, mi cuerpo, mi constitución. Pero caigo en que no soy yo, sino Beth. Salvatore ha esculpido a mi hermana. O bien tiene una imaginación muy fértil, o ha visto a mi hermana en cueros. La forma voluptuosa del pecho, la curva de las caderas..., es perfecta. Es como ver a Beth desnuda, una Beth de piedra. No me extraña que a Ambrogio no le gusten sus esculturas.

Aunque, ¿la habrá visto? Quiero atravesar el cristal y tocarle los labios. Los tendrá frescos y suaves. Me da la sensación de que está a punto de hablar, de echarse a reír, de moverse. Esto es una puta locura. Debe de estar tirándose a mi hermana. No me lo creo. No puede ser, ¿Beth? Ella no haría algo así. No lo entiendo.

El rumor de un motor me sobresalta. Unos faros iluminan la entrada y me quedo paralizada. Me quedo de piedra, como la estatua. ¿Es Salvatore? ¿Quién va en el coche? Las ruedas chirrían cuando el vehículo se detiene en la entrada. Mierda. ¿Qué hago ahora? No debería estar aquí. Vacilo un momento, echo a correr y me lanzo de cabeza hacia los setos que separan el jardín de Salvatore del de Beth. Las ramas más afiladas se me clavan en la carne, las espinas me arañan la espalda. Y entonces la oigo por fin, me cago en todo: la voz de Beth. Ronca, entrecortada. Qué rara suena, ¿está borracha? A continuación, oigo a un hombre. ¿Es Salvatore? ¿Qué dicen? ¿Gritan? ¿Están discutiendo? Están peleándose junto al coche, pero sólo alcanzo a entender algunas palabras. Salvatore dice «locura», y Beth, «mi hermana». Alguien da un portazo. ¿Qué cojones está pasando?

—Me lo habías prometido —dice Beth.

Pero no me entero del resto. Continúan discutiendo unos minutos más, hasta que las revoluciones del motor suben de golpe y las ruedas chirrían. Un BMW corre hacia mí escupiendo gravilla; lo tengo tan cerca que huelo el motor caliente. Siento la potencia a través del suelo. Me agacho detrás de unas ramas. Si no me muevo, no me verá. Pero yo sí lo veo a él.

Salvatore abre la puerta del coche y sale. Lleva vaqueros y una camisa negra entallada que le aprieta el pecho ancho y los hombros: un oso o un animal salvaje. Una bestia. La gravilla cruje bajo sus pies, y yo aguanto la respiración. «No me veas, por favor. No levantes la mirada.» Se detiene, da media vuelta y mira hacia la calle. ¿A qué espera? Beth se ha marchado. Una llave tintinea contra el metal y abre la puerta. Cuando oigo el golpe que da al cerrarla, me acuerdo de respirar.

¡Beth ha vuelto! Voy a buscarla. Me arrastro entre los arbustos hasta el jardín de mi hermana y me arranco las hojas del pelo y una rama del pecho. La tela se rasga, el vestido está para tirar. Beth se va a cabrear, pero eso es lo que menos me preocupa. Echo a correr a trompicones por el césped, esquivando troncos, agachada entre las ramas. Me detengo un momento a recuperar el resuello y todavía me da vueltas la cabeza. La hierba se ondula y se arremolina. ¿Por qué me he bebido todo el vodka? Rumor de pasos rápidos y ruedas. Distingo una silueta empujando un cochecito: negro sobre negro. Echo un vistazo a la casa de Beth y veo que todo el mundo duerme. Las luces están apagadas.

—¡Pssst! —la llamo—. ¡Aquí!

La silueta de Beth se detiene, se vuelve y mira a su alrededor, pero le pasa algo raro. No va recta. Va dando traspiés, tropezando, perdiendo el equilibrio. Deja el cochecito junto a las tumbonas y entonces —no sé cómo, pero despacio— llega hasta el borde de la piscina, donde la espero a oscuras.

—Beth, pero ¿qué coño pasa? ¿Dónde has estado?

Ella no responde. Tiene la cabeza gacha.

—Beth, ¿qué ocurre? ¿Estás cocida o qué? —le pregunto.

Estoy susurrando, aunque lo que quiero es gritar, agarrarla por los hombros y sacudirla hasta cansarme. Joder, necesito fumar. ¿Dónde tengo los pitillos? Mataría por un poco de nicotina. Aquí apesta a cloro y el sabor agrio del vodka me empalaga.

—Estoy bien —dice por fin, y levanta la mirada.

Tiene los ojos raros, no acaba de enfocar la vista. ¿Habrá estado llorando? Dios, por favor, otra vez no. No me hables de inestabilidad emocional: yo no lloro desde 1995.

—Chiss... No hagas ruido, o despertarás a Ambrogio.

Tenso los hombros y algo me hierve por dentro. ¿Cómo narices hace tanto

calor a medianoche? Las baldosas irradian calor y el aire húmedo me pesa en la espalda, en el pecho. Rompo a sudar. Un mosquito zumba su gemido insistente. Noto que se me posa en la piel y me pica en el cuello.

—A la mierda Ambrogio. Lo odio —espetea Beth.

Me tiemblan las manos. Aprieto las mandíbulas. ¿Cómo se atreve a decir eso de él? Es perfecto, y ella no se lo merece. Beth me lo robó y me la juego a que ahora va a dejarlo tirado como un pañuelo usado. Está liada con el escultor, eso es lo que pasa. ¡Menuda zorra! Pero ¿qué sentido tiene llevarse al niño?

Beth se pone a sollozar.

Ernie la acompaña con un lloro agudo, desesperado y desolado. Como si alguien estuviera estrangulando a un gato abandonado. Supongo que suena parecido. O sea, que todavía no sé quién lloraba anoche. Me cago en todo; esto es lo último que necesito: un niño histérico. Una hermana histérica. Lo de Beth es increíble; sólo me ha invitado a venir para hacer el cambiazo. Ya sabía que era demasiado bonito para ser verdad.

—Basta ya, Beth.

Me acerco.

—Ojalá estuviera a un millón de kilómetros de aquí...

Habla arrastrando las palabras y con una voz extraña que jamás he oído.

—Ojalá estuviera muerta —le dice al suelo.

Me acerco un poco más y, cuando está a punto de caerse, la cojo de los brazos con ambas manos y la sujeto con fuerza. Ahora se echa a reír; ríe y llora al mismo tiempo.

—A la mierda Ambrogio y a la mierda Salvatore. Quédatelos a los dos.

Noto su aliento caliente en la mejilla.

—Eso te gustaría, ¿verdad? —indica, y me suelta una carcajada horrible, hueca y amarga a la cara—. Por fin alguien que te corresponde.

A la luz de la luna llena, le aparece un resplandor en la mirada.

—So zorra —le digo.

—¡Estás loca! —exclama ella—. Que te follen, ¿o te crees que es fácil tener una hermana como tú? Yo siempre me he esforzado, ¡siempre! ¡Es la única vez que te he pedido algo! ¡Todo se ha ido a la puta mierda!

Grita con tanta rabia que está temblando. Aquí pasa algo muy preocupante: mi hermanita perfecta no dice palabrotas.

—Pero ¿de qué hablas? ¿Cómo que *una hermana como yo*?

—¡Eres un bicho raro! Das pena. Todo el mundo lo sabe.

Un volcán de ira me borbotea por dentro.

—¿Cómo que *todo el mundo*?

—Mamá estaba al borde de una crisis nerviosa por tu culpa. ¿Por qué crees

que emigró?

—Porque se casó con...

—¿Crees que Ambrogio te habría escogido a ti? No tienes ni puta idea de la realidad. Tú piensas que te lo robé, ¿verdad? Estoy segura de que lo engañaste; debiste de hacerte pasar por mí para echar un polvo.

¿De dónde ha salido eso? ¡Es injusto! La ha tomado conmigo porque su vida no es perfecta.

—No, de eso nada. ¿Qué pasa, Beth? ¿De qué va esto?

—Ya, lo que tú digas.

—¡Me dejó embarazada! —suelto—. Pues sí. Y no te lo conté. Me has robado esta vida, Beth. Ése debería ser mi niño. Ambrogio tendría que ser mi marido. Y ésta, ¡mi puta casa! —Señalo la mansión, los jardines que nos rodean, todo galvanizado en plata a la luz de la luna.

—No te lo crees ni tú. Tú no has estado embarazada. Alvie siempre con sus trolas y sus invenciones estúpidas.

—¡Sí lo estuve! ¡Estaba embarazada! Pero lo perdí. Y tú me robaste a Ambrogio. Y yo... y yo...

Empiezo a darle sacudidas. La sacudo y la sacudo...

Y ella se desliza, se me resbala entre las manos. Cae sin hacer ruido, de espaldas a la piscina. Se oye un crac que me revuelve el estómago. Todo ocurre a velocidad superlenta, y el tiempo se estira como un pedazo de chicle. Se da con la cabeza en el borde y se precipita al agua. Salpica por todas partes y me empapa. El agua fría me sobresalta y grito. Ella se hunde. Se hunde cada vez más en el agua y yo me quedo paralizada, mirando hasta que desaparece.

Mierda, y ¿ahora qué?

La vida de Beth se me aparece en forma de breves fogonazos: el dinero, el marido, el niño, el coche. Ella me robó a Ambrogio. Me lo robó todo desde el principio. Y ¡yo se lo permití! Con razón me consideraba una perdedora. Pues se va a enterar. Yo también sé jugar a esto. Se lo quitaré a ella. Voy a robarle la existencia: esto es lo que yo merezco. Justicia poética. Me agacho junto a una tumbona y rezo porque nadie me vea. De pronto estoy despejada, con las terminaciones nerviosas alerta. La sangre me corre deprisa por las venas, estoy vibrando. A punto de perder la cabeza. Voy a esperar cuatro minutos según el Ladymatic de Beth. Si se te para el corazón durante cuatro minutos, es oficial: estás muerto. Lo he leído hace poco en alguna parte. A lo mejor lo vi en Discovery Channel. Lo veo de vez en cuando si no consigo dormir.

Los cuatro minutos tardan décadas en transcurrir. Los segundos se arrastran.

Busco las cámaras de seguridad con la mirada, pero no hay. Es extraño. Oteo el jardín y todas las sombras me parecen Ambrogio. Echo un vistazo al jardín vecino, a los chalets. Espero que Salvatore no salga corriendo de pronto. Pero, no, estoy a salvo. Ernie ha dejado de llorar. Y las cigarras siguen cantando.

Vigilo el segundero, pero repto a paso de tortuga.

Un minuto: aparecen burbujas en la superficie. ¿Va a salir a respirar? Si nada hasta la superficie, ¿la sujeto debajo del agua, o la saco? Oigo los latidos de mi corazón: ¡BUM, BUM, BUM, BUM! Miro la piscina para ver si da señales de vida, las burbujas han cesado.

Dos minutos: mierda. ¿Dónde están las burbujas? Tengo que sacarla, joder. ¡Está ahogándose! ¡BUM, BUM, BUM! ¿Qué hago aquí? Si no me tiro ahora, será demasiado tarde.

Tres minutos: ya casi está. Ya casi está. Tranquila, Alvina. *Keep calm and carry on*. No te pongas nerviosa, que tú puedes. ¡BUM, BUM, BUM, BUM, BUM! Me muerdo el labio por dentro y vigilo la superficie como un halcón; un poquito más. Llevo toda la vida esperando este momento.

Tres minutos y treinta segundos: Dios mío, ¿qué he hecho? Corro a la piscina y salto. El agua es un bisturí que me corta la piel. Un témpano helado. No puedo respirar. No sé moverme. Me pesan los brazos y tengo las piernas de plomo. Intento nadar, pero el vestido me lastra. ¡BUM, BUM, BUM!

—¡Ayuda! —grito entre trago y trago de agua—. ¡Que alguien me ayude! ¡Ayuda!

Se me ha olvidado nadar. Agito los brazos y las piernas sin sentido. Me ahogo. El agua se cierra sobre mi cabeza. Oscuridad. Silencio. Me agarro al borde con la boca llena de agua. Estoy jadeando, temblando, soltando reniegos. Me cago en la puta. Beth se ha hundido hasta el fondo y no tengo suficiente fuerza para sacarla. Me sumerjo una y otra vez, una y otra vez, la cojo de la mano, pero se me resbala. Está lánguida. No consigo asirla bien. Tengo un subidón de adrenalina que raya el ataque de pánico. No puedo. No puedo sacarla. Por fin, se encienden las luces de la casa y una figura sale corriendo. Ambrogio.

—¡Ayuda!

El niño se pone a berrear. Otra vez.

—¿Qué ha pasado?

—¡Se ahoga!

Ambrogio se tira en bomba y bucea hasta el fondo. Yo me agarro al borde como si no pensase soltarme en la vida.

Emerge con Beth en brazos, salpicando agua.

—Ayúdame —ordena.

Me doy impulso para salir de la piscina. El mundo da vueltas y voy a

vomitara. Agarro a Beth del brazo con manos temblorosas, pero es un peso muerto y no puedo sujetarla. Ambrogio la levanta un poco más y ella rueda sobre las baldosas, pesada y sin vida. La cabeza le da unos bandazos horribles. ¿No se habrá partido el cuello?

—¡Respira! —le grito, mientras la sacudo por los hombros y le doy golpes en el pecho—. Respira, ¡respira, por favor!

Es una muñeca de trapo sin huesos. La tumbo de espaldas en el enlosado volcánico, coloco los labios sobre los suyos —lo aprendí hace años en un curso de primeros auxilios— y a soplar. Soplar y soplar y soplar y soplar. Ambrogio sale de la piscina de un salto, y yo espero que Beth tosa, escupa agua. Pero no sucede. La pongo de costado y le doy un golpe fuerte en la espalda.

—Respira, por favor. ¡Respira!

—Déjame a mí —dice Ambrogio, y me aparta.

La sienta, la inclina hacia delante y le azota la espalda. Otra vez. Y otra vez. Un hilillo de sangre le sale de la brecha que tiene a la derecha de la coronilla. Tiene la mejilla roja. El cuello empapado de rojo. La sangre le forma remolinos en el pecho y en los hombros. Se le cae la cabeza a un lado.

—Alvie. Alvie, ¡¿me oyes?! —grita Ambrogio—. ¡Respira, Alvie! ¡Te digo que respire, coño!

No para de darle porrazos en la espalda, pero Beth tiene los ojos en blanco y muy abiertos, como un maniquí. No ven nada, una mirada perdida y desenfocada. Sin pestañear. Sin ver. Sin saber. Muertos. Con una arcada me sube la bilis a la boca y vomito. Me vomito en los pies, en el suelo, una arcada tras otra, hasta que no me queda nada dentro. No debería haber bebido todo ese vodka.

—Joder, Beth —dice Ambrogio en mitad de la oscuridad, y se vuelve hacia mí—. El plan no era así.

De repente, la Tierra deja de girar sobre su eje. El planeta detiene su órbita alrededor del sol.

—¿El plan? —pregunto.

¿De qué habla?

—Se suponía que no ibas a matarla aquí. No tenías que ser tú.

Abro la boca, pero no me salen las palabras.

—¿Es que no podías ceñirte al plan?

Estamos los dos de pie, el uno al lado del otro, junto al cadáver de mi hermana. ¿Había un plan? ¿Qué cojones significa eso? El niño se ha callado por fin; se ha quedado dormido de tanto llorar, el pobre. No se oye nada. Hasta las cigarras han interrumpido su serenata incesante. Debajo de la cabeza de mi hermana se ha formado un charco de un líquido oscuro que empapa las losas. Me

tumbo a su lado e intento llorar. Estoy viendo una película de terror de bajo presupuesto, una de serie B con mucha sangre o una de la saga de *Scream*. Esto no está ocurriendo en la vida real. Es una pesadilla, un sueño terrible. ¿El plan? ¿Qué plan? ¿Qué clase de plan? Una pesadilla en la que Beth y Ambrogio han conspirado para matarme. ¿Beth? No, ella no. No lo entiendo. ¿Estoy paranoica o como una cuba o qué? Debo de estar alucinando.

Le cojo la mano. La tiene mojada y fría como el hielo. Su silueta describe curvas que iluminan la claridad que llega de la casa. La cabeza. Las caderas. Las pantorrillas. Creo que va a levantarse en cualquier momento y a marcharse. Que va a gritar mi nombre o a decir cualquier cosa que me incordie. Pero está más quieta que las estatuas de Salvatore. Fría e inmóvil.

Al cabo de un rato, es Ambrogio el que me llama.

—Venga, Beth, vamos adentro. No podemos hacer nada.

Beth, Beth, Beth; no para de llamarme Beth. Me encuentra la mano a un extremo del brazo, pegado a mi costado. Tiene los dedos mojados de la piscina. Aparto la mano deprisa, asustada. No voy a ir a ninguna parte con este hombre: quiere matarme. ¡Quiere matar a Alvie! No obstante, se agacha de nuevo y me atenaza de tal manera que no puedo resistirme. Tira de mí y me levanta. Lo miro a los ojos. Le veo la mandíbula fuerte. El rostro hermoso. Es tan guapo como Channing Tatum. Pero no pienso dejar que me engañe, sé que no puedo fiarme de él. ¿Qué coño de plan era ése?

Ambrogio empuja el cochecito con una mano y me sujeta del hombro con la otra. Mi bolso cuelga del manillar. Cojo las sandalias de Beth de debajo de la tumbona. Voy con el piloto automático, aunque la cabeza me funciona a mil por hora. Me siento como si hubiera sobrevivido a un tsunami: rodeada de destrucción, desorientada y con un pitido persistente en los oídos. Avanzo hacia la mansión a trompicones, paso a paso, como una niña perdida hacia su casa. No decimos ni una palabra mientras me conduce hacia su habitación; el dormitorio que compartía con Beth. Me quedo plantada en el centro y miro a mi alrededor. Beth y yo nos hemos cambiado aquí hace tan sólo unas horas. Me parece otro cuarto, otra vida.

Ambrogio saca dos toallas del baño y me ofrece una. No me muevo, así que me la coloca sobre los hombros hundidos y se seca. Se quita la camiseta, los pantalones, los calzoncillos, y se frota todo el cuerpo. Está desnudo del todo. Tiene el pene más pequeño de lo que recuerdo, pero lo nuestro pasó hace mucho tiempo, y supongo que hay que tener en cuenta que ahora no está erecto. Lo observo mientras se seca los músculos, la espalda, los muslos, la marca del bañador en las nalgas. No siento nada en absoluto. Me miro las manos y juego con el anillo de Beth, le doy vueltas alrededor del dedo. Es su anillo de

compromiso y me queda muy bien.

Él piensa que soy Beth. Cree que yo he muerto.

Ambrogio hace una bola con la ropa mojada y ensangrentada y la tira a la papelera. Enseguida se pone algo limpio: camisa blanca, pantalones de pinzas de color crema, calcetines de rayas blancas y azules. ¿Cómo lo hace? Ha tardado dos minutos y está tan compuesto como un modelo de catálogo. Demasiado bueno para ser verdad. Se acerca a mí.

—Beth —dice, y me coge de la mano.

No se lo impido, pero la dejo muerta como un pescado.

—Venga, Beth, por favor. Vístete. Vas a resfriarte.

Ahora mismo un resfriado es lo último que me preocupa.

—¿No tendríamos que llamar a una ambulancia? —le pregunto.

—Creo que ya es tarde para eso.

Miro a Ambrogio, la consternación que lleva escrita en el rostro. No sabe nada. No tiene ni idea de quién soy. Le apoyo la mejilla en el pecho e intento no llorar, pero le dejo un manchurrón de rímel en la camisa. Tendrá que cambiarse otra vez.

—Necesitamos una ambulancia para que se la lleve.

—Chiss, Beth —me susurra acariciándome el pelo—. Vamos a secarte.

Me coge de la mano y me lleva al baño. Me tiemblan las piernas; me siento como si tuviera cien años. Me apoyo en el lavamanos y Ambrogio me baja la cremallera del vestido.

—No —le digo. No puede verme desnuda—. Déjame a mí. Yo sola.

Le cojo la toalla, lo saco del baño y cierro la puerta. Con el pestillo. Apoyo la espalda en la madera y respiro hondo. Hostia puta. ¿Qué acaba de pasar? Me quito la ropa mojada: el vestido de Beth, el Wonderbra, las bragas empapadas; lo amontoño todo en el suelo. Tengo sangre en las manos, en los brazos, en la cara. Tengo pinta de psicópata asesina. Una extra de *Saw*. Me lavo los pies en la ducha; me quito el vómito; me lavo las manos para limpiarme la sangre seca de debajo de las uñas, las manchas rojas de los brazos, el cuello, las mejillas.

—Voy a acostar a Ernie —indica Ambrogio a través de la puerta.

—Vale —contesto.

Ernie, el niño. Dios mío, ahora yo soy su madre.

Cierro el grifo y salgo de la ducha. Todavía no me siento limpia, aunque tengo la sensación de haber estado debajo del chorro casi una hora. Me pongo la bata de Beth —cálida y suave— y un par de zapatillas, de las que regalan en los hoteles pijos. Me fijo en el espejo y me estudio la cara. ¿De verdad me parezco a Beth? Entorno los ojos y me tambaleo; la ducha me ha dejado medio mareada. Me apoyo en el lavamanos. Yo no veo ningún parecido.

Todavía tengo el rímel corrido por las mejillas como si fueran las falsas lágrimas negras que se pintan los payasos. La crema limpiadora de Beth está en la encimera, así que me quito el maquillaje de los párpados y de debajo de los ojos, y froto y froto hasta que tengo la piel roja, en carne viva, pero ya no queda ni rastro del negro.

—Ha sido un accidente. Ha resbalado —digo.

—No pasa nada, Beth. No tienes que darme explicaciones.

Ambrogio está sentado al borde de la cama, agarrándose la cabeza con las manos. Cuando salgo del baño, la levanta. Salgo muy despacio, milímetro a milímetro, centímetro a centímetro, como si me acercase a un tigre dormido, como queriendo evitar que estalle una bomba. Está pálido y demacrado, parece que haya envejecido de pronto y tiene arrugas en la frente que nunca le había visto. ¿Eso es una cana?

—Ha sido un accidente —repito, y me dejo caer a su lado.

Si continúo repitiéndolo tal vez me lo crea.

—¿Qué quieres decir? Claro que no ha sido un accidente: íbamos a matarla, pero no en nuestro jardín. *Merda*.

Iban a matarme... No puede estar hablando en serio. Beth no accedería a semejante cosa. En cualquier caso, ¿por qué iban a querer hacerlo? Es ridículo. No he hecho nada malo y, aunque sé que mi hermana ha dicho que me odiaba, ha sido con el calentón del momento. No lo decía de verdad. Beth no.

—No quería hacerlo —digo al final.

Hablo con voz débil y falsa.

—¿De qué hablas? ¿Ha sido una coincidencia?

—Estábamos discutiendo junto a la piscina y se ha caído.

Ambrogio me mira sin dar crédito. Me observa el rostro con mirada inquisitiva. Cree que estoy mintiéndole.

—De verdad, ha sido un accidente —insisto—. ¿Sincronicidad? ¿Serendipia?

Él suspira.

—Vale, de acuerdo: ha sido un accidente. Pero es posible que las autoridades no lo vean de ese modo. Si llamamos a una ambulancia, vendrá la

policía. Si la gente se entera de que una turista británica ha muerto aquí, la prensa se nos echará encima. Será un circo mediático. Podrían acusarte de homicidio involuntario. No puedo permitirme un escándalo; no puedo dejar que la policía me investigue, joder.

Habla deprisa, con urgencia; con un tono desesperado que recuerda a un lloriqueo infantil. ¿No puede dejar que lo investiguen a él? ¿Qué tiene que ver esto con Ambrogio? Mejor cierra la boca, Alvina; si fueras Beth, lo sabrías.

—No estoy dispuesto a correr el riesgo. Y menos ahora, en mitad del trato que estoy a punto de cerrar.

Está levantando la voz. De pronto se pone en pie y le da un puñetazo a la puerta. ¡Bam! Una grieta en la madera. Está de espaldas a mí y respira tan fuerte que sus hombros se sacuden. ¿De qué coño habla? ¿Está enfadado conmigo? ¿Va a darme un puñetazo a mí? Me encojo junto al cabecero de la cama y me hago un ovillo, esperando a que me atice.

Nada.

Ambrogio se vuelve con expresión pétrea. Da vueltas por el dormitorio. De aquí para allá, de aquí para allá como un gorila rabioso en la jaula de un zoo.

—¿Qué hacemos? —pregunto al final, cuando ya he visto que no va a atacarme—. No podemos dejarla ahí tirada.

—Déjame pensar —me suelta.

Continúa dando vueltas.

Lo único que le preocupa es que lo pillen. Alvie no le importa una mierda. ¡Yo no le importo!

—Escucha —dice, y se acerca—. ¿Quién sabía que Alvie venía a Sicilia? Tú, yo y British Airways. ¿Alguien más?

Respondo que no con la cabeza.

—¿Y sus amigos?

—No tenía.

—¿Que no tenía amigos? ¿Estás segura?

Yo asiento con la cabeza.

—Todo el mundo tiene amigos, Beth. ¿Qué me dices del trabajo?

—Lo dudo. En serio. Creo que acababan de despedirla.

Me miro las manos y toqueteo el anillo. Diamantes y ónix, blanco y negro.

Ambrogio suspira.

—Esto ha sucedido demasiado rápido. El plan era esperar. El plan era mantener el putito control, joder.

—Lo lamento —me disculpo, porque siento que debo hacerlo—. Lamento todo lo que ha ocurrido.

Ambrogio se sienta a los pies de la cama.

—Si alguien comprueba los vuelos, sabrá que aterrizó en Catania. ¿Quién sabe que ha estado con nosotros?

—Tú, yo, Emilia, Salvatore —contesto.

Pienso en Ernesto y en el vigilante del teatro griego, pero no sé cómo se llama. Beth sí lo sabía, pero no puedo preguntárselo.

—¿Nadie más?

Vacilo.

—No, nadie más.

—Vale. Escúchame: esto es lo que vamos a hacer. En circunstancias normales, llamaríamos a una ambulancia, sin duda. Pero teniendo en cuenta la naturaleza de mis negocios, o nuestros negocios, no podemos dejar que la policía venga a echar un vistazo.

Ha perdido los papeles y le ha aparecido una vena rabiosa en la frente. Morada, pulsante, ramificada.

—Esta parte es importante, presta atención.

Se sienta más pegado a mí y me acerca la cara. Me coge de la mano y aprieta. Tiene una gota de saliva blanca en el labio. Baja la voz.

—Les decimos a Emilia y a Salvo que Alvie se ha ido a casa. Lo de tu hermana es trágico, me entristece mucho. Pero tienes que entender que vamos a tener que ocuparnos nosotros del cadáver.

Me levanto de un salto.

—¿Ocuparnos del cadáver? —repito—. Acaba de morir y... ¿de qué estás hablando?

—Beth, escúchame: nos quedan unas horas antes de que se haga de día. Llegarán Emilia, los vecinos, el cartero... No podemos dejarla sangrando tirada en las putas baldosas. Incluso si hubiera sido un accidente...

—¿Cómo que «si hubiera sido»?

—Aunque ha sido un accidente, la policía no nos dejará tranquilos. Hay demasiado en juego.

¿Por qué? ¿Qué es lo que está en juego?

—Tal vez hasta sospechen que la has asesinado.

Ya estamos con éstas. No me gusta la palabra. Lo miro a los ojos y creo que trata de protegerme.

—Y ¿qué piensas hacer?, ¿enterrarla en el jardín? —pregunto al cabo de un rato.

—¿Para que el jardinero encuentre a una mujer bajo el césped? ¿Estás chalada o qué?

Creo que no lo he dicho en serio, pero qué sé yo. Nunca he hecho nada parecido, no sé cuál es el protocolo.

—Pues ¿qué?

Ambrogio baja la voz.

—Voy a llamar a mis hombres. Me deben un favor, así que lo solucionarán. Pero tiene que ser ahora. Ahora mismo. Esta noche.

—¿Adónde van a llevarla? ¿Y el funeral?

—No me jodas, Beth. Ni que fueses tan devota. No te pongas católica ahora y finjas que quieres hacerle un funeral religioso. Eso lo metimos en el plan original, pero sólo para que nos diera tiempo a escapar. No hagas como que te importa una mierda su alma. *Dio Cristo!*

Pulsa los botones del móvil y se pone a gritarle al auricular en italiano con furia. Se supone que es un idioma bonito, meloso, romántico, pero esta noche hace eco como un disparo. Miro el reloj que hay en la mesilla de noche. Los números parpadean, rojo sobre negro. Me cuesta mucho esfuerzo leer la hora: la una y trece minutos. Al cabo de un rato, cuelga y me habla con tono más suave, más amable.

—Beth, ¿quieres salir a despedirte?

Mierda. No quiero verla. De pronto me encuentro mal. Noto el sabor de la hiel en la garganta.

—¿Adónde la llevarán? —pregunto de nuevo.

—Ése no es problema nuestro. No hace falta que lo sepamos. En Sicilia desaparece mucha gente. Y ahora mismo tengo que hacer otra llamada.

Me señala la puerta.

No sé si Beth estaría de acuerdo con esto, con deshacerse de mi cadáver en mitad de la noche. ¿Qué es eso de llamar a unos tíos para que me hagan desaparecer? Niego con la cabeza, sin dar crédito. Beth no lo aprobaría; es imposible, es una puta locura. Sin embargo, yo, ¿sabes qué? Que yo tampoco quiero que la policía meta las narices. Es lo único a mi favor...

Me miro la mano como si fuese la de una extraña; no la reconozco. No recuerdo a quién pertenece. No distingo el dorso de mi propia mano y me tiembla con tanta fuerza que no consigo parar las sacudidas. Intento agarrar la manija y abrir la puerta que lleva al jardín, a mi hermana, pero no soy capaz de asirla. Me tiemblan los dedos, me sudan las palmas, me resbalan, y no puedo ni abrir una puta puerta.

Ambrogio está hablando por el móvil otra vez. Habla con sus «amigos». ¿Quiénes son las amistades que le deben un favor y se deshacen de cadáveres en mitad de la noche? La verdad es que me da igual siempre que la hagan desaparecer. No quiero volver a verla. No sé cuánto tiempo paso delante de la puerta sacudiendo las manos como un pájaro con las alas rotas, pero de pronto consigo empujar la manija hacia abajo y salir.

Está oscuro y no se oye nada. Me da la sensación de que en cualquier momento saldrá un policía de entre las sombras —«¡Queda usted detenida!»— o de que oiré a Salvo corriendo por la gravilla —«*Ma che cazzo hai fatto?*»—, pero no. No hay nadie, sólo silencio. El aire fresco de la noche me da escalofríos; la temperatura parece haber bajado veinte grados. Al otro lado de la piscina, el jardín se extiende hacia la nada, sólo negrura. La luz de la casa ilumina la piscina y la figura larga y monstruosa del cadáver de mi hermana yace ahí, tendido al borde.

Las estrellas me miran desde arriba con desdén; me culpan, me juzgan como un trillón de ojos diminutos, los ojos de Dios. La luna se pone detrás del Etna; pronto saldrá el sol y revelará el derramamiento de sangre. Vendrá el cartero. Salvatore. Emilia. Tengo que darme prisa.

Me concentro en mover las piernas. Y camino. Un pie detrás del otro, sin hacer ruido, andando con las zapatillas de suela suave. Como en un sueño, flotando, pisando aire. Miro al suelo buscando apoyo; centro la atención en el

firme para evitar elevarme más y más, hasta salir volando. Ingrávida, lunar, camino sobre la superficie del satélite. Me detengo a unos centímetros de la cabeza de mi hermana. Un charco de sangre se extiende desde el cráneo: un lago negro y reluciente. Y, ahora que estoy aquí, no sé qué hacer. Sólo sé mirar. Una vez más, estoy viendo a Elizabeth, callada, sin palabras. El cuerpo de Elizabeth. La cara de Elizabeth. El pelo de Elizabeth. Un escalofrío me recorre la espalda. Está muerta, la he matado yo. Sin esfuerzo alguno. Como si nada. Las estrellas siguen brillando. Estoy en el mismo jardín. El volcán continúa en el mismo lugar. Esto no parece real.

No me lo puedo creer. Necesito más pruebas.

Tiendo la mano hacia la sangre, estiro el dedo, la toco. En el ambiente fresco de la noche, la noto caliente. Es viscosa, espesa, húmeda. Me observo la yema del dedo, teñida de un negro rojizo lustroso. Siento algo instintivo, primitivo, primario. Tengo que hacerlo. Para comprobar si es de verdad. Me lamo el dedo: hierro líquido y cálido. Es inconfundible. Sangre.

Irrumpo en la habitación, y Ambrogio se levanta de golpe; acaba de terminar la conversación y tiene una expresión que no sé interpretar. Levanta la mano hacia mí, hacia mi cabeza. ¡Mierda! Doy un respingo y, justo cuando voy a volverme, me aparta un mechón de pelo de la mejilla.

—¿Qué pasa? ¿Por qué te apartas?

—No, nada.

Estoy hiperalerta y salto a la mínima.

—Sí que te pasa algo, *amore*. Te has sobresaltado. Tú sabes que yo no te levantaría la mano. ¿Qué pasa?

Me acerca a él y me abraza con fuerza. Me parece que lo creo. Más o menos. A lo mejor al final no es un maltratador. O sea, que no le pegaría a Beth; pero ¿a Alvie? Lo que más miedo me da es que no lo sé.

—¿Te has despedido de ella? —me pregunta al final.

—Ajá —contesto, y asiento.

—*Bene*. Muy bien.

Me rodea la cintura con el brazo y me lleva hacia la cama.

—Nino llegará dentro de un cuarto de hora. Yo voy a empezar a limpiar, pero tú deberías dormir. Intenta descansar.

—Vale.

¿Quién es Nino? Me bebo un vaso de agua entero y se me pasan las náuseas.

—Lo siento mucho, Beth —repite, y me planta un beso en la frente—. Ya

sé que suena horrible, pero... me alegro mucho de que sea ella y no tú.

Me da un vuelco el corazón. La tierra se abre bajo mis pies. ¿Qué cojones...? Lo fulmino con la mirada. Enseguida se disculpa, así que debo de tener cara de cabreo.

—Lo siento, me he pasado. Eso no ha estado bien. Es que... te quiero mucho.

Intenta besarme, pero aparto la cara. Todavía me sabe la boca a vómito. Me abraza.

—La cuestión en todo este asunto es que tú estés a salvo, que no se te olvide. Todo esto es por ti. Tú, yo y Ernie. Cuando la he visto ahí tumbada... Alvie es clavada a ti y se me ha... Pero estamos haciendo lo correcto. Para nuestra familia.

—Gracias —contesto, porque no se me ocurre nada más.

No me funciona la cabeza, ya no sé hablar. Aparto las sábanas y me siento en la cama. La cama de Beth. Estoy a punto de acostarme cuando Ambrogio dice algo.

—¿No quieres ponerte el camisón?

No sé dónde guarda Beth los pijamas. Lo miro perdida. No tengo ni idea. No puedo permitir que se dé cuenta de lo perdida que estoy. Me noto el corazón: ¡BUM, BUM, BUM! Se me tensa hasta el último músculo de los hombros. Al final, después de un tiempo que a mí me parecen horas, se dirige a la cómoda de caoba y tira del segundo cajón. Ah, vale, ahí es donde están. Me pasa un camisón menudo de seda de Giorgio Armani. Pesa menos que el aire. Lo cojo, lo miro. Las pequeñas rosas que tiene bordadas en el dobladillo, el encaje precioso, las tiras delicadas. Huele a Beth: Miss Dior Chérie. Me tumbo en la cama y cierro los ojos.

Se oyen unos golpes en la puerta y Ambrogio da un respingo.

—Ah, Nino —dice.

CUARTO DÍA

Lujuria

@AlvinaKnightly69 «Tengo las partes íntimas más prietas que las encías de mi abuela cuando come polvorones.»

Fue culpa de Beth que me rompiesen el corazón.

Era la semana de orientación en su facultad, y nuestro decimonoveno cumpleaños. Lujuria a primera vista.

La tarde en el bar del Corpus Christi College de Oxford ya había proporcionado cinco pintas de cerveza mezclada con sidra, tres partidas de juegos de beber y una botella de Malibu, y yo veía doble. En todo el día no había comido más que un paquete de cacahuets tostados; además, estaba fumándome el paquete entero de mentolados que había encontrado en el baño y llevaba el vestido que me había dado mi hermana: ceñido y de color fucsia, tan estrecho que no podía ni respirar. Beth llevaba otro igual. Estaba concentrándome en no caerme del taburete cuando ella dejó de hablar y miró hacia la puerta. Justo entonces entró un hombre.

—¿Quién es? —le pregunté.

Al principio no era más que un borrón pero, a medida que se acercaba, la imagen fue haciéndose más nítida, hasta que apareció un semidiós mediterráneo como de una nube de humo al fondo del escenario en un concierto de los Backstreet Boys. Guapo estilo Hollywood; vaqueros azules, camisa blanca con los dos botones de arriba desabrochados y chaqueta de esmoquin. Ondas de cabello oscuro que le caían hasta los hombros. Dientes relucientes y blancos de anuncio de Colgate. ¿Qué hacía alguien así en Oxford? El resto de los chicos parecían Gollum, de *El señor de los anillos*. ¿Por qué estaba tan bronceado? Beth estiró la mano, se lo acercó y lo abrazó mientras yo miraba sin dar crédito. ¿Mi hermana lo conocía?

—Alvie, éste es Ambrogio. Ambrogio, mi hermana gemela, Alvina.

—¿Hermanas gemelas? ¿En serio? Qué fuerte. Sois idénticas, ¿verdad? Nosotras nos miramos y nos encogimos de hombros.

—Beth no me había contado que tenía una gemela —dijo Ambrogio.

Mi hermana hizo una mueca. A mí tampoco me había hablado de él: no se me habría olvidado.

—¡Es increíble! —exclamó él—. Sois exactamente iguales...

Le estreché la mano, que me ofreció. Tenía la piel suave y cálida.

—Encantado de conocerte. ¿En qué facultad estás?

Hablaba con acento y no lo entendí. Pensé que quizá fuese español.

—No, no estudia aquí —explicó Beth—. Ha venido el fin de semana, de visita.

Me obligué a sonreír y asentí.

—Eso es.

—Vaya. Estás en otra universidad, ¿no? ¿Qué estudias?

—No, yo no estudio —le contesté al suelo—. Trabajo en Yo! Sushi.

No entré en la universidad porque no me saqué el bachillerato. No me saqué el bachillerato porque me habían expulsado. Antes de eso, la cosa no iba bien. De todos modos, qué pregunta tan extraña. Hacía poco que había estado estudiando *Los versos satánicos*, pero no hacía falta que él se enterase.

—¿Y tú?

—Estoy haciendo un máster en Historia del Arte.

Nos fuimos del bar. Ambrogio y Beth se cogieron del brazo y yo los seguí unos metros más atrás, escuchando cómo mi hermana flirteaba y se reía, y contemplando las nalgas de anuncio de Coca-Cola light que tenía Ambrogio. Pese al viento y la lluvia horizontal, fuimos hasta una lata de sardinas que se llamaba El Delfín Naranja o El Pez Turquesa o El Cerdo Hormiguero de Oro o algo así. Olía a humanidad, y el sudor condensado caía del techo a goterones. Había un charco pequeño de vómito en mitad de la pista de baile. Creo que el pinchadiscos estaba sordo / muerto / borracho como una perra, porque puso *The Power of Love* de Celine Dion trece veces seguidas. Pero nadie más parecía haberse percatado del detalle. En Oxford, eso pasaba por discoteca.

Me tomé una limonada con alcohol y unos cuantos tequilas, y la música estaba tan alta que no oía lo que decía nadie. Y los demás tampoco. Formamos un círculo bebiendo botellas de refrescos alcohólicos fosforescentes con una pajita. Cuando Beth fue a la barra a por otra ronda de Bacardi Breezer, le sonreí a Ambrogio. Él me devolvió la sonrisa. Estuvimos un rato bamboleándonos a destiempo de la música, hasta que me rodeó la cintura con los brazos y me acercó a él. Era evidente desde el minuto cero que Beth estaba coladita hasta los huesos por él. Pero ¿a que no lo adivinas? Yo también. Y hacía menos de una semana que ella lo conocía, así que él era libre de caer en mis redes. Me aferré a él.

—Qué guapa eres —me susurró al oído, y me derretí.

Nadie me había dicho eso. Siempre se lo decían a Beth. Noté el calor de su aliento en el oído. La loción de afeitado era de ensueño. Le apoyé la mejilla en el pecho, y bailamos. No debió de durar más de veinte segundos, pero para mí fue eterno. El tiempo hace cosas raras. *The Power of Love* resonaba a nuestro alrededor, y la pista de baile desapareció. De pronto, demasiado pronto, encendieron las luces y la música paró de golpe. Beth dijo que era hora de ir a casa. Unos cuantos bajamos a la calle a trompicones y entramos en un establecimiento de comida rápida. Pedí patatas fritas con queso fundido y alubias, y Ambrogio una hamburguesa.

—Yo no quiero nada —dijo Beth—. Me vuelvo a la residencia. ¿Vienes?

Miré las patatas y después a Ambrogio.

—Sí, enseguida voy.

Beth me miró mal. Ambrogio se ladeó un poco; creo que estaba borracho. Más que yo, de lo contrario, no me habría dado cuenta. Nos sentamos a comer a una mesa para dos. Cogí el ketchup.

—*Ciao* —se despidió Ambrogio, y le dijo adiós con la mano—. Hasta luego.

Beth entornó los ojos con fastidio y se fue de allí como alma que lleva el diablo.

No me acuerdo de haber comido ni un bocado; estaba mirando a Ambrogio. Ojos de príncipe de Disney, labios de «bésame mucho». No parecía real. Era como un anuncio de suplementos de los que te rejuvenecen y te embellecen. Un personaje de *Zoolander*.

—Vamos —propuso.

Se levantó y me cogió de la mano. Yo no daba crédito: eso estaba ocurriéndome a mí. ¿Por qué me había escogido a mí en lugar de a Beth?

Casi sin darme cuenta, me vi en el dormitorio de Ambrogio, escuchando *Umbrella*, de Rihanna mientras pensaba que lo que estaba pasando era nuestro sino, como en *Romeo y Julieta*. Era obvio que estábamos hechos para estar juntos. Estaba claro que aquél era nuestro destino. Crucé los dedos porque no fuésemos una pareja de amantes malhadados, como los de la obra en cuestión. Acaba muy mal.

Al lado de la cama individual sin hacer había un escritorio con una lámpara de lava. Algo rojo borboteaba y flotaba en una columna de cristal y cromo. Observé cómo cambiaba de forma como el magma o la lava —anda, lámpara de lava..., ¡era por eso!— hirviente, borboteante, caliente. Estaba hipnotizada. Fascinada. Cuando miré a Ambrogio de nuevo, estaba quitándose la ropa.

—Sé que acabamos de conocernos —se dijo al ombligo mientras se peleaba con los botones de la camisa—, pero, joder, no sabes cuánto te quiero.

Se dio por vencido y se la quitó sin desabrochar, por encima de la cabeza. Se abrió la cremallera del pantalón y se lo bajó. Me quedé mirando sin reaccionar. No sé por qué. Supongo que la razón era que aún no había visto a un hombre desnudo. Había visto fotografías y cuadros, sabía qué esperar. El aspecto que tenían. Pero no lo había comprobado en directo. De cerca. Como aquello. Era para enloquecer, sentí electricidad. De pronto estaba del todo despejada. Sobria. Bueno, más o menos.

—¿Qué has dicho?

—Que te quiero.

Me alcanzó el borde del vestido y me lo subió.

Sus palabras me impactaron como puñaladas que se me quedaron clavadas en el pecho. Nadie me había dicho eso.

—¿Me quieres? ¿De verdad? ¿Estás seguro?

—Te lo juro por Dios. ¿Quieres casarte conmigo? —me preguntó.

Se arrancó los calzoncillos, que se le habían enredado en un pie, tropezó y cayó en la cama.

—Basta ya —le dije.

Me aparté. Ambrogio arrastraba las palabras.

—Estás borracho, no lo dices en serio.

Estaba burlándose de mí.

—Que no, que va en serio.

Intentó desabrocharme el sujetador, pero estaba costándole tanto que lo dejó tal cual.

—Prefieres a mi hermana, di la verdad. Yo no les gusto a los tíos; piensan que soy rara, la hermana rara. La perdedora. El bicho raro.

Me levanté de la cama y busqué los zapatos. Encontré sólo uno, como Cenicienta. Él se levantó, me cogió de la cintura, me acercó a él y me abrazó con fuerza. Le olía el aliento a Jägermeister. Estaba tan pegado a mí que noté su sabor.

—A mí me gusta lo raro.

Lo miré a los ojos y nos besamos.

Después de eso, todo se volvió un poco borroso pero, por la mañana, cuando me desperté, supe que ya no era virgen porque había sangre en las sábanas y Beth tenía cara de cabreada.

Me fui de Oxford a toda prisa. Empezaba a trabajar a las doce del mediodía en Londres y no podía permitirme llegar tarde a Yo! Sushi. Otra vez. Ya me habían dado el último aviso. Además, necesitaba el dinero. Escribí mi número en un sobre y se lo dejé en la almohada: «07755 878 4557. Alvie. Llámame». Él estaba tan a gusto que no quise despertarlo y me fui sin hacer ruido. De puntillas

por el pasillo, radiante y sonriendo de oreja a oreja. No sé por qué lo llaman «el paseillo de la vergüenza». Cualquiera que me viese saliendo de allí a las siete de la mañana habría pensado que era una trasnochadora, o me habría juzgado por lo desaliñada que iba: sin zapatos (porque había perdido uno, y qué duda cabe de que es mejor ir descalza que sólo con uno), el vestido arrugado, el pelo enredado, el maquillaje corrido, chupetones, manchas de semen, aliento mañanero. Pero yo no me sentía sucia ni avergonzada ni abochornada: había conocido al hombre con el que quería casarme. Estaba eufórica, extática, exaltada. Feliz por primera vez en la vida. ¿Sabes cómo me sentía? Me sentía completa.

Unos días más tarde, como él todavía no me había dicho nada, llamé a mi hermana para ver qué pasaba. Beth me contó que Ambrogio le había pedido que saliesen, que eran pareja. Una unidad. Estaban oficialmente juntos. Me dijo que estaba muy enamorada de él, que le había perdonado el desliz, que ya casi estaba haciendo planes para la boda.

*Jueves, 27 de agosto de 2015, 10.00 horas
Taormina, Sicilia*

Si el uso recreativo de las drogas fuese una herramienta, el alcohol sería un mazo. No, eso no, mejor un martillo pilón (la segunda ley de Newton: más fuerza). No recuerdo haber bebido, pero el ¡PAM, PAM, PAM! que me suena en la cabeza es señal infalible de una resaca. Debe de haberme visitado el duende del vodka mientras dormía para darme una paliza. No recuerdo gran cosa de lo que pasó anoche. No sé dónde estoy. Noto la calidez de un albornoz de algodón suave, y una almohada de seda rosa que no reconozco. Bostezo, me estiro, me froto los ojos con los puños. He dormido bien (o más bien perdí el conocimiento. No lo hagas más, Alvina; no es bueno para el hígado). Se me encogen las retinas y se retuercen en las cuencas. Abro los ojos y la luz me ciega; los cierro de nuevo. ¿Dónde narices estoy? Ésta no es mi habitación. Ésta no es mi cama.

Me incorporo de golpe y escaneo el dormitorio; es el de Beth. Es la cama de Beth. Miro al otro lado del colchón, pero no hay nadie. Palpo las sábanas y están frías. ¿Adónde ha ido Ambrogio? ¿No duerme aquí? ¿Me he acostado con el marido de mi hermana (otra vez)? Niego con la cabeza; de eso me acordaría. La habitación está exactamente igual que ayer cuando mi hermana y yo nos cambiamos. Sobre la almohada hay un camisón con rositas bordadas en el dobladillo.

¡Beth!

El momento en el que comprendo me llega poco a poco, como cuando una melena mojada gotea sangre sobre las baldosas. Beth. La he matado. ¿La empujé yo o se cayó ella? No me acuerdo. ¿Soy una asesina? Hostia puta, ¿qué he hecho? Me levanto de un salto, corro a la ventana y miro entre las lamas de la persiana. El jardín de delante está vacío. Pero desde aquí no veo la piscina.

¿Dónde está? ¿Qué voy a hacer? Y ¿dónde coño está Ambrogio? ¿No me dijo algo de no sé qué plan? No te alteres, Alvina, me digo. *Keep calm and carry on*. Tú haz como si nada. Actúa con normalidad. Tú puedes. Eres una crack. Piensa en lo que haría... Beyoncé, por ejemplo. Respiro hondo.

DIOS MÍO.

¡Lo he hecho!

La euforia me hierve por dentro.

La idea me embriaga tanto que podría salir volando. De hecho, ya floto, ya voy a la deriva por el aire mientras miro su cuerpo desde arriba, mientras veo la Tierra. Podría echarme a bailar, a cantar; podría reventar de alegría como un puto globo. ¡Soy libre! ¡Por fin! Tengo ganas de reír, de derramar lágrimas de júbilo. Qué emoción. Qué subidón. Es como ir en moto demasiado deprisa. Una sonrisa involuntaria me invade el rostro, y me cubro la boca con las manos.

¡Elizabeth ha muerto! ¡Larga vida a Elizabeth!

Ésa era Alvie, la que estaba tendida en el suelo con el pelo empapado de sangre, un vestido negro mojado con el tirante roto y la piel blanca a la luz tenue de la luna. Parecía serena. Hermosa. Alvina. Nadie la echará de menos. No tiene un marido que vaya a preocuparse por su paradero ni un bebé que llore para que lo acunen. No tiene amigos en Inglaterra esperando recibir una postal ni una llamada, nadie que le suplique que regrese a casa. Es mejor así. Es bueno que Alvina haya muerto.

«Yo siempre me he esforzado, ¡siempre!» ¿De qué coño iba eso? Tengo su voz metida en la cabeza.

Pero, no, ahora que estoy aquí, pienso quedarme. Estoy dispuesta a pelear. No tengo nada que perder y todo que ganar. Ambrogio es el que debería tener miedo. ¿A que no adivina el qué, señorito? Ahora soy yo la que tiene un plan. Pienso vivir la vida de mi hermana y disfrutar cada puto segundo. Mientras él crea que soy Beth, todo saldrá de fábula. Todo de color de rosa. Nada que temer. Pero en cuanto empiece a sospechar, adiós muy buenas, chico de mis sueños. *Arrivederci*, Ambrogio. Si he matado una vez, puedo hacerlo dos; es él quien debería estar temblando. (Vaya, soy incluso peor de lo que pensaba. Soy Lisbeth Salander. Juana de Arco.)

Tengo el bolso en una silla, junto al tocador. El bolso de Beth. Mi bolso. Ambrogio me lo trajo anoche. Ahora me acuerdo de que estaba en el cochecito.

Lo cojo y miro dentro: mi cartera de Primark, el protector labial con sabor a cereza y algo más..., suelto en el fondo... ¡El collar de diamantes de Beth! ¿Qué hace ahí? ¿Por qué se lo llevó de paseo? Podría estar horas aquí plantada intentando averiguarlo pero, si no meo, reviento.

Me pongo delante del espejo y me observo.

—Hola, Elizabeth —digo.

Abro el grifo de la ducha y entro. Me siento sucia por lo de anoche. Me froto el cuerpo con una esponja natural y gasto un frasco entero de Molton Brown. Y, ya que estoy aquí, será mejor que aproveche para afeitarme las piernas y arreglarme las ingles. Beth estaba pelada de las cejas para abajo. Encuentro su cuchilla en una balda pequeña y me unto espuma de afeitarse. Salgo de la ducha rodeada de una nube caliente de vapor y me envuelvo en una toalla.

Tengo un sabor rancio en la boca. Hay dos cepillos eléctricos cargándose en una estantería y cojo uno al azar. Nunca he tenido tanta prisa por cepillarme los dientes. El zumbido agudo del aparato me sobresalta, como una sierra motora en un jardín o una taladradora penetrándome el cerebro. Me miro en el espejo y me froto los dientes. Soy Elizabeth. Soy Beth, me digo una y otra vez.

Entonces paro. Mierda, si soy Beth, soy diestra. Cambio de manos y lo intento de nuevo. Cepillarse los dientes con la mano equivocada es casi imposible; me siento torpe como un niño pequeño, pero persevero. Necesito práctica. Tengo que hacerlo bien. Veo una silueta en el espejo y doy un respingo. Es Ambrogio.

—Buenos días, cariño —dice a mi espalda.

Tiene la voz ronca, carrasposa. Detengo el zumbido con la boca llena de espuma.

—¿Cómo estás? —me pregunta.

Escupo el dentífrico en el lavamanos y abro el grifo. Le observo la cara: ojos hinchados, barba incipiente. No tiene pinta de haber pegado ojo.

—Emilia está con Ernesto. Ya han desayunado y están jugando en el cuarto. Quiere llevarlo al parque, si te parece bien.

¿Qué hay del cadáver? ¿Dónde está mi hermana, joder?

—Sí, vale —contesto.

Quiero ver a Ernie. Darle un beso, abrazarlo. ¡El pequeño Ernie! ¡Todo mío!

—Escucha una cosa, Beth —dice él—. Bueno...

Me agacho hasta el grifo, me enjuago la boca con agua tibia y escupo la pasta de dientes al desagüe.

—Hay un problema.

—¿Un problema?

—Sí.

Busco una toalla y me seco la boca.

—Tu madre —anuncia.

—Mi madre está en Australia.

—Ya lo sé, *amore*, pero es un cabo suelto. Tarde o temprano, se preguntará qué ha sido de tu hermana.

Hace una pausa y me mira en el espejo con la frente arrugada.

—El último sitio en el que queda constancia de Alvie es en el aeropuerto de Catania, de visita en nuestra casa.

Mierda. Tiene razón. Mi madre es un puto cabo suelto.

—Y ¿qué vamos a hacer? ¿Dónde está el cadáver? —pregunto, mientras me seco la cara con la toalla.

—Lo tienen mis amigos aquí, en Taormina.

—¿Y...?

—Creo que lo mejor es actuar como si no hubiese pasado nada. Como antes de que llegase.

—¿Y mi madre?

—Tienes que llamarla y decirle que Alvie ha muerto. Invítala al funeral.

Pero ¿qué cojones dice?

—¿El funeral? ¿Qué funeral? Pensaba que no podíamos celebrar un funeral.

—Dile que es hoy. Está en la otra punta del mundo: no puede venir. Pero, si llegase, no pasa nada. Nino tiene el cadáver en su casa, por si acaso. Esto es Sicilia: podemos montar un funeral que no conste en ninguna parte. Es una pesadez, pero es factible. Se hace a menudo.

Dejo correr el agua y limpio los restos de dentífrico del lavamanos. Da vueltas en la porcelana y cae al desagüe en espiral. Hace «glug, glug», suelta el aire y desaparece. Es posible que tenga razón. Si fuera Beth la que hubiese fallecido, mi madre vendría, pero es un viaje la hostia de largo para ver a unos desconocidos meter a alguien que no te cae bien en un hoyo. Clavo las uñas en el mango de plástico del cepillo.

—Luego la llamo —accedo.

No me queda más remedio. Pero, si viene, estoy jodida. Es la única que nos distinguía.

—La llamaré hoy, pero quiero verlo...

—¿Ver el qué?

Ambrogio me pone las manos en los hombros y me hace un masaje en el cuello. Me hace daño. Estoy tensa.

—Quiero ver dónde la ponen. Dónde la entierran.

Quiero asegurarme de que acabe bajo tierra.

—No quieres verlo. Será muy desagradable.

—Necesito verlo.

Necesito la certeza de que no regresará.

Nos miramos a los ojos a través del espejo; él está de pie detrás de mí.

—Voy a ir —afirmo.

Él suspira y menea la cabeza.

—De acuerdo, ven. Llamaré a Nino para decírselo.

Me estrecha la cintura y me aprieta contra él.

—Todo saldrá bien, Beth.

Tiene la piel caliente, el contacto es agradable. Y, de pronto, lo creo. Todo va a salir a pedir de boca. Todavía tengo el cepillo en la mano, así que lo dejo en su sitio.

—¿Qué haces con mi cepillo? Usa el tuyo —me dice.

Entro en el vestidor y miro a mi alrededor: una niña en una tienda de chucherías. Mira toda esta ropa, ¡es preciosa! Todo caro, de alta costura, de diseño. ¿Cómo podía Beth permitirse todo esto? No puede haber ganado tanto dinero con el libro. ¿Lo habrá pagado todo Ambrogio con lo que heredó de sus padres o es que gana una millonada vendiendo obras de arte? ¿Qué me pongo? Algo negro, claro. Pero no. Mejor hacer como si no hubiera pasado nada, como antes. Eso es lo que ha dicho Ambrogio. «De acuerdo, cariño, lo que tú digas.»

Escojo un vestido amarillo de Roberto Cavalli con un ribete dorado en el cuello y mangas. Hay unas sandalias de charol con cuña que combinan a la perfección. El amarillo limón, bonito y radiante, va muy bien con mi estado de ánimo. Mientras todo el mundo piense que soy Beth, no tengo de qué preocuparme. No hay ninguna ley que te obligue a salvarles la vida a las personas. Cuatro minutitos: ¿qué es eso? Nada. Creo que, si tuviera que ir a juicio, me absolverían.

Si consigo hacer que mi madre se quede donde está, bingo. Se acabó Alvina Knightly, joder. Lo tengo todo controlado. Soy millonaria. Hago una pirueta y admiro el vestido en el espejo. Parezco una estrella de un programa de telerrealidad, alguien con mucho glamur salida de «Geordie Shore». Estoy casada con el tío más bueno de la isla, el hombre que me merezco. ¿A quién le importa si él pensaba matar a Alvie? Yo no soy Alvie, soy Beth. Estoy a salvo. Soy la que tiene la sartén por el mango, la que sigue viva. Mientras Ambrogio piense que soy Beth, no me pasará nada. Seré la mejor puta Beth que pueda ser. Más Beth que Beth. No vuelvo a Archway ni de broma; no cuando puedo quedarme con todo esto.

¡Y por fin soy madre! Acabo de ganar un hijo sin tener que pasar por el parto. Aunque, la verdad sea dicha, Beth hizo lo mismo: cesárea (demasiado pija para empujar).

¡Todos mis deseos hechos realidad!

Me tomo mi tiempo mientras me aplico el maquillaje de Beth y tarareo entre dientes un clásico de Kylie: *I Should Be So Lucky*. Base de Chanel, brillo de Juicy Tube, rímel de Benefit y un toque generoso de Miss Dior Chérie. En el tocador está el cepillo de Beth; me lo paso por el pelo y me lo recojo en un moño como el de ayer. Da el pego, pero debo acordarme de llamar a la estilista. Luego busco el móvil de Beth. A lo mejor me hago una manicura y todo. Una limpieza facial, un masaje y un tratamiento de los que te envuelven en papel de plata como a un pavo a punto para el horno. Me pregunto cuánto me durará el bronceado de mentira. Que no se me olvide tomar el sol hoy mismo. Me miro en el espejo: ni rastro de Alvina. Perfecto, ya puedo salir.

Me tambaleo por el pasillo a bordo de las cuñas. Esto es lo más difícil de ser Beth: los tacones de quince centímetros. Ella siempre vestía como si la hubieran sacado de una pasarela: la semana de la moda de Londres, de París, de Milán. Tengo que ir apoyándome en las paredes para no perder el equilibrio. Veo una ventana que tiene pinta de dar a la piscina, respiro hondo y echo un vistazo fuera. Allí, en las baldosas, es donde estaba el cadáver de Beth. Pero ahora el sitio está vacío. Limpio. La piscina parece tranquila, como si no hubiera sucedido nada. El agua azul centellea al sol de la mañana. A lo mejor me baño más tarde. Puedo hacer lo que me plazca.

De pronto, un escalofrío me recorre todo el cuerpo; un cosquilleo de la cabeza a los pies. Un estremecimiento. Una explosión. Jamás podría haber soñado con todo esto, pero se ha hecho realidad. Me asomo a la ventana y respiro hondo. A estas horas ya se nota que va a hacer calor; un calor abrasador de la puta hostia. Supongo que Beth ya me lo había advertido por correo electrónico: «Que no se te olvide el biquini y un sombrero, que aquí hace un sol mortal». Lo curioso es que hoy el calor no me molesta; hace un día perfecto para ponerme con el bronceado. Beth estaba más morena que Tom Hanks en *Náufrago*, y yo no quiero que me pillen. ¡No pienso perder! Éste es mi juego y voy a ganar por goleada.

Me paseo por la casa hasta que doy con la cocina. Este sitio es un laberinto: echo un vistazo para ver si veo a David Bowie por ahí. El gimnasio. El cine. El salón. La sala de música. La biblioteca. Hasta que por fin la localizo, una cocina enorme. Tradicional siciliana: azulejos blancos y amarillos, techo de madera y cazos relucientes de cobre colgando de la pared. El aroma de limones cogidos del árbol y algo haciéndose en el horno. Cerámica pintada a mano colocada en una alacena. Parece sacado de un anuncio de Cath Kidston. Y todo como los chorros del oro.

Hay una mujer de espaldas a mí. ¿Es Beth? Me quedo helada. Se me tensa

todo el cuerpo. Pero no es su pelo: lo tiene negro y rizado. Se vuelve y me ve.

—*Ciao, signora* —me saluda con una sonrisa.

Ahora me acuerdo, debe de ser Emilia. Emilia y Ernesto han estado en el parque. Me quedo con cara de boba. No hablo italiano (sólo alguna palabrota... y *pizza* y *cappuccino*), así que respondo «¿Bien?». Menos mal que Beth no se había molestado en aprender italiano; si no, podría haber sido un lío.

—¿Cómo está? —me pregunta.

—Bien —respondo.

Mejor que nunca. Soy Elizabeth, todo es genial.

—¿Y tú? ¿Cómo está Ernesto?

Me acerco al cochecito y echo un vistazo. Duerme como un bebé, con la boca entreabierta y un hilillo de baba en la mejilla. Me cuesta creer lo bonito que es. Perfecto. Es precioso y es todo mío. Me pregunto si se dará cuenta de que he matado a su madre. Le rozo la mejilla, suave, con el dedo; él pestañea, pero no se despierta.

—¡Está dormido! —dice Emilia.

Se me acerca y me saluda a la italiana, con un beso en cada mejilla y un abrazo de boa constrictor. Emilia huele muy bien: ¿jabón de lavanda? Me alegro de haberme acordado del perfume de Beth.

—Muy bien.

Sonrío y dejo que se me arruguen los ojos con la calidez de mi expresión, tal como había visto sonreír a Beth cuando hablaba con la niñera.

—¿Dónde está su hermana, Alana?

Dios, ¿en serio? ¿A ella qué le importa?

—Alvie ha tenido que regresar a Londres —explico—. Por no sé qué crisis de su trabajo. Tiene un puesto importantísimo, es la poeta jefe en *The Times Literary Supplement*.

Emilia me mira sin comprender.

—¿*Cappuccino*? —propongo.

—Yo se lo hago, *signora* —contesta con una sonrisa.

La verdad es que no necesito cafeína porque ya estoy un poco espitosa y despejada. Ni me acuerdo de la resaca, y eso no es nada habitual. A veces me duran dos o tres días. Incluso cuatro. En una ocasión estuve toda una semana en urgencias. Emilia se mete en faena con un cacharro plateado y una bolsa llena de granos de café. No le quito ojo: puede que no esté siempre disponible y tengo que saber cómo hacer café en mi propia cocina, no me fastidies. No hay Nescafé soluble ni hervidor de agua, así que no tendría ni idea de por dónde empezar.

En una de las estanterías, Emilia localiza un artilugio pequeño de color plateado y lo desmonta. Llena la base con agua de una jarra de filtro. En otra

máquina mete los granos de café de color chocolate y pulsa el interruptor. Se oye un ruido ensordecedor y el aroma estimulante del café recién molido. Se me hace la boca agua. Coge una cucharada de café molido fino y la añade a la cosa plateada. A continuación, abre el gas y enciende el fogón con una cerilla larga y fina. Me fijo en dónde las guarda, por si algún día necesito una. Están en un plato de cerámica, a la izquierda de los fogones.

—*Cinque minuti* —me informa.

Creo que serán cinco minutos.

—¿Quiere leche? —pregunta.

Asiento. El artilugio borbotea. Emilia sirve un dedo de café en una taza minúscula y añade una cucharadita de espuma de leche caliente. ¿Ya está? ¿No hay más? Con eso no me vale: estoy acostumbrada a los *venti* de Starbucks: un cubo con dos litros de espuma y un chorro de caramelo. Esta tacita es un dedal.

—Gracias.

Genial.

Le doy un sorbo. ¡La hostia! Es como beber ácido.

—¡Uy! Necesito un poco de azúcar.

Me mira como si yo acabase de aterrizar en el planeta Tierra.

—Pero, *signora, mi dispiace!* ¡Siempre dice que el azúcar es malo!

—Sí, bueno; pero he cambiado de opinión.

Le meto un par de cucharadas y hago desaparecer el amargor removiendo. Me mira raro, ladeando la cabeza. Ay, esta Emilia..., tendré que vigilarla. Si mi vida fuese una novela, ella sería la que me descubriría. En las historias de misterio, siempre es el personal doméstico el que se cosca de todo: mayordomos, doncellas, niñeras y amas de llaves. Espiando detrás de las cortinas. Escuchando a la puerta. Son los ojos y los oídos de la casa, y no se les pasa ni un escándalo. No hay secretos para ellos. Sí, tendré que estar atenta.

—¿Dónde está Ambrogio? —le pregunto.

—Ha ido a nadar —contesta.

Miro la piscina por la ventana, tranquila como una balsa de aceite.

—No, a la playa.

Ay, sí, me había olvidado del mar. ¿Qué hago ahora? Necesito soltar tensión, estoy como un muelle saltarín de esos que bajan escaleras. ¿Qué tal si voy a dar un paseo para explorar mi nuevo vecindario? Así practico con el calzado.

—Creo que voy a dar un paseo..., ¡al teatro!

Beth solía ir allí. La inspiraba, según ella. Y, si está el vigilante de seguridad, puede que él me ilumine sobre qué tramaba Beth.

—Hasta luego.

Me inclino sobre el cochecito y le doy un beso a Ernie. Tiene la mejilla suave y cálida, pequeña. Salgo de la cocina y entro en el vestíbulo; de momento los tacones no se me dan mal. Y entonces me acuerdo de que tengo que hacer una llamada internacional. Dios, esto me va a doler; además, voy a despertarla. En Sídney es de noche. Lo último que quiero es hablar con mi madre.

—¿Cómo que se ha ido?

—Que se ha ido, o sea, que se ha muerto, mamá. Lo siento.

Hay un silencio incómodo, y yo me pego el auricular a la oreja y me enredo el tirabuzón de cable en el dedo.

—¿Hola?

—¿Beth? ¡Beth! Se corta, cariño. No he oído nada de lo que me has dicho.

Respiro hondo; esto va a ser una tortura. Hace meses y meses que no hablo con mi madre, tal vez un año. En general, esquivo sus llamadas, aunque tampoco son muy frecuentes. No sabe cómo funciona el correo electrónico. No conoce la existencia de Facebook ni de Twitter. Una vez me llegó una postal del monte Uluru, en diciembre de 2009. El acento australiano que le noto en la voz me estremece. Todo lo que dice suena a pregunta, todas las frases acaban con entonación ascendente. Es como tener un pariente en la serie «Neighbours»: la señora Ramsay o quien sea. No sé si todavía sale la señora Ramsay.

—Alvie, mamá —digo muy despacio, como si hablase con un niño difícil—. Ha habido un accidente. Ha muerto.

Está como un fiambre.

La línea queda en silencio durante un minuto. Creo que se ha cortado.

—¿Holaaaa? —pregunto—. ¿Mamá?

—Dios mío... ¿Quién dices que se ha muerto?

Me cago en todo.

—Al-vi-na.

Suspiro.

—Ah, vaya —responde ella al final.

Desde el otro lado del mundo, percibo el alivio en su voz. Dios mío, lo sabía. ¡Es cierto! Siempre ha odiado a la pobre Alvina. ¿Qué he hecho yo para merecer esto? Es injusto. Ni siquiera está triste. La noticia casi ni la ha

disgustado. Intento reprimir las lágrimas.

—El funeral es hoy, así que supongo que no llegarás. Bueno, seguro que no.

—¿Cómo ha sido? —pregunta mi madre, sin escuchar lo que estoy diciéndole.

Ahora parece algo más triste, cosa que me alegra, pero sigue sin estar angustiada.

—Un accidente en la piscina. Estaba borracha —explico.

Eso suena creíble. A Alvie le gustaba tomarse una copa. O dos. O tres. Le gustaba beber hasta que dejaba de sentir y el mundo se convertía en un sitio mejor. Y entonces, todavía bebía más. Y un poco más. Y más. Y después no se acordaba de cómo había llegado a casa. A veces (bastantes) ni siquiera llegaba a casa. (Lugares en los que he dormido que no eran una cama: pasillos, zanjias, arbustos, escaleras, ascensores, autobuses, estanques.)

—Borracha —repite mi madre—. En la piscina. Vaya.

Se la oye muy lejos, muy distante. Más allá del hemisferio sur o de Júpiter o de Marte.

—Qué típico de Alvina. No me sorprende. Siempre estaba...

—Como te decía —la interrumpo—, el funeral es hoy.

Estiro el cable de teléfono entre los dedos hasta que está tenso y recto como la soga de un ahorcado. No le sorprende. Se lo esperaba. A lo mejor se alegra y todo.

—Voy a comprar los billetes.

Mierda.

—¡No, mamá! No hace falta que vengas.

Estoy hablando demasiado alto, intento controlar la voz.

—No llegarás a tiempo y, total, tampoco puedes hacer nada.

Hay una pausa mientras lo sopesa. Yo aguanto la respiración. Oigo el ruido de sus neuronas como si fueran engranajes dando vueltas: «Es un viaje muy largo. Mucho dinero. Es Alvina la que ha muerto, no Beth». «Por favor, mamá, no vengas —le suplico en silencio—. No vengas, joder.»

—¿No podéis retrasar el funeral, cariño? No lo entiendo...

—Aquí las cosas son así. Tiene que ser hoy. Es un tema católico. Seguro que te lo pierdes. Lo siento mucho —le explico, dejando que se me entrecorte la voz con la cantidad adecuada de tristeza.

Que se acabe esto ya, por favor. Si fuese Beth la que hubiera muerto, vendría. Y ya está. Si hubiera muerto Beth, ¡coño, cogería el siguiente avión! Debería colgar. ¿Corto la llamada?

—Bueno —dice, después de pensarlo con detenimiento—. Si tú lo dices, cariño... Debería estar presente. Pero estoy muy ocupada con la venta de tartas

de la parroquia y... Bueno, es una pena que vaya a perderme el funeral de mi hija.

—Ya.

Ni que le importase una mierda. Es increíble. Le falta poco para arrancarse a bailar —¿qué digo? Para hacer *twerking*— sobre mi tumba.

—Siento mucho no poder estar ahí contigo. ¿Estás bien?

—Sí, bien —respondo—. O sea, es obvio que... estamos todos en estado de shock.

—Claro —contesta—. Es horrible. Pero, Beth, me alegro mucho de que no fueses tú.

Dios mío, otra vez no. Ya no puedo más con esto. Primero Ambrogio y ahora mi propia madre. Me meto el puño en la boca y muerdo con fuerza. El dolor me distrae y les impide a mis ojos llorar, pero el efecto no dura mucho. Al menos mi madre no había conspirado para asesinarme. A no ser que estuviese en el ajo con Ambrogio. No puedo fiarme de él. Ni de mi madre. Aprieto los dientes y aguanto la respiración. ¡Aguanta, Alvina! ¡Tú puedes!

Colgamos. He conseguido lo que quería: mi madre no viene. No estoy jodida del todo, pero parte de mí hierve de la rabia. No ha hecho falta mucho para convencerla. ¿Cómo se atreve a no venir a mi funeral? ¿La venta de tartas de la parroquia? ¿A quién le importa esa mierda? He confirmado lo que llevo toda la vida sospechando: a mi madre nunca le ha caído bien Alvina. Desde el principio todo giraba en torno a Beth. Siempre pensó que éramos el doctor Jekyll y el señor Hyde. Me niego en redondo a llorar. Para mí, es como si mi madre hubiera muerto.

En un rincón de la habitación hay un jarrón antiguo sobre una mesa de madera pulida. Tiene unas florecitas azules muy bonitas pintadas a mano y una cenefa delicada en el borde. Lo cojo con cuidado, rodeando la base con ambas manos, y lo lanzo al suelo de mosaico.

Se hace mil pedazos.

Sólo se tarda un par de minutos en llegar al teatro, pero ojalá hubiese cogido un taxi. No sopla ni una brizna de aire, esto ya parece un horno y hace demasiado calor para moverse. El suelo, tan seco que levanto polvo al caminar; intento hacerlo como Beth: barbilla subida, hombros hacia atrás, tranquila y confiada. Anteayer había una multitud mal vestida, pero hoy no hay casi nadie. El lugar tiene una atmósfera extraña, de abandono; parece desierto. Me coloco en la cola detrás de dos turistas y trato de pasar desapercibida, pero no funciona. Se dan la vuelta y me miran. Porque voy demasiado bien vestida. O tal vez sea por el

amarillo de chaleco de seguridad. Estoy a punto de poner cara de pocos amigos y soltarles un mal de ojo cuando me acuerdo de que se supone que soy Beth. Les ofrezco mi mejor sonrisa de bienvenida, y parecen asustados.

Me dan la espalda y hablan entre susurros.

El mar está de un azul verdoso muy feo y las algas se acumulan en el fondo como si fueran cardenales. El sol se refleja en la superficie y me quema las retinas. El azul del cielo es tan azul que me resulta insoportable.

—¡Elisabetta! ¡Elisabetta!

Un hombre se acerca corriendo y se pone a la cola a mi lado, sin aliento. Tiene los ojos de color azul claro y el pelo rubio, algo poco común para un siciliano. Debe de ser el vigilante de seguridad, el que vimos anteayer. Lleva uniforme. Sí, es él, sin duda.

—¿Elisabetta? ¿Eres tú o...? ¿Eres la otra?

Nos miramos a los ojos. Una pausa. Aparto la mirada.

—Soy yo, Elizabeth.

—Por supuesto que sí. ¿Todo bien?

—Sí, por supuesto —contesto—. ¿Cómo te va?

¿Cómo se llama? Beth no me lo dijo. Y no voy a preguntárselo ahora, claro. Ojalá llevase una placa con el nombre escrito.

—*Bene, bene*. ¿Dónde está tu hermana? —pregunta con una sonrisa amplia.

Mira por encima del hombro buscando una gemela porque echa de menos el entretenimiento gratis.

—Ah, Alvina. Ha vuelto a casa —explico como si nada.

De pronto tengo demasiado calor. Me sudan las manos y me las froto por todo el vestido amarillo de Beth. Ojalá pudiera tomar algo.

Él frunce el ceño.

—¿Ya se ha ido? ¿No acababa de llegar?

—Ya, es que han tenido una crisis en el trabajo.

Me estudia el rostro. Yo me miro los zapatos. Finjo un bostezo, cruzo los brazos, miro un póster de *Nabucco* con aire distraído.

—¿Estás...? ¿De verdad que estás bien? —insiste—. ¿Por qué sigues aquí? Creía que el plan era marcharte. Pensaba que te ibas anoche.

Me miro el brazo, justo donde él está tocándome. Las uñas mordidas, reloj digital. No quiero que me toque; no sé dónde ha estado.

—Estoy bien —digo, y me aparto.

Sal de mi espacio.

¿Qué le importa a él? ¿Qué sabe del plan?

—Pero... eres Elisabetta, ¿verdad? —insiste.

La frase queda en el aire a medida que se le va apagando la voz. Me mira de

arriba abajo, hasta la punta de los dedos de los pies. Respira, Alvie. Respira. No pasa nada. Te has vestido muy Beth. No podría parecerme más a mi gemela, así que, ¿por qué tiemblo? ¿Por qué tengo una gota de sudor recorriéndome el pecho? ¿Por qué oigo los latidos de mi corazón con tanta fuerza? Mierda, espero que él no los oiga.

—Sí, soy yo. Ya te lo he dicho. Alvie ha tenido que volver a casa.

Dios mío, ¿qué le pasa a éste? No debería haber venido. Ha sido un error.

Él suspira y menea la cabeza de melena dorada; de repente tiene cara de estar preocupado. Me rodea el cuello con un brazo y me atrapa en un abrazo de oso. Le huelo la gomina que ha usado para peinarse; ¿eso significa que se ha peinado? Debe de ser el *look* de recién levantado de la cama. Me quedo tiesa como un palo, porque no me gusta que me abrace un desconocido. Pero entonces me acuerdo: él no lo es. Se supone que yo soy Beth, que somos amigos. Al parecer, se lo he contado todo. Al parecer, lo sabe todo sobre el plan. Así que yo también lo abrazo. Necesito averiguar qué sabe, por lo tanto decido jugármela.

—Iba a marcharme anoche, tarde —(creo) le explico, me suelto.

—Lo sé, pero ¿qué haces aquí todavía? Es peligroso, Betta. —pregunta.

—Bueno, he pensado en quedarme aquí, la verdad.

Señalo la vista y el teatro.

—Supongo que estoy acostumbrándome.

Me mira raro durante medio segundo; una expresión de desconcierto en su rostro juvenil.

—Pero, Elisabetta, me dijiste que no tenías elección. —Lanza una mirada furtiva a la izquierda y a la derecha, escudriñando el teatro vacío—. Si te quedas, morís. Tú y el bebé.

Espero a que se eche a reír. A que diga que es una broma. Pero cambia de postura y el silencio incómodo se alarga mientras él aguarda la respuesta. Y no digo nada. Miro la hora como si tuviera una reunión y no quisiera llegar tarde.

—Mierda, lo siento, tengo que irme.

Doy media vuelta y me dirijo a la salida.

—Elisabetta, ¿adónde vas?

—¡Hasta luego! —grito por encima del hombro.

—¡No vayas a casa! ¡No es seguro!

Salgo del teatro tan rápido como puedo con estas putas sandalias amarillas. Son ridículas. Corro cuesta abajo sin aliento, tambaleándome por la calle, dando tumbos, esprintando por los callejones. Entro en un jardín saltando la valla. Y en otro. Un callejón. Otra calle. De repente me doy cuenta de que me he perdido en un campo de cítricos y los árboles dan vueltas a mi alrededor, se me engancha la ropa en las ramas y tropiezo con las raíces. Corro y corro hasta que me quemán

los pulmones y no puedo ni respirar este aire sofocante. Tengo abejas y avispas en la cara. Me doy manotazos, me abofeteo. Ya estoy llena de picaduras de mosquito. Este país quiere comerme.

Me derrumbo a los pies de un viejo árbol nudoso, apoyo la espalda en el tronco con la respiración agitada y las manos temblorosas. Me miro tirada en la tierra. Mi cuerpo no se parece en nada a mí. No me siento yo misma. Hay naranjas y limones caídos por todo el campo. «Naranjas y limones, dicen las campanas de Saint Clements», solíamos cantar Beth y yo en el colegio.

«No tenías elección —ha dicho el vigilante—: si te quedas, morís. Tú y el bebé.»

No sé qué hacer. Parte de mí quiere salir corriendo y no parar jamás. Pero esto es una isla, no tardaría en llegar al mar. Entonces nadaría y nadaría hasta que no pudiese más. Otra parte de mí quiere regresar a la casa, coger el pasaporte e ir a la carrera hacia el aeropuerto. No tengo adónde ir. Ni familia ni amigos. Hasta mi madre cree que estoy muerta. «Naranjas y limones, dicen las campanas de Saint Clements. Me debes tres peniques, dicen las campanas de Saint Martin's. ¿Cuándo me pagarás?, preguntan las de Old Bailey. Cuando sea rica, contestan las de Shoreditch.» Me aguanto las ganas de deshacerme en lloros.

Cálmate, Alvie. No me jodas, tranquilízate de una puta vez.

Me seco las mejillas con un dedo y me sorbo los mocos. Voy a quedarme. Eso es lo que Beth habría querido. Ambrogio necesita una esposa. Y Ernesto una madre. Es lo más desinteresado que puedo hacer.

Pero ¿por qué estaba el vigilante tan preocupado por mí? ¿Por qué me pidió Beth que me cambiase con ella? ¿Por qué lloraba? ¿Qué la había disgustado tanto? ¿Por qué coño tenía tantas magulladuras?

No tengo ni idea de lo que está pasando.

Pero sólo podré averiguarlo siendo Beth. Así que tengo que seguir adelante: es la única manera de salir de ésta. Si es necesario, seré Beth para siempre. Continuaré siendo Beth hasta el día que muera. Me levanto con esfuerzo y me sacudo el polvo. He ensuciado un vestido precioso de tierra y, si ella lo viese, me mataría. Miro la etiqueta: sólo lavado en seco, genial. Cómo no.

Parco dell'Etna, Sicilia

Por su aspecto, de Nino se diría que acaba de salir del plató de *El padrino*. Supongo que es la moda que se lleva en esta parte de Sicilia. Es un *look* que atrae, igual que Al Pacino atraía haciendo de Michael Corleone. Bigote de herradura. Chaqueta negra, corbata negra, fedora gris con la banda negra y estriada. Ahora me acuerdo: es el tipo que se escabullía de la casa el día que llegué.

—Me gusta el sombrero —le digo.

Él no contesta. Nino no dice ni una palabra hasta que nos subimos a su monovolumen de color negro brillante y salimos a toda prisa por las carreteras rurales de Sicilia. Ha puesto Metallica a volumen revientatímpanos (*Master of Puppets*, me gusta esa canción) y va marcando el ritmo enloquecido con el ala de la fedora.

—*Dove è il cadavere?!* —grita Ambrogio.

—*In bagagliaio* —responde Nino.

—¿Eh? —pregunto, mirando a Ambrogio.

Estoy sentada sola en el asiento de atrás, comiendo Pringles de queso y cebolla.

—¿Quieres una? —le ofrezco a Ambrogio, que me mira extrañado y niega con la cabeza.

Nino y Ambrogio están delante. Del retrovisor cuelga un ambientador que huele a chicle. En el salpicadero hay una foto de Jesús pegada con celo. Y un rosario de madera con un crucifijo de plata.

—Tu hermana está en el maletero.

Me estremezco y me vuelvo hacia la parte de atrás. Guardo la patata que tengo en la mano en el bote de Pringles y cierro la tapa. Justo detrás de mí, una

tela gruesa negra cubre el maletero, así que no veo el interior.

—¿De verdad?! —grito—. ¿Está aquí atrás?!

—¡Sí! —vocea Ambrogio.

—¿Estás seguro?

—¿Qué?! —chilla él, mirando por encima del hombro—. ¿Quieres salir y echar un vistazo? ¿Crees que Nino se la ha dejado en casa? ¿Crees que si vamos a enterrar un cadáver se nos va a olvidar? Este tío es un profesional, ¿verdad, Nino?

—Un profesional —responde Nino.

Supongo que sí. Pero me resulta difícil de creer que el cadáver de mi hermana esté en el maletero de un vehículo. Al fin y al cabo, vamos por la calle a plena luz del día. Y Nino conduce peor que Ambrogio; parece que su objetivo sea morir joven. No obstante, me da la sensación de que aquí todo el mundo conduce igual, y es mejor que no nos pare la policía. Si respetásemos el límite de velocidad, llamaríamos la atención. Pero ¿qué pasa si nos paran en un control aleatorio y registran el coche? Un control normal y corriente. En ese caso, estamos jodidos. Fuerzo la vista buscando algún Panda en el arcén, pero no veo ninguno. Voy deslizándome de un lado a otro en el asiento trasero, chocando contra las puertas en cada curva. A lo mejor así es como Beth acabó con tantos cardenales... No hay cinturones de seguridad. No es un vehículo muy seguro.

Miro por la ventanilla los cipreses altos, que se afinan hacia el cielo como velas largas y verdes; miro las paredes de roca gris que contemplan desde la ladera de las montañas. La autovía hacia Catania serpentea bordeando la costa y en ningún momento nos alejamos mucho del agua. Quizá la idea sea tirar el cadáver por un acantilado. Enterrada en el mar como Osama Bin Laden. Espero que no flote como una bruja.

—¿Adónde vamos? —pregunto al final.

—El amigo de Nino se está haciendo una casa de campo —contesta Ambrogio, alzando la voz por encima de la música—, ¿verdad, Nino?

El cantante chilla «*Master! Master!*» y el bombo hace ¡BUM, BUM, BUM!

—Una casa de campo —confirma Nino.

—Vale... —respondo—. ¿Y qué?

—Ya lo verás.

Viajamos hasta un lugar apartado en el campo, no muy lejos de Catania. Nino entra en un camino de tierra y continuamos unos minutos más por un bosque. El camino está surcado de raíces y de baches, y yo no hago más que dar saltos en el asiento duro de atrás. La arboleda es tan densa que las copas no dejan que se cuele la luz del sol. Estamos en penumbra y cada vez se hace más oscuro. Entonces llegamos a un claro, y Nino detiene el coche. Al principio

parece que allí no hay nada más que un receso entre los árboles, tierra en el suelo y un pedazo de cielo que asoma entre las copas, pero enseguida veo una pila de bloques de hormigón en un agujero y una camioneta. En otro camión que está aparcado algo más allá entre las ramas hay una hormigonera. Vamos, que esto es una obra.

—¿Quieres salir? Si te parece demasiado, puedes quedarte en el coche.

Ambrogio dibuja una sonrisa forzada y sale del monovolumen. El portazo me sobresalta.

¿Para qué he querido venir? Ahora Ambrogio está de mal humor porque he causado un gran problema y no he seguido su estúpido plan. Me fijo en los hombres a través de los cristales tintados: Ambrogio, Nino y alguien más. Nino se acerca al borde del agujero: en silencio, inmóvil. Está dándome la espalda y no parece moverse ni un ápice; ni siquiera respira. Nunca he visto a nadie con tanta calma. Tiene algo, y no sé el qué. De repente hace demasiado calor en el coche. El ambiente es sofocante, húmedo. El aire acondicionado está apagado y el ambientador con olor a chicle me da arcadas. Necesito salir, me encuentro mal. No puedo respirar, así que abro la puerta y salgo.

—*Domenico, è pronto il cemento?*

—*Sì, sì, è pronto. È pronto.*

En la parte de atrás de la camioneta hay un hombre corpulento que viste un mono sucio de color azul y fuma un habano. Debe de ser Domenico. Me ve y levanta la cabeza: marcas de acné, nariz rota, la cabeza casi rapada, como de presidiario. Deja el puro encendido en el borde de la caja de carga y salta al suelo.

—*Professore* —dice, y saluda a Ambrogio inclinando la cabeza.

¿Por qué lo ha llamado *professore*? Se vuelve hacia mí.

—¿Tu hermana ha muerto?

No respondo, porque es una puta obviedad: por eso estamos todos aquí. No me apetece charlar con un extraño, y menos con alguien que tiene pinta de haber excavado un túnel para escapar de la cárcel: uñas negras llenas de tierra, polvo en la cara, pantalones rotos, peinado carcelario. Es como el hijo ilegítimo de Steve McQueen y un topo, pero con menos atractivo.

—Ya, mi hermano murió la semana pasada —explica Domenico—. Lo destriparon.

Joder, qué asco.

Ambrogio meneaba la cabeza.

—¿Para qué coño cuentas eso delante de una señora?

Creo que se refiere a mí. Ambrogio le planta cara.

—Eso —interviene Nino—, ¿a quién cojones le importa tu hermano? Era

un puto imbécil.

—No digas eso de la familia —contesta Domenico, y se vuelve hacia Nino. Habla con voz de papel de lija.

—No era pariente mío —dice Nino—. Mi madre no se acostaba con su hermano. Menudo idiota, debería haberlo matado yo mismo.

—*Figghiu ri buttana*.

—*Minchia*.

—Calma —ordena Ambrogio, y se interpone entre ambos. Los separa, y ellos se gruñen como perros—. Basta. ¡Calma, calma! —repite.

—¿Qué le pasó? —le pregunto a Nino—. A su hermano.

—Se empachó de comer coños y se volvió *pazzo* —contesta, mientras se enciende un Marlboro y le lanza la cerilla a la cara a Domenico.

Bueno, supongo que eso lo explica todo.

Y ahora quiero un piti.

Nino y Domenico se acercan a la parte trasera del monovolumen y abren el maletero. Me retiro al lado de Ambrogio, y él se enciende un cigarrillo. Ahora sí que quiero uno.

—¿Me das? —le pido.

Lo sé; soy consciente de que Beth no fumaba, pero creo que estamos atravesando circunstancias excepcionales. Además, si no me meto algo de nicotina en el organismo, las cosas podrían ponerse feas. O sea, más aún, si eso es posible.

Me mira extrañado, pero asiente. Me pone el cigarrillo entre los labios y se enciende otro. Le doy una calada larga y me siento mejor. Él me rodea los hombros con el brazo y me estrecha.

Entonces la veo y cojo aire de golpe.

Beth no está en un ataúd ni nada parecido. Ni siquiera la han metido en una bolsa. Está medio desnuda y tiene la piel de un blanco puro y lechoso. Todavía lleva puesto el vestido que robé hace dos días; aunque digo *puesto* por decir algo. Todavía tiene el tirante roto, la cara ensangrentada y el pelo hecho un desastre. No sé por qué me sorprende. Supongo que es porque ella siempre iba con el pelo perfecto. Siempre tan arreglada.

—Dios mío.

Me tapo la cara con las manos.

Nino y Domenico cogen el cadáver de Beth por los hombros y por los pies y la llevan hasta el agujero. Tiene el cuello rígido y los brazos pegados al torso. Supongo que es el *rigor mortis*. Se parece a la Barbie que encontré en la basura, pero con la cabeza aún en su sitio.

—*Uno, due, tre* —dicen, y la lanzan a la zanja.

Se oye un ruido sordo.

—Los cimientos de la construcción —indica Ambrogio.

Va a donde están los otros dos y se acerca al borde. Yo lo sigo. Los cuatro nos quedamos mirando el cadáver de Beth, que está boca abajo en la tierra. Se le ha subido el vestido y se le ve el culo. Puede que lleve un tanga; pero, de ser así, es uno tan fino que desde aquí arriba no se nota. Me resulta obvio que ése es el culo de Beth, porque el mío me parece mucho más grande. Estrías, celulitis. Le echo un vistazo a Ambrogio, pero no parece que él se haya percatado.

Beth tiene la piel muy blanca, como si se le hubiera borrado el moreno en la piscina. Nunca la he visto tan pálida. Me miro los antebrazos y veo que el bronceado artificial se me ha ido en la ducha, así que las dos tenemos el mismo color. Qué suerte.

Domenico va hasta el camión y arranca el motor, que tose y se ahoga y vuelve a la vida con un petardeo. Se oye un pitido agudo y en el techo se enciende una luz azul intermitente mientras el vehículo se mueve marcha atrás. Avanza muy despacio, tan despacio que es una puta agonía verlo hasta que por fin se detiene. Domenico se baja de un salto y hace algo con la hormigonera. Ésta empieza a girar y a ladearse con un quejido, y el hormigón denso y húmedo se desliza hacia el agujero del suelo. Al caer sobre la tierra recién removida y sobre el cadáver, se oye un ruido mojado. Los pies, las pantorrillas, las rodillas, los muslos: plaf, plaf, plaf. El culo, la espalda, los omóplatos, la cabeza. Huele a aceite quemado, y de la hormigonera sale humo negro. En cuestión de minutos, en lugar de Beth hay un agujero rectangular lleno de una masa de color gris pálido.

¿Qué haría Beth si éste fuera mi entierro? ¿Se comportaría con tanto estoicismo? ¿Se mostraría reservada, relajada? ¿O lloraría y chillaría presa de la histeria? No tengo ninguna referencia para estas mierdas. Lo único que sé es que, si no fuera mi hermana la que está en el agujero, sería yo. Jamás averiguaré si me fue de mucho o de poco. ¿Es posible que Beth me trajese aquí para matarme? Niego con la cabeza: Beth no. Eso es imposible. Pero puede que Ambrogio sí. ¿Qué es lo que está pasando? Lo miro, pero está distraído con el teléfono. Es guapísimo, un auténtico adonis, pero no me creo que sea un asesino. Supongo que debería alegrarme de seguir aquí. Respiro hondo, suelto un suspiro largo de alivio, apago el cigarrillo y lo entierro con el pie. Ambrogio, Nino y Domenico se santiguan a la vez, como si lo hubieran coreografiado y ensayado como bailarines de un concierto de T-Swiz. Yo hago lo mismo.

Regresamos al coche.

Miro el Ladymatic de Beth: son las once y cuarenta y dos. Espero que el camino a casa no sea demasiado largo. Tengo hora con la esteticista de Beth y no

quiero llegar tarde.

Taormina, Sicilia

—*Mamma mia*, qué rápido te crece el pelo. Te hicimos las mechas hace dos meses y ¡mira qué raíces tienes ya! *Non ci credo*.

La esteticista, que según el iPhone de Beth se llama «Cristina Peluquería y Belleza», está detrás de mí, pasándome los dedos por el pelo. Me mira con los ojos muy abiertos y pintados con kohl. Menea la cabeza de cabellera brillante.

—Mmm —contesto.

Estoy hojeando el *Vogue* italiano. Me encanta este vestido de Valentino: volantes preciosos y vaporosos y un escote de vértigo. Muy de alfombra roja. A lo mejor me lo compro para salir con Ambrogio. Beth tiene unos Jimmy Choo maravillosos que quedarían de fábula. No sé si ir de compras en Taormina o coger un avión a Milán. ¿Cómo se llama esa calle tan famosa donde están las tiendas de moda? ¿Via Monte Napoleone? Seguro que todas las celebridades van allí.

—¿Has estado tomando suplementos o comiendo ostras? —pregunta Cristina.

Levanto la vista de la revista que tengo abierta en el regazo y nos miramos en el espejo.

—¿Qué? No, no he tomado nada —respondo.

—Las ostras tienen mucho zinc, y el zinc hace que te crezca el pelo.

¿Quién lo habría dicho? El semen también tiene mucho zinc; tiene gracia que no me haya preguntado si últimamente he hecho muchas mamadas.

—¿Qué has hecho con las extensiones de las pestañas? ¿Se te han caído?

—Sí, en la piscina —explico.

—¿Tan pronto? Bueno, no pasa nada; te las hacemos otra vez.

Le doy un trago al prosecco que se enfría en la mesa: ligero y afrutado.

Delicioso. Me meto una fresa en la boca y mastico. El iPhone de Beth está al lado; lo cojo y miro la pantalla. Añoro Twitter, y me cuesta creer que Beth no tuviera una cuenta. ¿Qué hacía todo el día sin tuitear? Voy a hacerle una. Para mí. Para ella. De nada.

@ElizabethCaruso @TaylorSwift ¡Hola, Taylor! Me llamo Elizabeth Caruso. Creo que conoces a mi hermana Alvina. ¡Quería saludarte!

Pulso «Tuitear». Seguro que a Beth le contesta, porque a mí nunca me hacía caso.

Cristina me pasa los dedos por el pelo y me masajea el cuero cabelludo. Me araña el cráneo con las uñas postizas. Me coloca hojas de papel de aluminio y me pinta las raíces con tinte de peróxido. Huele a lejía o a Pato WC. Tarda una hora en llenarme la cabeza de paquetitos brillantes. Cristina me cuenta las versiones largas de la ruptura de Gina y Matteo, de las pruebas de su hijo en el equipo de alevines de fútbol y de la boda de Stefania, que se celebró el fin de semana pasado. Me explica con todo lujo de detalles los problemas que ha tenido con su nuevo frigorífico combi, la hinchazón de vientre que sufre su marido (que podría ser alérgico al huevo) y todo lo que pasó anoche en la serie «Comisario Montalbano». Yo asiento como si eso me importase una mierda; creo que se supone que conozco a todas esas personas, ficticias o reales.

Estudio los anuncios por palabras del final de la revista. No puedo leerlos, pero miro las fotografías. Son igual de mierdosos aquí que en Inglaterra y, a decir verdad, no echo de menos mi trabajo. Ni el sótano. Desde luego, no extraño a Angela Merkel, y dudo mucho que ella me añore a mí.

—Tenemos que hacerte las cejas con cera —dice Cristina, que, si se le permitiese el bótox, frunciría el ceño—. Y te hace falta una manicura y una pedicura. Podríamos estar aquí todo el día...

Me pone un secador en la cabeza para acelerar el tinte. Entonces saca una lima y se pone a trabajar en los dedos de los pies y de las manos. Me pinta las uñas del rosa claro habitual y me hace la manicura francesa (a mí me gusta el Chanel Rouge Noir, pero no es muy Beth). Es mucho más cómodo cuando la esteticista viene a tu casa, ¿no te parece? Levanta una esquina para comprobar el color y me quita los paquetes de papel de aluminio uno por uno. Me lava el tinte en la bañera con la alcachofa de la ducha. El agua está caliente y es muy agradable. Me seca el pelo con ondas grandes y sueltas, y entonces pasa a ocuparse de la cara.

Coge varias docenas de pestañas minúsculas y me las pega a los párpados con cola. Espero que Cristina sepa lo que se hace, porque quiero poder abrir los

ojos. Necesito ver. Me pone una capa de cera líquida debajo de las cejas y, con un tirón rápido, me quita una tira y otra y otra. ¡Chillo! Quema y ¡cómo duele, coño!

Cuando acaba, nos miramos en el espejo.

—¿Te gusta?

—Me encanta.

Tweet, tweet, tweet.

Es un mensaje de Taylor Swift respondiendo a Elizabeth Caruso.

@ElizabethCaruso ¡Hola, Elizabeth! ¡Encantada de conocerte! Un abrazo. 😊

—¿Emilia? ¡Emilia!

—*Sì, signora?* —responde una voz desde el otro lado de la casa.

—Voy a llevar a Ernesto de compras.

Ambrogio ha salido a algún lado con sus amigos. Voy a alegrarme el día con unas compras.

—*Sì, signora* —dice Emilia.

—Antes de las tres estaré aquí.

—*Sì, signora. Ciao, signora.*

—*Ciao* —me despido.

Me encanta decir *hola* o *adiós* con un «*ciao*», me hace sentir genial. Es lo que se dice aquí, por eso no es pretencioso. Chao, chao, chao.

Meto a Ernie en el cochecito: un Balmoral de Silver Cross. Beth dijo que la duquesa de Cambridge tiene uno igual para la princesa Carlota.

—¡Vamos de compras! —exclamo.

Ernie me sonrío contento; sus ojos grandes y azules están llenos de dicha. Le paso la mano por la cabeza gorda y redonda y le alboroto los rizos suaves y dorados. Él se ríe, babea, agita los bracitos regordetes como un polluelo recién salido del cascarón.

—Ma, ma, ma.

Le acaricio la mejilla rosada.

—¡Eres más mono...!

Siento una oleada de amor maternal y me cuesta creer que sea todo mío. Siempre he querido un bebé de Ambrogio, ¡llevo soñando ocho años con este momento! Y por fin ha llegado: mi propio hijo. No puedo evitar pensar que tenía que ser así. Me inclino sobre el cochecito, nos hacemos un selfi juntos y la cuelgo en la cuenta de Facebook de Elizabeth: «¡¡Yo y mi niño precioso!!!». Empujo el cochecito por el camino hasta la calle.

Hace un día radiante. Me pongo las gafas de sol de Beth para protegerme de

los rayos cegadores del sol y subo la capota del cochecito. ¿Lo ves? Soy una buena madre: no quiero que se queme. Hasta he traído un biberón con agua del grifo (por si tiene sed) y unos bombones belgas que he encontrado en la cocina para la tarde (si no los quiere él, me los comeré yo). Mierda, ¡me he dejado la crema solar! ¡Y los pañales! ¡Y las toallitas húmedas! ¡Y una muda! Y también el osito. Pero no pasa nada, no vamos a estar fuera tanto tiempo. Estoy segura de que sobrevivirá. Voy a cuidar muy bien de mi bebé. Lo llevaré a Disneylandia. Lo matricularé en Eton. Clases de violín. Críquet. Un mayordomo. Un caballo. Todas las cosas que yo no tuve. Voy a malcriarlo como al que más, o incluso peor. Se alegrará de que yo sea su madre.

Las ruedas del cochecito hacen ruido mientras bajamos la cuesta. Me dan ganas de ir dando saltitos. Ernie está cantando algo ininteligible que podría ser *Cinco lobitos*, pero no me jugaría nada. Cuando sea más mayor lo apuntaré a clases de canto, y a lo mejor se hace famoso como cantante de ópera. Algún día le darán el papel principal de *Nabucco*. Será el nuevo Pavarotti, pero más joven y delgado. Al fin y al cabo, es medio italiano y su padre es guapísimo.

Respiro hondo. Ahhh, el aire fresco y limpio, el aroma de los limones. No, no quiero regresar a Londres jamás: tubos de escape, cubos de basura, mierda de perro, grasa por todas partes. ¿Por qué iba a marcharme teniendo todo esto? Es posible que sea la chica con más suerte del mundo. En el bolso tengo la cartera de Mulberry de Beth (suave como un melocotón) y está a punto de reventar: setecientos trece euros y cincuenta céntimos (lo he contado) y tres tarjetas de crédito relucientes. Me preocupa un poco no tener el PIN, pero ya me ocuparé de eso cuando llegue el momento.

Doblamos una esquina y recorremos una calle estrecha y serpenteante: las fachadas desconchadas de edificios antiguos pintados de color rosa pastel. Árboles cargados de flores de un violeta intenso y llamativo. Una iglesia de mármol con esculturas de querubines. Vistas de postal. El Etna en la distancia, enmarcado entre palmeras. Más allá del volcán, un mar turquesa. La fragancia de los franchipanes. El canto de los pájaros. Este lugar es el puto paraíso.

Doblamos otra esquina y llegamos a via Umberto. No, éste es el paraíso: el cielo de las compras. Hay negocios hasta donde me alcanza la vista: tiendas de diseño, *boutiques* pequeñas, galerías de arte, restaurantes, bares. Hay gente atractiva sentada en terrazas decoradas con parasoles, contemplando a otros guapos y guapas que pasean de la mano. Es el lugar perfecto para una luna de miel. Los oigo charlar en su italiano cantarín; soplan nubes de humo hacia el gentío bien vestido. Pruebo la nicotina de segunda mano y sonrío. Esto sí que es vida.

Detrás de la cafetería hay un cajero automático, así que saco la primera de

las tarjetas de crédito de Beth. La meto en la ranura estrecha y pulso los números del panel. Intento el mismo número que desbloquea su iPhone. Si no me equivoco, Beth no querría tener que recordar más de uno. ¿Cuál era? Ah, sí: *Wannabe*. 1-9-9-6. «*SCORRETTO*», me dice la pantalla en rojo sobre fondo negro. El cajero pita con furia. Me escupe la tarjeta, así que la tiro al fondo del bolso y saco la siguiente. 1-9-9-6. «*SCORRETTO*.» *Nop*, otro pitido furioso. Me devuelve la tarjeta. Mierda, más vale que la última funcione. Saco la que queda con dedos temblorosos. Es preciosa: de color negro reluciente con letras plateadas y brillantes: «*Signora Elizabeth Caruso*». Platinum. Premium. Si ésta no funciona, estoy jodida. 1-9-9-6. ¡Yupi! Lo sabía. Le echo un vistazo al extracto y casi me desmayo. Tiene doscientos veinte mil sólo en esta cuenta corriente. Saco quinientos porque sí, porque puedo. Agarro el fajo de billetes suaves y crujientes que me da el cajero. Tienen una pinta deliciosa. Huelen a nuevo y me cuesta no frotármelos por la cara o por la mejilla. Un poco más y los lamo. Abro la cartera y los meto dentro, pero está tan llena que no se cierra. Saco la tarjeta de Beth y la beso.

De pronto, no sé qué hacer: ¿quiero sentarme a una mesa con mantel de lino almidonado y pedir un prosecco y unas aceitunas verdes o quiero irme de compras? Ay, las decisiones. «¿Qué opinas tú, Ernie, mi bebé?» Un artista callejero tiene sus mercancías en exposición: retratos de actores, cantantes, políticos. La verdad es que son buenos, tiene mucho talento. Se parecen tanto al sujeto que son casi como fotografías. Se nota quién es cada uno. Están Nicole Kidman y Gwyneth Paltrow, Channing Tatum y Tom Cruise. ¡Ostras! Espera un segundo: ¿Channing Tatum? Me lo pido.

—*Ciao*.

—*Ciao*.

El tipo me mira.

—¿Cuánto vale la de Channing Tatum?

—*Venti euro*.

—¿Cuánto es eso? ¿Veinte?

—*Sì*, veinte.

—No pienso pagar tanto. Es carísimo. Te doy diez.

—No, veinte.

—De acuerdo, once. Es mi última oferta.

—Son veinte. Veinte.

—Vale, pues doce. O lo tomas o lo dejas.

—No.

—¿Trece?

—No.

—¿Catorce?

—No. *Mamma mia!*

—¿Pues quince? Última oferta.

—*Venti euro!* ¡Veinte! ¡Veinte!

—Vale, te doy dieciséis euros. Ni un céntimo más. Y lo quiero envuelto para regalo.

Aunque en realidad es para mí.

—No. No es posible.

—¿Diecisiete?

—No.

—¿Dieciocho?

—No.

Hijo de puta.

Debería agarrar el retrato y salir corriendo, pero puede que el cochecito me impida ir deprisa.

—Bueno, pues ya está. No lo quiero. Mira, mira: ¡me voy!

Doy media vuelta y me marchó calle abajo empujando el cochecito a velocidad de vértigo. El vendedor ni siquiera pestañea. Le da un trago a la Nastro Azzurro y mira hacia otra parte.

¡¡AARRGH!! Deshago el camino a toda prisa, corriendo hacia él.

—¡DIECINUEVE EUROS! ¿Vale? ¿Podemos dejar el tema ya?

El hombre me mira y frunce el ceño.

—El dibujo son veinte euros.

Es un hueso duro de roer. No dará el brazo a torcer.

Miro el retrato de Channing Tatum: cara bonita, ojos de cachorro. Echo mucho de menos el póster de mi habitación. Si necesito un sustituto, supongo que esto es lo que hay.

—Vale, de acuerdo. Diecinueve euros y cincuenta céntimos, ¿qué te parece eso? Es un trato genial.

El hombre se levanta, y cerramos el trato con un apretón de manos. ¡Sí! Sabía que cedería tarde o temprano. Alvie, uno; artista callejero, cero.

—*Bene, bene. Finalmente.*

Estira el brazo y coge el dibujo. Yo saco un billete de veinte del monedero de Beth.

—¿Tienes cambio de veinte?

—No tengo cambio, lo siento. *Mi dispiace.*

Se encoge de hombros y me señala el fajo de billetes que tiene plegados en una lata. No se ve ni una sola moneda.

Le tiro los veinte a la cara y agarro el dibujo. Se me rasga un poco.

—Bueno, da igual. Lo que sea. A la mierda. Toma, todo para ti. ¡Todo!

—*Arrivederci, signorina* —dice al verme marchar.

Meto a Channing en el cochecito con el niño.

Un bolso de piel de cocodrilo ocupa el lugar de honor en el escaparate de una tienda de ropa. A su lado hay un cinturón y un bolso de mano a juego colocados sobre una réplica de un pedestal corintio. Emporio Armani. Es de un sexi increíble, y lo quiero. Voy a echar un vistazo. La tienda se llama Marianna. Empujo el cochecito hasta la puerta con la intención de comprarme algo especial; Dios sabe que me lo merezco después de todo lo que he pasado, después de todo lo que he hecho. No quiero llevar la ropa vieja de Beth hasta el fin de los tiempos: quiero mi propio vestuario. Algo nuevo. Algo único. Necesito un conjunto para salir con Ambrogio, ahora que tiene una mujer más sexi, mejor y más buenorra. Puede que me lleve otra vez al restaurante del otro día. O quizá conozca algún otro sitio; una discoteca o algún bar bonito junto al mar. Me veo paseándome por ahí con un vestido largo hasta los pies: verde luminoso o naranja puesta de sol. Algo que llame la atención. Algo caro. Quiero que la gente se vuelva para mirar, que la muchedumbre se abra a mi paso, murmure y no me quite ojo. «¿Quién es esa chica?» (Pero en el buen sentido.) Quiero estar en el candelero.

Y no hay que olvidar los complementos... Me harán falta unos diamantes nuevos, cómo no. Unos pendientes, una pulsera y algún anillo más. He visto cosas muy bonitas en Van Cleef & Arpels. Quiero un bolsito de mano de Valentino. Y botas hasta los muslos de Miu Miu.

La puerta de cristal reluciente se abre y entro en el ambiente fresco de la tienda.

—*Ciao, Betta!* —grita una dependienta que se me acerca haciendo equilibrios sobre un par de tacones. Mierda, me conoce—. *Ciao, Ernie!*

—*Ciao!* —la saludo con mi mejor imitación de Beth.

Voz algo ronca y entrecortada. Esbozo una sonrisa forzada.

Una dependienta de talla infantil, cabellera negra y brillante, y un culo casi inexistente se acerca a saludarnos. Nos besamos al aire. Un abrazo. Se inclina sobre el carrito y le hace una carantoña a Ernesto.

—*Come stai, bimbo Ernesto? Mamma mia, che bello* —dice, y le hace cosquillas en la papada.

El niño gorjea contento como si fuera un reencuentro de dos grandes amigos. ¿Conoce el crío a la dependienta?

Ella me mira y sonrío: ortodoncia invisible, labios de color fucsia. Huele a algo muy dulce y empalagoso, como un refresco concentrado. Es un perfume barato. Prefiero el de Beth.

—Betta, ¡tengo los zapatos tan maravillosos que te dije! ¡Ven a echar un vistazo! Te encantarán.

No llega a cogerme la mano para arrastrarme por la tienda, pero ésa es la sensación que tengo. La sigo: suelos de mármol y paredes llenas de estanterías de cristal con zapatos. Brillo, resplandor, centelleo. Focos como soles diminutos que iluminan hilera tras hilera de bolsos de valor incalculable: Dolce & Gabbana, Gucci, Hogan, Roberto Cavalli, Tod's. Se detiene y da media vuelta hacia mí con una sonrisa expectante clavada en el rostro juvenil. Me señala un par nuevo.

—¡Mira!

Están hechos de metacrilato rojo con un tacón de aguja negro y blanco. Un puto adefesio.

—Anda, vaya —digo.

Los he comprado, claro que sí. No me quedaba elección. He comprado unos zapatos que me parecían odiosos y un cinturón y un bolso a juego, todo de metacrilato. Cuatro mil cuatrocientos noventa y ocho euros. Los he comprado porque es lo que Beth habría hecho. Si no, joder, la mujer se habría dado cuenta de que no era ella. Marcho de mal humor hacia Via Umberto haciendo rechinar los dientes. El asa de la bolsa se me clava en la palma de la mano; esta mierda pesa un quintal.

Un vestido, voy a comprarme un vestido. Eso me animará. Una fuente antigua me cierra el paso. De la boca de unos peces de piedra brota agua. Me salpica. Me moja. Me empapa la ropa. Se supone que el agua relaja, ¿no? Se supone que el sonido es calmante, como en los jardines japoneses: nenúfares y budas. Pero ahora está cabreándome, nada más. Paso junto a la fuente como alma que lleva el diablo y continúo calle abajo. Tengo que encontrar otra tienda de ropa. Necesito un vestido.

Llego a un local que tiene dos hileras de ventanas. Los paneles de cristal brillan a la luz cegadora del sol: deben de haber utilizado litros de Don Limpio para conseguir que reluzcan así. La señal dice: PARISI TAORMINA. Maniqués de un blanco lustroso con prendas de un plateado chispeante, amarillo luminoso, blanco esplendoroso. Prada, Fendi, Pucci, Missoni. Todo parece perfecto. Entro en la tienda. Tienen puesto algún tipo de música electrónica: etérea, mágica, extraña. Un pasillo largo y luminoso me guía hacia las luces del interior. Está flanqueado por más maniqués en distintas poses que me miran con rostro perfecto. Espejos bruñidos. Espacio sagrado. Los maniqués habitan vitrinas cuadradas de cristal: reales, inmóviles. Observo sus cabezas de plástico. Los

ojos, muertos y ausentes, son como los de Beth. Me están mirando. Me muevo. Vienen a por mí, estoy segura. En uno de los espejos alcanzo a ver un instante a Beth.

Me sobresalto.

Entro en pánico.

¡Echo a correr!

Ya en la calle, respiro con ansia, tragando bocanadas. De pronto me siento débil y cuelgo la cabeza entre las piernas. El suelo da vueltas. Pero ¿qué cojones...? ¡Era Beth! Juro que la he visto. Echo un vistazo a mi alrededor, pero no está ahí. Estoy sudando; hiperventilando. La gente me mira. ¿Dónde está el carrito? De repente me doy cuenta de que no lo tengo, ¡Ernie ha desaparecido! Me da un vuelco el corazón, ¿adónde coño ha ido el crío? Miro en torno a mí y busco en el interior de la tienda. Deshago el camino a toda prisa por vía Umberto, abriéndome paso entre los turistas, tropezando con mis propios pies. La puta fuente que me corta el paso. El corazón a cien. Me palpita la cabeza. Tengo la boca seca. Necesito beber algo. Dios mío, Beth me mataría... ¿Qué tienda era? Hay demasiadas. ¿Lo he dejado ahí dentro o se lo ha llevado alguien? Estas calles son un infierno, culpa del sol incandescente. Voy a la carrera de escaparate en escaparate buscando el dichoso bolso: ¿era piel de cocodrilo? ¿era de serpiente? ¿Emporio Armani o D&G? Venga, Alvie, tiene que estar por aquí. No puede estar lejos. Si no estuviera más deshidratada que una pasa, me echaría a llorar. Bottega Veneta. John Galliano. Emilio Pucci, Moncler...

Al final la veo al otro lado de la calle: MARIANNA. Emporio Armani. Piel de cocodrilo. ¡Gracias, joder, gracias! Irrumpo en la tienda a punto de caer al suelo, tropiezo, jadeando, sudando, y todos me miran. El cochecito sigue ahí, aparcado junto a la entrada. Pensaba que lo había perdido, de verdad. Ernie está durmiendo como un tronco. La dependienta abre la boca y la cierra de nuevo. Cojo el cochecito y emprendo el camino de vuelta a casa. No me puedo creer que haya estado a punto de perder a Channing. Ya me compraré un vestido otro día.

—Pero ¿por qué hace falta que vaya yo? —pregunto, corriendo por la calle detrás de Ambrogio.

Vamos de regreso hacia Taormina y acabamos de pasar por delante de un bar pequeño que se llama Mocambo y tiene sillas en la terraza. Mantelería de cuadros. El aroma del café. Tenía la esperanza de que Ambrogio se quedase con sus amigos un rato más para así tener tiempo para ordenar las ideas y urdir mi propio plan, pero no. Aquí está. Ha aparecido en la casa y, al parecer, necesita que lo ayude.

—Porque le caes bien —dice.

—¿A quién?

—Al cura.

No tiene sentido, pero si es importante para Ambrogio, supongo que debo ir. La esposa abnegada. La esposa que lo adora. Voy a ser la compañera perfecta. No sabía que Ambrogio fuera religioso, pero tiene toda la pinta de que hoy iremos a misa. Espero haber escogido el atuendo adecuado. ¿Qué se habría puesto Beth para la iglesia? No sé si Prada es apropiado para un cura.

Cruzamos una plaza que se llama piazza IX Aprile: baldosas blancas y negras, y un alboroto de flores. Farolas de hierro forjado con fanales antiguos. La iglesia es San Giuseppe, que parece una tarta de bodas derritiéndose al sol. Un niño chuta un balón que me pasa demasiado cerca de la cabeza. Hijo de puta, casi me da. Si no fuera Beth, se la chutaría a la cara con todas mis ganas. Otro niño con una camiseta de Totti la tira a la fachada de la iglesia. «¡Gol! ¡Gol!», y echan a correr entre risas y vítores y gritos. Intento no mirarlos con cara de perro. Ni soltar ninguna palabrota.

Dejamos el sol y las vistas al mar a la multitud de turistas que le rezan al panorama y entramos en el interior fresco de la iglesia barroca del siglo XVII. Cuadros de colores pastel. Querubines volantes. Siempre que entro en una

iglesia tengo una sensación extraña, como si estuviera donde no debo. Es un sentimiento sutil pero persistente de no encajar. (La última vez que pisé una iglesia fue la catedral de Milán, y mejor que no ahonde en el tema.)

Ambrogio me lleva de la mano por la nave en penumbra. Incienso. Polvo. Se me acostumbra la vista. El limbo tiene este mismo aspecto: un *chiaroscuro* igual que el del interior de la iglesia. Aquí se huelen varios siglos de pecados acumulados.

El cura está en plena liturgia, en el altar. Es alto, inusitadamente alto para un italiano, delgado y encorvado, con una nariz de gancho muy larga. Tal como habla, parece que esté más aburrido que una ostra, porque todo eso ya lo ha recitado un millón de veces. Supongo que las palabras habrán perdido su significado. Su voz no transmite emoción. Yo también estaría así de harta si tuviera que hablar latín todos los días durante —a juzgar por su aspecto— cien años.

Sigo a Ambrogio por el centro de la nave y nos ponemos a la cola de feligreses esperando a comulgar. No tengo ni idea de qué voy a hacer cuando me llegue el turno. El cura dice «*Corpus Christi*» y ellos responden «Amén»; uno a uno abren la boca para que el cura les coloque una hostia en la lengua. Bueno, no parece difícil. Dejo que Ambrogio vaya primero, pero al verlo el cura pone cara de cabreo. Frunce los labios y arruga la frente. Qué raro. Entonces me toca a mí. El cuerpo de Cristo está seco como una patata Pringles, y no me iría mal un poco de vino para pasarlo. La sangre de Cristo, o como quieras llamarlo. Nos sentamos en el primer banco de la izquierda y esperamos en silencio a que termine la misa y a que se nos acerque el religioso.

Sus vestiduras hacen ruido.

—*Salve* —nos saluda—. ¡Elisabetta, me alegro de verte! Como siempre.

Me besa la mano. Desde aquí huelo el *espresso* que se ha tomado de un trago antes de empezar el servicio junto con el cigarrillo.

—Me alegro de verlo, padre. ¿Cómo está?

Yo sé cómo dirigirme a los curas. He visto *El pájaro espino*.

—Mucho mejor ahora que te veo.

Sonríe mirándome a los ojos como si fueran un pozo sin fondo y me agarra la mano con demasiada firmeza. Qué asqueroso. Mira que es coqueto. Qué inapropiado. Ojalá me soltase la mano ya. ¿Qué pretende? ¿Está buscando indicios de mi alma (aunque sea en vano)? ¿Está intentando leerme el pensamiento? ¿Se ha dado cuenta de que no soy Beth? ¿Es posible que acabe de chivárselo Jesús?

Un escalofrío me recorre la espina dorsal. Aquí dentro hace frío. El cura se vuelve.

—Ambrogio —dice, antes de estrecharle la mano y abrazarlo como si fuera el hijo pródigo—. *Come stai?*

—*Bene, bene. Grazie, padre.*

Ambrogio se vuelve hacia mí y me posa la mano en el hombro.

—*Amore*, ¿por qué no me esperas aquí? —propone, y me señala el banco—. Voy a confesarme, no tardaré.

Los miro cómo caminan cogidos del brazo hacia una caja de madera oscura que hay a un lado de la iglesia. El confesionario parece un armario gigante. ¿Será el cielo como Narnia? ¿Se parece Dios a Aslan o al señor Tumnus? ¿De qué van a hablar ahí dentro? Espero que no sea de mí. Corren una cortina de terciopelo escarlata y se oye el chirrido de una rejilla metálica. Me acuerdo de Adam; el tío nunca me llamó. Me pregunto si Ambrogio va a acostarse con el cura.

Los imagino arrodillados como he visto en las películas. «Ave María purísima», «Sin pecado concebida». ¿Con cuántos avemarías me castigarían a mí? Espero que no se entretengan demasiado, porque ya me he aburrido. No sé ni qué hago aquí. Miro a Jesús clavado en la cruz y entiendo cómo se siente. «Daos prisa...»

Me siento y estudio las estatuas y los cuadros. Si te digo la verdad, todo esto me pone un poco nerviosa: hay muchas imágenes de gente ardiendo. Mire a donde mire, hay mujeres en llamas. Chillando en silencio, retorciéndose de dolor. Creo que se supone que es el purgatorio. Hay un cuadro renacentista de Jesús y María con un sensacional paisaje toscano de fondo: colinas ondulantes, exuberantes árboles verdes y un lago de aguas azul claro. No tiene pinta de ser la Judea del siglo I. No sé por qué, pero la Virgen siempre me recuerda a Beth. Me pregunto si María tenía una hermana.

Oigo un ruido que viene del confesionario. Alguien dice algo que suena a «Caravaggio». Ambrogio y el cura dan voces en italiano, o al menos me lo parece en el caso de Ambrogio. No tengo ni idea de qué dicen, pero si el plan es quedarme en Sicilia, más me vale aprender italiano. Aunque supongo que es cierto que Beth no se molestó en hacerlo. Si dices las cosas lo suficientemente despacio y alto, al final la gente lo pillá.

Ambrogio abre la cortina y sale del confesionario como si lo persiguiesen.

—Elizabeth, ¡nos vamos! —exclama.

Su voz es como un estruendo que resuena en toda la iglesia y las paredes le hacen eco. Hasta el suelo parece temblar.

—Venga, vamos —dice.

Me coge de la mano y tira de mí. Joder, qué cabreo. ¿No acabará de decirle el cura que soy la gemela equivocada? ¿Está enfadado conmigo o con él?

—¡Oye! —me quejo, tambaleándome sobre los tacones.

Pero él no me suelta. Me arrastra hacia la puerta y me saca afuera, donde el sol me ciega. La puerta se cierra de golpe.

—El cura de los cojones...

Bueno, ahí tengo la respuesta. Al menos, eso espero...

—¿Qué ha pasado? —le pregunto.

Doblamos la esquina para ir al bar Mocambo, nos sentamos a una de las mesas de la terraza con vistas a la plaza y Ambrogio pide dos copitas de *grappa*. Está vibrando de la rabia. Yo también, pero de miedo.

Estiro el brazo para coger el tabaco de Ambrogio y veo que me tiembla la mano. Saco dos cigarrillos y luego me acuerdo de que se supone que soy Beth. De que soy diestra. Me cuesta muchísimo encenderlos con la mano tonta y no consigo hacer funcionar el mechero. Ambrogio me mira.

—¿Cómo?, ¿fumando otra vez?

—Sí. Estoy estresada.

No sé cómo, pero me las apaño para encenderle el cigarrillo a Ambrogio, y se lo pongo en los labios. Enciendo otro para mí y le doy una calada. Ah..., formaldeído y alquitrán. Ahora estoy mucho mejor.

—¿Desde cuándo fumas? —me pregunta con el ceño fruncido.

—Desde ahora —respondo como si tal cosa.

Creo que no sabe nada. Que todo va bien.

—¿Por qué gritabais tanto?

Me lanza una mirada: «Ahora no», y arruga el gesto. El camarero llega con dos chupitos de *grappa* en una bandeja pequeña, y yo le miro el culo. No está mal, pero ni mucho menos le hace sombra al de Ambrogio. Nos tomamos el licor de un trago. No me gusta mucho. Creo que prefiero el Malibu.

—Vamos a navegar, así nos olvidaremos de toda esta mierda —propone Ambrogio, y posa el vaso con fuerza en la mesa—. Venga. Allí podremos hablar tranquilamente.

Ay, no. Un barco, no. Un yate en el agua, no, por favor. Ambrogio y yo solos en el mar. La escena se reproduce en mi mente y no acaba bien. Para mí. Puede que esté disimulando; que ya lo sepa todo y me siga la corriente hasta que estemos solos. No quiero ir. Sé que no puedo fiarme de él porque quería liquidarme. ¡Ése era el plan! En cuanto se le presente la oportunidad, me dejará sin sentido de un golpe y me lanzará por la borda.

—¿No podemos quedarnos aquí? —pregunto—. Por favor.

Estoy más segura rodeada de gente. No puede tocarme ni un pelo delante de todo el pueblo, a plena luz del día.

—¡Nos vamos! —dice, y se levanta.

Mar Jónico

—¿Más champán, cariño? —pregunta Ambrogio.

Me rellena la copa con una botella de aspecto añejo y caro.

—Mmm, Krug 1983 —leo de la etiqueta.

Me pregunto si se pronunciará tal como suena, porque me ha mirado raro. Cambio la copa de la izquierda a la derecha y me acabo las burbujas de un trago. Él hace crujir el hielo al meter la botella en la cubitera. Hace tanto calor que los cubitos no durarán mucho; me da la sensación de que el mar está a punto de inflamarse. Es como si navegásemos sobre brasas. De ésta seguro que me pongo morena.

—Creo que éste es mejor que el del 86, ¿y tú?

No tengo ni idea.

—Sí, claro. Sin duda —respondo.

—Es el Grand Cuvée; el dosaje es menor, y la textura, más refinada. La *pinot noir* sabe a manzanas, ¿verdad?

Me sabe a mi vino barato.

—Sí, manzanas, eso es.

Ambrogio sonrío. Parece contento de que esté de acuerdo con él. Me alegra que al menos se haya calmado un poco; no creo que tenga pensado deshacerse de mí en el mar. Me pregunto por qué estaba tan enfadado con el cura y necesito averiguar qué está pasando. Y quiero más champán.

Hemos extendido las toallas sobre la cubierta. La madera oscura me quema las suelas de los pies. Llevo uno de los biquinis diminutos de Beth, uno de Agent Provocateur que es poco más que hilo dental (menos mal que me había hecho las ingles). Con las gafas de sol puestas, doy el pego, pero mejor no me quito el

sarong, por si acaso. Ambrogio se tumba a mi lado con un bañador de natación que parece que lleva puesto al vacío. Nuestros cuerpos se tocan, y él está más bueno que un socorrista de Bondi Beach (aunque yo jamás vería «Bondi Rescue» ni ningún otro programa de la programación diurna). Tiene la piel caliente, está casi desnudo. Madre mía, madre mía, me muero por él. El peligro me pone. (Sí, ya lo sé: hay que estar un poco mal de la cabeza, pero eso existe, no soy sólo yo. Por ejemplo, durante el bombardeo de Londres de 1941, los londinenses se pasaban los ataques follando. El miedo es un afrodisíaco natural. La amenaza me pone.)

Se ha levantado algo de brisa, cosa que agradezco; la cantidad justa para refrescarnos mientras el yate flota sobre un Jónico lánguido. La tarde es perfecta: el cielo azul está despejado y no tiene fin. El azul interminable del mar se extiende debajo. La superficie centellea y titila a nuestro alrededor con los rayos del sol, que se hunde en el horizonte lejano. Esto es la gloria. El paraíso. Un gozo absoluto. Mejor que en los catálogos de viajes. Mejor que los programas de comprar propiedades en el extranjero. (Vale, quizá los he visto una o dos veces.) Miro el agua clara como un diamante y empiezo a relajarme. Ya pensaré más tarde en esta locura, pero de momento quiero estar tranquila.

—¿Te apetecen más ostras? —pregunta Ambrogio.

—Sí, están buenísimas.

Jamás pensé que me gustarían (son unos bichos feísimos de concha gris y rugosa y órganos babosos de color pardo), pero eran la comida favorita de mi hermana y, por sorprendente que parezca, están muy buenas. ¡Y tienen zinc! O eso me han dicho.

—Últimamente las de Languedoc se han quedado en nada; estas italianas saben más a mar.

—Mmmm, sí —contesto. «Lo que tú digas.»

Trae una bandeja pesada llena de hielo y exprime unas gotas de limón sobre las ostras. Añade chalota y tabasco. Un poco de perejil picado y pimienta negra recién molida.

—Abre.

Abro la boca y me la trago entera. Me siento como una foca en el espectáculo de un zoo.

—Qué rico —digo, y suelto una risita como la de mi gemela: despreocupada y femenina.

Ambrogio tiene razón, saben a mar. Pero bien.

Estamos tumbados juntos en la cubierta; él me acaricia el pelo, y yo me acurruco a su lado. Apoyo la cabeza en su pecho y me siento segura, protegida, como un pollito en el nido. No tiene ni idea de que soy Alvie. Cada vez me gusta

más ser Beth. Nos veo envejeciendo el uno al lado del otro, Ambrogio y yo. Alvie y Ambrogio. Ambrogio y Alvie. A. A., como Alcohólicos Anónimos. Imagino horas interminables navegando en el yate, el yate del puto millón de dólares. Tardes que se convierten en veladas. Veladas que se alargan hasta bien entrada la noche. Tumbados el uno al lado del otro en este mismo barco, contemplando cómo el sol tiñe el océano de rojo en el ocaso, viendo salir la luna y cómo se apagan las estrellas. Es perfecto, como un sueño. Casi demasiado perfecto, porque no parece real. Pero lo es, y me lo he ganado. Como L'Oréal: porque yo lo valgo. Joder, me he esforzado mucho para conseguir todo esto. Es lo que siempre he soñado. Me lo merezco. Vaya que sí.

—¿Te apetece ir hasta Lampedusa? —pregunta Ambrogio, acariciándome el hombro hasta la base del cuello con una mano cálida.

¿Qué coño es Lampedusa?

—Eh...

Miro a mi alrededor. ¿Será un faro o algo así?

—Se ve a estribor.

Miro a la izquierda.

—No, eso es babor. Estribor —repite—. ¿Qué te pasa hoy? ¿Te has dado un golpe en la cabeza?

Maldita sea. Tiene razón. Beth lo habría sabido. Sonrío con dulzura y oteo en la distancia, hacia la derecha. Niego con la cabeza: no veo nada.

—Es verdad, mejor nos quedamos por aquí. Las islas se parecen mucho entre sí. Después de un rato todas las playas son iguales. Te aburres.

Nos tumbamos de nuevo y contemplamos el vuelo grácil de las aves marinas que danzan y hacen piruetas en parejas y tríos. Las plumas blancas pálidas como fantasmas. ¿Y si Ambrogio y yo tenemos un bebé? Una niña, para hacer la parejita. Ella será como yo, pero medio italiana: el pelo más oscuro y la piel más morena. ¿Qué nombre le pondremos? Algo que suene a italiano: Sofia, Angelina, ¿Monica Belucci? Sí, sería perfecto. Una familia perfecta. Un hogar perfecto. Me pasaré el día haciéndonos fotos y publicándolas en Instagram. Facebook. Twitter. Tuitearé cosas sobre mi familia y sobre lo guapos que somos. Qué vida tan hermosa. «Mira lo sexi que es mi marido. Mira lo monos que son mis hijos.» Tendré más seguidores que Kim Kardashian, me darán cientos de miles de «Me gusta».

Y con tanto dinero no me hará falta trabajar. Comeré y beberé e iré de compras y comeré. Emilia me ayudará con los críos, y puede que contratemos a más empleados. Por fin tendré tiempo de dedicarme a la poesía. Una antología de haikus. Con ese libro ganaré un premio. A lo mejor me compro un perrito de esos que se llevan en el bolso. Un chihuahua para sustituir a Mr. Dick. O un oso

domesticado, como lord Byron. Eso sí que sería guay.

—¿Beth?

—Dime, cariño.

Me vuelvo para mirar al guapo de mi marido. Mi hombre maravilloso, atractivo y hermoso. Todavía no sé de dónde salieron las magulladuras de Beth. ¿Por qué estaba mi hermana tan enfadada con Ambrogio? ¿Por qué huía de él? ¿Y los diamantes del bolso? ¿La pelea con el vecino? ¿Qué me dirá Ambrogio? De pronto se pone serio. No irá a matarme, ¿no? Va a hacerme una llave de lucha libre, a estrangularme y a lanzar el cadáver por la borda.

—Siento mucho lo de tu hermana y cómo han salido las cosas al final.

Ah, eso. Claro.

Me apoyo en los codos y miro al sol con los ojos entornados. Busco las gafas oscuras de Gucci y me las pongo.

—Ya. Yo también —contesto, y lo miro.

Hago un mohín y arrugo la nariz como hacía Beth.

—Me refiero a cómo ocurrió y a que no hayamos podido enterrarla de verdad... Sé que íbamos a hacer un funeral como es debido, sin reparar en gastos. Me siento fatal.

Le cojo la mano y me gusta.

—Lo entiendo —le digo, y le acaricio los dedos.

¿Podemos cambiar de tema de una puta vez? La cosa estaba poniéndose divertida.

—Es que... no podría haber ocurrido en peor momento. Ya sabes, por lo de la venta. Por lo del Caravaggio. No sé qué vamos a hacer ahora. Tenemos que cambiar el plan.

Te juro que no podría entender menos de qué habla.

—Ya lo sé —respondo—. Este asunto es... un desastre.

—Habrá que pensar en otra cosa, porque nos estamos quedando sin tiempo. Es la única oportunidad que tenemos, nuestra única salida. No podemos permitirnos cometer errores. Ya sabes lo que podría pasar... Lo que podrían hacernos.

—Ajá, sí, por supuesto.

Ambrogio suspira y también se incorpora para apoyarse en los codos. Le da un sorbo al champán.

—Hasta cierto punto, es mejor que esté muerta. Ya me entiendes: es como una eutanasia.

Se me eriza el vello, se me tensan los hombros.

—No, cariño, no te he entendido.

—Bueno, ya sabes que siempre has dicho que era un bicho raro, que su vida

daba lástima. Al menos, así ya no sufre. Puede que sea lo mejor para ella.

¿Que mi hermana había dicho qué? ¿Cómo pudo Beth decir esas cosas de mí? Me dan ganas de abofetearla, pero ya no está aquí. Quiero arrastrarla al fondo del mar y molerla a patadas y a puñetazos. ¡Putita hipócrita! ¿Cómo se le ocurrió semejante cosa? ¿Cómo se atreve? ¡Ponerme a caer de un burro a mis espaldas, ante el hombre de mis sueños! ¡Mentir sobre mí! So zorra...

Ambrogio me ofrece una sonrisa tranquilizadora, así que yo se la devuelvo y finjo que estoy de acuerdo.

—Sí, es lo mejor.

Observo las aves marinas. Creo que eso es un albatros.

—¿Beth? —me llama de nuevo.

«Dios mío, ¿qué mosca te ha picado ahora?»

De pronto se levanta y hace una especie de pirueta.

—No me has dicho nada. ¿No te gusta mi Speedo nuevo?

Le miro el bañador boquiabierto. Me ha puesto su par de nalgas prietas a medio palmo de la cara. Pero es un bañador liso de color azul.

—Ah, ¿es nuevo?

Se vuelve y me enseña el culo.

—Sí. ¿De verdad que no te acuerdas? No me decidía entre el rojo y el azul...

—Y te quedaste con el azul.

—¡Los compré los dos! Éste es el azul. ¿No te gusta?

Se pasa la mano por sus abdominales a lo *Men's Health* y se alisa el bañador.

—Es bonito —contesto—. O sea, quiero decir que es perfecto.

—Pero prefieres el rojo, ¿verdad?

—No. Me gustan los dos.

Se agacha y me da un beso en los labios: suave, cálido y sin prisa. Sabe a manzana. Ah..., el champán.

—¿Podrás perdonarme? —me pregunta entre dientes, besándome la mandíbula, la garganta, la clavícula—. ¿Me perdonarás lo de tu hermana?

Ay, Ambrogio...

—Ya está perdonado.

Le recorro la espalda con las palmas de las manos: músculo, piel bronceada y caliente. Respiro hondo. Huele a sexo puro. Armani Black Code, feromonas, tabaco. Esto está volviéndome loca. Pase lo que pase, no voy a acostarme con él. Aquí no. Todavía no. No me siento preparada. Necesito más tiempo para meterme en el personaje. Necesito transformarme. Si me acuesto ahora con él, estoy jodida. Es que yo no follo como mi hermana ni de coña: en la cama Beth

era un felpudo. Garantizado.

Ambrogio mete los dedos por debajo de los tirantes de mi biquini, los baja y me coge los pechos. Se me endurecen los pezones. Me muerdo el labio. Se acerca más, me besa el cuello, me acerca a él. Y yo me aparto.

—*Merda!* —exclama de pronto.

Se levanta de golpe.

Corre al timón. El acantilado está a tan sólo unos metros. Pero ¿qué cojones...?

—Ayúdame —ordena.

Agarra el timón y empieza a girarlo desesperado.

Me levanto y acudo a la carrera. ¿Cómo no nos hemos dado cuenta? Vamos a chocar. Vamos a repetir lo del *Costa Concordia*. Codo con codo, tiramos del timón. Entonces me doy cuenta: el sarong. No lo llevo puesto. Sigue en la cubierta, donde yo lo había dejado. Me miro y de pronto me da mucha vergüenza. Me va a dar algo. Tengo que distraerlo. Me abalanzo sobre el timón y tiro con fuerza hacia abajo. Ambrogio lo agarra y tira de él en la otra dirección.

Pero ya es demasiado tarde.

¡CRAC! ¡BAM! ¡BUM!

El yate da una sacudida, se zarandea y tiembla. ¿Vamos a volcar? Se oye un crac cuando el timón se estrella contra las rocas.

—*Merda!* Espero que no encallemos.

Pero vaya si lo estamos. Bien encallados.

—Lo siento. Me he caído.

Ambrogio mira hacia el mar, pero no hay más embarcaciones.

—Venga —dice al cabo de un rato—. Saltemos. Podemos nadar hasta la orilla, no está lejos.

Me coge de la mano y me lleva a la borda. Yo miro el verde oscuro del agua y me parece muy profunda. Me da mucho miedo.

—Tendremos que volver y pedir ayuda.

Desaparece y oigo un plaf muy fuerte. Antes de que me dé cuenta, ya está alejándose a nado. Parece un delfín, dinámico y brillante. Diría que es mucho mejor nadador que yo. Se da la vuelta en el mar y grita:

—¡Vamos, Beth! ¡Salta! Venga.

Me pongo de pie al borde del barco y miro hacia abajo. No me queda otra: no puedo quedarme en el putito *Titanic* yo sola. El mar está muy hondo y da miedo. Me vienen a la mente varias escenas de *Tiburón*. Hileras y más hileras de dientes afilados. Brazos y piernas flotando. Cartílagos. El mar salado teñido de carmín con litros de sangre. Oteo el horizonte en busca de aletas, pero nada. Bueno, allá voy. Cierro los ojos y me pinzo la nariz. Uno, dos, tres, ¡salto! Me

tiro en bomba. Desde arriba parecía calentita, pero ¡no! Está helada. Agito los brazos y las piernas, azoto la superficie, doy sacudidas como una rana electrocutada. Venga, Alvie, eres una sirena. Ambrogio está mirando: nada como Beth.

Hago mi mejor imitación de Ariel y nado a crol hacia la orilla, despacio. Voy buscando sombras en el agua. Si ves un tiburón, hay que atizarle en el morro. Ambrogio me coge de la mano —¡por fin!— y me saca a las rocas de la orilla. Miro el yate, que está hundiéndose poco a poco. El casco tiene una brecha que está llenándose de agua. Está destrozado.

Taormina, Sicilia

Caemos en la cama enredados de brazos y piernas, pegados el uno al otro.

—Siento lo del yate. Te lo compensaré —prometo.

Ambrogio no responde, sino que me da besos más profundos, su boca ansiosa por la mía. Seguro que puede comprar otro y tan contento. Me aparto y se arranca el polo. Yo le miro los músculos del vientre y le acaricio los abdominales con el dedo; tiene la piel caliente y suave y de un dorado oscuro muy intenso. Es tan delicioso que me lo comería. Su abdomen parece una tableta de chocolate con leche. Estiro el brazo, le doy al interruptor de la lámpara de la mesilla y me tapo el pecho con un extremo de la sábana; no quiero que me vea, por si acaso. Pero ya no aguanto más: quiero follar.

—No la apagues —me pide—. Ya sabes que no me gusta hacerlo a oscuras.

—Es que me duele un poco la cabeza —contesto.

¡Vamos a hacerlo! ¡Aquí mismo! ¡Estamos a punto! Le bajo los calzoncillos de golpe y le busco el pene a tientas.

—Uy —digo.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—¿Por qué paras?

Es más un Fiat 500 que un Lamborghini.

Estoy segura de que en Oxford era más grande. De hecho, ahora que lo pienso, no me acuerdo. Estaba muy muy borracha y fue hace mucho tiempo. Además, en aquella época no tenía con qué compararlo; mi experiencia con los hombres era nula.

Ambrogio me atrae hacia él, me lame el cuello y me muerde el lóbulo. Me aprieta las tetas como si fueran una pelota antiestrés. Yo bajo la mano hacia el

pene; tal vez si se lo toco, con un par de caricias crezca un poco. Entrelazamos las piernas y le rozo la cara interior del pie con el dedo gordo. Ay.

—¿No vas a quitarte los calcetines?

—¿Qué? ¿Por qué? Si no te molesta...

—Bueno, da igual.

En la penumbra, entorno los ojos con incredulidad.

Me recorre el cuerpo hasta la entrepierna. Noto algo mojado: su barbilla en el agujero del culo y la nariz en el clítoris. Tiene la lengua colgando en alguna parte al sur de la vulva. No vamos a conseguir resultados.

—¿Has terminado? —le pregunto.

Se limpia la boca con la mano y se me sube encima. Me pongo tensa. ¿Y si no siente lo mismo que con Beth? ¿Y si al fin y al cabo ella no era un felpudo y sabía hacer trucos alucinantes que yo no conozco? ¿Sexo tántrico? ¿Más succión que una aspiradora? ¿Era capaz de cruzar los tobillos detrás de la cabeza?

¿Ya está dentro?

Pero no tenía de qué preocuparme.

Ambrogio me machaca cual martillo pilón durante cuatro o cinco minutos entre sudores, gruñidos, jadeos y mucho esfuerzo. No es muy agradable, y creo que si me despisto acabará comiéndome la oreja de verdad. Así que voy a fingir. Pienso en la escena de *Cuando Harry encontró a Sally*, recuerdo la experiencia con mi juguete sexual número cinco.

—Aaaaaaahhhhh...

Ambrogio se corre con tres empujones cortos y se deja caer a su lado de la cama.

Pues vaya mierda. Va, en serio: ¿eso es todo? En Oxford yo debía de estar como una cuba. Parece que a él le ha gustado, pero yo prefiero a Mr. Dick. No me lo puedo creer; después de tantos años, es injusto. Estoy muerta de la decepción.

—*Merda!* —exclama de pronto.

Salta de la cama y retrocede de espaldas a la pared.

—Pero ¿qué cojones...? ¿Alvina?

Me mira directo a los ojos como un tiburón, intentando leerme como Larry David, como un agente de la CIA. Se le enturbia el rostro.

—¿Alvina? —respondo—. ¿Por qué...? ¿Por qué me llamas así?

No se me mueve ni un solo pelo del cuerpo. Tampoco es que me quede alguno, porque me afeité de arriba abajo para convertirme en Beth. Estoy petrificada, inmóvil como una habitante de Pompeya, como la estatua de mármol de Beth.

—Tú no eres Beth. Te corres diferente —dice.

¿Ah, sí? Ay, mierda... Claro, se refiere a que fingimos diferente.

—¿Qué coño está pasando? ¡Más te vale que me lo expliques ya! —grita, y le pega un puñetazo al cabecero de la cama—. ¿Qué hostias le has hecho a mi mujer?

Podría explicárselo, pero no cambiaría nada. Por cómo me mira, sé que quiere hacerme pedazos.

—No sé de qué hablas —contesto por fin.

Me tiembla la voz. Voy a morir. Eso es todo, amigos.

—¡Conque con ésas...! —chilla.

Su voz es como un trueno.

—De verdad...

Se alza al otro lado de la cama apretando y soltando los puños. Tiene cara de estar muy muy enfadado.

—¿Qué has hecho? La has matado, ¿verdad? Hija de la gran puta, ¡has matado a mi mujer!

—¡No! No fui yo. Por favor..., ¡escúchame!

—¡Has matado a tu hermana! Tendría que haberme dado cuenta... Has estado rara todo el puto día. ¡Beth no se habría tragado un paquete entero de Pringles! Y todo el numerito del yate... Beth sabía navegar. Ella..., ella... ¡Se suponía que íbamos a matarte nosotros a ti!

Ambrogio se tira del pelo. Está casi arrancándose los mechones.

—¡Soy Beth! ¡Soy Beth, te lo prometo! ¡No soy Alvie!

Me acurruco pegada al cabecero, intentando no llorar. Me coge por los tobillos y tira, me tumba en la cama, se me sube encima y me agarra de los brazos.

—¿Qué te regalé las últimas Navidades?

—Eh... No..., no me acuerdo.

—¿Dónde fue nuestra primera cita?

—No..., no lo recuerdo.

Su cara a dos centímetros de la mía, siento cómo me salpica la saliva en los ojos. Si no tuviera tanto miedo, estaría dándome mucho asco. Me tiene atrapada con su enorme peso.

—¿De qué equipo de fútbol soy?

Voy a decir algo al azar.

—¿De Italia?

Detrás de Ambrogio, en la repisa de la chimenea, está la muñeca que Beth tenía de pequeña. Está sentada, mirándome; una luz se refleja en sus ojos brillantes de cristal. Un alfiler solitario le sobresale entre los dedos de los pies. Es como si Beth estuviera aquí. Como si me vigilase, ahora, en este mismo

instante. Siento su presencia. Noto su ira.

—¿Hay algo que quieras contarme, Alvina? —pregunta, y se me acerca todavía más.

Está temblando y me mira con los ojos muy abiertos. No me había dado cuenta de lo fuerte que es; se le abultan los músculos de los hombros, de los bíceps, de los pectorales. Podría partirme el cuello como si de una rama se tratara.

—¿Cómo...? ¿Cómo sabes que nos corremos diferente? —inquiero.

¿Por qué no intentarlo?

—Porque follamos en Oxford. ¿O estabas tan borracha que ya ni te acuerdas?

—Mierda —murmuro entre dientes, con la mano tapándome la boca—. ¿Sabías que era yo? Digo, ¿que era Alvie?

—Claro que sí. ¿Qué te crees?, ¿que soy un imbécil?

Niego con la cabeza.

—No, claro que no.

Ambrogio me suelta un poco. Se frota las sienes y cierra los ojos.

—Es que... No entiendo nada. ¿Por qué cojones llevabas la ropa de Beth?

Aprovecho la oportunidad. Parece confundido, ésta es la mía. Salgo de debajo de él y salto de la cama. Cojo el vestido y hago un esprint hacia la puerta; por suerte, está en mi lado del dormitorio. Ambrogio está desnudo y con el rabillo del ojo lo veo buscar los calzoncillos. Salgo volando por la puerta sin mirar atrás.

Corro por el pasillo, bajo la escalera y cruzo toda la casa mientras me meto el vestido por la cabeza. Tengo las manos resbaladizas; el sudor me pica en todos los poros del torso, de la espalda, del cuello. El aire fresco de la noche me da un escalofrío. Empujo la puerta y corro por la terraza; mis pies descalzos suenan como palmadas en las baldosas. Bajo el camino de entrada y salgo a la carretera. No me vuelvo para mirar, pero lo oigo correr cerca. Sus pies hacen crujir la gravilla.

—¡Alvina, ven aquí! —vocea.

Va a matarme.

Todo está en silencio. Todo está oscuro. Si corro, me alcanzará; pero creo que puedo esconderme. Me dirijo hacia el teatro a toda velocidad. No son más de dos minutos a pie, así que no debería tardar mucho. Allí habrá algún sitio donde ocultarme: un arbusto, una roca. Miro a mi alrededor buscando, buscando sin cesar. Corro cuesta abajo agitando los brazos y las piernas con desesperación, con la cara cubierta de sudor. Se me pega el vestido a la piel. Ojalá llevase bragas. Hay piedras afiladas que se me clavan en los pies, y de pronto chuto algo

que está duro. ¡Joder, qué daño! Creo que me he roto un dedo. Tengo un torrente de adrenalina en las venas. Tropezco, caigo; pero eso es mejor que la alternativa: Ambrogio de muy mala hostia.

En la penumbra, diviso una roca pegada a una valla y me subo. Trepo por el enrejado aferrándome de pies y manos al metal, y me rasguño el muslo con un clavo oxidado. Mierda, me he cortado. Lo que me faltaba: tétanos. Algo caliente me cae por la pierna. ¿Qué es? ¿Sangre, sudor, semen? No tengo tiempo de mirarlo. Ya he pasado la valla; salto al suelo y corro hacia el teatro. Ambrogio me sigue unos metros por detrás.

—¡Alvie! ¡Para! Ven y cuéntamelo. ¿Por qué coño llevabas la ropa de Beth? ¿Qué tramaba?

La valla se derrumba justo cuando él intenta saltar.

—Quiero saber qué está pasando, joder.

No hay más luz que la de la luna llena y ya casi alcanzo a ver el escenario algo más abajo. Bajo las gradas a toda prisa. Tropezco en la oscuridad y me doy un golpe en la rodilla. Doy con la cara en el suelo; arena y hierro. Tengo tierra en los ojos, el escozor me impide ver a través de las lágrimas. Parpadeo, pestañeo, respiro polvo. Oigo unas pisadas fuertes a mi espalda. Ambrogio se acerca. ¡Mierda! Me levanto del suelo con la rodilla palpitando y el dedo dolorido. Toso, escupo, casi no puedo ni respirar.

Corro hacia el escenario y me subo a la plataforma. En la parte trasera hay unas columnas; voy para allá. Me escondo detrás de una, me agacho, aguanto la respiración. Lo veo correr hacia el escenario. Me cambio a la siguiente columna.

—No puedes seguir corriendo toda la noche —me advierte Ambrogio—. Ven aquí, Alvina. Todo el mundo sabrá lo que has hecho, ¿me oyes?

¡No! ¡No! ¡No! Meneo la cabeza para no oír los gritos. Canto mentalmente: *I Should Be So Lucky* y *Shake It Off*. Se sube al escenario de un salto. Lo veo mirar hacia ambos lados. Un destello. ¡Lleva algo en la mano! ¿Qué narices es eso? ¿Un cuchillo? ¿Una pistola?

Joder, va a hacerme pagar por todo.

No sabe hacia dónde he ido. Da media vuelta y se acerca con sigilo al otro extremo del escenario vacío. Yo camino de puntillas en dirección a la otra columna y me agacho en un rincón ensombrecido; jadeante, maldiciendo, con el corazón a punto de estallar y la frente pegada al mármol fresco. Me quema toda la piel. Tengo la garganta seca. Entre Ambrogio y yo hay al menos tres columnas. Necesito vodka. Quiero llorar.

Él da media vuelta y camina hacia mí.

¡Es una pistola, su puta madre!

Me encojo y respiro tan suave como puedo. No hagas ningún ruido.

Silencio, Alvina. No la cagues. Ojalá tuviera la navaja multiusos o un sacacorchos como la chica del tren. Ojalá tuviera un arma de fuego. Noto que hay una roca junto a mi pie; la agarro con dedos temblorosos. Es del tamaño de una naranja siciliana; pesada y redonda con una punta en un lado. Ambrogio está acercándose. Cada vez más. Y más. Sabe que estoy aquí... en alguna parte. Cerca. Veo su silueta avanzando con sigilo, caminando de puntillas; una silueta negra que intenta ocultarse. Cada vez está más próximo y otea las sombras. No se oye más que su respiración. Como la de un animal. Peligroso. Es casi un gruñido. Por mucho que quiera chillar, contengo el aliento. Si yo lo oigo a él, él me oirá a mí. Está a tan sólo un par de metros. Dos metros. Un metro.

—¿Por qué estabas vestida con la ropa de Elizabeth, Alvie? —le pregunta Ambrogio a la oscuridad—. Ése no era el plan. ¿Qué está pasando?

Doy un salto enorme y le estrello la piedra contra la cabeza. Le atizo de nuevo con todas mis fuerzas. Él cae de rodillas al suelo y suelta la pistola. Se da de bruces contra el escenario. Me alzo sobre él con la piedra puntiaguda aún entre los dedos. Me tiembla todo el cuerpo, pero estoy preparada para atacar. Agita los brazos a ambos lados e intenta agarrarme el tobillo. Lo consigue.

—¡Mierda! —chillo.

Todavía tiene fuerza. No está muerto ni de lejos. Debo rematarlo, pero ¡me caigo! Me tiene sujeta por los dos tobillos, está tirando de mí. Doy un traspié y me desplomo sobre él, sobre su pecho. Levanto la piedra bien arriba y le azoto en la cabeza una vez y otra y otra y otra y otra y otra y otra.

¡CRAC!

¡CRAC!

¡CRAC!

¡CRAC!

Chillo y lloro y tiemblo, todo a la vez. Ya no se mueve, por fin. Menos mal, joder. Pero todavía tiene los dedos aferrados a mis tobillos como si fueran grilletes. Me suelto de un par de patadas y dejo caer la piedra, ya no podía sujetarla más. Tengo las manos bañadas en algo resbaladizo; los brazos, el vestido. Tengo una gota de sangre en el labio: el sabor de un filete poco hecho, vuelta y vuelta. Tengo la cara salpicada de sangre, el cuello también. Me quema todo el cuerpo, irradia calor. Estoy jadeando y sudando y muerta de calor. El aire fresco de la noche me envuelve con sus tentáculos como un calamar gigante o un pulpo o los dedos de un cadáver. Miro su cuerpo y me estremezco.

Doy un salto hacia atrás, doy un traspié. Veo la pistola en el suelo, a un par de pasos de distancia. ¿Por qué tenía un arma en casa? Me ha ido de muy poco. ¡Podría haberme pegado un tiro! ¿Quién coño era esta gente? Pensaba que los conocía. Pensaba que eran mi familia. Pero veo que no tenía ni puta idea. Corro

y me hago con ella. Nunca había visto una pistola de verdad, sólo alguna de mentira o de agua. Ni siquiera he ido a un *paintball* ni a un *laser quest*. Sopeso el arma con ambas manos: está fría y pesa; de hecho, tanto que me sorprende. Me resulta ajena, extraña. Aun así, me recorre un escalofrío de emoción. ¡La pistola de Ambrogio! Me la quedo: ahora es mía.

Miro la figura tirada en el suelo. Salvo por un par de calzoncillos negros, está desnudo. Tiene la parte de detrás de la cabeza cubierta de sangre. Me agacho con las manos apoyadas en las rodillas para recuperar el resuello. Me tiembla todo el cuerpo, estoy fuera de control. Me duelen los brazos. Me palpitan los muslos. No se mueve. Debe de estar muerto. Agarro la pistola con la izquierda y apunto más o menos hacia la cabeza. Me acerco muy despacio y me agacho buscando la yugular. La palpo con los dedos. Contaré hasta diez: uno, dos, tres, cuatro... Gracias a Dios, no tiene pulso. Aparto la mano de golpe pensando que en cualquier momento se volverá y me morderá o se levantará de un salto y me agarrará o me pegará un grito en la cara. Si lo hace, lo tumbo de un tiro. Pero sigue quieto. Está muerto. No me lo creo. ¡La ha palmado! ¡Estoy a salvo! Y ¿ahora qué coño hago?

Llamo a la puerta con todas mis fuerzas.

—¡Salvatore! ¡Salvatore!

Doy golpes y golpes hasta que oigo pasos en la casa. Mierda, ¡la pistola! Si la ve, flipará. La tiro debajo de un arbusto que hay junto a la puerta y la tapo con unas hojas con el pie. Luego vendré a por ella.

—*Che cosa? Che cosa?* —pregunta.

Un hombre abre la puerta de par en par. Es alto y de espaldas anchas, más grande que Ambrogio: Salvatore. Me recuerda a algún luchador famoso, algún tío bueno de WWE. Se frota los ojos. Pobre, estaba durmiendo y lo he despertado. Debe de pensar que ésta es su peor pesadilla: su amante chorreando sangre en la puerta de casa.

—*Minchia!* ¿Estás bien?

Cree que la sangre es mía.

—Salvatore —digo, y me dejo caer en sus brazos.

Rompo a llorar y le sollozo en el pecho. Él me aparta y se echa hacia atrás, muerto del susto.

—¿Betta? ¿Qué ha pasado? ¿Qué hora es?

Se mira la muñeca, el lugar donde llevaría el Patek Philippe si fuese de día, pero no. Es bien entrada la noche.

—Por favor, por favor, ayúdame —le pido, aferrándome a sus antebrazos. Tengo los ojos como tumbas abiertas y las uñas clavadas en su piel—. Iba a matarme, ¡he tenido que hacerlo!

Veo cómo le cambia la cara en cuanto cae en lo que estoy diciendo.

—¿Qué? ¿Quién? ¿Matarte a ti?

—Ambrogio.

Me muerdo el labio. Todavía noto el sabor de la sangre. Me paso la lengua por los dientes y trago saliva.

—¿Ambrogio? ¿Quería matarte? —pregunta Salvatore—. No me lo creo. Él no te tocaría ni un pelo. Es un puto *cornuto*. Un calzonazos.

—Tenía una pistola —insisto—. De verdad.

Me coge de la mano y me lleva adentro; después se asoma y otea el jardín. Nada. Nadie. Cierra de golpe. Me conduce a la cocina y enciende las luces; el brillo es insoportable, me duelen los ojos. He estado a oscuras demasiado tiempo, soy una especie de lechuza.

—Siéntate —ordena.

Salvatore lleva una camiseta blanca estrecha y calzoncillos anchos de rayas verdes y azules de Calvin Klein, pero ya lo había visto medio desnudo en el jardín. Sé que tiene mejor aspecto sin la camiseta. Se alza sobre mí, alto y musculoso; debe de hacer ejercicio a diario. No me extraña que mi hermana se fijase en él, y estoy segura de que yo misma lo querría para una aventura. Cuesta creer que los italianos sean tan atractivos y, si yo viviese aquí, me volvería loca en Tinder. Pero ser infiel no es típico de Beth, no es propio de ella. ¿Por qué lo engañaba? ¿Por qué escapaba de Ambrogio? Él era perfecto. Aunque supongo que era un desastre en la cama. Tenía que haber más motivos, porque ella no habría querido dejar a su marido; era de otro estilo. No lo entiendo.

Salvatore me sirve un vaso de agua del grifo. Me tiembla tanto la mano que derramo unas gotas. Me lo bebo de golpe y miro el reloj de la pared: la una y trece minutos. Tiene gracia, porque es exactamente la hora a la que murió Beth. Salvatore me mira raro desde ahí arriba. Debe de medir casi dos metros. Si no fuese por las salpicaduras de sangre que tengo por todo el vestido y por los brazos, no estoy segura de que fuera a dar crédito a lo que está oyendo.

—¿Crees que has matado a Ambrogio? —pregunta.

Es obvio que aún no está convencido.

—Sí —respondo, y asiento.

—¿Y estás segura de que está muerto?

De pronto me corroe la duda y se me cae el mundo encima. ¿Y si Ambrogio no estaba muerto? ¿Y si se ha levantado y me ha seguido hasta aquí? Miro la puerta de entrada, pero está cerrada. Todo está oscuro. No hay nadie. Salvatore ya lo ha comprobado antes; ha mirado en el jardín. Las luces automáticas habrían detectado el movimiento. Respiro hondo.

—Sí, estoy segura.

—¿Cómo lo has matado?

—Con una piedra.

Incluso a mí me parece absurdo, y hay una pausa mientras él lo piensa.

—*Minchia...* —se lamenta—. Una piedra.

Acaba de caer, y me lanza una mirada hostil, sus ojos azules llenos de ira y

de acusaciones. ¿Qué he hecho? ¿Me ayudará o está cabreado? ¿Me delatará a la policía? Da unas vueltas por la cocina y los músculos de sus brazos se abultan; sus pies desnudos hacen ruido en las baldosas: casi dos metros de carne y músculo. No me extraña que Beth quisiera tenerlo de su lado. Un gorila rabioso. Un oso pardo. Dios mío, ahora lo pillo: los cardenales que tenía Beth en los brazos no eran de Ambrogio. «Es un calzonazos.» ¡Se los había hecho él!

—¿Por qué coño quería matarte? ¿Se ha enterado de lo nuestro?

—Sí —respondo.

De pronto, todo me da vueltas. Creo que voy a desmayarme. Va a pegarme, va a darme una paliza. ¿Por qué habré tirado la pistola?

—¿Cómo se ha enterado?

—Se lo dijo mi hermana.

¿Es plausible? Salvatore hace una pausa.

—Y ¿por qué haría eso?

—Creo que quería quedárselo ella. Es un poco cabrona.

Bien: en presente, como si aún estuviera viva. Bien hecho, Alvie; estás en todo.

Salvatore suspira, y me parece que se lo ha tragado. Pero ¿por qué? ¿Qué le había dicho Beth sobre Alvina? Porque él piensa que es una hija de puta...

—Bueno, ¿dónde está? —pregunta—. ¿Dónde está el cadáver?

—En el escenario del teatro.

—¿En el teatro? No me jodas, ¿qué coño hace allí?

Ya me gustaría saberlo.

—No lo sé. Me ha perseguido —contesto, y me quedo sin voz.

La cabeza me da vueltas y a través de las lágrimas lo veo todo borroso. Estoy a punto de secármelas con la mano cuando me doy cuenta de que la tengo bañada en sangre.

Salvatore tiembla de la rabia. Lo he despertado y le he traído un problema a casa. Tiene cara de estar muy cabreado.

—¿Por qué debería ayudarte ahora, después de lo que dijiste?

¿Qué narices le dije?

—Yo... Es que...

—Creía que ya no nos hablábamos. Que no querías verme nunca más. Que, si no te ayudaba, no querías saber más de mí.

¿Qué? Ay, la pelea con mi hermana. Ahora me acuerdo de que los vi discutiendo junto al coche.

—Sí quiero verte. Lo siento —contesto.

¿Lo he convencido? ¿Lo he dicho con la cantidad adecuada de remordimientos? Ahora ya lloro sin vergüenza; las lágrimas me llenan los ojos y

me surcan las mejillas. Son lágrimas de verdad, y se me había olvidado cómo era llorar así. Dios mío, ¿estoy llorando de verdad? Debo de estar convirtiéndome en Beth. Y Salvatore no piensa ayudarme; ¿a qué he venido? Acabará dándome una paliza o llamando a la policía.

—O sea, ¿que no querrías que estuviese muerto?

—No.

¿Fue eso lo que le dijo mi hermana? Me pregunto qué le hizo; debió de ser algo terrible.

—Pero es lo que me dijiste.

Mierda. Muy bien, Beth.

—No hablaba en serio... De verdad. Por favor.

¿Qué haría Beth? Una caída de párpados... Aunque supongo que el flirteo surte mejor efecto cuando uno de los dos no está cubierto de sangre.

—Por favor, por favor.

Me tapo la cara con las manos y sollozo. ¿Qué más da la sangre? Ya estoy hecha un desastre. Si no me ayuda, estoy jodida.

—Espérame aquí; voy a vestirme —dice al fin.

Lo miro a través del torrente de lágrimas como diciendo: «¿De verdad?».

—¡Ay, gracias! ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Salvatore, mi salvador!

Desaparece por la puerta hacia el pasillo. Sube la escalera y sus pasos retumban. Lo oigo caminar por arriba. Los tablones del suelo crujen. La lámpara del techo tiembla. Es un tipo grande, ¿doscientos kilos? El buey ganador en la feria.

Me acabo el agua y dejo el vaso en el fregadero. La cocina es elegante y supermoderna. Todo hecho a medida, de diseño. Bosch, Smeg, Nespresso, Alessi. Todo parece nuevo, como si estuviera casi sin usar. Las superficies blancas relucen. Electrodomésticos minimalistas. Diseño italiano. Hay una mancha de sangre justo donde he apoyado el brazo en la mesa blanca de plástico. Cojo una servilleta de papel, la mojo en el grifo y limpio la mancha. Es de esas cocinas en las que la basura está escondida, y no tengo ni idea de dónde buscar. Si toco cualquier otra cosa, lo mancharé todo. Así que me quedo plantada en mitad de la cocina con el papel mojado dejando gotas rosas en el suelo.

El estruendo de sus pasos me indica que Salvatore está bajando la escalera corriendo. Se ha puesto unos vaqueros oscuros y una camisa negra muy elegante. La camisa le sienta tan bien que debe de estar hecha a medida. Se detiene y me mira un segundo; ve el trozo de papel que tengo en la mano. Lo coge y lo tira a la basura. El cubo está escondido en un armario debajo del fregadero. Vaya, así que es ahí. Me acordaré para la próxima vez. Si es que hay una próxima vez.

—Necesitamos agua para limpiarlo todo. ¿Tienes cubos y una esponja?

—Vamos —dice.

—¿Dónde está? —pregunta Salvatore.

Ojalá hubiéramos traído una linterna, porque diría que ahora está aún más oscuro. Una nube grande y negra se ha tragado la luna. Oteo lo que alcanzo a ver del escenario. Columnas. Piedras. Mar. ¡Hostia puta! Dios mío, ¿el Etna ha entrado en erupción? Sabía que no podía confiar en él. ¿Es peligroso? El cráter del volcán emite una luz titilante y saca chispas. De pronto se ve un chorro de lava por los aires: naranja, amarillo, dorado, magenta. De la cima sale una columna de humo y unos fogonazos surcan la nube de cenizas. Noto un olor tenue a azufre. El sabor del calor. Miro a Salvatore, pero a él no parece importarle. ¿Es posible que ocurra a menudo? Miro el cráter, su aspecto es increíble. Supongo que sobrevivir a una erupción sería alucinante. Si es que sobrevivimos. Sería algo que contarles a mis nietos.

Al principio no lo veo y pienso que se ha marchado; que se ha levantado como ha podido y se ha ido caminando a trompicones. La escena parece irreal, como si me lo hubiera inventado todo: producto de una mente tan jodida como la mía. Miro por encima del hombro por si sigue aquí; por si se acerca con sigilo y con una piedra o una pistola. Imagino un zombi de las películas de George A. Romero, pero al final lo veo tendido en el escenario, justo donde lo había dejado. Una figura negra y alargada sobre las baldosas grises. En silencio. Quieto. Muerto.

—¡Mira, ahí, en el escenario!

Me muerdo el labio con tal fuerza que sangro.

Salvatore mira hacia el lugar que le indico, y veo que se pone tenso. No me había creído hasta ver el cadáver. A mí también me cuesta. Corremos por las gradas hacia el escenario. Hemos traído dos cubos llenos para limpiar, y el agua hace ruido. Tengo los pies mojados y las piernas salpicadas. Me fallan las rodillas, pero aun así bajo los escalones de tres en tres o de cuatro en cuatro. Las gradas son infinitas.

¿Qué diantres hago? Tengo la sensación de estar viéndome desde la distancia: la espectadora de una antigua tragedia griega. Cuanta más sangre y vísceras se derramen, mejor. Al final, todos mueren. Desde la grada los asesinatos parecen reales, pero no es más que una obra de teatro, tres horas de emoción, euforia, entretenimiento y catarsis. Sé que la sangre es colorante alimentario. Los intestinos son de cerdo.

Llegamos al escenario y subimos de un salto. Primero Salvatore, que me ofrece la mano, pero yo me quedo ahí plantada mirando. Lo cierto es que no

quiero acercarme más. Si lo hago, creo que vomitaré. Él me agarra de la mano y me levanta del suelo como si fuera una pluma (ojalá). Lo sigo hacia la hilera de columnas que hay al fondo del escenario, hacia el cadáver. Y me detengo en seco. Ambrogio tiene los ojos bien abiertos, y a la luz de la luna se ven blancos y brillantes. Está mirándome. Un par de ojos grandes y estúpidos, como un pescado en la pescadería. Tiene la boca abierta y la lengua fuera. ¿Los peces tienen lengua? Tiene el cráneo partido y de la herida todavía brota sangre. Tiene el pelo negro y mojado. Alcanzo a ver algo pálido... ¿Qué es eso? ¿Hueso?

Detrás del cadáver, las vistas son apabullantes: el Etna continúa en erupción. Empieza a gustarme. Fogonazos rojos en la noche. Es sensacional, asombroso, épico, sublime. Ahora que me he dado cuenta de que no voy a morir sepultada en lava, no soy capaz de apartar la mirada del fuego.

—¿Beth? ¡Beth! ¡Beth!

—¿Qué?

—Tenemos que limpiar esta mierda.

Me vuelvo hacia el cadáver y me acerco un poco más. El hedor de la sangre fresca me da arcadas: sangre mezclada con el azufre y el salitre. Me inunda las fosas nasales y me forma una película en la garganta: un puñetazo en la boca, un diente arrancado, un corte en la lengua. Tengo la garganta llena de sangre; me llena la boca, el estómago, los pulmones. No puedo respirar, me ahogo en sangre, me hundo.

Las losas de piedra están oscuras, mojadas, resbaladizas. Meto la esponja en el cubo y la retuerzo; el agua fría me salpica las pantorrillas, los pies. Me refresca el dedo roto. Froto las piedras con la esponja, pero las manchas no se van. Incluso en la oscuridad es evidente que la sangre sigue ahí, negra y brillante. Froto más fuerte y rápido, y me rozo los nudillos. Me sangran, los tengo en carne viva. Empiezan a dolerme los brazos. Mierda, esto no funciona; más bien está empeorando. Cuesta la hostia limpiar sangre.

—¿Beth?

—¿Sí?

Dios, ¿qué pasa ahora?

—¿No habías dicho que Ambrogio tenía una pistola?

—Sí, sí, ¡tenía una! Llevaba pistola.

—¿Dónde está? —pregunta—. Aquí no.

—Debe de... La habrá... Se le habrá caído.

—No está en el escenario. No la veo.

Mierda.

—Tiene que estar en alguna parte del teatro.

Salvatore me mira con el ceño fruncido y después busca a su alrededor.

Todo está a oscuras, lleno de sombras. La cávea es inmensa.

—La tenía, te lo prometo. La he visto —insisto.

Suspira.

—Bueno, lo que tú digas. Ayúdame a moverlo —dice al final.

Introduzco la esponja en el cubo, y Salvatore se coloca en el lado de la cabeza, le mete las manos por debajo de los brazos y se prepara para levantarlo. Yo me paso el dorso de la mano por la frente y noto una sustancia viscosa. No quiero tocarlo. Sé que tendrá la piel fría.

—Los pies —ordena.

Me levanto y me estremezco de dolor: ¡la rodilla! ¡El dedo gordo! Me agacho para coger a Ambrogio por los pies y lo agarro por los tobillos. Pero entonces...

Pasos.

Una linterna.

Una silueta.

—*Che cazzo fai?* —pregunta una voz de hombre.

El haz de luz me da en los ojos y cojo aire de golpe, cegada. Suelto los pies y me levanto.

—Mierda —digo.

—*Merda* —dice Salvatore.

La figura se acerca, y los pasos se hacen más fuertes. Baja los escalones y en cuestión de dos segundos está a los pies del escenario.

Pelo rubio alborotado, uniforme. Es el vigilante de seguridad, claro. ¿Quién, si no?

—¿Betta?

Éste sería un buen momento para echarse a llorar. Me dejo caer de rodillas y sollozo.

—*Che cazzo?*

Sube al escenario de un salto, y siento que me rodea los hombros con el brazo.

—¡Dios mío, Betta! ¿Qué has hecho?

—Es que... Es que... —respondo.

—¿Qué ha pasado, Betta? ¿Estás bien?

—Sí, está bien —contesta Salvatore. En mitad del silencio, su voz resuena por todo el teatro—. Su marido la ha atacado, y ella lo ha dejado sin conocimiento. No le pasará nada.

El vigilante se levanta e ilumina el cadáver de Ambrogio con la linterna. Con la luz, parece aún peor: un foco que ilumina el cadáver como si fuera un efecto teatral. Noto el sabor de la hiel en la garganta, miro al otro lado.

—*Ma è morto?* —pregunta el vigilante de seguridad.

—*Forse si* —responde Salvatore.

—Por favor —digo por fin, y me levanto—, por favor, no le digas nada a nadie. He tenido que hacerlo. No tenía alternativa —explico.

El vigilante me mira a los ojos y, a la luz de la linterna, veo terror en su mirada. Joder, le va a dar algo. Éste debe de ser su primer fiambre.

—*Madonna mia* —musita entre dientes—. Betta, ¿lo has matado? ¿No habrá sido este tío?

Enfoca a Salvatore con la linterna, y él vuelve la cara y se cubre los ojos con las manos.

—He sido yo. He sido yo. Por favor, no digas nada.

Me enfoca con la linterna. Cierro los ojos.

—Por favor. Por favor.

—*Madonna mia*. ¿Estás loca? ¿Has perdido la cabeza o qué? ¿Te das cuenta de lo que has hecho? ¡Ése es Ambrogio Caruso! ¿Qué haces aquí todavía? ¡Tienes que largarte! Van a matarte. Joder, Betta, ¡desaparece!

Miro al vigilante. Se le salen los ojos de las cuencas, como a esos peces de acuario con ojos telescópicos. Parece asustado de verdad. ¿Quién va a matarme? ¿Nino? ¿Domenico? ¿Emilia? ¿Salvatore? Aquí la única que está matando a gente soy yo. ¿Es eso lo que le preocupa?

—Mierda —dice, como si se le acabase de ocurrir—, ¿qué le digo a mi jefe?

Me yergo, temblando, intentando mantener el equilibrio, y le rodeo el cuello con los brazos. Ojalá supiese cómo se llama, joder. Lo abrazo fuerte y le hablo al oído para que note mi aliento cálido:

—No te preocupes... Ya... ya lo limpiamos nosotros. Iba a matarme, por eso...

Se me hincha el pecho, le pego las tetas al cuerpo, le rozo la mejilla con la mía. Le paso los dedos por la maraña de pelo. Si supiera cómo se llama, le susurraría su nombre al oído. ¿Cómo coño se llama?

El chico da un paso atrás y se suelta. Me mira a los ojos, pero yo le suplico, le ruego. Ojalá fuese hipnoterapeuta. Ojalá practicase el control mental.

—Limpiad esto. Ahora —ordena—. Mi jefe regresa dentro de una hora.

Carretera nacional A18: Mesina - Catania

Salvatore me ha ayudado a cargar el cadáver de Ambrogio en el maletero de su BMW y ahora vamos de camino a un acantilado pintoresco que él conoce. Está a unos kilómetros de Taormina y la caída al mar es directa. Tal vez sea donde encallamos el yate, cosa que sería una gran coincidencia. Salvatore va en su BMW, y yo voy detrás con el Lamborghini. Vamos a dejar el coche de Ambrogio al borde del precipicio para que parezca que ha conducido él mismo, pero ojalá pudiera quedármelo. Quizá pueda recuperarlo cuando todo esto acabe, porque es precioso. Me queda muy bien. Con la capota recogida y la melena ondeando al viento soy la pura imagen de *La bella vita*.

El cambio de marchas se atranca, chirría, y el motor petardea. No estoy segura de para qué sirven todos los botones ni sé qué indican las esferas. No es automático, y a duras penas he conseguido ponerlo en marcha. Sin embargo, vamos a toda velocidad por una carretera de curvas cerradas mientras el sol despunta en el horizonte adormilado. Deben de ser las cinco de la mañana. No hay nadie más circulando. Piso el acelerador a fondo con un torrente de adrenalina en las venas. Salvatore conduce deprisa y es peligroso, pero ¡me encanta, joder! Tanto que ya casi ni me acuerdo del cadáver del maletero. Nunca me había sentido tan viva y, ahora que Salvatore está echándome una mano, estoy más relajada. Si no fuésemos de incógnito, pondría un disco de Taylor Swift con el volumen a tope. Buscaría una canción de Miley en la radio y chillaría.

El viento me agita la melena y me azota la cara con ella. Me escuecen los ojos. Me saco un mechón de la boca y me lamo los labios; los tengo agrietados y secos del polvo del teatro. Me duelen un poco de cuando me los he mordido.

Todavía saben a sangre. Me siento como una vampiresa, pero ahora que soy Beth, soy una de las que están buenas: Rosalie Hale o Bella Swan.

Giramos en una curva y las ruedas chirrían al frenar. Miro el BMW de Salvatore, que se ha detenido, y veo que él está saliendo del coche. Éste debe de ser el sitio al que vamos. Bajo de prisa del Lamborghini y lo sigo hasta el borde del altísimo acantilado. El uno al lado del otro, contemplamos las vistas. La brisa es cálida y suave como la cachemira; ante nosotros se despliega un tramo de costa en forma de media luna y en la distancia resplandecen luces junto a la curva negra del mar. Dentro de unos minutos, Ambrogio estará allí abajo, en la oscuridad abominable, sumergido en el agua fría. Fuera de mi vista. Ojos que no ven, corazón que no siente. Dormiré con los pececitos, eso es lo que dicen, ¿no? En cuestión de un rato, los peces acudirán a mordisquear y, dentro de unos meses, no quedará nada; al menos, ése es el plan. ¿Hay pirañas en el Mediterráneo? ¿Y tiburones blancos?

—Betta —dice Salvatore al abrir el maletero del coche.

Agarra a Ambrogio por las piernas y me hace un gesto con la cabeza para que me acerque. Así que eso hago. Bueno, allá vamos: lo cojo por los brazos; frío, pesado, irreal. Entre los dos lo sacamos y lo bajamos al suelo. Se nos cae. Dios mío, pesa todavía más que antes. ¿Cómo es posible? ¿No debería pesar menos? Dicen que el alma pesa veintiún gramos. Echo un vistazo hacia ambos lados de la carretera, porque no es el mejor momento para que pase un coche ni un autocar lleno de turistas y, mucho menos, un vehículo de la policía. Me imagino a una colegiala japonesa sonriendo y diciendo adiós por la ventanilla, con la cámara del iPhone lista: clic, clic, clic. Directo a Pinterest: «Mis vacaciones en Europa». Otra película no apta para menores en el puto YouTube. En serio, podría dedicarme a esto; podría ser la gemela malvada de la youtuber Zoella. Trago saliva y miro a Salvatore.

—Tiene que parecer un suicidio —dice él con las manos delante de la boca.

Está encendiendo un cigarrillo, que le cuelga de la comisura como si fuera un vaquero de Wyoming en el año 1945. Está muy sexi.

—Buena idea —concedo.

Si alguien pregunta, Ambrogio estaba deprimido. Era un puto maníaco depresivo y estaba al límite. Al borde del suicidio. Todas las noches se dormía llorando. No me sorprende que se haya quitado de en medio. Era cuestión de tiempo.

—Si vas a saltar por un acantilado, no lo haces desnudo —comento, mientras le toco el torso a Ambrogio con la punta del dedo gordo del pie que no tengo roto—. Y, si lo haces, alguien tiene que encontrar la ropa.

Tengo toda la razón del mundo. Ambrogio está desnudo, salvo por los

calzoncillos negros, y no colaría. Creo que estoy pillándole el truco a esto. Ya controlo un poco.

—Es verdad —contesta Salvatore.

¿Lo ves? Esta operación gana con mi presencia. Estoy aprendiendo sobre la marcha, ayudando. Soy proactiva. Eso sí que es una novedad.

Observo mientras él se quita la camisa y los vaqueros estrechos en un periquete y se agacha para vestir a Ambrogio. Yo le miro el culo y cojo aire de golpe; por muy oscuro que esté, se nota que está como un queso. Pecho ancho, espalda musculosa. Tiene el cuerpo de una estrella del rugby: uno de los All Blacks. Igual de alto que un delantero. Debe de hacer pesas dos veces al día. Me lo imagino desnudo y fantaseo con hacerlo junto al precipicio, pero eso me distrae demasiado y se supone que estamos deshaciéndonos de un cadáver.

—Ayúdame —ordena—, levántale las piernas.

Le ponemos los vaqueros y luego la camisa. Le quedan un poco grandes, porque es probable que Salvatore lleve una talla más, la grande en lugar de la mediana (¿o será la extragrande?). Sea como sea, tendrá que valer. No es que tengamos muchas opciones.

—¿Y en los pies? —pregunto, mirando las zapatillas de deporte de Salvatore.

Creo que son un par de Air Jordan y son muy guais. Supongo que querrá conservarlas: sé que yo querría.

—El calzado se te puede caer —responde, y tiene razón—. Y no usamos el mismo número.

Supongo que si la policía encontrase un cadáver con calzado de una talla que no es la suya, les parecería muy extraño. Le miro los pies a Salvatore: son enormes, parecen aletas. Seguro que nada muy bien. ¿Será verdad lo que dicen de los pies grandes? Espero averiguarlo.

Salvatore se agacha y agarra a Ambrogio por los tobillos. Yo hago lo mismo buscando las muñecas a tientas, pero sólo encuentro los hombros y lo cojo por debajo de los brazos.

—¿Listos? —pregunta.

—Una, dos, tres...

Lo levantamos y vamos a trompicones hacia el acantilado. Joder, ahora que estoy aquí, de pie al borde, me doy cuenta de que la caída es brutal. Nada más alcanzo a ver la espuma blanca de las olas cuando rompen contra las rocas. Está bien que haya rocas: si alguien lo encuentra, parecerá que se ha partido la cabeza al caer. Es decir, cuando alguien lo encuentre. Supongo que es inevitable, cuestión de tiempo. Pensar lo contrario es dejarse llevar por las ilusiones. Estamos en Europa, Alvina, no en Jauja.

No quiero acercarme más al borde; tengo vértigo y no quiero resbalar. Ya estoy mareada y se me ha revuelto el estómago. ¿Soy yo la que se balancea o es el mar? Sin embargo, para lanzarlo tenemos que estar pegados al borde, o no lo conseguiremos. Nos aproximamos centímetro a centímetro, y yo no me atrevo a mirar abajo. El cadáver cuelga entre los dos como una hamaca, pero yo noto que me sudan las palmas y me resbala un poco; hay que tirarlo ya o ¡se me caerá! Venga, deprisa, deprisa.

—Espera un segundo —dice Salvatore.

¿Esperar? ¿A qué?

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

Soltamos el cadáver. Estoy jadeando sudada; quiero acabar con esto de una vez: hay que deshacerse del muerto.

—Beth, tengo que preguntarte una cosa.

¿Ahora? ¿En serio? Ahora mismo estamos en plena faena. ¿Y si pasa un coche o la puta policía?

—Claro —contesto—, ¿de qué se trata?

Eso, charlemos. Juguemos a algo: a «Yo nunca...».

Lo miro a los ojos, pero todo está oscuro y casi no los distingo. ¿Qué estará pasando? Veo que aparta la mirada. Dios mío, ¿no estará enfadado todavía? ¿No pensará despeñarme a mí también? ¿No sabrá más de lo que dice, el cabrón?

—Beth, cuando esto acabe, ¿dejarás de comportarte como una loca? Esta última semana..., ha sido demasiado para mí. Primero todo el rollo sobre tu hermana y ahora esto. Me da la sensación..., de que ya no sé quién eres. No pareces tú.

—Te lo prometo. Te lo prometo. Basta de hacer el loco. Basta de disparates. Seré yo otra vez.

«Lo que tú digas, lo que tú quieras.» Intento tranquilizarlo con una sonrisa.

¿Qué quiere decir con lo de mi hermana? No lo entiendo, pero debe de tener algo que ver con la discusión. Necesito saber qué tramaba mi hermana. Quizá Salvo pueda aclarármelo.

Salvo no mueve ni un músculo, no dice ni una sola palabra más. Espero haberlo convencido, que me crea. Miro el cadáver de Ambrogio tirado en la tierra. Ahí tumbado parece inofensivo, no es como el monstruo aterrador que había visto antes, el hombre sediento de sangre del que yo huía.

Levantamos el fiambre y lo lanzamos por el acantilado.

Reserva Natural de Fiumedinisi y del monte Scuderi, provincia de Mesina, Sicilia

Una vez en el BMW, no nos hablamos. Quiero encenderme uno de los pitillos de Salvo; tiene un paquete de MS junto al cambio de marchas, pero todavía soy Beth y no me apetece dar explicaciones. Además, creo que hace demasiado viento. Miro a Salvatore y veo su perfil dibujado sobre el telón de fondo de la carretera. Joder, qué sexi es: nariz romana, mandíbula fuerte, cuerpo de héroe de acción. Podría ser doble de Jason Bourne. A lo mejor hasta de Thor. Debo admitir que mi hermana tenía buen gusto para los hombres. Es una pena lo de Ambrogio; es cierto que era muy guapo, pero puede que Salvatore lo sea aún más. Y Ambrogio era malvado, además de un desastre en la cama. Que se joda. La verdad: vale más que ya no esté.

La melena de Salvatore ondea al viento, aunque con esta luz se ve negra en lugar de rubio oscuro. Le observo la barba incipiente y parece que lleva una semana sin afeitarse. Su aspecto dice de él: «¡Soy artista! ¡Me la suda todo!». Es increíblemente sexi.

Salvatore ha escogido un camino distinto para regresar del acantilado, y yo no sé por qué.

—¿Dónde estamos?

—En un parque.

—Antes no hemos venido por aquí.

—Ya lo sé.

Atravesamos un bosque espeso, hasta que se desvía a una carretera que tiene más de camino de tierra que de otra cosa y detiene el coche. El bosque huele a tierra mojada y a hojas podridas. El silencio es sepulcral. Justo antes del alba es cuando está más oscuro, según oí no sé dónde un día. Y ahora me doy cuenta de que es cierto. En el centro de Londres no acaba de oscurecer nunca. Y tampoco hay tanto silencio. Ahora lo único que se oye es el canto de los pájaros de los árboles que nos rodean. La arboleda empieza a despertar. ¿Por qué hemos parado aquí? Creo que me va a dar algo: según mi experiencia, los bosques sicilianos sirven para enterrar a mujeres muertas. Mujeres que son idénticas a mí. Y Salvatore me mira con cara rara, no sé si va a besarme o a matarme. Joder...

Estamos los dos sucios y sudados y salpicados de sangre. Yo llevo un vestido veraniego roto sin ropa interior ni calzado. Él va con zapatillas de deporte y calzoncillos de Calvin Klein. Cualquiera que nos vea pensará algo raro. No hace falta ser un lumbreras para relacionarlo con el cadáver que acabará apareciendo en la costa. Todavía me sangran la rodilla y el corte del muslo; el dedo roto me palpita. Me oigo la respiración, estoy al borde del jadeo. Si intenta atacarme aquí, no hay esperanza alguna para mí: yo sola contra tanto músculo. No tengo armas. No tengo la navaja suiza. Ni siquiera una piedra. ¿Por qué he

dejado la pistola por ahí? Apenas hay luz, pero alcanzo a distinguir la curva pronunciada de sus bíceps. Está fuerte como un toro.

—¿Salvatore? —susurro.

No me quito las magulladuras de Beth de la cabeza. Negro, morado, azul y verde. En ambos brazos. Primero una y luego dos. Y ella me lo negó, intentó taparlas con maquillaje. Aprieto los párpados y contengo la respiración; estoy en tensión, me tira hasta el último músculo de mi cuerpo. El corazón me late como si quisiera escaparme del pecho a golpes. ¿Qué hago aquí en plena noche? ¿Qué hago en un bosque? Quiero irme a casa.

Salvatore se vuelve y me besa en la boca —claro que sí, si piensa que soy Beth— y, antes de darme cuenta de lo que hago, estoy besándolo. Me agarra del pelo de la nuca, me clava los dedos en el cráneo y me besa con desesperación.

—Lo siento —me susurra a la boca—. No podía esperar más. Me muero por ti.

Y yo me dejo llevar, claro que sí. Supongo que al final es cierto que Beth tenía una aventura, por mucho que sea tan impropio de ella que yo no alcance a comprenderlo. No importa lo bueno que esté Salvo. Se me ocurre que a lo mejor estaba utilizándolo para escapar; que se aprovechaba de él como hizo conmigo. Ésa es la única explicación con sentido. Así que yo me dejo llevar y, ¿sabes qué? Salvatore me gusta, es decir: ¿a quién no? Es un puto dios griego, está al nivel de Channing. De pronto he perdido todo el miedo y mi piel parece tener vida propia, casi es demasiado sensible. El corazón me late demasiado deprisa. Salvatore me agarra el vestido y me lo arranca; los tirantes se me clavan en los brazos y en el cuello. Sus manos fuertes me acercan más, me aprietan contra él. Y yo le devuelvo todos los besos. Piel suave y caliente, hombros esculpidos. Ya estoy mojada, me muero por él. Nunca había estado tan cachonda. Él me besa el cuello, me muerde, me lame. Se le nota la erección a través de los calzoncillos: palpitante, tesa. Meto la mano dentro y le agarro la polla con fuerza: suave y resbaladiza como Mr. Dick. Es enorme.

Me devuelve al asiento del copiloto y lo reclina del todo: acciona una palanca que hay a un lado y de repente estoy tumbada boca arriba. Me da que esto lo tiene muy por la mano. ¿Lo habrá hecho con mi hermana? Se me sube encima, y yo estoy ahí desnuda, cubierta de mugre y de sangre. Debo de tener una pinta horrible, pero él me gusta y yo a él también. Quiero sentirlo dentro, se lo suplico en silencio. Necesito correrme.

Le bajo los calzoncillos de golpe, y se le enganchan en la pierna porque casi no hay espacio. Joder, la tiene gigantesca. Lo que dicen de los pies es verdad. Fuerte y palpitante, se la cojo con las manos primero, y enseguida me la meto en la boca. Dulce, deliciosa, una polla perfecta. Me encanta su sabor, quiero

comérmelo entero. Le hago una felación profunda y enérgica, recorriendo toda su longitud con la boca, sintiendo la suavidad de la piel con la lengua. Salvatore gime.

Me coge por los brazos y tira, me da la vuelta, y acabo de rodillas en el asiento. Menos mal que el coche es descapotable, porque de lo contrario no cabríamos. Oigo el ruido del envoltorio del condón. Salvatore me empuja contra el asiento y noto el sabor del cuero. Dios mío, me muero por él; lo siento detrás de mí. Quiero que entre de golpe. Me coge por los hombros y me hace un poco de daño, pero me da igual: sé que me correré en cuanto me toque. Voy a explotar. Empuja para entrar y me agarra las tetas. Las costuras del asiento me hacen rozaduras.

Ah, Dios. Madre mía...

Soy ligera como el aire.

Un cuco canta en el bosque.

Taormina, Sicilia

Miro el agua en la que estoy lavándome los pies hinchados; está gris de tanta suciedad. Me paso el chorro por la pierna y al arrastrar la sangre se vuelve rosada. El corte escuece. Me lavo la rodilla. Tengo tierra pegada a la sangre seca y, cuando me la limpio, se me abre el corte y sangro. El agua se enrojece. Cojo una esponja y me froto la piel. Pienso en Salvatore, en lo mucho que me ha gustado. Todavía noto su sabor; la polla dura y dulce, la piel salada. Cierro los ojos y escucho cómo el agua cae a mi alrededor. Y sonrío.

Entonces me acuerdo del cadáver.

Ha ido de poco: Ambrogio podría haberme matado, así que he tenido suerte de adelantarme. ¿Qué diantres planeaba? La perfecta de mi hermana no podía tener nada que ver, estoy segura de que la idea era de él. El tema está volviéndome loca, pero mi hermana ya no está y él tampoco. Se ha suicidado. No tengo nada que temer. Por la mañana dormiré hasta tarde y luego me levantaré y preguntaré por Ambrogio. Y pasaré el día sin mucha preocupación; a lo mejor voy a que me hagan un masaje o las uñas. Un tratamiento facial. Y entonces, cuando transcurran un par de días y él no haya aparecido ni conteste al móvil, cuando sus amigos no tengan ni idea de adónde ha ido, llamaré a la policía muerta de preocupación. ¿Ambrogio? Pues sí, ahora que lo pienso, sí..., estaba deprimido. Parecía muy preocupado por algo. ¡Ahora me acuerdo! Había amenazado con suicidarse, pero no le hice caso. Creía que hablaba por hablar: «Si tu madre me llama una vez más, me suicido», «Si Italia no gana Eurovisión,

me suicido», y tal.

¿Debería matar también al vigilante de seguridad del teatro, por si acaso? Puede que así esté más segura. Aunque debo admitir que nos ayudó, y puede que nos sea útil más adelante. Lo pensaré. Creo que le gusto. Le gustaba Beth.

Me seco con una toalla mullida y me pongo el camisón de Armani de mi hermana, el de las rositas bordadas. Es monísimo. Me meto en la cama de Beth y de Ambrogio. Es de dos por dos metros, así que tengo espacio para estirarme, bostezar, dar vueltas y ponerme cómoda. Me hundo en la montaña de almohadas blandas y me envuelvo en la finura de las sábanas de satén. Ha sido un día agotador.

QUINTO DÍA

Gula

@AlvinaKnightly69 «¿Que cuántas Pringles me caben en la boca? Mi récord son diecinueve.»

Fue culpa de Beth que en 1999 me arrestasen por robar en la sección de golosinas de Woolworths. Ella es la responsable de que me hiciese amiga de lo ajeno.

De pequeñas, mi hermana tenía una amiga imaginaria de nombre Talulah que me incordiaba una barbaridad. Beth era la única que la veía y que oía lo que decía. «Ay, Talulah, qué graciosa eres», respondía mi hermana entre risas. Yo sabía que hablaban de mí, que estaban cachondeándose. Jugaban durante horas a todos los juegos favoritos de Beth: a princesas, a hadas y princesas, a mamás y bebés. No sé para qué quería una amiga imaginaria teniéndome a mí y tampoco sé de dónde la sacó. Yo jamás encontré ninguna, aunque tampoco la quería ni la busqué. A lo mejor por eso estaba tan sola.

Nuestra madre no ayudaba, porque todas las noches le ponía un plato en la mesa, le compraba chucherías en las tiendas, le escribía felicitaciones de cumpleaños y la invitaba a venir con nosotras de vacaciones. «Beth, cariño, ¿sabes si Talulah querrá acompañarnos al teatro? ¡Habría que comprarle una entrada!» Era una puta locura, algo demencial. Le prestaba más atención a Talulah que a mí. La amiga imaginaria era muchísimo más importante que yo.

Entonces, cuando cumplimos ocho años, decidí que hasta ahí habíamos llegado. Era mi día especial, no el de Talulah. La cabrona de Talulah. Robé un Mars del quiosco de la escuela y, en un momento en que la monitora del comedor no miraba, me lo guardé en la manga de la chaqueta del uniforme, aunque era demasiado ancha. Se me hacía la boca agua y el corazón me latía en los oídos como un tambor. La emoción era demencial. Tuve la chocolatina todo el día en el fondo de la mochila, una JanSport de color azul marino, y durante las clases de lengua, de historia y de plástica no fui capaz de pensar en nada más. El mero hecho de saber que estaba ahí era embriagador. Entonces, al llegar a casa por la tarde, la guardé debajo de la almohada para que nadie la viese. Y por la

noche, cuando Beth ya roncaba en la litera de arriba, intenté sobornar a su amiguita para que saliese.

—Hola, Talulah —decía yo con voz dulce—. Tengo una chocolatina. Si sales, te la doy.

Esperé y esperé con la almohada preparada, no porque quisiera hacerme amiga de ella, sino porque planeaba ahogarla. Esperé y esperé durante horas, o eso me pareció a mí. Pero ella no se presentó.

Al final, me comí la barrita Mars yo misma.

El chocolate me supo dulce, ilícito, delicioso. El primero de una época de chucherías clandestinas que terminó en Woolworths en 1999: un vigilante de seguridad me pilló con la mano dentro de un tarro de sobres de picapica de los que llevaban una piruleta dentro para mojar, los bolsillos a reventar de bolas multicolores de caramelo y la boca llena de ratoncitos de chocolate rosa. Llamó a la policía, y éstos, a mi madre. Aunque yo era demasiado joven para ir a la cárcel, pensaba que mi madre me echaría una bronca de tres pares de narices, que se nos caería la casa encima de los gritos, que le daría un jamacuco. Pero ni siquiera se molestó en castigarme. Como si no existiese.

No solía dejarme comer chocolate y no me daba la paga porque decía que era demasiado mala y no me la merecía. Entonces estaba bastante gorda, tenía obesidad mórbida, y me decía que parecía un armario de tres puertas, la parte trasera de un autobús de dos pisos. Así que yo no podía comprar caramelos como hacían mi hermana y el resto de los niños. Sí, sí, ya lo sé: Beth tenía por costumbre compartir los suyos y siempre intentaba darme algo cuando mi madre no miraba, pasarme un paquete de caramelitos Nerds de extranjis. Pero yo quería comerme todas las chucherías, todas para mí. Quería que me las comprase mi madre.

Robar la chocolatina había sido muy fácil, no me había costado ningún esfuerzo. Mi madre no llegó a enterarse, no tenía ni idea de lo que había ocurrido. Y como ya era capaz de robar, no me hacía falta que me diese la mierda de paga. Ya no necesitaba a nadie.

Así que ésa fue mi primera vez y, tal como he dicho, fue culpa de Beth. Por tanto, no me culpes a mí, culpala a ella.

*Viernes, 28 de agosto de 2015, 09.00 horas
Taormina, Sicilia*

¡Ma ma ma! ¡Ma ma ma!

Es el pequeño Ernesto. Emilia me despierta con el niño en brazos.

—Buenos días, *signora* —dice—. ¿Cómo está?

—Ma ma ma... —Ernie llora con los brazos tendidos hacia mí.

Le caen auténticos lagrimones por las mejillas. Pobre bebé.

—Buenos días, Emilia —respondo.

Me incorporo y me estiro. Me crujen los huesos. Las articulaciones me rechinan. Algo no va bien, porque me encuentro fatal. Coloco las almohadas y cojo al niño. «Por favor, deja de llorar. Por favor, cállate.»

—Chiss, chiss.

Me pego a Ernesto al pecho y le froto la espalda con cariño.

—Quería a su mamá —dice Emilia, y se encoge de hombros—. ¿Le traigo café? Son más de las nueve.

—Sí, gracias.

El niño no para de llorar y las lágrimas calientes me empapan la piel; tengo mocos por todo el pecho. Lo abrazo fuerte y le acaricio el pelo de la cabecita.

—Chiss, chiss. No llores.

Emilia sonrío, da media vuelta y se aleja.

—¿Emilia?

—¿Sí?

Ya está saliendo por la puerta.

—¿Has visto a Ambrogio?

—No, *signora*. Hoy no lo he visto.

—¿Sabes dónde está?

—No.

—A lo mejor hoy también ha ido a bañarse al mar.

—Puede ser, *signora*. El coche no está.

—Vale. A ver si lo tranquilizo. Gracias —digo.

Me centro en el niño, que aúlla en mis brazos, y Emilia se marcha. ¡Dios! Y ¿ahora qué? ¿Qué se supone que hay que hacer con este crío? No viene con manual de instrucciones y no recuerdo que en el colegio nos diesen clases de crianza, cosa que habría sido mucho más útil que el coñazo de gimnasia. Joder, dime un solo contexto en el que saber jugar a *lacrosse* vaya a resultarte útil. Esto va a costarme mucho esfuerzo.

Salgo de la cama con Ernie en brazos y casi me caigo de bruces. Mierda, ¡el dedo gordo! No puedo caminar. ¡No me tengo en pie! Los chillidos de Ernie alcanzan notas aún más agudas, y me preocupa que las ventanas vayan a estallar. Intento acallararlo y lo mezo atrás y adelante. Atrás y adelante. «Por favor, deja de llorar. Por favor, calla ya.» Lo miro a los ojos y veo auténtico pánico: ¿se da cuenta de que no soy su madre? Los bebés tienen un sentido del olfato asombroso, son como los cerdos y los pastores alemanes. Tengo que acordarme

de ponerme el perfume de Beth: Miss Dior Chérie. Seguro que con eso lo soluciono.

El niño llora.

Y el niño sigue llorando.

Los lloros no cesan, sino que suben de volumen.

El sonido es cada vez más penetrante y más agudo, hasta que al final sólo lo oyen los murciélagos.

El bebé suelta sollozos tan grandes que le tiembla todo el cuerpo.

Suena como si se ahogase.

Un lloriqueo amortiguado.

Una bocanada de aire.

Ayuda: ¿dónde está el botón para apagarlo? ¿Dónde está el botón de pausa?

Emilia aparece con una bandeja y el café. La deja en la mesilla de noche y me mira. Se queda pálida.

—¡Ay, *signora!* —exclama por encima de los lloros con la boca abierta y señalándome los brazos—. ¿Qué le pasa?

Me miro y veo los cardenales que tengo por todos los brazos y los hombros; tienen un aspecto horrible, azul. ¿De dónde han salido? Ni siquiera me había dado cuenta. Emilia no ha reparado en el dedo del pie ni en la rodilla (hinchada y enrojecida y con peor pinta que las magulladuras). Tengo tirones en todos los músculos de los brazos y de las piernas. Y las plantas de los pies en carne viva.

—¡Tiene un corte en la rodilla! —exclama, señalándome la pierna.

—No, estoy bien —contesto—, de verdad.

Aunque tengo una pinta atroz.

Ojalá llevase algo que no fuese un camisón tan escueto.

—Me he levantado por la noche para ir al baño y he tropezado con la alfombra. ¿Te llevas a Ernie mientras me visto?

Ella entorna los ojos y menea la cabeza. Creo que no ha colado.

—*Signora*, ¿quiere que llame a la policía?

—Dios, no. Estoy perfectamente.

Me echo a reír, pero no convenzo.

Ella hace una pausa como si fuese a decir algo más, pero cambia de parecer. Le paso el niño, que chilla agitando los brazos y las piernas. Parece un pulpo rabioso. Emilia lo abraza y le besa la frente.

—Ma, ma, ma —dice él, y deja de llorar casi de inmediato.

Emilia debe de tener algún poder del que yo carezco: telepatía o algo así, como los que les susurran a los caballos. Tiene un séptimo sentido especial. Me mira otra vez de arriba abajo con expresión consternada y el rostro lleno de reprobación. Pero al final sale al pasillo y cierra la puerta. Ya era hora, joder. Los

chillidos aún me resuenan en los oídos como un eco ensordecedor. Me da vueltas la cabeza. Me duele. Oigo los lloros como si estuvieran dentro de una concha de mar. Me limpio los mocos del pecho y me doy cuenta de que ser madre es muy difícil. ¿Cómo demonios me las apañaría sin ayuda?

Entro en el baño y me miro en el espejo. Los moratones que tengo en los brazos son iguales que los que tenía Beth. Están en el mismo lugar, tienen el mismo tamaño y la misma forma, aunque me parece que los suyos eran más oscuros, casi negros. Meneo la cabeza y frunzo el ceño. Ambrogio ni siquiera me tocó. No lo entiendo. Debe de ser por donde me agarraba Salvatore mientras estábamos follando en el coche. Me acuerdo de la presión y supongo que sí, que me cogía con bastante fuerza; no cabe duda de que no estaba siendo delicado, pero en aquel momento no me di ni cuenta. Debe de ser genético. A las dos nos salen magulladuras enseguida. Pues nada, ahí está la explicación.

Pero no le veo sentido: si Ambrogio no era un maltratador, ¿qué problema tenía Beth? Parecía hecha polvo y no paraba de decir palabrotas y de llorar. Nunca la había visto tan afectada. Era como si hubiese reventado, como si hubiera perdido los estribos. Los diamantes que llevaba en el bolso me indican que pensaba escapar. Me paso la mano por las magulladuras y veo que son menos dolorosas de lo que parece. Bueno, bien; eso quiere decir que Ambrogio no era un maltratador, pero no cabe duda de que algo ocurría. Él creía estar compinchado con Beth. Según me dijo, tenían un plan. ¡Un plan! Y ambos estaban de acuerdo, o eso pensaba él. Eso es lo que me contó. En cambio, yo sé que Beth planeó nuestro cambiazco en secreto...

¡Quizá quisiera salvarme la vida!

Sí, eso es. No puede ser otra cosa. Él era el que quería sangre, y ella intentaba que no me ocurriese nada. Su plan era marcharse sin él, por eso Ambrogio parecía tan sorprendido. «¿Por qué estabas vestida con la ropa de Elizabeth, Alvie?» Ella lo había engañado, menuda zorra astuta.

Aún no he llegado al fondo del asunto, pero ya he avanzado un trecho. Debo decir que mis poderes de deducción me asombran: soy toda una miss Marple. Soy Sherlock Holmes. ¿Qué tal si entro en Scotland Yard?

Cojo un cepillo de dientes, da igual cuál de los dos, y me los lavo.

Hago largos en la piscina. Nado a braza para no mojarme el pelo. Arriba y abajo. Arriba y abajo. Abajo y arriba. Necesitaba refrescarme por culpa del puto calor. Además, es bueno para el culo. Mi hermana lo tenía como un melocotón sin madurar, y yo necesito tonificar el mío. Es la clave de mi *look*. En el vestidor de Beth he visto unos pantaloncitos cortos de Balenciaga que, además de preciosos,

son muy pequeños, y ahora mismo ponérmelos sería un crimen. Los pantalones así de cortos no combinan con la celulitis, eso lo sabe todo el mundo. Quiero tener el culo como Kim Kardashian: que desafíe a la gravedad. Mejor que el de Beth.

Tendrá que ser a base de largos, porque odio cualquier otra forma de ejercicio (a excepción del sexo). Cuando era más joven salía a correr, pero ya no me gusta. No soy de sudar (a excepción de practicando sexo), pero cuando nadas sudas en el agua y ni lo notas, así que es perfecto para mí. Mierda. Si soy Beth, tendré que ir a pilates. Seguro que tiene un entrenador personal. Se preguntará por qué de repente se me da como el culo.

Me concentro en contar los largos: nueve, diez, once, doce. Quiero llegar hasta veinte antes de desmayarme y encender un cigarrillo. Intento despejar la cabeza. Relajarme. Meditar. He estado muy tensa y necesito tranquilizarme. Este asunto ha sido muy estresante y no esperaba que el viaje fuese tan ajetreado. Madre mía, ¡se suponía que eran unas vacaciones! Quiero desconectar, pero el rostro hermoso y bronceado de Ambrogio se me aparece de continuo. No me lo quito de la cabeza.

Si te digo la verdad, estoy decepcionada. Durante ocho largos años he tenido fantasías con este tío: desde la noche aciaga en la que entró en el bar de la facultad. Aquella noche mágica en la que a ambos nos cambió la vida para siempre. Estaba convencida de que él era mi media naranja, y ahora sé que he desperdiciado ocho años porque podría haber estado obsesionada con cualquier otro. Quizá hasta podría haber tenido algo con Channing Tatum. Sí, ya lo sé, es una megaestrella de Hollywood..., pero yo podría haberme mudado a Los Ángeles. Descubrir su domicilio. Seguirlo una noche después de una jornada de rodaje... Trece, catorce, quince, dieciséis.

Estoy desviándome del tema.

Tenía muchas esperanzas puestas en Ambrogio: podríamos haber sido la pareja ideal. Vivir aquí toda la vida, en esta mansión, en esta casa tan perfecta, joder, con nuestro bebé maravilloso. Con un coche más sexi que un catálogo de Calvin Klein. Pero, no, Ambrogio tuvo que fastidiarme el plan. Estropearlo todo. Pasarme la mano por la cara. ¿Es que no veía que yo quería ayudar? Intentaba sacar lo mejor de una mala situación, ¿por qué no me siguió la corriente? ¿A quién coño le importa si yo soy Alvie o Beth? En serio, dime qué diferencia hay. Estaba interpretando el papel, haciendo lo que me correspondía, y él podría haberse esforzado un poco más. Necesitaba una esposa, y Ernie una madre.

Ambrogio... Ambrogio... Ambrogio... «Que te follen.» Menos mal que tomo la píldora, porque, si no, podría haberme quedado embarazada de él (otra vez). ¿Por qué soy yo la que siempre tiene que pensar en todo? Qué típico de los

hombres... Diecisiete, dieciocho, diecinueve, veinte. Hay una mancha de sangre seca en el borde de la piscina, justo donde Beth se partió la cabeza al caer. Arriba, a la derecha. Todavía oigo ese crac tan fuerte, pero no quiero ni pensarlo. Salpico la mancha con agua y la froto con los dedos. Ya está. Miro la casa y ahí está Emilia, junto a la ventana de la cocina, mirando, vigilándome. Pero entonces se vuelve y continúa quitando el polvo. Es imposible que haya visto la sangre desde ahí. No tengo nada que temer. No puede haberse coscado de lo que está pasando, así que haz como si nada, Alvina. No te alteres, chica. Subo los tres peldaños plateados que relucen a la luz brillante del sol y me seco con la toalla de playa de Beth. Ya basta de obsesionarse con Ambrogio: era una lástima de hombre. Una decepción. Un puto lastre. Demasiado peligroso para tenerlo a mi alrededor. ¡Que me apuntó con una pistola, por Dios! Enciendo un cigarrillo y me acuesto en la tumbona. Cierro los ojos y suelto el humo. Si quiero obsesionarme con alguien, ya tengo a Salvatore.

—*Signora*, ha venido Nino a verla. ¿Lo hago pasar?

La voz de Emilia me sobresalta; no había oído el timbre. ¿Nino? ¿Qué narices hace él aquí? Debe de estar buscando a Ambrogio.

—Sí, claro —contesto, y me incorporo en la tumbona para arreglarme el pelo—. Dile que pase.

—*Sì, signora*. Un momento.

Emilia se fija en el Marlboro Lights y frunce el ceño antes de dar media vuelta y entrar en la casa.

Me seco las perlas de sudor de la frente. Estoy asada. Aquí el sol de mediodía es una barbaridad. Me pongo el sarong por encima de los hombros para taparme los cardenales y las gafas de sol gigantes de Beth. Después apago el cigarrillo. El disfraz está completo. Nino irrumpe en el jardín a través de la puerta acristalada con un estruendo enorme, y oigo las pisadas sobre las losas volcánicas. Otea el césped al tiempo que se aproxima dando grandes zancadas. ¡Ja! Ya puede buscar a Ambrogio, porque no va a encontrarlo. Cada vez está más cerca y me mira fijamente. Me da un vuelco el corazón y me abrazo las rodillas. Me pregunto si Nino conocía bien a mi hermana. Un escalofrío me recorre la columna vertebral. Tiemblo.

—¿Dónde cojones está *Il Professore*? ¡Habíamos quedado!

Me tapo el cuerpo con el sarong como si fuese un capullo de seda. Nino se alza sobre mí y sobre la tumbona como un monolito de los que dan un poco de miedo. Está esperando. Se quita las gafas de sol, y veo que tiene los ojos como un par de agujeros negros, además de una cicatriz que le surca la mejilla izquierda como una lombriz rosácea.

—¿*Il Professore*? —pregunto.

No sé por qué lo llaman así, pero me gustaría saberlo. ¿Será porque tenía una carrera?

Nino esboza media sonrisa y revela un diente de oro.

—Tu marido, joder. ¿Dónde lo has escondido?

Mmm, menuda hostilidad.

—No lo sé, no lo he visto desde anoche. Esta mañana he dormido hasta tarde y, cuando me he despertado, ya no estaba.

Nino frunce el ceño: una arruga profunda y oscura se le forma en el centro de la frente. No me cree. Le estudio el rostro, el bigote frondoso, la figura esbelta: tenso, ágil, pura maldad. Si fuese un animal, Nino sería de esos gallos que usan en Tailandia para las peleas: un gallito rabioso. De los que picotean los ojos y arañan la garganta con los espolones. Sin embargo, tiene una cualidad magnética; no puedes apartar los ojos de él. Es cautivador, hipnótico, como Kaa, la serpiente de *El libro de la selva*. No es tan guapo como carismático, sino de esas personas con encanto natural y una seguridad inquebrantable. Tiene un atractivo extraño. Y no es mayor, puede que tenga ¿treinta y cinco? Cuarenta como mucho. No obstante, se le ha arrugado la piel de estar demasiado al sol: líneas en la frente y alrededor de la boca. No parece la clase de hombre que pierde el tiempo con cremas de protección solar. Y dudo que use antiarrugas por la noche.

—No contesta al móvil.

—Ya lo sé —digo, y me muerdo el labio—. Acabo de llamarlo, pero he supuesto que estaba ocupado. No me lo ha cogido.

Me encojo de hombros.

—Y mira que he llamado varias veces...

Nino saca un paquete de Marlboro del bolsillo de la chaqueta de cuero negro con remaches plateados. Debe de estar asándose ahí dentro. Me ofrece un cigarrillo, pero respondo que no con la cabeza. Saca una cerilla, la enciende y me sopla el humo a la cara. La cerilla cae al suelo y me fijo en cómo titila la llama, pero continúa encendida. Espero a que se consuma.

—¿Qué te ha pasado en el pie? —pregunta Nino, señalando—. Tienes el dedo gordo jodido.

—No, nada. Me caí.

Encojo las piernas y miro hacia la piscina; sopla una brisa muy suave, tanto, que casi ni se nota, pero a la superficie del agua le salen arrugas de chapa ondulada. Nino se sienta a mi lado en la tumbona y me roza el brazo con la chaqueta. Huele a cuero. Arde por culpa del sol. Nino me mira a la cara con aire inquisitivo, como si estuviera juzgándome. Debe de tener el detector de trolas muy afinado. Me tenso. Estoy rígida.

—Betta, voy a preguntártelo otra vez. ¿Dónde está tu marido? —insiste con voz más autoritaria—. Creo que lo sabes.

Noto el sabor a tabaco de su aliento y le veo la rabia en los ojos. Lo miro con súplica.

—No lo sé. Estoy segura de que volverá. Sólo lleva por ahí un par de horas...

Dejo la frase colgando. De la cintura de sus pantalones sobresale la empuñadura de una pistola: negra, metálica, del tamaño suficiente para hacer un buen destrozo. Lleva las iniciales «G. M. B.» inscritas con nácar. Mierda... Nota mental: mejor no jugar con Nino. Y debo ir a por el arma de Ambrogio. La dejé entre unos arbustos y espero que continúe allí.

Nino me mira a los ojos como si pudiera leerme la mente. Se fija en lo nerviosa que me pone. Entonces comprueba la hora y su Rolex, un pedazo enorme de oro, centellea porque parece que esté en llamas.

—Son casi las tres. Se suponía que íbamos a vernos a las diez. Era una reunión importante, joder. ¿Has hablado con Domenico?

—¿Domenico? No, ¿por qué?

Me encojo de hombros y el sarong me resbala. Nino me ve los brazos, los hombros, las magulladuras. Mierda.

—Pero ¿qué coño es esto? ¿Quién te ha pegado?

—Nadie, no es nada.

Intento recuperar el sarong, pero él me agarra de la muñeca y me levanta. Tiene las palmas de las manos secas y ásperas.

—¡Ay! —chillo.

¡Tengo un dedo del pie roto! Se me cae el sarong, y él me examina sin prisa, estudiando todas las marcas que tengo en el cuerpo. Ya me arrepiento de haber escogido el biquini tanga de Beth, porque Nino se ha agachado para ver mejor. Me toquetea el tajo del muslo y el corte de la rodilla.

—¡Au! —me quejo de nuevo.

Las magulladuras de los brazos están volviéndose de color púrpura. A plena luz del día, estoy hecha un auténtico cuadro.

—¿Quién ha sido? —pregunta.

—Nadie, me caí.

—*Vaffanculo* —repone, y escupe al suelo—. ¿Quién ha sido? Dímelo.

Tengo sensación de *déjà vu*.

—*Il Professore* jamás haría...

—No, claro que no.

Me suelta un poco, y yo me dejo caer en la tumbona. Me envuelvo los hombros con el sarong, aunque ya es demasiado tarde para taparme. Me hago

una bola. Debería haberme puesto un mono de esquí o un pijama de osito con capucha y orejas.

—Betta, Betta, Betta —dice entre dientes—. Hay algo que no me estás contando. Si tu marido no ha venido a casa por la tarde, volveré.

Asiento.

Mal. Muy mal.

Se agacha y me acerca la cara hasta que entre sus ojos y los míos no hay más que cinco centímetros.

—Éste es el peor momento para desaparecer, coño.

Me salpica saliva caliente en la cara. Lanza el cigarrillo al suelo y lo pisa con la puntera plateada de las botas de cuero negro. El metal refleja los rayos del sol. Son la clase de botas diseñadas para patear a gusto al personal. Mientras se aleja por el pavimento de lava, le miro la espalda, negra y ágil, hasta que desaparece por la puerta acristalada. Respiro hondo y suelto el aire despacio porque me tiembla todo el cuerpo. Ha sido muy intenso. Parece un malote de verdad: mi tipo. Nino está bueno que te cagas.

Nino me ha puesto tan cachonda que me visto y voy a ver a Salvatore.

—Anda, Elizabeth. Qué bien. Ahora iba a buscarte —dice—. Quiero que poses para mí.

«¿Posar? ¿Qué me dices?» Ah, sí: es artista.

—Vale —accedo.

Aunque tampoco estaba pidiéndomelo.

Me guía por la casa hasta un estudio que tiene en el piso de arriba. Es un espacio amplio, lleno de luz. Esculturas, bocetos, escaleras de tijera, mesas largas de madera, pinturas, arcilla.

—Desnúdate —ordena.

Pero yo no me muevo.

—¿Seguro? Estoy hecha un cuadro...

Me fulmina con la mirada. Es obvio que no le gusta repetir las cosas.

—Desnúdate. Ahora.

Salvatore se vuelve, va hacia el fondo del estudio y regresa al centro de la sala con un caballete que le saca tres palmos y va equipado con hojas gigantescas de papel blanco crema. Saca un carboncillo de una caja que hay sobre la mesa y me mira.

Señala una silla.

—Deja la ropa ahí.

Mientras me desabrocho los botones del vestido, me tiemblan las manos. «Sí, claro, Salvatore; lo que tú digas. Cualquier cosa con tal de que me folles como hiciste anoche. Me dejaste sin palabras.»

—¿Quieres tomar algo? —pregunta—. ¿Vodka?

No espera a que conteste.

—Vale —digo con una sonrisa.

Es justo lo que necesito: ha sido un día complicado... ¿Cómo lo ha sabido?

Se acerca a un minibar que hay al fondo, y oigo el chirrido de una bisagra. El tintineo de cristal.

—¿Hielo?

—No, gracias.

Me quito el sujetador y lo cuelgo sobre el respaldo de una silla tallada. ¿La habrá hecho él? Me tiemblan las manos. Salvatore viene hacia mí con dos vasitos y una botella de Grey Goose. Tiene pinta de ser un buen vodka. Yo suelo comprar la marca blanca de mi supermercado, siempre que esté de oferta. Salvatore tiene los andares de John Wayne, y se me acerca tanto que podría tocarlo. Me miro el cuerpo, todo azul y amoratado, pero él no da señales de haberse dado cuenta.

—La ropa interior también —indica, y me señala las bragas.

Me las quito y las dejo en la silla. Es el culote de encaje rojo, mis bragas favoritas de todas las de Beth. Llevo el sujetador a juego, cosa que jamás ocurría cuando era Alvina. Salvatore deja los vasos en la mesa, los llena hasta arriba de vodka cristalino y me pasa un chupito muy generoso. Me mira a los ojos y veo que tiene las pupilas dilatadas. ¿Está poniéndose cachondo? Nos bebemos los chupitos, y a mí me quema la garganta. Subidón instantáneo. Y ¿ahora qué?

Me coge la mano.

—Siéntate así —dice, y me coloca.

Me pone un taburete plegable al lado y me hace sentarme en él. Me cruza las piernas y me vuelve de cara a la pared.

—Gira la cabeza, así. Mira por encima del hombro.

Me agarra el brazo y me lo coloca en la cintura; después me coge la barbilla y me la posiciona. Da un paso atrás y me mira de arriba abajo.

—*Perfetta*.

Sonrío. Es muy sexi: los vaqueros cortados y la camisa salpicada de pintura. Tiene un desgarrón en uno de los costados, y desde aquí le veo el vientre. Abdominales a lo Channing Tatum y bronceado de ola de calor. Tiene un hoyuelo en la mejilla que quiero besarle. Va a la mesa y sirve dos chupitos más. Me mira a los ojos, y yo le devuelvo la mirada.

—No te muevas —dice.

Me acerca el vaso a los labios y me echa el vodka directamente al gaznate.

Anoche este hombre me salvó. Y ahora compartimos un secreto, una historia; es como si me conociese mejor que nadie. Somos cómplices y guardaremos el secreto hasta la muerte. Nunca me he sentido tan próxima a alguien. Me da la sensación de que me lee el alma. Aunque siga pensando que soy Beth.

Se toma su vodka y se dirige al caballete. Se pasa los dedos por el cabello

rubio oscuro y le veo mechones casi blancos que le ha aclarado el sol. Si no supiera que es siciliano, diría que es sueco. Sueco u holandés. Los holandeses son altos. Me aparto un mechón de pelo de la cara; me hacía cosquillas en la nariz.

—En serio, no te muevas. Ni un milímetro —ordena con voz dura.

Se me escapa una risita: el vodka me ha ido directo a la cabeza. ¿Es que piensa emborracharme? Espero que sí.

—Basta de reírte, estás moviéndote —me advierte.

Está enfadado.

Me obligo a borrar la sonrisa de la cara.

Salvatore coge un carboncillo y se pone delante del caballete, a un metro de distancia. Meto barriga y me yergo un poco. Soy Beth. Soy preciosa. De repente me siento sexi, más sexi que en toda la vida. Noto que me cae la melena sobre un hombro. Soy sensual. Tengo poder. Aguanto la respiración. Sus ojos azules recorren la silueta de mi cuerpo, se entretienen en el cuello, los hombros, los pechos. Nunca había notado una mirada tan intensa como la suya y me resulta muy excitante. Me mira las caderas con el ceño fruncido y empieza a dibujar. Esboza con gestos largos, frenéticos, exagerados. Mueve las manos a lo largo y ancho de la página dando forma, sombreando, esculpiendo. Alza la mirada para verme y vuelve a la página, y lo repite una y otra vez, sin cesar. Trazos de carboncillo por todo el papel. Yo casi ni me atrevo a respirar. Huele a carbón.

Me fijo en la sala: todas las esculturas y los bocetos se parecen a Beth. Me miran por encima del hombro con los ojos anchos de mi gemela, con su rostro bonito. Es extraño. Como si aún estuviera aquí, vigilándonos. Vigilándome. Las paredes del estudio están llenas de cuadros y de dibujos de mujeres, todos vistos desde atrás. Nalgas redondas, respingonas, perfectas. Beth. Debía de ser su musa.

Miro cómo mueve los antebrazos, cómo trabajan. Musculosos, bronceados, definidos. Quiero tocarlo. Acercarme a él y besarlo. Pero me quedo quieta. Tengo tantas ganas de follar con él que me duele el coño. Estoy empapada. Cuando deja el carboncillo en la mesa con un golpe, yo respiro.

—Vale, ya está —dice.

—¿Qué? ¿Ya? ¿Puedo verlo?

—No —contesta sin más explicaciones, cosa que me parece injusta.

—Ah, bueno. Pues si has acabado..., mejor me visto.

Me levanto y voy a por la ropa.

—No hace falta —me advierte—. Ahora estamos solos.

Me empuja contra la pared, dura y fría. Me rodea la cintura con los brazos y antes de que me dé cuenta ya está besándome y me ha metido la lengua dura

hasta el fondo. Me pasa las manos por el pelo y me lo agarra a puñados. Me aprieta el cuerpo contra la piel.

—¡Oye! —exclamo sobre su boca.

Me tira del pelo y me duele. Me encanta.

Se arranca la camisa y la lanza al suelo. Tiene el torso perfecto, es una obra de arte. Los abdominales esculpidos como el *David* de Miguel Ángel: una puta obra maestra. Me obliga a sentarme de nuevo en el taburete y, con firmeza y brusquedad, me abre las piernas. Se arrodilla delante de mí y me mira como un depredador hambriento antes de enterrar la cara entre mis muslos. El puente de la nariz, los pómulos, el pelo alborotado y peinado hacia atrás desde la frente. La lengua, gruesa y húmeda, se desliza arriba y abajo, a izquierda y a derecha alrededor del clítoris, atrás y adelante y describiendo círculos. Con los dedos dentro. Sus labios suaves me besan y su boca ansiosa me come con una rabia demente y un deseo atroz de hacer que me corra, que me precipite al vacío, al borde del aquí y el ahora hasta llegar al éxtasis con los ojos en blanco y la cabeza echada hacia atrás.

—Síiii...

Me agarro al borde del taburete con los dedos como garras, arañó la madera. Le empujo el coño contra la boca: «Cómeme, cómeme». Quiero que me coma entera. Quiero que me absorba hasta estar en el interior de su cuerpo sexi y maravilloso.

—Ahhh...

Es muchísimo mejor que Ambrogio.

Mueve los músculos de los hombros; le brillan a la luz del sol que entra por las ventanas del estudio. Tiene la piel sedosa, corpórea, suave, como una escultura de Henry Moore. Está hecho de un material pulido y ahora está sacándome brillo con la lengua con el mismo movimiento suave y circular de las ostras cuando mueven y menean la perla por la concha hasta que al final brilla. Y yo estoy radiante y gimo y cada vez tengo más y más calor, hasta que creo que estoy a punto de correrme. Me acaricia la piel caliente del vientre con sus dedos suaves, tengo despierto hasta el último nervio de la piel. Noto un cosquilleo en la cabeza, me siento ligera. Voy a correrme, tengo que correrme ya, pero de pronto se detiene...

Abro los ojos y veo a Salvatore en todo su esplendor, casi desnudo, mirándome el abdomen, justo debajo del ombligo, como si fuese lo más interesante que ha visto en la vida. Lo contempla con expresión absorta.

—Salvatore...

Lo cojo de los hombros y lo levanto hasta que lo tengo a la altura del pecho y, jadeante, le beso la boca mojada; tiene la barba de dos días empapada y con

sabor a coño. Su aliento cálido me cubre la mejilla. Huele a sexo.

—Fóllame —le susurro al pelo.

Me da media vuelta y acabo inclinada sobre la mesa con la espalda pegada a él. Me recorre los hombros, la espalda, el culo con los dedos. Tiene la piel áspera, manos de escultor secas y llenas de callos, fuertes y anchas. Las desliza por el interior de mis muslos y me busca el clítoris. Yo gimo. Me lo acaricia con el pulgar y yo me apoyo en él. Me empuja sobre la mesa y me doy de cara con la madera. Sabe a cera de abeja. Roble oscuro y frío. Salvatore se baja la cremallera y oigo el ruido de la tela vaquera. Se quita los pantalones cortos y los tira al suelo. Me agarra los pechos y me pega a su cuerpo con tanta fuerza que no puedo ni respirar.

—Dios... Hazlo ya —digo.

Se pone un condón y me la mete de golpe, con firmeza, hasta el fondo, con tal ímpetu que tengo que ahogar un grito. Ahora está percutiendo encima de la mesa, y las patas chirrían al rozar las baldosas. La madera del borde se me clava en los muslos. La tiene tan grande y tan dura que lo deseo, lo necesito. Es muy bruto, y yo estoy gimiendo, a punto de correrme. La sensación es cada vez más intensa, va aumentando, como si viniese de muy lejos. Me coge por el cuello con ambas manos y sus dedos cierran un círculo alrededor de mi garganta. Y empieza a apretar, ¡a apretar! Cada vez más fuerte, va cerrando el círculo. Me ahogo, no puedo respirar y el pánico me llena.

—¿Qué has hecho con tu hermana? —me jadea al oído—. ¿Dónde coño está? Tú no eres Beth...

Y me corro con tal ímpetu con su polla aún dentro que creo que jamás se me pasará el subidón. No sé dónde estoy ni qué me dice, pero lo oigo gemir y correrse dentro de mí, palpitando, agarrado a mí, sujetándome las caderas, empujando, latiendo, llenándome por dentro.

Joder.

Joder.

Joder.

Jadeantes y sudorosos, nos dejamos caer sobre la mesa. Él se sale y yo me quedo tendida, respirando muy fuerte. Pero ¿qué narices...? ¿Lo sabe? ¿Cómo puede ser? Me palpo el vientre. ¿Qué coño estaba mirando? ¡Ahora caigo! Beth tenía una cicatriz de la cesárea. ¡Claro! Era la única diferencia física entre las dos, la única forma de distinguirnos.

—No me lo puedo creer, joder —dice él al final—. Debería haberlo sabido. Tu hermana tiene un culo espectacular.

Aprieto los dientes. Clavo las uñas en la madera.

—Puedo explicártelo —aseguro, con la boca pegada a la mesa como si le hablase a la madera, pero me falla la voz—. ¿Me dejas que te lo explique?

—¿Dónde está? —pregunta.

Saca un cigarrillo del paquete que hay sobre la mesa y lo suelta de golpe sobre la madera.

—Me... me pidió que me cambiase por ella. Y se fue —consigo decir al final.

Él enciende el cigarrillo, se da cuenta de cómo lo miro y me lo ofrece. Inhalo. Qué buen sabor; creo que me ayuda. Al menos tengo algo que hacer con las manos. Enciende otro para él.

—Y ¿por qué no me lo habías contado? ¿No te parece que yo querría saberlo?

—Me pidió que guardásemos el secreto. ¿Estás enfadado?

Contengo la respiración. Me tiemblan las manos y el corazón me late con mucha fuerza. Él niega con la cabeza.

—No, da igual. Las dos tenéis un buen polvo.

Intento sonreír, pero no estoy segura de que tenga gracia.

—¿Quieres tomar algo más? —pregunta.

Se agacha y se sube los calzoncillos.

—Vodka.

Lo necesito. Cojo las bragas, que cuelgan del respaldo de la silla, y me las pongo.

—Y ¿cómo te llamabas? Olivia o algo así, ¿no?

—Alvina —respondo avergonzada.

—Qué bonito, me gusta —dice, y sirve dos chupitos más—. Alvina. Pues encantado de conocerte. *Piacere*.

—Gracias.

Cojo el vaso sin mirarlo a los ojos. Me tiembla la mano y no quiero derramar la bebida. No quiero que se dé cuenta de lo asustada que estoy. Me lo bebo de golpe y suelto:

—Pero ¿no estás enamorado de mi hermana?

Él dibuja media sonrisa.

—¿Qué? De eso nada. Ella pensaba que sí. Quería huir conmigo, ¿te lo puedes creer? Quería que nos escondiésemos en Londres.

—Vaya...

Así que ahí es adonde iba, por eso se había llevado a Ernesto y había «robado» los diamantes. ¿De verdad pensaba escaparse con este tío? No me lo creo. Ambrogio planeaba hacerme algo, pero es obvio que mi hermana tenía otras intenciones. Sabía que ella jamás intentaría matarme. Eso sería una locura.

—Y ¿tú no querías irte con ella? —inquiero en voz baja.

Ésta es la mía: tengo que averiguar qué demonios pasa aquí. Me trago el humo; me gusta el tabaco que fuma, es más fuerte que el mío. Siento una ligereza en la cabeza, un subidón de nicotina.

—¿Yo? De eso nada. ¿Cómo iba a dejar todo esto? —pregunta, y señala el estudio—. En cualquier caso, era demasiado peligroso. Jamás podríamos haber regresado.

¿Qué? ¿Por qué no? ¿A qué le tiene tanto miedo? ¿Qué está pasando? Dejo el vaso en la mesa; como me tiembla la mano, el cristal tintinea al golpear la madera. Salvatore está medio desnudo, apoyado en el borde. Tiene la frente arrugada como si pensar le costase demasiado esfuerzo.

—¿Qué le ha pasado a tu hermana? ¿Dónde está?

Trago saliva.

—Ya no está. Se ha ido. No sé adónde.

—Ya. Tiene sentido, estaba desesperada por marcharse —responde Salvatore—. ¿Y el niño? El crío era la razón por la que quería irse.

—El niño sigue aquí. Está en la casa, con la niñera.

Salvatore frunce el ceño y niega con la cabeza. Apaga el cigarrillo en un vaso.

—¿Lo ha dejado aquí? ¿Estás segura?

—Sí, estoy segura.

Vaya pregunta más estúpida.

—Eso es muy raro. Mejor que vayas con cuidado, porque volverá. Vendrá a por ti y a por el niño.

Me pongo tensa. Se me endurece hasta el último músculo del cuerpo. Lo miro a los ojos.

—¿Qué? ¿Por qué debo tener cuidado?

Él no contesta.

—¿Por qué coño debo tener cuidado? —pregunto con voz temblorosa.

Se me curvan los labios hacia abajo y una sensación vertiginosa me sube desde la tripa hasta la garganta.

—¿Salvatore?

—Oye, te he salvado la vida: deberías estarme agradecida —dice, cogiéndome por las muñecas y mirándome a los ojos.

—¿Que me has salvado la vida?

Me suelto.

—Mira, no fue idea mía, ¿vale? —señala, levantando la voz—. La puta loca de tu hermana quería que la ayudase a liquidarte. Esa noche estaba desquiciada. Decía que la única manera de escapar era dejando un cadáver. Para alejarse del *stronzo* de Ambrogio. Para que no fuesen tras ella. Y supongo que no le faltaba razón.

Me aparto un paso de él y me apoyo en el taburete de madera. De pronto me da vueltas la cabeza, me mareo. Pero ¿de qué cojones está hablando? ¿Que mi puta hermana qué? ¡Joder!

—No lo entiendo.

Niego con la cabeza. No parece que hable de mi gemela. Beth es la buena. El angelito.

—Es mentira —lo acuso.

—No lo es, de verdad. Creo que deberías saberlo: estaba desesperada. *Pazza*. Decía que tú eras la única oportunidad que tenía de escapar. De alejarse de su marido, de Sicilia y de todo.

No tiene sentido, a menos que... estuviera desesperada de verdad. Que tuviera miedo. A menos que realmente se hubiese vuelto loca.

—¿Cuándo? ¿Cuándo pensaba matarme?

—Al principio creyó que bastaría con que os intercambiaseis, así tendría tiempo suficiente para salir corriendo, pero supongo que después quiso algo más.

—¿Más?

—Quería que tú murieses. Estaba histérica y no paraba de llorar y de

suplicarme que la ayudase. Conseguí que cambiase el plan. Me parece que al final no iba a hacerlo...

—¿Era por eso...? ¿La pelea que tuvisteis era por eso? Os vi discutiendo junto al coche.

—Sí. Sí, fue eso.

Me mira a los ojos con expresión inquisitiva, en tensión.

—¿Cómo? ¿Cómo pensaba hacerlo? ¿Sabía que Ambrogio tenía una pistola?

—Ahora ya no importa.

Cruza los brazos, mira los tablones de madera del suelo y traza un círculo con el dedo gordo del pie alrededor de un nudo, vueltas y vueltas, una espiral que baja, baja, baja.

Ninguno de los dos apartamos la vista del suelo.

Me alegro de haberla matado, de haber sido la primera en algo (por una vez). Pero no por eso deja de dolerme muchísimo, joder. Mi propia hermana... ¡Mi propia hermana! Me siento como si me hubiera clavado un puñal en el corazón. Entierro la cabeza entre las manos, el suelo me da vueltas. Supongo que me equivocaba al pensar que Beth era buena. Quizá llevo toda la vida equivocándome. Y ¿qué significaría eso? Estoy perdida. ¿Quiere decir que la buena soy yo?

—Le dije que no la ayudaría. Espero que me estés agradecida.

—Lo estoy —contesto, mirando al suelo.

Hablo con el piloto automático, no sé ni lo que digo. Por algún motivo, me río, pero es una risa vacía, hueca.

Quiero salir de aquí.

Busco la ropa. Salvatore me contempla mientras me pongo el sujetador, pero no consigo abrochármelo.

—¿Por qué? ¿Por qué quería huir? No tiene sentido, si su vida parecía tan perfecta...

—No me digas que no lo sabes.

Respondo que no con la cabeza y se me nubla la vista por las lágrimas. Dios mío, otra vez a llorar.

—¿Tu hermana no te contó nada?

—¿Contarme el qué? Que yo sepa, su vida era un sueño hecho realidad.

—Joder... —suelta Salvatore—. No tienes ni idea.

Ojalá dejase de decir eso.

—¿Vas a explicármelo tú?

Me doy la vuelta y lo miro a los ojos. Él frunce el ceño y mira a su alrededor con ademán molesto.

Cruza los brazos a la altura del pecho; los bíceps presionan los pectorales, y yo aguanto la respiración. No tengo ni idea de lo que va a decir, pero de pronto lo presiento: es malo. Lo que tiene que decir va a cambiarlo todo.

—Será mejor que te sientes.

Cojo el taburete, y las patas chirrían contra los tablones del suelo. Me dejo caer, porque de pronto estoy mareada. Débil como un niño. Se me ha enfriado el cuerpo y quiero más vodka. Me estiro el vestido sobre el regazo; ojalá tuviera mi jersey viejo.

—Ahí fuera están en plena guerra, coño —afirma Salvatore, señalando la ventana con la mano abierta.

—¿Una guerra? ¿Dónde?, ¿en Taormina?

—Están luchando por todas partes. Por toda Sicilia. A plena luz del día. Les da igual pegarle un tiro a un tipo que va andando por la calle. Y la cosa no mejorará. Sólo irá a peor.

—¿De qué hablas? ¿Qué guerra?

Estoy segura de que habré visto algo en las noticias o en el diario *Metro*, en Londres.

Salvatore suspira.

—Ambrogio estaba muy muy metido en la Cosa Nostra. Lo que significa que Beth está también hasta las cejas, igual que el niño. Es cosa de familia.

Lo miro como si me hablase en chino.

—¿Qué es eso? ¿Como la mafia o algo así?

Él asiente y vuelve las comisuras de los labios hacia abajo.

—Son animales. *Vermini*.

No me lo puedo creer: ¿la mafia? Eso sólo pasa en las películas, ¿no? Pero bueno, ahora lo entiendo: de ahí sale todo el dinero y la pistola de Ambrogio. Ya me parecía que Nino tenía una pinta sospechosa. Ahora tiene sentido. Mi hermana debía de odiar toda esa mierda. Respiro hondo.

—¿Y la guerra? —pregunto.

—Es por el territorio. Palermo, Catania, Agrigento... por todas partes. La Cosa Nostra están acabados, pero lucharán hasta la muerte. Han llegado las bandas criminales del sur, bandas de África y de Europa del Este. Todos quieren el control de la zona, de la venta de drogas, de la heroína, la prostitución, la cocaína... Todo.

—Ah, vaya —consigo decir.

Esto es terrible.

—El niño está metido en el meollo —explica Salvatore—. El *nonno* de Ambrogio, el padre..., todos pertenecen a la Cosa Nostra. Ernie es de linaje siciliano.

—Elizabeth no lo sabía. —De pronto lo pilló—. Cuando lo conoció en Oxford, no tenía ni idea. Se casaron en Milán, de donde provenía la madre de Ambrogio.

—Sí, eso es —asiente él.

—Y Ernesto no es más que un bebé. No quería criarlo para que acabase con un tiro en la cabeza.

Salvatore vuelve a asentir con la cabeza.

—Algo así. Ambrogio le compró un arma y Beth montó en cólera. El crío no tiene ni un año. Por eso quería marcharse. Pero si se hubieran enterado de que quería huir, la habrían matado. Una vez estás dentro, no hay escapatoria. No hay vuelta atrás.

—Y, cuando estás muerto, hay un lugar especial para ti en el infierno —lo interrumpo.

Salvatore me mira con sus ojos de color azul celeste.

—Beth tenía miedo, por el niño.

Creo que lo entiendo. De verdad. Ambrogio y Beth iban a huir, pero eso no le bastaba a Beth. Beth quería más: quería alejarse de su marido. Por eso estoy yo aquí: era el doble de cuerpo. El cadáver. Me levanto del taburete y me pongo el vestido. Sigo un poco inestable. Me acerco a Salvatore y le rodeo el cuello con los brazos.

—Entonces ¿te da igual que yo no sea Beth?

Yo soy el mal menor; seguro que se alegra. Le apoyo la cabeza en el ancho pecho y siento los latidos de su corazón debajo de las costillas. Tiene la piel pegajosa. Huele almizclado, a sudor.

—No me importa en absoluto: ojalá pudiera follaros a las dos a la vez.

Salgo sola de la casa y regreso a la de Beth. Me parece que lo creo. Es imposible que Beth se enamorase de este tío. Para él no era más que sexo, un sexo fantástico y de la hostia, así que no puedo culparlo (estoy segura de que es mejor conmigo que con Beth). Y, para ella, él era una herramienta, una salida. Pobre Salvatore. Supongo que no es más que el típico tío. Y ahora es un tío que sabe demasiado: un tío con un problema.

Irrumpo en el salón y me tiro en el sofá de Beth. ¿Cómo se atreve? ¿Cómo ha sido capaz? Mi propia hermana conspirando para matarme... No dejo de oír la voz de Salvo resonándome bien alto en la cabeza: «La puta loca de tu hermana quería que la ayudase a liquidarte». No puedo creérmelo. «Decía que la única manera de escapar era dejando un cadáver. Para que no fuesen tras ella.» ¡HIJA DE PUTA! ¡HIJA DE LA GRAN PUTA! Mi hermana no tenía ni un pelo de buena, era una bruja, pero escrito con P de puta. Echo mano de su iPhone porque tengo que buscar «Cosa Nostra» en Google para saber a qué me enfrento: «La Cosa Nostra, también conocida como mafia siciliana. Sus actividades ilícitas incluyen: crimen organizado, tráfico de drogas, asesinato, corrupción, fraude, gestión ilegal de residuos, extorsión, asalto, contrabando, juego, préstamos abusivos, blanqueo de dinero, robo y receptación de artículos robados». ¿En serio? Pero ¡si esto es una maravilla!

Alguien llama a la puerta con los nudillos. Ay, Dios, ¿ahora qué? Emilia está en el parque con Ernesto, supongo que tendré que ir yo. No hay descanso para los malos, dicen. Tengo que contratar a un mayordomo. Espero que no sean Salvatore ni Nino, así que aparto la cortina para echar un vistazo. ¡Mierda, la policía! Estoy jodida, ¿verdad? Hay dos agentes delante del felpudo: muy malas noticias. Peor imposible. Me miro las piernas y los brazos, y las magulladuras son sospechosas. No quiero que me las vean, porque empezarán con las preguntas. Tengo que cambiarme.

—¡Un momento! —grito desde dentro.

Corro al piso de arriba y entro en el dormitorio de Beth. Busco algo en el vestidor, algo largo. Algo modesto. Inocente. Femenino. Que no llame mucho la atención. Al final me pongo un chándal de Juicy Couture: velvetón rosa, suave como un gatito. Corro escaleras abajo.

—¿Elisabetta Caruso?

—Claro —digo—. Sì.

—*Possiamo entrare, per favore?*

—No hablo italiano, lo siento.

—¿Nos permite entrar?

Dios mío, es el fin. Van a arrestarme.

Me hago a un lado y dejo que entren. Dos hombres de uniforme con expresión huraña y hastiada.

—Soy el *commissario* Edillio Grasso y éste es el *commissario* Savastano — presenta uno de ellos.

¿Savastano? ¿En serio? He visto «Gomorra», esto es una puta locura. Sé que Savastano es un apellido de la mafia: ¿han contratado a un policía de la camorra? Ya sé que es una serie de ficción, pero da igual. Parece una idea muy poco sensata. No me fiaría de él ni de broma. Tienen que hablar con los de recursos humanos.

—Siéntense, por favor —digo, y les señalo un sofá cubierto de cojines.

—Gracias, *signora*. Tiene una casa muy bonita.

Le echamos un vistazo al salón, las lámparas de araña que centellean con el sol, los ornamentos de porcelana que hay sobre la chimenea, los ramos de rosas en los jarrones antiguos. La verdad es que tengo cosas muy bonitas.

—Gracias —contesto.

«Venga, daos prisa. Contadme lo que tengáis que decir y largaos de aquí.»

—*Signora* Caruso, siento decirle que le traemos malas noticias.

Me pongo tensa de arriba abajo. Ha llegado el momento.

—Se trata de su marido.

¡Uy, por los pelos!

—No sé dónde está, y no contesta al teléfono —me apresuro a decir.

Les ofrezco lo mejor de mis dotes de actriz con cara de «por favor, Dios, ¡mi marido no!». Y, por raro que parezca, funciona. He avanzado mucho desde que hice de mula. El que habla inglés me mira con empatía.

—Usted es la esposa de Ambrogio Caruso, ¿verdad?

—¿Sí?

—Lo siento, *signora* —dice el más corpulento de los dos. Le sobresalen mechones de pelo blanco por debajo de la gorra y tiene caspa en las cejas y los dientes amarillos—. Han encontrado el cadáver de su marido en los acantilados que hay cerca del hotel Continental. Parece que se ha suicidado.

Miro a ambos policías a los ojos, buscando consuelo, buscando una esperanza. Ambos responden con expresiones de disculpa. Parecen convincentes, supongo que tienen que interpretar este papel con frecuencia. No me gustaría ser policía en Sicilia, y me da la impresión de que a ellos tampoco

les hace mucha gracia. Supongo que aquí manda la mafia y estos tipos no son más que marionetas, como en la Opera dei Pupi de Palermo. Lo leí en TripAdvisor, y me gustaría mucho ir a ver un espectáculo cuando las aguas hayan vuelto a su cauce. Si es que vuelven. De niña me encantaban las obras de Punch y Judy. Sobre todo, el personaje de Punch, que era el de la cachiporra.

—¿Que se ha suicidado? —pregunto al final, casi sin voz. En un susurro. Creo que debería llorar.

—Sí, *signora*. Mi compañero ha visto el cadáver esta mañana y lo ha reconocido al instante. El *commissario* Savastano está seguro de que es Ambrogio. Lo han identificado por el anillo, que lleva las iniciales «A. C.».

¡Ups! Deberíamos habérselo quitado y a lo mejor así habríamos ganado algo de tiempo.

El más menudo de los dos, el que lleva un pedacito de papel higiénico pegado a la mejilla porque esta mañana se ha cortado afeitándose, revuelve en el interior de una mochila negra y saca una bolsa de plástico transparente. Dentro hay un sello de oro. Me lo pasa.

—Esto pertenecía a su marido, ¿verdad? —pregunta el que habla inglés.

Le echo un vistazo rápido y veo una inscripción grabada en la cara interior del anillo de oro amarillo: «Con todo mi corazón, Beth». Debe de ser un regalo de cuando Ambrogio todavía le caía bien. Podría fingir que no lo reconozco, pero no cabe duda de que es suyo y sólo conseguiría hacer que sospechasen. Se lo suelto al agente en la palma, entierro la cabeza entre las manos y me echo a llorar. Lágrimas, sollozos, ruido e histeria. Me pasa el brazo por los hombros y le moqueo la camisa blanca almidonada.

—¿Le gustaría acompañarnos a identificar el cadáver? —me pregunta cuando me he calmado un poco.

—¡No, no! ¡No quiero verlo!

Me levanto del sillón de golpe y empiezo a dar vueltas por el salón recorriendo el borde de la lujosa alfombra, pisando la hilera de lilas bordadas. Tengo que deshacerme de los policías. No quiero que estén en mi casa; me hacen perder el tiempo, me ponen nerviosa y me estropean la imagen.

—Como le he dicho, parece que se trata de un suicidio. *Signora*, ¿en qué estado se encontraba ayer su marido?

Miro al agente; quiere saber si mi marido estaba deprimido.

—Parecía preocupado. Había discutido con alguien, con uno de sus amigos. Pero no sé con quién. Tampoco sé por qué motivo.

El más corpulento de los dos asiente con la cabeza. La tiene muy grande y me recuerda un poco a una llama.

—*Signora*, ¿sabe usted si su marido tenía algún enemigo? ¿Alguien que

quisiera verlo muerto?

Espero un momento, como si estuviese pensándolo.

—¿Ambrogio? No, él sólo tenía amigos. Todo el mundo lo quería.

—*Signora*, únicamente lo preguntamos porque queremos estar seguros de que se trata de un suicidio.

Ladeo la cabeza. Mi cerebro inocente no concibe ninguna alternativa.

—¿Quiere decir que...?

Mi intelecto algodonoso de mujer no alcanza a comprender.

—Creemos que podrían haberlo asesinado.

—¿Cómo? ¿Un asesinato?

—A estas alturas no podemos descartarlo.

Mierda.

—¿Hay alguna prueba de que lo matasen?

—No, todavía no. De momento tiene pinta de que saltó, pero alguien podría haber preparado la escena.

—¿La escena?

¿Qué quiere decir con «la escena»? ¿No se referirá al escenario del teatro? Espero que limpiásemos bien la sangre. Estaba muy oscuro.

Me dejo caer en el sofá. Me apoyo en el reposabrazos y me hundo entre cojines mullidos y lujosos. ¿Por qué hay tantos cojines en esta casa? Mi hermana debía de estar obsesionada con los textiles del hogar.

—Sí. Es posible que alguien lo matase y después lo lanzara por el acantilado. Una vez muerto.

—Entiendo...

Genial. Debería haber escrito una nota falsa de suicidio.

—Bueno, que yo sepa, no tenía enemigos. Como les he dicho, anoche parecía disgustado. Deprimido.

Hago una pausa. Ambos escuchan con atención, incluso el que no habla inglés.

—Esta mañana, al ver que no lo encontraba, me he preocupado, por si había hecho alguna estupidez. Algo como esto... Mi marido es muy exagerado.

—¿Exagerado?

Suspiro, me arrellano aún más en el sofá y me abrazo a un cojín.

—Sí, ya sabe cómo son ustedes, los maravillosos italianos. Todos tan apasionados. Tan románticos.

Sonrío a los agentes, ellos ya saben a qué me refiero.

—Siempre están perdiendo los estribos por cualquier cosa que les moleste, haciendo una montaña de un grano de arena.

—¿Los estribos, *signora*?

Me miran con cara de póquer, la expresión debe de ser nueva para ellos. A lo mejor en Sicilia no hay caballos, pero me extrañaría.

—Alguna vez me ha amenazado con suicidarse, cuando estaba disgustado por algún motivo. Pero yo no le prestaba atención. Pensaba que era una forma de hablar, ¿sabe usted a qué me refiero?

Se miran y el grande escribe algo en un cuaderno sobado. Será mejor que me calle a partir de ahora; tal vez haya dicho demasiado.

—*Signora*, ¿dónde estuvo anoche? —me pregunta.

Se me tensan los hombros. No me gusta la pregunta.

—¿Yo? ¿Por qué? Estaba aquí mismo, en casa.

—¿La vio alguien?

¿Qué está pasando? ¿Quieren saber si tengo coartada? No estarán interrogándome... Las paredes del salón se van acercando; el techo está cada vez más bajo. Me falta el aire.

—Por favor, conteste a la pregunta.

—Estaba sola con mi hijo. Tiene diez meses.

O eso creo, más o menos. ¿No serán cinco? ¿Siete? ¿Habrá cumplido ya un año?

Necesito aire fresco, porque estoy estresándome. Primero mi hermana hace un plan para matarme y ahora vienen estos policías a meter las narices. Tengo la tensión arterial como una puta montaña rusa. Me levanto del sofá corriendo, abro una ventana y saco la cabeza. Respiro hondo: franchipanes. Miro a los dos policías y veo que la llama está anotando algo. Otra vez. ¿Qué escribe? ¿Una novela negra? ¿Una serie de polis? ¿Un episodio de «Comisario Montalbano»? Me gustaría saber si sospecha de mí.

—El cadáver está en el depósito de Catania.

Meto la cabeza de nuevo en el salón, apartándome de la ventana.

—Aquí está la tarjeta con la información de contacto para que pueda organizar el funeral —dice el agente.

Me tiende una tarjeta pequeña de color negro.

—De acuerdo, gracias —respondo—. ¿Cuándo podré recuperar el coche? Ese Lamborghini me gustaba mucho.

—Se lo traeremos cuando el equipo forense haya terminado de examinarlo. Espero que sea esta misma tarde.

Me mira y frunce el ceño.

—Debemos advertirle, *signora*, que la noticia del fallecimiento de su esposo aparecerá en la prensa de hoy. *Arrivederci, signora*. Sentimos mucho su pérdida.

—¿Me avisarán si descubren algo más? Si se enteran de cualquier pista...

Se me llenan los ojos de lágrimas de cocodrilo.

—*Certo, signora. Arrivederci.*

El otro se despide con un gesto torpe, y ninguno de los dos sonrío. No le devuelvo el saludo. Se levantan y no esperan a que los acompañe a la puerta.

Genial, ahora tengo que organizar un funeral. Menudo puto coñazo. Deberíamos haberle quitado el anillo y hacerle la cara papilla. Arrancarle los dientes. Aun así, creo que ha ido bien. De lo contrario, mi destino sería acabar mis días en una cárcel italiana, viendo la programación televisiva diurna sin entender ni una palabra. Comida de comedor, partidas de cartas, ratones, drogas de contrabando que han entrado metidas en el culo de alguien. No soporto las duchas compartidas. Pero no pasa nada: conseguiré al abogado de Amanda Knox y convertiré mi experiencia en un libro superventas. En cualquier caso, ¿qué van a decir? ¿Que en realidad yo no soy Beth? ¿Qué pruebas tienen? Ninguna. No existen. Sin un cadáver, Beth ni siquiera está muerta. Así que sólo hay que preocuparse del de Ambrogio. Esta tarde saldrá en todos los periódicos: suicidio. Caso cerrado. No hay nada sospechoso. Ha sido el asesinato perfecto, y ¡sólo llevo dos! ¿Qué quieres que te diga?, aprendo rápido. No pierdo comba: fría, tranquila, profesional, experta... A decir verdad, ni siquiera tengo remordimientos. Era yo o ellos. Beth y Ambrogio empezaron, y yo sólo venía aquí para pasar unas buenas vacaciones. Soy Cyndi Lauper, una chica que quiere pasárselo bien.

Me tumbo en el sofá, me quito los zapatos y apoyo los pies en el reposabrazos. El único problema es que aquí todo el mundo sabe que Ambrogio estaba bien. El día de antes estaba contento, se reía, hacía bromas. Pero ¿qué pasa?, ¿que la gente feliz no puede suicidarse? Claro que pueden. Están muriéndose por dentro, pero ponen buena cara. Eso era lo que hacía Ambrogio: sonreír y llorar por las noches hasta que se quedaba dormido. Pobrecito, todo esto era demasiado para él: el estrés de sus negocios en el mercado negro y de tratar con los animales de la Cosa Nostra. No es de extrañar que un hombre como él quisiera acabar con semejante mar de problemas saltando de un acantilado para caer en el mar embravecido. Tal vez alguien lo oyese discutiendo con el cura. ¡Eso es, claro que sí! Había gente pululando por la iglesia después de la misa. Podrían decirle a la policía que el cura es uno de los sospechosos, y eso le quitaría un peso de encima a su esposa.

¿En Italia hay pena capital? Será mejor que lo busque en Google, así que cojo el iPhone de Beth. No: la abolieron después de los nazis, el 1 de enero de 1948. ¡Menos mal! ¿Qué hacía la gente antes de que existiera Google? Google es el nuevo Dios, Twitter es Jesucristo e Instagram es el Espíritu Santo. Amén.

Me miro a los ojos en el espejo. Los tengo de color verde mar, el color de las pozas llenas de algas y reluciente musgo marino que se forman entre las rocas. Me sonrío. Ahora que soy Beth, soy más guapa. Se me forman arrugas alrededor de los ojos y a cada lado aparecen líneas de expresión. Me estiro la piel hasta tenerla lisa y tersa: ¿y si me pongo bótox? Quiero mantenerme joven toda la vida. Como Alphaville o Cher o un androide. Me lamo los labios, agrietados por el sol, y echo de menos el pintalabios morado que me caracterizaba. El pintaúñas verde lima. El gorro de lana. Ya no puedo ponerme nada de eso, no son muy Beth. No puedo comer kebabs ni meterme con Ed. Casi hasta echo de menos a los concursantes de la casa de «Gran Hermano».

¿Qué hago con Salvatore? Sabe demasiado. De hecho, lo sabe todo: que he sido yo la que ha matado a Ambrogio, que no soy Beth. Me ha dicho que prefería el culo de mi hermana. Y no sé por qué ella confiaba en él. Supongo que no le quedaba más remedio que aprovecharse. Estaba utilizándolo hasta que empezó a utilizarme a mí. Ella no lo quería, igual que tampoco quería a Alvie. En cualquier caso, Salvatore tiene que desaparecer. Podría hablar con la policía y delatarme. Estropearlo todo. Todo lo que me he esforzado tanto por conseguir. Mi merecido premio. Mi recompensa dorada. No cabe duda: tiene que morir. Pero ¿cómo?

Hasta ahora he tenido suerte. La suerte del principiante, o a lo mejor es que estoy en racha. Debería pasarme por los casinos de Palermo mientras me dura, o jugar unas partidas de blackjack online. Pero tampoco quiero pasarme. No quiero que me pillen, y tampoco me gustaría tener que salir corriendo. No me asusta tener un poco de la Cosa Nostra en mi vida; de hecho, diría que suena divertido. De repente se oye un portazo. Pasos en el pasillo: pesados, metálicos. ¡Nino! Claro, es el ruido que hacen sus botas. Me había avisado de que regresaría. Me froto los ojos para que parezca que he estado llorando, me

alboroto la melena y hago un mohín. Los hombres se cagan cuando ven a una mujer llorando, y me apuesto a que a Nino le pasa igual. Por muy poco corazón y alma que tenga, aunque esté muerto por dentro.

—¿Betta?

—¿Sí?

Me aparto del espejo.

Se acerca a mí dando zancadas y yo mantengo la mirada baja, fija en los flecos de la alfombra persa. Veo las botas con puntera metálica antes de verlo a él.

—¿Betta?

Lo miro con ojos aterrorizados y niego con la cabeza. No, no. Me tiemblan las manos; no demasiado, sino lo justo.

—Betta —repite, y se sienta a mi lado en el sofá.

Huelo el cuero de su chaqueta, el Marlboro que se ha fumado antes de entrar.

—¿Tu marido?

Respondo que sí con la cabeza.

—Acabo de enterarme. *Minchia* —dice Nino.

—Sí... —respondo.

Reniega entre dientes en italiano: *porco* no sé qué. Creo que eso significa *cerdo*.

Nino no gasta emociones, es evidente. Hace lo que puede por darme unas palmaditas en la espalda y poner cara de preocupación, pero está tenso. Preferiría estar en cualquier otra parte. Consolar a la viuda apenada de un antiguo socio no forma parte de sus tareas. Será mejor que entre en materia o se aburrirá y querrá marcharse.

—Ay, Nino. —Lloro.

Me aferro a sus manos y se me clavan los anillos de metal frío.

Él se aparta.

—¿Quieres una raya, Betta? Para animarte. Venga, vamos a hacernos unas rayas.

Saca una bolsita del bolsillo de la chaqueta, arrastra la mesita por encima de la alfombra y prepara un par de rayas sobre el cristal. Largas y finas y blancas como la nieve. Pues claro que sí, ¿qué más da? ¡Una celebración!

Saca un billete de cincuenta de la cartera de cuero negro y lo enrolla. Las esnifamos. Madre mía, qué buena está. Ya me siento mejor. Esta coca es mucho más potente que la que les robaba a los concursantes de «Gran Hermano» en Archway. Eso era por lo menos ochenta por ciento bicarbonato.

—¿Vas a hablar ahora, eh? ¿Vas a decirme lo que sabes?

Me sorbo los mocos, reprimo las lágrimas que no me caen y me limpio la nariz con el dorso de la mano.

—Vale —contesto.

—Empecemos por los cardenales: ¿quién te los ha hecho?

¡Ostras, madre mía! No veas cómo pega esta coca. Estoy viva, soy invencible. Soy mágica y puedo volar. Estoy tan colocada que ahora mismo me da igual si la casa se quema conmigo dentro. Vamos a ver, ¿de qué estábamos hablando?

—Salvatore —le respondo.

Bueno, digamos que me dio una paliza, por llamarlo de algún modo. Es una mentirijilla, nada más. Yo no soy mentirosa, más bien creativa. Todo lo que digo es verdad, como las brujas de *Macbeth*.

Me vuelvo hacia Nino y dejo que mi muslo roce el suyo. Llevo el Wonderbra de Beth y una cantidad exagerada de Miss Dior Chérie. Me muerdo el labio.

—Ha sido él.

—¿Salvatore? Sí, me suena. Es el vecino, ¿verdad? Amigo de tu marido, ¿no? —pregunta Nino.

Hago una pausa, lo suficiente para crear sospecha.

—No eran exactamente amigos... —contesto.

Abro muchos los ojos, sin apartar la mirada de los suyos para que él lea entre líneas: «Salvatore ha matado a Ambrogio y ha atacado a su esposa».

—¿Por qué te ha pegado? ¿Estaba celoso? —pregunta Nino—. ¿Estaban Ambrogio y él peleándose por ti?

Sí, claro, ¿por qué no? No se me había ocurrido esa posibilidad.

—Sí...

Dejo que las lágrimas hablen por mí y entierro la cabeza entre las manos. Mis hombros se sacuden y respiro con irregularidad.

—*Stronzo!* —exclama él, y se levanta del sofá—. ¿No habrá matado ese *figlio di puttana* a tu marido, Betta? *Vaffanculo, stronzo!*

Miro a Nino, que está dando vueltas por la alfombra. Las punteras de hierro de sus botas van chocando contra todo, tiene los dedos hasta arriba de oro y plata. Yo no digo nada, me limito a mirar.

—Voy a darle una lección a ese mamón hijo de puta. *Il Professore* era como un hermano para mí.

Asiento como si yo supiese de qué va la cosa.

—¡Un hermano!

—¿Qué vas a hacer? —pregunto al final.

Espero que quiera matarlo.

—Yo me ocupo de esto —responde, gruñendo.

Nino sale con un portazo. El motor de su monovolumen ronronea por el camino de entrada hasta la carretera.

Bueno, ha sido fácil. Chupado. Me encanta. Nino es elegante y discreto. Una mamba negra, una viuda negra: callado, sutil y la hostia de letal. Me recuesto en el sofá, enciendo un cigarrillo y soplo el humo hacia la lámpara de araña. A Beth le daría un ataque si me viese fumando aquí; a Ambrogio lo obligaba a salir a la terraza. Pero Beth ya no está, y Ambrogio tampoco. Adivina quién es el siguiente: Salvo. Hundo la cabeza en los cojines y la muevo de un lado a otro. Con el cerebro entumecido del colocón de coca, me aparece una sonrisa en la cara que va ensanchándose poco a poco.

Llevo horas aquí, esperando, vigilando. Estoy sentada en el jardín, mirando hacia la carretera. Ya llevo ocho cigarrillos. Me sabe la boca como una pira funeraria, pero la nicotina me ayuda. Un poco. Al menos, ya no tiemblo. Estoy bebiéndome una botella de nero d'Avola (el vino está mucho más rico cuando no es de tetrabrik) y comiendo *torta della nonna* para sentirme mejor. Me la meto en la boca a puñados y no paro de tragar hasta que ya no puedo más. Entonces, sigo engullendo hasta que se acaba. Me limpio las migas que tengo entre los dedos y lamo el plato hasta limpiarlo. Dulce, cremosa, decadente, deliciosa. Quiero más, pero no queda. Así que enciendo otro cigarrillo.

Empieza a oscurecer, pero pienso esperar toda la noche si hace falta. Necesito verlo, tengo que estar segura. No pegaré ojo a menos que lo sepa, así que no vale la pena ni que me acueste. ¿Quién podría dormir en una noche como ésta? ¿Quién en su sano juicio dormiría? Para eso tendrías que ser un sociópata. Un psicópata de manual: Thomas Ripley, Patrick Bateman o quizá Amy Dunne. Si me dan a elegir, prefiero a Amy: una de esas psicópatas que salen en los libros. Pero no lo soy. Yo me preocupo por las cosas. Y quiero saber.

Miro el reloj de Beth: son las ocho y media. Ya llevo aquí al menos tres horas y tengo el culo dormido. Siento un hormigueo por todo el cuerpo. Le he dicho a Emilia que no quería cenar. En las últimas horas ha venido varias veces, como si me vigilase. Me mira. Se comporta como si necesitara decirme algo y no se atreviese, y está volviéndome loca. Moviendo las cortinas, escuchando. Está preocupada. En cualquier caso, lo de la cena no la ha sorprendido, porque me parece que Beth no comía comida de verdad: un pistacho para desayunar, una hoja de lechuga a mediodía y medio tomate cherry para cenar con un sorbo de *granita* de postre. No tengo apetito, no con el peso que llevo encima. Sobre todo, después de comerme toda la tarta. Puede que Nino no lo haga hoy, pero debería.

Es un profesional, no le gustará dejar flecos, y menos uno como éste. Querrá que quede todo atado cuanto antes, esta misma noche. Yo lo haría así.

Mierda, me encuentro mal. No es el vino ni la tarta. Tampoco es por haber estado fumando como un carretero. Estoy acostumbrada a todo eso, pero es que Nino va a matar a Salvatore. Mañana a esta hora estará muerto. Y todo es culpa mía. Por mi idea absurda. Nunca he asesinado a nadie. O sea, no he matado a nadie con intención de hacerlo. ¿Es así como lo dicen en los juicios? ¿No es lo que dicen en el programa «Judge Judy»? Es la diferencia entre asesinato y homicidio, el puto quid de la cuestión. O sea, lo de Beth y lo de Ambrogio ha sido distinto. Es decir, lo de Beth fue un accidente. Al menos, eso creo. Y en el caso de Ambrogio no me quedaba más remedio. Es obvio que fue en defensa propia: o él o yo. Sin embargo, esto es diferente, es premeditado. Me encuentro mal, aunque eso es bueno; como tener un hormigueo en el estómago antes de actuar. Me gusta... Tío, ¡qué subidón!

Necesito ir al baño. Hace casi una hora que tengo que hacer pis, pero me da miedo moverme de aquí y no verlo llegar. No le quito ojo a la carretera, pero no aguanto más. Siento el dolor físico de tener la vejiga demasiado llena y el dolor mental de denegar el alivio. Echo un vistazo a la casa y veo que las luces están apagadas. Ernie está dormido y creo que Emilia se ha marchado ya. Me levanto de la tumbona y salgo corriendo hacia el césped sin dejar de vigilar la carretera como un águila. Como un dron. Me bajo las bragas y me agacho. Oigo el ruido del pis al caer en la hierba. Como en el disco de Joni Mitchell que habla del ruido en las praderas. A media meada, de pronto lo oigo: el ronroneo de un vehículo en la carretera. Levanto la mirada y lo veo. Hay un coche grande y negro que avanza despacio como un coche fúnebre, pero con las luces apagadas. Es el monovolumen de Nino. Pasa por delante de la casa y se detiene a la entrada de la de Salvatore. Me subo las bragas y me levanto.

—¿Ya está? —pregunto sin aliento.

—Ya está —confirma una voz en la oscuridad.

No estaba dormida. Estaba contemplando la negrura infinita del techo. Me siento en la cama y busco el interruptor de la lamparita de noche. La enciendo y la luz casi me ciega. Nino se inclina sobre mí, mirándome con ojos de fuego.

—Ya está hecho —susurro.

Lo miro a los ojos una fracción de segundo más y noto calor, como si me quemase por dentro.

—Nino —digo con la respiración entrecortada—, nadie había matado por mí. Me... me pone...

Nino es mi superhéroe.

—¿Te gusta?

—Ajá...

—Sí, a mí también. Es un trabajo genial.

No puedo evitarlo, tengo que saberlo. Me muero de curiosidad, como un gato idiota.

—¿Qué es lo que haces exactamente para ganarte la vida?

Nino se ríe.

—¿Quieres decir que no lo sabes?

—No del todo —respondo, y niego con la cabeza.

Él se ríe de nuevo. Sus hombros se sacuden y tiembla el colchón. Suena como cuando el agua sucia se va por el desagüe.

—Mato a gente —explica—, a cambio de dinero en metálico.

Y no estoy segura de si habla en broma o en serio, pero se ríe otra vez y no para de reírse como si ésa fuese la última carcajada antes de que alguien le meta una bala entre ceja y ceja. Entonces sé que es verdad. Joder, qué sexi es: acento italiano, pelo engominado y grasiento. Dios mío, cómo me gusta. Jamás he deseado tanto a nadie. Nino está más bueno que Christian Grey.

—Genial —respondo.

Me seca una lágrima del rabillo del ojo, negro, muerto.

—Creía que eras una niña buena —dice Nino, y se acerca a mí.

—¿No odiabas la violencia? ¿Los asesinatos? —pregunta, y enarca una ceja—. Ambrogio decía que eras pacifista.

Quiero agarrarme a él.

—Pues supongo que te equivocas. Soy una caja de sorpresas.

La gravedad nos acerca. Él es el Sol, y yo, Marte. O al revés, no sé. Aparto las sábanas para que Nino pueda meterse en la cama, y él salta encima de mí. Todavía lleva la chaqueta y las botas de puntera de acero. Los remaches de metal se me clavan en la piel. Me mete la lengua en la boca y noto el sabor de la sangre. ¿Le sangra el labio, o es de Salvatore?

Nino me arranca el vestido y me tapa la cabeza con él. Tira de las bragas y me las baja con el pie. Estoy desnuda del todo. Se detiene, me mira de arriba abajo y se lame los labios: un perro a punto de devorar un hueso. Lo contemplo con los ojos bien abiertos y respiro su olor: sudor mezclado con sangre. Me duele el coño.

Se inclina sobre mí y noto su aliento húmedo y caliente. Tiene los labios a dos centímetros de los míos.

—Betta, *madonna*, no tenía ni idea de que fueses tan mala.

Lanza la chaqueta al suelo, se quita las botas y las aparta de una patada. Se

saca la pistola del cinturón y la deja caer sobre la mesilla de noche.

—No —le pido—, no lo hagas.

—¿Qué? —pregunta él.

—La pistola, me gusta. Dámela.

Estiro el brazo sin dejar de mirarlo a los ojos y cojo el arma. Está cargada y pesa. Nino tiene las pupilas oscuras, enormes. Me tumbo en la cama con el cañón entre las piernas. Me pregunto si tiene un seguro, si lo tendrá puesto. Me froto el clítoris con la pistola. ¿Qué pasaría si se me disparase?

—Así... —dice Nino.

Juego con la pistola mientras él me mira. Noto el metal frío y duro dentro de mí. Gimo. El cañón desaparece y aparece, entra y sale; dentro, fuera. Se gira y se desliza. Los bordes son ásperos, fríos, metálicos. Un escalofrío me recorre la espalda.

—Sí...

Nino me coge la pistola y la deja en la mesilla; se arrodilla delante de mí en la cama. Ya sé lo que quiere. Le bajo la cremallera y los pantalones vaqueros. ¡Santo Dios, es enorme! Lo más grande que he visto en la vida. Más que la de Salvatore. Como la de Mark Wahlberg. Igualito que Mr. Dick. Tanto, que no parece real. Una vena morada sobresale en un costado. Huele a carne, a cuerpo. Abro la boca. Nino tiembla, le titila una luz en los ojos.

—Ven aquí, *puttana* —dice.

Me agarra por los hombros, me da la vuelta y me empuja. Tengo tantas ganas que me duele el coño. Me clava las uñas en la cintura, tira de mí, me aprieta. Estoy tan mojada que goteo.

—¿Estás seguro de que está muerto? —pregunto, pegada al cabecero.

—Tiene el cerebro esparcido por el suelo de la cocina. Domenico está haciendo la limpieza.

Ojalá lo hubiese matado yo... Pero ya es demasiado tarde para eso. Entra dentro de mí de golpe, con tanto ímpetu y tan adentro que no puedo evitar chillar. Me coge del pelo y me hunde la cara en la almohada. No puedo respirar. No puedo moverme. Empuja y empuja, y se mueve justo en mi punto G. Con saña. Sin cuidado. Vuelvo la cara hacia un lado y gimo.

—¡No pares! ¡No pares!

Me recorre la espalda con las manos, hasta el cuello y los hombros. Me mete el dedo en la boca y se lo muerdo con fuerza. Estoy jadeando, respirando, suplicándole, rogando:

—¡No pares! ¡No pares, joder!

Me da un cachete en la nalga que escuece como una picadura de serpiente.

—¡Oye! —digo, y me aparto como si me hubiera molestado.

Pero en realidad me gusta.

Me da la vuelta y se tumba en la cama. Me pongo encima de él y me siento a horcajadas. Me deslizo sobre su polla poco a poco, despacio. Y empiezo a cabalgar sobre él mientras me sujeta por la cintura. La sensación es maravillosa, plena e intensa. Se incrementa más y más y más, hasta que sé que me voy a correr, estoy a punto de correrme, me corro y... ¡joder!

Me da la vuelta otra vez. Estoy mareada. Estoy colocada. Me toca el culo con los dedos y de repente me mete uno. ¡Dios mío! Eso no me lo esperaba. Me mete la polla en el culo y me escuece. ¿Es normal? Nunca he hecho esto. Me resbala la mano y me doy un golpe en la cabeza, pero Nino me levanta. Me huele el pelo y le noto el aliento caliente y húmedo en la nuca. Me frota el clítoris con los dedos y me folla por el culo. A la mierda lo normal, ¡esto es espectacular! Dicen que el culo es la nueva vagina. Se corre dentro de mí y yo palpito por dentro. Me sale un líquido del coño; violento, extraño. Y me corro como no me había corrido en toda la vida.

¡Ha matado por mí!

¡Nino ha matado a Salvatore!

No puedo respirar.

No veo nada.

Dios mío.

Nino es el hombre con el que comeré perdices.

Creo que es mi alma gemela.

SEXTO DÍA

Avaricia

@AlvinaKnightly69 «El secreto del éxito financiero es el amor por el dinero. Entonces ¿por qué estoy sin blanca?»

Fue culpa de Beth que me echasen de las Girl Guides en 2005.

A lo largo de ese año, Beth y yo organizamos infinidad de puestos de venta de tartas para la beneficencia, carreras de disfraces, maratones de natación y de sueño, galas, sesiones de discoteca y paseos en bicicleta patrocinados. Leí doce novelas de Enid Blyton, una detrás de otra, para la maratón de lectura de Pascua (de eso no te recuperas en la vida). Me vestí de perrito caliente para el pícnic de disfraces. Tejé tres kilos de bufandas. Éramos las guías más concienciadas de nuestro grupo. Hacíamos nuestras buenas obras y respetábamos las normas establecidas por el difunto y gran barón Baden-Powell. Llegamos incluso a conocer a la presidenta de las Girl Guides, su alteza real Sofía, condesa de Wessex. Conseguimos las insignias de primeros auxilios, de seguridad contraincendios y de supervivencia, y llegamos a ostentar el honor de ser líderes de manada en la categoría de las Brownies.

Decir que la expulsión me dolió es quedarse corto; más bien fue como una crucifixión.

Había sido un ejemplo que seguir, un modelo de comportamiento. El grupo de las Arcoíris, el de las Brownies y las que ya eran guías me admiraban. Todavía oigo el eco de los aplausos en la vieja sala de actos de la parroquia y cómo le tembló la voz a la Castora cuando anunció que la cantidad que yo había recaudado ese año para las diferentes causas batía todos los récords. A la Lechuza se le llenaron los ojos de lágrimas cuando subí a recoger la insignia de actos en la comunidad, y la Ardilla lloró de alegría.

En su momento más álgido, nuestra obsesión por recaudar fondos nos llevó a organizar un acontecimiento por semana: fue muy intenso. Pero, al final, la presión pudo conmigo justo antes de que cumpliésemos catorce años. Preparamos un castillo de fuegos artificiales para Save the Children, un silencio patrocinado para NSPCC, que luchaba contra la crueldad infantil, y una cena de

gala para Unicef. El estrés era inconmensurable. No dormí durante todo un mes.

No obstante, valió la pena: en 2005 gané cinco mil cuatrocientas ochenta y siete libras con cincuenta y seis peniques. No está mal para una adolescente que todavía está en el período de escolarización obligatoria. Me estaba quedando sin sitio donde esconder el dinero; eran casi todo monedas de una libra, pero también había calderilla, billetes de cinco, alguno de diez, otros de veinte, un puñado de talones y un par de giros postales. Una mañana me levanté y no encontraba bragas porque tenía los cajones llenos de billetes. Decidí que necesitaba una cuenta de ahorros, así que un sábado por la mañana fui a la oficina más cercana de Lloyds Bank y les expliqué mi problema. Ni que decir tiene que el señor que me atendió se quedó muy contento al ver cuánto había trabajado ese año cuidando a niños y lo bien que se me daba ahorrar. Intentó convencerme de abrir un fondo de inversión, pero yo tenía otra idea. Quería una cuenta a la que pudiera acceder por internet.

No hacía mucho que había visto *Rain Man*, con Dustin Hoffman y Tom Cruise. Me compré un libro de autoayuda sobre contar cartas, porque cuando Raymond lo hacía no parecía tan complicado, y si un autista era capaz de ello, supuse que yo también podría. Aun así, tardé veinticuatro horas en perder cinco mil libras en casinos online. Súmale a eso una llamada airada del abogado que representaba a Save the Children y la sorpresa que me llevé cuando me expulsaron de las Girl Guides: fue un octubre horroroso.

Pero si yo no hubiera estado preparada para cualquier situación, habría sido una guía muy mala. Al fin y al cabo, su lema es «Prepárate». Preparé una botella de Pepsi llena de gasolina del viejo Volvo de mi madre y una caja de cerillas. Un martes por la noche, cuando todo el mundo dormía, bajé la escalera de puntillas y en pijama, me puse el anorak y salí de casa sin ser vista. La sala de actos de la parroquia estaba a tan sólo unos minutos de distancia, y cuando llegaron los camiones de bomberos con las luces, yo ya estaba bien arropada en la camita. El aullido de las sirenas, el rugido de las llamas y el olor tenue de humo se colaron en nuestra habitación por las juntas de las ventanas viejas. Humo acre. Agrio. Me picaban los ojos. Tenía un cosquilleo en la garganta. Beth ni siquiera se despertó. Y yo habría quemado Save the Children, pero las oficinas estaban en Londres y era demasiado lejos.

Nadie cayó en que había sido yo. Aparte de Beth, claro, pero ella no dijo nada. No sé por qué guardó el secreto. Ni siquiera se lo dijo a mi madre.

Sábado, 29 de agosto de 2015

Taormina, Sicilia

—*Buongiorno.*

Es Emilia. Trae café, un cruasán y un zumo de naranja recién exprimido, todo en una bandeja. ¿Qué hacía antes de tener gente que trabajase para mí? ¿Tomaba Nescafé soluble? ¿Té de bolsitas? Ya ni me acuerdo. Fue en otra vida.

Hace un día precioso. Emilia tira del cordón de la persiana y revela un rectángulo cegador de cielo azul. Una jungla de palmeras arroja sombras negras sobre las losas de lava. Me siento. ¿Nino? Miro la almohada que está arrugada al otro extremo de la cama. Se ha ido. Cómo no: ni en sueños conseguiría que un hombre se quedase. Sé que eso es lo que diría mi hermana de mí, pero que se joda. Elizabeth, *la asesina*. O, por lo menos, *la que había planeado un asesinato*. ¡Ja! No llega ni a asesina; lo intentó y fracasó. Mientras tanto, yo ya voy por el tercero.

—¿Se ha despertado Ernie?

—Todavía no, *signora*.

—Deja que siga durmiendo. Iré a verlo cuando me haya vestido.

»A lo mejor vamos a la playa. Será divertido. A los niños les gustan los castillos de arena, ¿verdad?

—*Certo* —responde ella, y ladea la cabeza.

Se acerca a la puerta, pero se detiene antes de llegar.

—*Signora?*

La miro con la cara llena de migas.

—¿Mmm?

Dios, ¿qué pasa ahora? ¿Qué va a decir? ¿Es que no puedo desayunar tranquila?

—*Sono preoccupata*. Esta mañana la he oído chillar.

—¿Chillar?

—Sí.

¿De qué demonios habla? ¿Qué gritos? ¿Me oyó anoche follando con Nino? (Joder, qué bien estuvo. Estoy al borde del enamoramiento. Casi.) Puede que me oyese gemir de placer, pero chillar...

—No he chillado.

—Puede que tuviera un *incubo*. Una pesadilla.

—Acabo de perder a mi marido. Mi vida es una pesadilla —respondo, y la fulmino con la mirada—. ¿Me traes otro cruasán?

—*Certo*.

—¿Y otro café?

Da media vuelta para marcharse. Pero se detiene otra vez.

—*Signora*.

—Dime, Emilia.

—Siento mucho lo del *signor* Caruso. Cuando mataron a mi marido, no hablé con otro hombre durante diez años. Sólo llevaba negro.

—A mi marido no lo han asesinado. Se ha suicidado.

—Sí, *signora*.

—Venga, largo.

—*Signora*?

—¿Qué?

—Quiero decirle que usted y Ernesto..., usted es familia para mí. Haría cualquier cosa por usted. ¡Moriría por usted!

—Vaya, Emilia... Tampoco hay que pasarse, pero gracias de todos modos. ¿Qué hay del *cappuccino*?

Y por fin se marcha.

Vaya... Me pregunto de qué iba todo eso. Tal vez esté preocupada por mí. A lo mejor es buena persona y ya está. Pero es raro; tendré que vigilarla. Esto se está poniendo muy personal, demasiado para mí. Sin embargo, la necesito. Sabe qué hacer con el niño, me lava la ropa, me hace la cena. Porque yo todavía no he averiguado cómo se prepara el café. Es una especie de alquimia, tengo que mantenerla cerca.

Me acerco a la ventana y miro hacia la calle. Hay un policía aproximándose a pie por la carretera. ¿Es el *commissario* Savastano? No le veo la cara. No vendrá aquí, ¿no? Me quedo helada con la taza suspendida en el aire, pero desaparece al llegar a casa de Salvatore. ¿Qué hace ahí? ¿No habrán encontrado el cadáver? ¿No habrán visto los sesos esparcidos por el suelo y las salpicaduras de sangre en el frigorífico como si fuera un mural de Jackson Pollock? Respiro hondo. Ay, Salvatore. Menuda lástima: era fantástico en la cama. Tenía un talento impresionante y podría haber sido profesional, como esa estrella del porno italiano: Rocco. Aun así, no le hacía ni sombra a Nino.

No me gusta que haya polis husmeando por aquí.

¿Y si me relacionan con la muerte de Salvatore? ¡Ja! Buena suerte. Ni siquiera he sido yo. ¿Qué importa si engañé a Nino para que lo hiciese él? No hay pruebas ni forma de demostrarlo: es su palabra contra la mía. Yo no tengo las manos manchadas de sangre de Salvo. Es la misma historia de siempre, que alguien cambie el disco, joder. En serio, esto ya huele: sin cadáver no hay asesinato. Y no encontrarán el cadáver. Nino es un profesional, y Domenico también. Nino sabe lo que hace, no me cabe duda. Habrán limpiado y no quedará ni la muestra. Ni sesos ni sangre. Se habrán ocupado del cadáver. Nino es más listo y más atractivo que esos polis, que eran unos putos vagos. La mayoría son unos corruptos que le ponen la mano a la mafia para hacer la vista gorda. Estoy

segura de que, llegado el caso, podríamos sobornarlos.

Pero no pasa nada. De cara al mundo, Salvatore ha decidido darse unas largas vacaciones solitarias en alguna playa perdida de Italia. Para eso es artista, ¿no? Tiene temperamento artístico, puede que le hayan entrado ganas de recluirse y centrarse en las esculturas. Sí, estoy bastante segura de que me comentó algo así justo antes de marcharse. La presión de la vida moderna en Taormina estaba afectándolo; quería regresar a la pureza de la naturaleza, inspirarse con el mar y el sonido de las olas... O cualquier gilipollez por el estilo. De hecho, estoy segura de que dijo que se marchaba. Estoy dispuesta a poner la mano encima de una biblia y jurarlo ante un tribunal.

Miro el iPhone de Beth, que está cargándose junto a la cama, para ver si hay algo urgente a lo que deba responder. La foto con Ernie tiene trescientos veinticinco «Me gusta». Otro tuit de Taylor Swift. Y tres llamadas perdidas, todas de mi madre. Dios, ¿qué querrá ahora? Ha dejado un mensaje de voz, pero no tengo ganas de escucharlo. No pienso devolverle la llamada.

Me visto con un conjunto que es tan mono que casi no me lo puedo ni creer: una blusa de seda con un lazo al cuello y una falda de volantes a juego que me llega por la rodilla. Estoy adorable. Igualita que Miss Universo cuando llega la parte del concurso en la que tiene que ponerse ropa y hablar. Este conjunto va directo a Instagram. Hago una pirueta frente al espejo y de pronto me viene un fogonazo de la pesadilla: ¡estaba soñando con Beth! Estaba persiguiéndome, llamándome. Venía a por mí como una zombi, y yo corría como si me fuese la vida en ello. ¡Ahora me acuerdo! Menuda pesadilla. Joder, ¿por qué no me dejará Beth en paz? Esto empieza a molestarme, ¿por qué no puedo tener pesadillas normales, como las de todo el mundo? Podría soñar que me caigo por el hueco del ascensor o que me persigue una araña gigante. Que se me caen los dientes. Que llega el fin del mundo o el apocalipsis... Pues no, yo tengo que soñar con Beth.

¿Sabes qué es lo que necesito? Un plan. Si no planeas bien, fracasarás bien. Tengo que seguir adelante, vivir mi vida (la vida de Beth). Ya basta de mierdas. Ya basta de hacer el gilipollas. Y de mi hermana. Hablaré con su abogado para solucionar el tema de la herencia de Ambrogio. Cambiaré de estilista. Y, por si acaso, contrataré a otra niñera. Tal cual. Dicho y hecho. *In your face.*

—¿Dónde está? —pregunta Nino, que acaba de irrumpir en el salón.

¡Ostras, ¿de dónde ha salido?! Hace menos ruido que un Prius. ¿No tendrá un juego de llaves de la casa? Había empezado a leer *La mujer eunuco* (uno de los pocos libros que traje conmigo y que tenía olvidado en el fondo de la maleta con la navaja multiusos), así que lo dejo sobre la mesa. Me gustaría saber qué pensaría Germaine Greer de Nino.

—¿Dónde está el qué?

—El cuadro, joder.

¿Un cuadro? Sí, me suena algo de un cuadro. No sé qué de un Caravaggio.

—¿El Caravaggio? —pregunto.

¿Qué será? ¿Un cuadro de una caravana italiana? ¿Una acuarela de la autocaravana de «Breaking Bad»?

—Claro que el Caravaggio..., ¿qué otra cosa iba a ser?

Da vueltas sobre la alfombra; está nervioso, ansioso, como si hubiese esnifado demasiada cocaína. Seguro que ha esnifado demasiada cocaína.

—Ah... ¿Nos hacemos unas rayitas? Yo no sé dónde está el cuadro.

—¿No sabes dónde está?

—No.

Nino se quita el sombrero y lo lanza con fuerza sobre la mesita antes de pasarse los dedos por su pelo de color ébano. Me gusta el sombrero, a lo mejor se lo robo.

—Eres su mujer, joder: claro que sabes dónde está.

Saca la bolsita de coca y hace unas rayas.

—Bueno —digo, cambiando de tema—, ¿cómo es que no te quedaste a dormir? Yo quería que te quedases.

Levanta la mirada y frunce el ceño.

—Yo no duermo.

—¿Cómo que tú no duermes? Todo el mundo duerme.
Nino esnifa una de las rayas y se limpia la nariz con el dorso de la mano.
—¿Dónde está el cuadro, Betta?
—Pero ¿qué eres?, ¿un vampiro o algo así? ¿Eres Edward de *Crepúsculo*?
¿Eres uno de los Volturi?
—¿De qué cojones hablas? ¿Quién es Edward?
—Tienes que dormir. Yo necesito al menos diez horas al día. Es bueno para la piel.
—Duermo la siesta por las tardes.
—¿La siesta?
—Por las noches trabajo.
—¿Qué eres?, ¿un bebé?
—En Sicilia todo el mundo duerme la siesta. Hace demasiado calor para trabajar durante el día.
Sólo los perros y las inglesas salen cuando pega el sol a mediodía, decimos en Inglaterra. Bueno, más o menos.
Me pasa un billete enrollado de cincuenta.
—O sea, que eres nocturno. Como un murciélago, ¿no? O un gálago.
Nino asiente. La primera vez que lo vi ya tenía pinta de murciélago, caminando con el abrigo largo de color negro.
—Aun así, me habría gustado que te quedaras en lugar de largarte. Podríamos haber hecho la cucharita —insisto.
Esnifo la coca.
Nino suspira.
—Betta, sé que sabes dónde está el cuadro, así que dímelo de una puta vez.
Mierda, tiene razón. Beth lo sabría. ¿Dónde podría haber escondido Ambrogio un cuadro? Un Caravaggio.
—Ambrogio no quiso decírmelo. Dijo que era mejor que no lo supiese. Por seguridad —contesto.
Nino se encoge de hombros.
—Bueno, tiene que estar en alguna parte de la casa y nosotros necesitamos encontrarlo.
Me meto otra raya. Joder, qué buena: un orgasmo cerebral. O algo parecido. Tengo como burbujas en el fondo de la mente, Coca-Cola. ¿Es esto la felicidad?
—Vale, pues vamos a buscar.
Le regalo una sonrisa de un millón de megavatios. Una de verdad. Como si fuese sincera. Que Dios bendiga la cocaína. Esta vez voy a ayudar. Serviré de algo. ¡Alvina superproactiva! *Beth*, quería decir *Beth*, por supuesto.
Nino esnifa otra raya y da vueltas por el salón.

—¿Quién era el cliente? ¿A quién iba a vendérselo?

—¿Perdona?

¿Se supone que yo debo saberlo?

Vacilo.

—No me digas que no tienes ni idea, porque a mí no me dijo ni una puta palabra del tema. Quería llevar el asunto él solo.

Le miro el cinturón, justo donde asoma la empuñadura de la pistola... Será mejor que no lo cabree.

—Lo siento, cariño, pero no tengo ni idea.

Nino le da un puntapié a la pata de la mesita y la lámpara de cerámica se tambalea. Alcanzo a cogerla antes de que se haga añicos en el suelo. La etiqueta de la base dice «Wedgewood».

—Betta, no hace falta que sigas con el papel de esposa inocente. Sé que estabais los dos metidos en esto. Me dijo: «Al cliente le cae bien mi mujer». Así que, ¿de quién coño se trata?

Buena pregunta, ojalá supiera la respuesta. Pero Nino acaba de recordarme algo: Ambrogio me llevó a hacerle una visita al cura ese. Y yo le caía bien, quiero decir, que Beth le caía bien. Caravaggio... Caravaggio... Ya me parecía haber oído la palabra antes. Miro a Nino y sonrío.

—¡El cura! —exclamo—. El cliente es el cura.

Gracias a Dios. Por fin me entero de algo.

Nino me ofrece una sonrisa desagradable.

—Bueno, algo es algo. *Bene*. ¿Qué cura? En Sicilia hay cientos de miles.

—El de la iglesia de la plaza.

Mierda, ¿cómo se llamaba? *Chiesa...*, ¿*chiesa di San Giuseppe*? Le doy vueltas al anillo de Beth sin quitármelo del dedo. Espero haberlo pronunciado bien.

—¿Aquí, en Taormina?

—Eso es, en Taormina.

Nino suelta un silbido largo y lento, se recuesta en el sofá y se alisa el bigote con el dedo índice y el pulgar. Parece una babosa, pero es sexi.

—¿Lo dices en serio? ¿La iglesia de la piazza IX Aprile?

Creo que sí...

—Sí, ésa.

—¿Cómo se llama el cura?

Se ríe y se incorpora en el sofá. Mete la mano en el bolsillo y saca un paquete de tabaco. Me ofrece uno, pero respondo que no con la cabeza. Parece que está más alegre..., ¿será por lo del cuadro o por la coca?

—No lo sé. Era un tipo muy muy viejo. Tenía la nariz grande... Me recuerda

a Belial, de *El paraíso perdido*.

Si él era Belial, Nino tiene que ser Moloch. Yo seré Satán, el héroe.

—¿Nariz grande? Bueno, da igual. Ya lo encontraremos. ¿Qué cantidad acordasteis?

Nino me sopla todo el humo. Me escuecen los ojos.

—No fui yo, yo no acordé nada.

—Tu marido, *Il Professore*. ¿Qué precio le puso?

—No tengo ni idea. Si te digo la verdad, Nino, la última vez que se vieron, discutieron. Creo que es posible que rompiesen el trato.

Nino se queda helado y me mira a los ojos... Si las miradas matasen... Supongo que no debería haber dicho eso. Le echo un vistazo a la pistola.

—No, de eso nada, sigue en pie. No han roto el trato ni de puta coña. ¿Cuándo pasó eso?

—Hará... ¿un par de días?

No tengo ni idea. He perdido la noción del tiempo y no sé ni qué día es hoy. ¿Martes? ¿Sábado? ¿El día de Navidad?

—Vamos a vender esa puta mierda de cuadro aunque sea lo último que hagamos, y el cura quiere comprarlo. No vamos a tenerlo aquí parado cuando vale veinte millones de dólares.

—¿Veinte millones de dólares?

No puede ser, ¿he oído bien? La cocaína me hace tantas cosquillas en el cerebro que no me entero.

—Como mínimo. En una subasta podría valer más. Pero en el mercado negro sacaremos una décima parte de eso, con suerte.

—¿La décima parte?, ¿dos millones?

Dios mío.

—Bravo, nena. Qué bien sabes hacer cuentas. Estoy seguro de que Ambrogio quería más y por eso discutieron. El puto avaro. Su padre lo tenía desde los noventa, ahí, muerto de aburrimiento.

—¿De verdad? ¿Desde hace tanto tiempo?

—Es una puta pesadilla vender algo así de escandaloso. ¿Sabes lo que nos costó encontrar comprador?

—No...

—Betta, ¿no te ha contado nada de esto tu marido? ¿Es que no hablabais?

Me mira de reojo.

—Este negocio era enorme para Ambrogio, el mejor puto trato de su vida. ¿Sabes el resto de los cuadros que vendía? Pues no eran nada. En comparación con éste, no valían ni el papel con el que se limpiaba el culo.

—Vaya... —contesto, aunque no entiendo nada.

Lo que me preocupa es que tengo la cabeza a punto de estallar. Nino habla demasiado deprisa, como un vendedor de coches de Nueva York o como Jimmy Carr.

—Ese cuadro, que todavía tenemos que buscar, por cierto, no es un Caravaggio cualquiera. Aunque ese tío tampoco tiene ningún cuadro del montón. Es la *Natividad*, ¿entiendes?

—Entiendo.

No entiendo nada.

Cojo el móvil de Beth y busco «Caravaggio *Natividad*» en Google cuando Nino no mira. Según internet, hay unos cincuenta cuadros de ese pintor por todo el mundo. ¿Y el de la *Natividad*? Pues, según la Wikipedia, éste es el grande, el puto amo del espectáculo. Su obra maestra.

—Joder... —digo.

—Sí, joder. ¿No lo sabías? ¿Estabas casada con Ambrogio Caruso y no sabías eso? La hostia...

Nino se acaricia el bigote. Me late el corazón a mil por hora. La verdad es que no tenía detalles sobre cómo se ganaba Ambrogio la vida. Y, si fuese Beth, lo habría sabido. Me quema la piel, siento demasiado calor. Conozco a Waterhouse, a Hogarth y a Gainsborough. A Turner y a todos los prerrafaelitas. Conozco a Freud y a Bacon y a Banksy, pero no sé nada del tema. No me he empollado el arte italiano, siempre he evitado el quesito marrón. Pero seguro que Beth sabía del tema. Ella era la que fue de excursión a la National Gallery cuando teníamos trece años.

—El arte nunca ha sido lo mío. Le gustaba a Ambrogio —respondo—. ¿Nos hacemos otra raya?

Nino prepara un par más con la tarjeta de crédito plateada. ¿Dónde puede haber escondido Ambrogio el cuadro? Me arrepiento de haberlo matado, porque ahora podría preguntárselo. Qué rabia, ¿por qué no soy clarividente? ¿Quiénes son los que pueden hablar con los muertos? Los clariaudientes o algo así. Los adivinos. Ojalá fuese un chamán. Si hubiera sabido lo del cuadro antes de que él muriese... Pero Ambrogio no soltaba prenda cuando le preguntaba por su trabajo. «Yo soy sólo el intermediario, no es muy interesante.» ¿Veinte millones de dólares? ES LO MÁS INTERESANTE QUE HE OÍDO EN LA VIDA.

Podría solucionarnos la vida. Si lo encontramos.

Sigo buscando en Google mientras Nino hace rayas de coca. El cuadro de la *Natividad* fue robado de la iglesia de San Lorenzo de Palermo en 1969. Al parecer, un par de oportunistas con navajas lo habían visto unas semanas antes en la tele, en un programa sobre los tesoros ocultos de Italia. Ni siquiera eran de la mafia, sólo un par de aficionados. No estaban metidos en el ajo. Conocían la

iglesia y reconocieron el cuadro. En aquella época la seguridad no valía nada, no era como ahora, y el cuadro no tenía más vigilancia que un viejo que seguramente ni se despertó durante el robo. Una noche lo descolgaron de encima del altar y se marcharon con él en una furgoneta de esas de tres ruedas. Como un par de repartidores de hortalizas o de barrenderos, joder.

Es obvio que hay que encontrar el cuadro. Por lo que veo, es la hostia de especial. Me meto la raya.

—¿Cómo es que el padre de Ambrogio tenía el cuadro?

Nino parece inquieto. Coge la esquina de la alfombra persa y mira debajo. Mueve el sofá y echa un vistazo al respaldo y a la pared. *Niente*. Nada. Cero.

—Cambió de manos unas cuantas veces. Rosario Riccobono lo tuvo hasta que lo liquidaron en 1982. El padre de Ambrogio se lo compró a *U Paccarè*, Gerlando Alberti, el de los cigarrillos y la heroína. Eso fue en 1991.

No tengo ni idea de quién es esa gente.

—Y ¿cómo es que no lo había vendido antes?

Tengo los labios dormidos. ¿Estoy hablando raro? No me siento la cara, es como si la tuviera helada. Espero no estar babeando. Nino busca debajo de la mesa del comedor, aparta las sillas para ver mejor.

—¿Crees que es fácil vender algo así? Ese cuadro llama demasiado la atención: el FBI lo busca desde hace décadas. Está en la lista de los cuadros más buscados. No, Ambrogio tuvo suerte. Lo heredó cuando se quedó huérfano. Y su padre no era idiota, sabía que tenía que dejar que la cosa se enfriase. Incluso consiguió que un *stronzo...*, uno que se llama Gaspare Spatuzza, que era de los nuestros e hizo un trato con la poli, consiguió que el idiota se inventase no sé qué historia sobre el cuadro.

—¿Qué historia?

—Le contó a la policía que el cuadro se lo habían comido las ratas. ¡Las ratas! Mientras lo tenían almacenado en la caseta de una granja. ¿Te imaginas que alguien sea tan idiota como para hacer eso? Dijo que estaba tan hecho mierda que quemaron los restos. Y la policía se lo tragó. Se lo tragó.

Le da una calada rabiosa a la colilla.

—Ya ves, ésa es la idea que tienen de nosotros. Y por eso no nos ganarán nunca. Creen que somos retrasados y nos subestiman. Pero, no, nosotros somos muy listos.

Estoy escuchando como en trance. Mi materia gris está trabajando a tope para encajar todas las piezas del rompecabezas. Empiezo a ver de qué va, todo cobra sentido. Se me está encendiendo la metafórica lucecita. Ambrogio por fin había conseguido un comprador. Iba a vender el cuadro robado y, después, Beth y él habían planeado desaparecer. Mi cadáver tenía que servir como doble de

Beth: yo no era más que un cebo, una pista falsa, la zanahoria colgando del palo, un blanco fácil. El funeral, la policía y la prensa internacional habrían provocado un revuelo de la hostia; así todo el mundo pensaría que Beth estaba muerta, y ella estaría a salvo. Podría haber escapado sin que nadie fuese tras ella. ¿Para qué, si estaba bajo tierra? Ambrogio iba a hacer de viudo doliente. Y después se largaría, saldría de Taormina en mitad de la noche, sin que nadie se diese cuenta, cuando todo quisque pensara que estaba llorando a su esposa. Seguramente había acordado reunirse con mi gemela en Hawái, en Tahití o en Bora Bora. Debían de haber planeado llevarse al crío y los millones y alejarse de la mafia y de su sed de sangre; escapar de esta guerra. El plan era marcharse y empezar de cero.

Pero algo salió mal: mi hermana. Por algún motivo, algo la hizo cambiar de opinión sobre su marido. No sólo quería salir de Sicilia, sino que también quería apartarse de él. No podía ser sólo por el sexo, eso sería ridículo incluso para Beth. O para mí. Debía de haber algún motivo más. No era un maltratador ni un sicario. Entonces ¿qué? ¿De qué se trataba? ¿Estaba enamorada de Salvatore? Ya lo averiguaré, pero primero tengo que ganarme unos millones.

—Ya te ayudo a buscar —digo, y me levanto.

Hemos buscado por todas partes, dentro y fuera de la casa. En el garaje. En la caseta. Creo que hemos revuelto cientos de dormitorios y de cuartos de baño. He encontrado varias cosas interesantes: una habitación llena de ejemplares del libro de Beth, la colección secreta de porno de Ambrogio (al parecer, le iban las colegialas, las canguros y las adolescentes, todo muy convencional e inofensivo) y un bolso antiguo de piel de avestruz que me voy a quedar. Pero el cuadro no aparece por ninguna parte. Me va a dar algo, joder. De verdad. Llevamos horas registrando la casa con la ayuda de la cocaína y de café muy fuerte, sin leche y espeso de tanto azúcar. (El azúcar es para mí. Por lo que veo, Nino lo prefiere amargo y no tengo ni idea de cómo consigue bebérselo así.) Había pensado preguntarle a Emilia si lo ha visto, incluso a Ernesto, pero no sería buena idea. ¿Dónde guardaría Ambrogio un cuadro? Un cuadro que vale veinte millones de dólares. Cerca, ¿no? En algún lugar seguro. Regreso al dormitorio que compartía con Beth y, de pie en el umbral, apoyo la frente en la madera fresca. Esto es inútil: no está por ninguna parte.

—¿Betta? ¿Dónde estás? —La voz retumba en el pasillo y me sobresalta.

Es Nino y parece enfadado.

—Aquí —respondo—. ¿Vienes a ayudarme a buscar en el dormitorio?

Entro y me planto en mitad de la alfombra tupida de color crema. Observo el techo buscando una trampilla a alguna buhardilla, pero no hay nada. Al llegar, Nino se coloca detrás de mí.

—Venga, Betta, ya hemos buscado aquí —dice entre dientes, susurrando como una víbora.

Ernesto podría despertarse, no debemos hacer ruido. Me posa la mano en el hombro y le veo el sello que lleva en el dedo: un rubí rojo como la sangre y grande como un globo ocular, engarzado en oro.

—Es que no sé... —titubeo—. Tengo un presentimiento. Creo que, si yo

tuviera algo tan valioso como ese cuadro, querría guardarlo bien cerca.

—En la misma habitación donde duermes —añade Nino, mientras da vueltas por la alfombra con sus pesadas botas negras.

Es evidente que el tema está matándolo. Que la paciencia no es lo suyo, y seguro que tampoco es un hombre de ciencia. Recorro el dormitorio de mi hermana y voy pasando el dedo por el mobiliario de caoba: el armario, el tocador, la cómoda. No hay ni una mota de polvo, es increíble. Emilia vale su peso en oro.

Miro debajo de la cama. Nino parece estresado.

—Me cago en todo: hemos mirado por todas partes. Tendremos que hacerlo otra vez; registrar toda la puta casa, pero en condiciones.

Estamos a punto de salir del dormitorio cuando Nino pregunta:

—¿Has buscado dentro del armario? A lo mejor tiene un doble fondo.

Nos miramos y corremos hacia el mueble. Abro la puerta de golpe y aparto la ropa de Ambrogio: pantalones, chaquetas, camisas, corbatas. Palpo los rincones con los dedos, pero la madera del fondo está bien pegada.

—Nada —digo, y me aparto.

—Déjame a mí —contesta Nino.

Se lanza hacia el armario como si estuviera buscando Aslan. Lo oigo renegar entre dientes.

—*Niente. Merda.*

Sale y le da un golpe a la puerta. ¡PUM! Mierda. Está perdiendo la calma. En cualquier momento sacará el arma.

—Betta, venga ya. ¿Dónde está? Sé que lo sabes, así que ya basta de gilipollices.

Rompo a sudar. Noto presión en el pecho. Me siento en la cama y me froto la cara con las manos. Venga, Alvie: ¿dónde? ¿Dónde? Estoy ardiendo. ¿Será por la cocaína o por el clima? Esto es el valle de la Muerte de Nevada en plena ola de calor. Me cuesta respirar, no hay suficiente aire. Me levanto y me acerco a la ventana, la abro de golpe y respiro hondo. Cierro los ojos con fuerza. Algo valioso. Algo importante. Algo especial que quieres proteger. Me viene a la cabeza la imagen de Ernie.

Salgo corriendo al pasillo, y Nino me sigue.

—¿Betta? Oye, ¿adónde vas?

—Chiss, ven. No hagamos ruido.

Ernie está dormido en su cuna. Lo oigo roncar, suave, suave, en la oscuridad; el aire entra y sale. Paso de puntillas y enciendo la lamparita: azul celeste y con forma de luna. Hay una alfombra junto a la cuna. La levanto. No es más que una corazonada, pero ¡he acertado! Debajo hay una trampilla. Tiene que

estar ahí, ¿no? Levanto la alfombra con manos temblorosas y abro la trampilla; la bisagra cruje. Miro a Ernie, pero sigue durmiendo a pierna suelta, no ha oído nada. Apoyo la madera sobre la alfombra doblada y meto el brazo por el agujero para palpar debajo de los tablones. Noto una bolsa de lona gruesa. Agarro las asas y tiro de ellas. No creo que ahí dentro haya un cuadro, es demasiado pequeño. Miro a Nino, que niega con la cabeza. Abro la cremallera de la bolsa igualmente y echo un vistazo, por si acaso. ¡Dios mío! Escondidas en el interior hay cientos de bolsitas de polvo blanco y fino. No había visto tanta coca en toda mi vida. Debe de ser el alijo privado de Ambrogio y tiene una pinta estupenda, blanca como un paisaje ártico. Fresca y pura como la nieve. Aliso el plástico con la palma de la mano. Mmmm..., ¡droga! Me pregunto si Beth sabía lo que había guardado en el cuarto de Ernie. Le habría dado algo.

—Sigue buscando ahí abajo.

Estoy a punto de cerrar la cremallera cuando Nino coge una de las bolsitas. Lo miro y él se encoge de hombros. Vale. Ambrogio está muerto, ¿qué va a hacernos? Se guarda la cocaína en el bolsillo de la chaqueta, así que yo cojo otra para mí y me la guardo en el sujetador. Cierro la bolsa y la aparto. Echo un vistazo dentro de la trampilla y, envuelto en papel marrón debajo de los tablones, descubro un lienzo largo, fino y polvoriento. No me lo puedo creer: ¡tiene que ser eso! Tiene que ser la *Natividad*. No puedo respirar. No soy capaz de moverme, sólo de mirar. ¿Ahí abajo hay veinte millones de dólares? No doy crédito: todo eso en la habitación del niño. ¿No es muy peligroso? Beth no debía de saber dónde lo tenía escondido, no se lo habría permitido. O a lo mejor sí lo sabía y ése era el problema. Apuesto a que estaba cabreadísima. Además de tener una pistola, Ambrogio guardaba en el cuarto del bebé drogas duras y la obra de arte más buscada del planeta. Te garantizo que Beth estaba furiosa con su marido. Seguro que lo odiaba por esto y quería verlo muerto.

Nino me aparta y mete el brazo en el hueco. Con mucho cuidado, como si estuviera ayudando a nacer a un bebé, como si tuviera al Niño Jesús en brazos, saca el cuadro. Huele a moho, a viejo. Parece muy frágil y es más largo de lo que yo esperaba. Es enorme. Nino lo coloca en el suelo y diría que le brillan los ojos en la penumbra. ¡Lo hemos encontrado!

—Cierra —musita, y señala la trampilla.

Se levanta con el lienzo en los brazos. El cuadro es enorme, gigantesco. Cierro la trampilla y se oye el chirrido de la bisagra. El polvo me hace estornudar: «¡Achús! ¡Achús!». Me tapo la nariz con ambas manos, pero esta vez Ernie se desvela y se queja. En cuanto cubro la trampilla con la alfombra, él suelta un maullido gatuno y agudo. «Por favor, no te despiertes, no llores.» Nino y yo nos quedamos inmóviles, escuchando, esperando a que Ernie eche la casa

abajo a berridos. Pero no se mueve. Gorjea un poquito y enseguida se queda dormido de nuevo. Qué suerte.

Me levanto despacio. Un tablón de madera cruje.

Ernie se despierta y llora. Dios mío, ya la hemos liado. Me acerco a la cuna y miro a Nino. Él parece aún más aterrado que yo y su rostro endurecido muestra auténtico pánico: «Ni te atrevas a darme eso». ¿Dónde está Emilia cuando la necesitas? Cojo a Ernie en brazos y le susurro «chiss, chiss, chiss». ¿Qué querrá? ¿Por qué llora? ¿Tiene hambre? ¿Sed? ¿Sueño? ¿Caca? Lo mezo y le doy palmaditas y le digo «chiss» y le doy un beso. Miro a Nino, que está furioso, y me encojo de hombros. «¿Qué quieres que haga?»

—¿Qué te pasa? —le pregunto al bebé.

Me mira a los ojos con las mejillas surcadas de lágrimas y el labio tembloroso. Hipa, llora. De la nariz le sale una burbuja de mocos. Cojo un pañuelo de papel de la mesilla y le seco la cara. Le doy besos y lo mezo y lo abrazo y me lo pego al pecho, hasta que al fin se tranquiliza. Lo meto en la cuna y, tan pronto como toca la almohada con la cabecita, empieza a llorar otra vez. Es un sonido mucho peor que cualquier otra cosa que haya oído en la vida: los chillidos de los corderos. Se me ha puesto la carne de gallina y tengo los pelos de la nuca de punta.

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿No te gusta la cuna?

Lo cojo otra vez en brazos y se calla.

Lo dejo y se echa a llorar.

Lo cojo.

Lo dejo.

Lo cojo.

Lo dejo.

—*Ma che cazzo!* —grita Nino.

Está cabreado.

—Creo que quiere que lo tenga en brazos —digo—. ¿Quieres estar en brazos? —le susurro a Ernie.

El bebé me apoya la mejilla enrojecida y caliente en el pecho y se chupa el pulgar.

—Voy a esperar un rato así, hasta que se duerma.

Espero que no tarde, pobrecito.

Nino y yo llevamos el lienzo por el pasillo hasta el dormitorio de Beth y de Ambrogio. Lo dejamos sobre la cama y yo cierro la puerta empujándola con el dedo gordo del pie que tengo medio roto. Cojo una silla y la coloco debajo del pomo, por si viene alguien. Emilia, quizá. O la policía de los cojones. No le he dicho nada a Nino sobre el agente que he visto entrar en casa de Salvatore. No

quiero que se enfade todavía más conmigo (que ya lo está bastante).

Tiene el cuadro enrollado a un extremo de la cama. Me acerco. Paso la palma de la mano por la tela, que es antigua, áspera. Polvo y telas de araña. Despega el papel marrón y desenrolla el lienzo. Menos mal que el colchón es tamaño *king size*, aunque aún nos quedamos cortos de espacio. El cuadro mide al menos tres metros y no podemos desenrollarlo entero, o caerá al suelo. Está pintado en tonos marrones y los bordes son irregulares, de cuando los aprendices de mafioso lo cortaron del marco con una navaja.

No tengo ni idea de la pinta que debería tener el cuadro, pero en cuanto lo veo sé que es la *Natividad*. Lo siento en los huesos. Con el rabillo del ojo veo que Nino se santigua. En presencia de algo tan valioso, se ha puesto en plan beato: el dinero le hace cosas raras a la gente. Aunque tal vez haya sido el tema religioso lo que le ha llegado; al fin y al cabo, tenía una foto de Jesucristo en el coche. Puede que lo sienta de veras.

Supongo que lo que estamos viendo no es más que un tercio de la imagen entera, pero aquí está el Niño Jesús recién nacido: diminuto, desnudo, rosáceo. Yace sobre una tela blanca, en un suelo cubierto de paja. Parece frágil y hermoso, un poco como Ernie (que, por cierto, todavía no se ha dormido y está empapándose el hombro de mocos y de lágrimas mientras me tira del pelo. Pobre). El Niño Jesús mira a su madre, que lo contempla con adoración: una Virgen María de aspecto desaliñado. Tiene la espalda encorvada, cara de cansada, el recogido deshecho y la ropa descolocada. Es obvio que acaba de dar a luz, está hecha polvo. Debe de haber sido un parto difícil. Me pregunto si el Niño Jesús se quedó enganchado como yo. En aquella época no había anestesia ni morfina. No se puede hacer una cesárea en un establo.

A mano derecha hay un hombre que nos da la espalda; está sentado con las piernas cruzadas y lleva leotardos blancos y una casaca ancha de color verde hierba: una especie de Robin Hood. Toca al bebé con el dedo gordo del pie y no sé quién es. Parece demasiado joven para ser José y va demasiado bien vestido para ser un pastor. A lo mejor es un *paparazzi* de la época, ¿no? No quería perdérselo. A mano izquierda aparece la túnica larga de color amarillo dorado de alguien que debe de ser un rey o un santo.

—*Mamma mia* —dice Nino.

—Joder, menos mal que lo hemos encontrado —respondo.

—Ma, ma, ma —añade Ernie.

El iPhone de Beth pita, hace un ruido como el de un pajarito. Pi, pi, pi. Dios, ¿no será Taylor otra vez? Lo agarro y miro. Es un mensaje de «Mami». Pero ¿cuántos años tenía Beth?, ¿cinco? Lo abro y cojo aire de golpe.

He intentado llamarte. A punto de embarcar en un vuelo a Catania. Cogeré un taxi desde el aeropuerto. Nos vemos dentro de 24 horas. Te quiero, mamá.

Mierda.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —quiere saber Nino.

—Nada, es mi madre. Ahora la llamo —digo, y le entrego al crío—. Sólo tardo un minuto.

No sé quién parece más muerto de miedo, si el niño o él. Ernie rompe a llorar. Otra vez.

Cojo el móvil y salgo corriendo del dormitorio, bajo la escalera y entro en la cocina. Me tiemblan las manos. No acierto a pulsar los minúsculos botones con los dedos. Lo último que necesito es que mi madre se presente en casa. Le doy bien fuerte al botón de llamar: tengo que convencerla de que no venga. No puedo dejar que llegue a la casa. Pero tiene el móvil apagado o, más probablemente, en modo avión. Ya ha embarcado.

Me he esforzado mucho y me he vestido para la ocasión: un vestidito corto negro, un velo largo negro, guantes negros de encaje y unos Louboutin clásicos de charol negro. Tengo hasta un pañuelo de encaje antiguo para secarme el rímel cuando se me corra. Pintalabios rojo como la sangre. Mucho kohl. Doy el pego: la viuda joven y buenorra el primer día de luto. Ojalá pudiera sacarme una foto. En Instagram se vuelven locos con estas mierdas. Por no hablar de Tinder.

La iglesia está vacía, y el aire, fresco y húmedo. Empujo la puerta pesada de madera y entro en la oscuridad del interior: olor a incienso y el parpadeo de las velas. Veo al cura canoso detrás del altar, con la cabeza gacha. Lleva una casulla blanca con ribetes dorados. Lo he encontrado, está aquí. Veo que musita algo entre dientes, ¿está rezando? Cuando me oye acercarme, levanta la vista. Tarda un instante en reconocermme, pero cuando se da cuenta de quién soy, su rostro arrugado me muestra una sonrisa.

—Betta, has venido.

Abre los brazos para acogerme. Con la túnica blanca parece un santo, pero yo sé la verdad. Es corrupto. No se trata más que de un buen disfraz. Subo los escalones del presbiterio y guardamos silencio durante un momento. Observo el ademán tranquilo del cura: mirada firme, sonrisa benévola. En casa estaba segura de que era el comprador, pero ahora que estoy delante de él ya no lo tengo tan claro. ¿Es corrupto? ¿Cómo se lo pregunto? Si no es el comprador, estoy jodida.

—Betta, siento mucho lo de tu marido —me dice.

Me coloca la mano en el hombro izquierdo; un padre consolando a su hija. Es una mano vieja y nudosa.

—Me lo han dicho esta tarde. Lamento mucho tu pérdida. Que Cristo te reconforte durante estos momentos tan difíciles.

—Gracias —contesto, sin apartar la vista del suelo.

Losas de piedra desgastadas, inscripciones grabadas con cincel. ¿Qué dice ahí? No estaremos encima de una tumba, ¿no?

—Me alegro de que hayas venido. Pensaba visitarte.

Me lanza una mirada cargada de significado, suplicante.

—¿Es seguro hablar aquí? —pregunto al levantar la cabeza.

El cura mira a derecha e izquierda.

—Estamos solos.

Me lleva de la mano hasta un banco de madera pulida y nos sentamos delante de una estatua de tamaño natural de Jesucristo; el mismo que hace un momento no me quitaba ojo. Tiene la misma expresión afligida, con una corona de espino que tiene muy mala pinta. De las paredes cuelgan escenas renacentistas del Nuevo Testamento y, cómo no, reconozco a María y a Jesús. El tipo de la barba podría ser san Pedro, porque tiene en la mano un par de llaves de oro que deben de ser de la puerta del cielo. No creo que me dejase pasar. El cura me coge la mano entre las suyas, llenas de venas azules y lentigos solares; tiene la piel fina como el papel de cebolla y la temperatura de un cadáver. Menos mal que llevo guantes.

—He leído los artículos de la prensa. ¿Suicidio? —me pregunta.

Cojo aire de golpe.

—Sí, eso parece. Lo encontraron en las rocas, en un acantilado.

El cura asiente con expresión seria de complicidad.

—La Cosa Nostra —susurra como si estuviera renegando, pronunciando una palabrota en la casa del Señor.

Guardamos silencio y, mientras tanto, yo me fijo en los clavos largos y negros que le salen a Jesús de las manos y de los pies. Me recuerda a la muñeca de Beth que llené de alfileres. La Cosa Nostra, vale. Claro que sí. Ésa será la versión del cura de la verdad. La verdad es lo que escogemos creer, no hay una realidad objetiva.

—¿Todavía tienes el cuadro? —pregunta de pronto.

Me mira con ojos reumáticos.

—Sí —contesto.

De pronto, me desaparece la tensión de los hombros, puedo relajarme. Es el comprador.

—¿Aún deseas venderlo?

Asiento con la cabeza.

—Ajá.

Es evidente que lo quiere, y me pregunto hasta qué punto. Se frota los muslos, se alisa la casulla y yergue la cabeza.

—Tenemos que ir con cuidado, Betta —me advierte en voz baja—. Ahí

fuera hay gente que sabe cosas, los que mataron a tu marido. No debes venir más, no es seguro. Quienquiera que matase a tu marido no parará hasta hacerse con el cuadro.

«Sí, lo que tú digas.»

—Entiendo.

—Debes marcharte —dice.

Le lanzo una mirada.

—No se preocupe por mí.

El cura aparta la vista para fijarse en el Cristo. Él le devuelve la mirada. Debe de ser una conversación secreta, y yo me acuerdo de Talulah. Me recuerda a las que tenía Beth con su amiga imaginaria. Antes de continuar, el cura vacila unos instantes.

—El precio que acordé con tu marido eran tres millones, pero él quería más —suspira—. El amor al dinero es la raíz de todos los males. Timoteo, 6: 10.

—¿Por eso discutía usted con él el otro día? —pregunto.

¿De dónde saca un cura tres millones de euros? En este país los clérigos cobran demasiado.

—No discutíamos, no. Era una negociación.

Niego con la cabeza y me acomodo un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Vale al menos veinte millones de dólares —afirmo con ademán autoritario.

Sé de lo que hablo: Nino y Google me han puesto al día.

El cura se vuelve hacia mí.

—Betta, tienes que comprender que hay gente buscando ese cuadro por todo el mundo. Y, ahora que tu marido ha muerto, es aún más peligroso. Te ofrezco dos millones. Ésa es mi última oferta.

—¿La última oferta?

—Sí.

Le regalo la sonrisa más dulce de la que soy capaz. Cree que soy ingenua por ser mujer. ¿Dos millones de euros? Eso es un robo a plena luz del día, y yo quiero más. Observo al cura buscando señales de debilidad y oigo su respiración entrecortada. Me mira inquebrantable, rotundo. Este tío tiene mucha confianza en sí mismo; no en vano, Dios está de su parte. Si no se lo vendo, me quedaré sin comprador y sin la manera de encontrar otro. Podría insistir en lo de los tres millones, pero no me cabe duda de que me mandaría a paseo. Y no quiero perderlo. Sabe que la muerte de mi marido me ha puesto en peligro, y rebajar un millón de euros del precio es una jugarreta indigna para un cura. Al menos, serán los pobres los que heredarán la tierra.

—Dos millones de euros —accedo con las mandíbulas apretadas.

Se me da muy mal negociar y no quiero dolores de cabeza. Vale más conseguir dos millones que nada, y Nino se alegrará de que haya hecho el trato. Le ofrezco la mano y el cura me la estrecha. Se le ilumina la cara con un resplandor juvenil, y pasa de tener noventa años a diecinueve en un abrir y cerrar de ojos.

—Esta misma noche pasaré a recogerlo —dice con una sonrisa—. Iré a tu casa con el dinero. Y entonces deberías irte. Ambrogio quería llevarte a un lugar seguro, pero ahora debes marcharte sola.

—Por supuesto.

No me iré por nada del mundo. ¿Marcharme de la mansión? ¿Dejar esas vistas atrás? ¿Es que no ha visto la piscina? ¿Quiere que me vaya de Taormina? Debe de estar loco.

—¿Quién es éste? —pregunta el cura señalando a Nino.

Hace un tiempo asqueroso: el cielo se ha abierto y caen gotas de lluvia como balas de plata. El día más frío desde que llegué a Sicilia, y he tenido que buscar un par de calcetines entre la ropa de Beth. Hasta me he puesto jersey y todo. Estamos en el salón con las cortinas corridas para protegernos de los rayos y los truenos. Estoy pensando en encender la chimenea. Nino está tumbado en el sofá con los pies descalzos apoyados en la mesita de café y una copa de Sangue di Sicilia en la mano.

—Éste es Nino —lo presento, y cierro la puerta.

El cura, que se ha secado las suelas en el felpudo, se sacude las gotas de lluvia de la chaqueta. Se vuelve hacia mí y baja la voz.

—Don Franco —dice Nino, e inclina la cabeza.

¿Se llama así? Pensaba que él no lo conocía. Supongo que esto es una isla, y Taormina es bastante pequeño.

—Nino —gruñe el cura.

Se vuelve hacia mí y me susurra:

—Le dije a tu marido que sólo trataría con él y contigo.

Tiene una chispa en la mirada y de pronto parece enfadado.

—Mi marido está muerto y Nino es mi amigo —respondo.

—Ya sé cómo son los de su calaña —me espeta el cura al oído.

Le huelo alcohol en el aliento: ¿vino de misa?

Me fijo en la maleta de estilo clásico que lleva asida. Cierres dorados con un par de ges entrelazadas. El cuero está salpicado de marcas marrones de las gotas de lluvia. Tiene aspecto de pesar mucho y está a punto de reventar.

—Esperaré en la cocina —dice Nino, y se levanta.

Estira los brazos por encima de la cabeza y se acaba el vino de un trago. Deja la copa de golpe sobre la mesita y hace media reverencia.

—*Buona sera.*

Justo antes de dar media vuelta para marcharse, me lanza una mirada. Abre los ojos como si tratase de decir algo, pero no tengo ni idea de qué. No debe de ser nada importante. Se vuelve y sale. El cura y yo nos quedamos solos, y yo me abrazo. Un escalofrío me recorre la columna vertebral. Ojalá hubiera encendido la chimenea.

—¿Dónde está? —pregunta el cura.

Directo al grano, pues. Nada de «¿Qué tal estás, Elizabeth? ¿Qué tal la tarde? Caen chuzos de punta, ¿verdad?». Vamos a lo que importa. Vale.

Con la ropa de diario parece aún más mayor. Ha cambiado la sotana por un traje de color gris claro, un jersey de cachemira de color beis y un pañuelo granate anudado al cuello. Podría ser mi abuelo y parece más débil que un niño. Creo que yo misma podría liquidarlo con las manos, y eso que peleo como una niña.

—Enséñeme el dinero —ordeno, y sonrío.

Él deja la maleta en la alfombra y se agacha para abrirla con una mano apoyada en el respaldo del sofá y la otra en la espalda. Le duele agacharse. ¿Será artritis? Le tiemblan tanto los dedos que le cuesta abrir los cierres.

—Ya lo hago yo —me ofrezco.

Se hace a un lado y yo tumbo la maleta en el suelo. Se oye un clic y levanto la tapa. Pilas de billetes de quinientos euros recién planchados. Es un montón de dinero, más del que he visto en toda la vida. ¿Qué hace un cura con tanta pasta en metálico? ¿Por qué está comprando un cuadro robado? Estoy segura de que en los diez mandamientos había algo sobre no robar.

—¿Dos millones? —pregunto.

—Dos millones —confirma él.

Saco un fajo de billetes de quinientos y lo sopeso. Es como sexo. Me planteo tirarlo todo al suelo y contarlo, pero tardaría una eternidad. Lo creo. Al fin y al cabo, es cura, por muy corrupto que sea. Nino y yo podemos contarlo luego. Que no le quepa duda de que pienso hacerlo: no como en las películas, que se fían de la palabra del comprador. ¿Qué pasa si por debajo no hay más que dinero del Monopoly? Le hago una señal para que me acompañe y para entrar en el comedor atravesamos un arco cuyas jambas son dos columnas de mármol. Hemos apartado los muebles y desenrollado el cuadro sobre una alfombra persa muy grande. El cura se detiene y mira. Yo lo vigilo desde una de las columnas.

—*Dio santo! Che bellissima!* —musita entre dientes.

Da unas palmadas y se toca los labios con las yemas de los dedos. Observo

cómo se arrodilla a los pies del cuadro como si fuese a rezar, a tan sólo unos centímetros del lienzo. No se atreve a tocarlo. Lo rodea todo a gatas, estudiándolo, fijándose en los detalles.

—Estaba preocupado porque el tiempo y los ladrones lo hubieran destrozado, temía que estuviese dañado. Pero está perfecto —dice, y se levanta.

Se acerca a mí con los ojos bañados en lágrimas.

—*Grazie, Betta.*

Me coge las manos, pero yo me suelto. Si tanto le gusta, podría haberme pagado los tres millones.

—¿Lo enrollamos para que pueda llevárselo? —pregunto.

A mí sólo me interesa el dinero. El cura y el cuadro, que se vayan.

Él duda, no quiere moverlo. Si lo enrollamos, ya no podrá verlo. Me da la sensación de que lleva tanto tiempo esperando que no quiere apartar la vista de él.

—Claro —responde al final con una sonrisa.

Me pregunto si la dentadura es de verdad o postiza. Parece demasiado nueva y brillante.

Nos colocamos en la parte inferior del cuadro, él a la derecha y yo a la izquierda. Él se agacha despacio para agarrar el borde, levanta un poco el lienzo y se detiene. En la esquina hay un sello pequeño de color negro. Me mira con una expresión peculiar en el rostro arrugado, se arrodilla y estudia el sello de cerca.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—*Non capito* —dice.

Dios mío, ¿qué pasa ahora?

—¿Disculpe?

—Este cuadro..., es una falsificación.

Es como si alguien me hubiera dejado caer una bola de cañón en el estómago. El cura se rasca la calva.

—No lo entiendo.

Se pone en pie con el vigor de un hombre joven, y el lienzo cae al suelo. Lo señala.

—Ahora me doy cuenta, claro. Lo veo. La técnica. *Come si dice?* No es de Caravaggio.

—¿De qué habla? Claro que es de Caravaggio.

Me tiembla un poco la voz. Y todo el cuerpo. Me falla el equilibrio y aprieto la mandíbula. Doy un paso atrás. Estoy detrás de él, mirando el cuadro.

—Este pigmento, el rojo del vestido de la *Madonna*, es moderno. No es de la paleta de Caravaggio. Él utilizaba óxido de hierro. Y las zonas oscuras son demasiado claras. No, no... —dice, y niega con la cabeza—. Y sus manos, son muy torpes, parecen de hombre. No están bien. Las manos de Caravaggio son estilizadas. Elegantes.

—¡No, no! Si Ambrogio estuviera aquí, se lo diría. ¡Él lo sabía!

—Y, mira, *il bambino*, el Niño Jesús. El escorzo del bebé no está bien. La forma...

Se me tensan los hombros. El cuello. Todo esto es una mierda. Estoy a punto de estallar.

—Ay, Elisabetta, ¡qué decepción, después de tanto tiempo! ¡Una falsificación! ¡Un cuadro falso! Y, además, una imitación mala del original. Ni que decir tiene que no vale nada. Una copia jamás es tan buena como el de

verdad; pierde su magia, la belleza intangible, su *je ne sais quoi*. No tiene alma ni integridad, le falta...

Dios mío, ¿está hablando de mí?

Saco la pistola de Ambrogio de la cintura de los pantalones y le pego un tiro al cura en la nuca. Él cae de espaldas sobre la alfombra persa con el peso de un limonero. ¡Pum! Muerto. ¡Que aprenda! Soy tan buena como Beth. Le han aterrizado los pies al borde del cuadro, así que se los levanto y los aparto. Se le forma un pequeño círculo alrededor de la cabeza, pero va ensanchándose cada vez más. Una moneda de dos euros, una naranja siciliana, un plato, una pelota de fútbol. No quiero que manche el cuadro. Está tendido en una postura extraña, doblado como un bumerán, así que lo agarro por la cintura y tiro de las piernas hasta que queda paralelo al lienzo. Pesa mucho, como si estuviese relleno de cemento mojado, pero consigo cambiarlo de postura. Cuando me levanto, me mareo. Se me ha olvidado comer, y eso no es propio de mí.

Observo el círculo de sangre que se extiende alrededor de su cabeza. Rojo brillante, como el Lamborghini de Ambrogio. Bastante guay. Cojo el móvil de Beth y me hago una foto sonriendo con la cara pegada a la del cura. El flash es como un relámpago. Miro la imagen, pero salgo fatal. Me peino con los dedos y lo intento de nuevo. Morritos. Clic. Genial. Sería perfecta para Instagram, es una pena que no pueda compartirla.

Nino irrumpe en el comedor. Debe de haber oído el tiro. Y, aunque no se hubiera dado cuenta, cuando el cura se ha desplomado ha temblado toda la casa.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

Lo miro, sonrío y me lamo los labios.

—Sí, muy bien, gracias —respondo.

Nunca me había sentido mejor. Me siento todopoderosa. Invencible. Tengo un cosquilleo por todo el cuerpo. Es el subidón de estar viva.

—¿Adónde ha ido el cura?

Me echo a un lado para que lo vea bien.

—¡Ahí está!

Señalo con la cabeza el cadáver que hay tendido en el suelo.

Nino se queda helado.

—¿Le has pegado un puto tiro?

—Eso es —contesto, y sonrío.

Soy mágica. Especial. ¿Quién quiere ser buena cuando puedes ser genial? ¡Esto es fantástico, joder! Un cosquilleo me recorre la espalda. La adrenalina me corre por el cerebro. ¡Me encanta esta sensación! Por fin sé lo que estoy haciendo.

¡Nací para esto! ¡Ni más ni menos! Así soy feliz. Es como ir demasiado deprisa en moto. ¡Estoy volando!

El cura está tumbado boca abajo en la alfombra y le sale algo del agujero de la cabeza. La pistola está al lado. Ambos la miramos, y enseguida Nino me mira a mí: una mezcla de horror y admiración.

—¿Estás como una puta cabra o qué? ¿Has perdido la cabeza? Joder...

Yo me encojo de hombros.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué lo has hecho?

Me planto con las piernas separadas y los brazos en jarra. No me gusta que Nino me grite así.

—No me ha quedado más remedio. Ha dicho que el cuadro era falso. Que no era un Caravaggio de verdad. Iba a marcharse con el dinero.

Eso no se ajusta del todo a la realidad: no me hacía falta matarlo. Lo he hecho por el subidón. El dinero era secundario. Y el hecho de que fuese un puto tacaño, el tercer motivo.

Nino me mira boquiabierto. Sin decir nada. El niño rompe a llorar. Dios mío, otra vez no. Salgo corriendo y subo la escalera.

—Ya viene la *mamma*, cariño. No llores.

Entro deprisa en su cuarto y lo saco de la cuna. Está calentito y tiene la piel suave; huele a arroz con leche. Pienso en crema pastelera. Y me acuerdo de mi marca favorita: Ambrosia. Y de Ambrogio. Lo abrazo y le beso la cabeza. Parece que tiene el pañal lleno, así que cojo uno nuevo y unas toallitas húmedas y bajo la escalera. El bebé aúlla y se revuelve en mis brazos.

—El dinero está en esa maleta pequeña. Creo que deberíamos contarle —le digo a Nino al entrar en el salón.

Está de pie con las manos en los bolsillos y la frente apoyada en la pared. Qué raro. No me contesta. Un «Gracias, Elizabeth» no estaría mal.

—Es mejor así, no me fiaba del cura —añado.

Tumbo al niño en el sofá, me agacho y recojo la pistola de la alfombra. Con un soplido, aparto de la boca del cañón un hilillo de humo imaginario y la limpio con la blusa. Después me la guardo en la cintura del pantalón.

—¿Qué más da? Era muy viejo.

Miro a Nino, que aún no se ha movido.

—*Madonna mia* —dice al fin.

Se vuelve hacia mí y me habla a voces.

—¡¿Tienes idea de quién era ese tipo?!

—¿Éste? —pregunto, y le doy un toque con la punta del pie—. Era un cura, pero ya no.

—Un cura. Un cura. Sí, vale, era cura, pero también era de una familia.

Franco Russo, la mano derecha de un *consigliere* de Palermo, de los Cosche. Nuestros rivales. Lo he reconocido en cuanto ha entrado.

—¿Qué? ¿Franco quién?

Le quito el pañal a Ernie, y él me da una patada en la cara. El pobre sigue llorando, y a mí me gustaría mucho que Emilia estuviera aquí conmigo. No se me da bien hacer varias cosas a la vez; comer Pringles y ver Netflix, igual sí, pero estas mierdas no. Esto son cincuenta sombras de porquería.

—Es de la Cosa Nostra. Un puto pez gordo.

Nino se da un cabezazo contra la pared. Otra vez. Creo que está cabreado.

—¿Cómo que es de la Cosa Nostra? No lo entiendo.

Me siento en el sofá; de repente estoy un poco mareada. Me habrá bajado el azúcar, necesito comer carbohidratos.

—No quería comprar el cuadro para colgarlo en su habitación. Era un puto intermediario. Y con su jefe no se juega.

—¿Que no qué? ¿Quién es su jefe?

—Tenemos que salir de Sicilia. Ahora mismo. Se ha acabado.

Le da una patada a la mesita y la pata se rompe. El logo de la madera dice «Chippendale». O sea, que no tenía precio.

—¿Que nos tenemos que ir?

Limpio a Ernie con una de las toallitas húmedas y está a punto de darme en el ojo con un chorro de pis. Le pongo un pañal sin contemplaciones y se lo cierro bien fuerte. Dios mío, ¿dónde está Emilia? Nadie me avisó de que ser madre sería tan difícil, joder. Creo que no aguantaré mucho tiempo. ¡Ayuda!

—No pensarás que ha venido sin protección, ¿verdad? Ve a mirar. Habrá un par de sus hombres armados esperando junto a la furgoneta.

—¡¿Qué?! No.

Me entra el pánico.

—Ha venido solo. Confiaba en mí...

—Betta, lo he reconocido y te estoy diciendo quién es. ¿Crees que lo he soñado?

El bebé está a punto de caerse del sofá. Lo cojo y me lo pego al pecho con la carita apoyada en el hombro. Me mira, bosteza y por fin deja de llorar. Cierra los ojos. «Sí, por favor, duérmete ya.»

—Chiss, chiss —le digo mientras le froto la espalda.

Corro a la ventana y abro una rendija entre las cortinas. Lluve a cántaros. Todo está mojado y oscuro. Fuera hay tres coches aparcados: el Lamborghini de Ambrogio, el monovolumen de Nino y la furgoneta blanca del cura. Las luces de dentro están apagadas; pero, aun así, delante se distinguen las siluetas de dos hombres. Dos hombres armados. Mierda.

Al volverme, veo a Nino sentado en el sofá con la cabeza entre las manos. Alza la vista con la cara pálida. No me digas que está asustado. No me lo creo. Lo veo sacar la pistola del pantalón, y yo cojo la de Ambrogio y la sopeso. No estoy segura de qué hacer con ella, pero estoy dispuesta a intentarlo. Toqueteo las piezas y de pronto se abre el tambor. Miro dentro y veo que sólo queda una bala. La situación no es ideal. Nino se levanta y se acerca a la puerta. Voy tras él.

—No —dice—. Tú te quedas aquí. Ya has causado suficientes problemas.

—De eso nada. Yo también voy.

Me mira a los ojos y niega con la cabeza.

—Deshazte del crío.

Ernie se ha quedado dormido en mis brazos. Tiene los párpados cerrados, pero está moviendo los ojos; me pregunto qué estará soñando. ¿Conmigo o con Beth? Parece tranquilo. Si lo dejo ahora, puede que se despierte, y no quiero que se eche a llorar otra vez. Sin embargo, Nino tiene razón: un crío no debe presenciar lo que vamos a hacer, por mucho que yo esté disfrutando del abrazo. Mi madre nunca me cogía en brazos, y yo no sabía cuánto lo echaba de menos. Subo arriba sin hacer ruido, de puntillas, y lo dejo en la cuna.

—Duérmete, Ernie, cariño. Luego subo a verte. Mamá te quiere.

Le lanzo un beso. Encima de la cuna cuelga un móvil musical; le doy cuerda y suena una canción. «Estrellita, ¿dónde estás?...» Me agacho y le doy un beso en la frente. Es un milagro que no se haya despertado. A lo mejor le estoy pillando el tranquillo a esto de la crianza. Resulta que al final seré buena madre. Corro escaleras abajo para ver a Nino.

—Dispara a matar —dice él, y saca el arma y la amartilla—. Si ven el fiambre, estamos jodidos. Si ven el cuadro, también. Así que nada de hacer el gilipollas.

—De acuerdo.

—Por aquí. Sígueme.

Nino sale corriendo por el pasillo, atraviesa la cocina y sale por la puerta acristalada que da a la parte de atrás. Bordea la casa deprisa, y yo lo sigo a pesar del aullido del viento y la lluvia que cae tan fuerte que parece hecha de agujas. Lluvia torrencial, negra; no veo más allá de un metro. Salimos al camino a hurtadillas y nos acercamos de puntillas hacia la parte trasera de la furgoneta. Han dejado la música puesta y se oye techno a todo volumen. Anda, ¿es Underworld? ¡*Born Slippy!* Me encanta esa canción, joder... Pero el par de tíos están delante de la puerta de la casa, con las armas preparadas. Yo me ocupo de un lado, y Nino del otro. Oigo su pistola, así que yo también disparo. ¡PUM! ¡PUM! ¡Esto es la rehostia!

Alguien grita, ¿quién ha sido? El mío está tirado en el suelo, pero el de

Nino sigue vivo y está moviendo las piernas. Espera, ¡que se levanta! El disparo de Nino lo ha alcanzado en el lado del cuello y no está ni mucho menos muerto. Tiene una recortada en la mano y, antes de que me dé cuenta, le pega un tiro a Nino. Él chilla y dispara de nuevo.

¡PUM! ¡PUM!

Esto es muy emocionante. ¡Me lo paso bomba!

El objetivo de Nino se desploma. Muerto. Esta vez le ha dado en la cabeza.

—¿Estás bien?

Corro junto a él con el corazón latiendo al ritmo del bombo de la canción. Quiero subir el volumen. Quiero bailar con Nino.

—El puto *stronzo* me ha dado en el brazo —se queja.

Está apoyado en la furgoneta, con la frente pegada a la chapa. Se coge el brazo por arriba y le mana la sangre entre los dedos. Se le ha caído la pistola al suelo.

—¡Aaaargh!

¡Auauau! Qué mala pinta. Un torniquete, eso es lo que necesita. Me acuerdo de cuando estaba con las Girl Guides: la insignia de primeros auxilios. Muy útil. Necesito algo para parar la hemorragia, así que me quito la blusa, que está empapada de la lluvia, y me quedo plantada en sujetador: uno de los de la amante de Luis Vuitton. Encaje negro muy delicado y un lacito. Enrollo la blusa para hacer una venda.

—Ven aquí —le digo a Nino, y lo cojo por los hombros.

—*Non mi rumper 'a minchia*.

Le quito la chaqueta de cuero y la tiro sobre el capó. Tiene un agujero en el brazo por el que sale sangre sin parar. Le arranco la camisa. Está temblando. El agua cae a mares y los chorros se le deslizan por el pecho. Tiene la piel brillante.

—¡Anda! ¿Qué es eso?

Nino tiene algo en la espalda que yo no había visto; cuando follamos, llevaba la camiseta puesta. Lo cojo por los hombros, le doy la vuelta y descubro un tatuaje a tamaño natural de la Virgen María. Es hermosa y lleva el pelo tapado con un velo muy delicado. Una lágrima se le desliza por la mejilla y cae hacia sus labios de rosa. Tiene las manos juntas, como para rezar. A la luz de la luna es impresionante, y las gotas de lluvia se suman a la lágrima. Se parece un poco a Beth.

—¿Qué coño haces? —se queja Nino.

Pues estoy aquí, mirando.

—El tatuaje. Es alucinante.

—¿Te parece buen momento?

—Siempre he querido uno. Quizá ése no, pero algo guay...

No parece impresionado.

—¿Te lo han hecho por aquí?

No me responde.

Le meto la blusa por debajo del brazo y se la ato alrededor con un nudo.

—¡Aaaahhh! —exclama Nino—. *Puttanacha...*

—¡Oye!

Le haces un favor a un tío y...

Él respira hondo y señala a los otros dos con la cabeza.

—¿Están muertos?

Me vuelvo hacia ellos.

—No me quedan balas.

—Coge mi pistola.

La recojo del suelo. Está empapada y me pregunto si funcionará. No estoy segura de que la pólvora esté pensada para mojarse. Bueno, tampoco es que tenga muchas alternativas. Yo tenía una bala y la he gastado. ¿Y si el arma de Nino no funciona? Me acerco sin hacer ruido a los hombres que están frente a la entrada de la casa mientras sigue lloviendo a cántaros. Veo que ambos tienen una herida de bala en la cabeza y han empapado el felpudo de sangre. Ojalá tuviera el móvil, porque quiero hacer una foto. Tirados en la lluvia, los cadáveres tienen un aspecto genial. Ya la haré luego, cuando Nino se haya ido...

—Tienen pinta de estar bien muertos —digo, y me río.

—Tenemos que mirar en la furgoneta —me recuerda Nino, casi sin fuerzas.

Se apoya en el techo de la furgoneta y yo me pongo a su lado, junto a las puertas de atrás.

—¡Ábrela! —ordena.

Tiro de la manija y abro las puertas. Está oscuro, pero es evidente que está vacía. No hay nadie dentro. Nino se pasa la mano por el pelo mojado y parece estresado. La lluvia le azota la cara y le brillan las mejillas a la luz pálida de la luna.

—Betta —dice—, nos vamos esta misma noche.

—Nos llevamos el Lamborghini; la maleta del dinero cabrá en el maletero.

—Sí, qué buena idea: un deportivo rojo. Así pasaremos desapercibidos.

—Es un coche rápido —contesto, y me encojo de hombros—. Además, me gusta. No quiero dejarlo aquí. Sería una pena.

¿Cuánto se puede conseguir por un Miura? Ambrogio dijo que es de 1972. Creo que cuenta como antigüedad.

—Iremos en el mío —dice Nino mientras se aprieta unos cuantos trozos de papel de cocina en el brazo para cortar la hemorragia.

Es de los caros de textura superabsorbente que anuncian en la tele. Va muy bien para limpiar vino, café, ginebra o leche, pero al parecer la sangre no es lo suyo. Me fijo en cómo tiene la camisa: negra, brillante, empapada. Suspiro y le observo el brazo; así no me servirá de mucho.

—¿Adónde vamos a ir? —pregunto.

—No lo sé. ¿A Nápoles? —contesta él.

Estoy haciendo un par de rayas: una para que se le pase un poco el dolor (dicen que funciona como anestesia) y otra para mí. Porque sí. Uso la tarjeta de crédito de Nino para formarlas bien sobre la mesita baja de cristal. Enrollo un billete y se lo doy a Nino.

Él esnifa la raya con la mano buena.

—De nada —le digo.

—Necesito una sierra —señala él.

—Nápoles está demasiado cerca, nos encontrarán. Es muy fácil. Será mejor que vayamos hasta Londres.

Se limpia con el dorso de la mano y le caen unas gotas de sangre de la nariz, plop, plop, plop. Pero él no se da ni cuenta. Espero que no se le caiga la nariz como al cantante Stevie Nicks; el bigote le quedaría muy raro.

—¿Me traes una sierra? —pide.

Me meto la raya, echo la cabeza atrás y cierro los ojos. Mmmm..., cocaína. Me da una sensación cálida y agradable, de seguridad; como si alguien me abrazase o si hubiera regresado al útero. Pero aún mejor, porque Beth no está conmigo ahí dentro. Enciendo dos cigarrillos: uno para mí y otro para Nino. Se lo meto entre los labios. Dios mío, esto es como ser enfermera; no estoy segura de tener la paciencia suficiente para hacerlo a tiempo completo. No debo de tener las aptitudes necesarias.

Beth, Beth, Beth. La vida es mucho mejor sin ella..., ahora que yo soy ella. Me pregunto cómo se habría enfrentado mi gemela a todo esto. Seguro que habría salido corriendo y dando gritos, o se habría sentado a llorar en un rincón. Se habría escondido debajo de la mesa. Detrás del sofá. No estaba preparada para este mundo, pero yo sí. ¡Quería matarme! ¡Ja! Yo estoy aquí, pero ¿dónde está ella? Se fue hace mucho. No, mi hermana no era una asesina; por eso se marchaba. No habría sobrevivido. A diferencia de ella, yo estoy como pez en el agua. Estoy hecha para esto, joder; tengo un talento natural. Nací para vivir esta vida. Si no hubiera matado a Beth y asesinado a Ambrogio, me habrían matado ellos a mí. Pero yo me adelanté. No me quedaba más remedio. Alguien de mi propia sangre me había traicionado. Y ahora soy yo la que tiene el poder, la que tiene el control. Soy yo la que tiene una maleta llena de dinero. Soy yo la de la pistola.

La cojo y la abro. Contemplo el dinero y me quedo sin respiración. Es tan bonito que ni siquiera parece real. Pilas y pilas de billetes perfectos. Todos de color morado y malva con estrellitas amarillas y blancas. Parecen mágicos. Especiales. Saco uno y lo estudio con atención, compruebo la marca de agua a contraluz. Lo froto con los dedos y me parece real: suave y crujiente, ¡es legal! Saco uno de los fajos y empiezo a contar.

—Quinientos, mil, mil quinientos, dos mil...

—¡Betta!

—Calla, Nino. Estoy intentando contar. Ahora tengo que empezar de nuevo. Quinientos, mil...

—Tráeme una puta sierra.

Lo miro y entorno los ojos con impaciencia.

—Vale —contesto—. Ya voy, ya voy.

Suelto el fajo de pasta en la maleta y apago el cigarrillo aplastándolo en un jarrón. Una hebra de tabaco sigue encendida, al rojo vivo, y una columna diminuta de humo hace volutas hasta desvanecerse.

—Date prisa, tenemos que marcharnos.

Se seca el sudor de la frente con el dorso de la mano ensangrentada y se deja un manchurrón rojo en la cara. Está cañón, como una especie de Rambo o

algo así; como si acabase de llegar de Vietnam.

—Salvatore tenía una motosierra, voy a por ella.

Me levanto del sofá de un salto y voy hacia la puerta.

Un momento: ¿para qué necesita una motosierra?

Se me llena la garganta de bilis; rancia, ácida, áspera. Me la trago. No puedo permitir que Nino me vea vomitar. Aguanto la respiración y cuento hasta diez: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez. No funciona. Sigo encontrándome mal. Lo ayudo a sujetar la pierna, que vibra por la acción de la cuchilla. El muslo resbala de tanta sangre y tiene la piel fría y fofa. La motosierra gira y atraviesa hueso: uñas en la pizarra; el taladro de un dentista. Me lloran los ojos por el hedor a carne quemada y hueso calcinado: chuletas de cerdo a la barbacoa. Se oye un petardeo del motor, y el fémur ya está cortado en dos.

Hemos traído a los hombres a rastras desde fuera y los hemos colocado sobre la alfombra con el cura. Nino está dejándolo todo perdido: tiene carne y esquirlas de hueso y fluidos por toda la ropa. La alfombra está empapada de sangre. Huele a matadero: hierro y pánico. A la gasolina de la motosierra. Hemos sacado tres maletas grandes y un paquete de bolsas de basura. Los habríamos doblado, pero no habrían cabido, y Nino ya ha hecho esto antes. Se da mucha maña con la sierra, a pesar de estar usando sólo un brazo. Corta la carne como si fuera mantequilla. Amontonamos los trozos en las maletas: la cabeza, los brazos y el torso van abajo; las piernas van encima, dobladas. Tetris humano. El olor de la carne picada antes de cocinarla. Se nota el sabor de la sangre en el aire.

—Ayúdame a cortar la alfombra —pide Nino.

La hacemos pedazos y los repartimos entre las tres maletas. Lo tapamos todo con bolsas de basura y cerramos las cremalleras. Me vuelvo hacia Nino y le observo la cara cubierta de salpicaduras. Tiene sangre en el bigote. Me fijo en la ropa que llevo, que está chorreando. Este sujetador ya no lo recuperaré.

—Voy a cambiarme —digo.

Subo la escalera de puntillas, porque Ernie aún duerme y no quiero despertarlo, y recorro el pasillo sin hacer ruido hasta el dormitorio de Beth. Me desnudo en el baño y me limpio la sangre en el lavamanos. Hay gotas de color rosa en el espejo. Las limpio con agua del grifo y meto la ropa sucia en una bolsa; más tarde las tiraremos en alguna parte. Cojo una blusa del vestidor de Beth, una roja para que no se vea la sangre. Es de seda carmesí con mangas acampanadas; femenina, suave y vaporosa. Creo que la semana pasada la vi en un *outlet* de diseño de internet. Me la pongo, y me queda perfecta. Me encanta cómo me sienta este color. Me calzo las sandalias doradas de Prada y unos pantalones cortos de Balenciaga. Sí, ya lo sé: la celulitis. Pero ¿qué quieres que

te diga? A la mierda. Voy a llevarlos igualmente. Porque me gustan.

Busco otra maleta e introduzco unas cuantas faldas y vestidos, el conjunto de Dolce & Gabbana que me gusta y un par de Jimmy Choo. Y un cinturón de Dior. Y, cómo no, el Roberto Cavalli de Beth. Entonces salgo corriendo al dormitorio y saco todos los joyeros del tocador y los meto con la ropa. Guardo el collar de diamantes en su caja y también lo echo dentro. ¿Necesitaré a Mr. Dick? Ahora que tengo a Nino, no. Lo dejo bien guardado en el fondo de un cajón. «Hasta siempre, amante.» Me aseguro de llevar el pasaporte: el mío y el de Beth. Ya estoy lista. Bueno, casi.

Debemos huir y no podemos llevarnos el cuadro. Lo saco de la casa a rastras y lo llevo al jardín, sólo que esta vez no voy con tanto cuidado porque no hay que venderlo. Veo una barbacoa de acero inoxidable que servirá. Tengo que cortar el lienzo para que se queme, pero la motosierra se ha quedado sin gasolina después de tanto descuartizar cadáveres. Dejo el cuadro fuera y corro a la cocina. Revuelvo el cajón de los cubiertos y extraigo el cuchillo más afilado que encuentro. El tintineo del metal es muy fuerte, espero que no despierte a Ernie. Aunque si es capaz de dormir durante un tiroteo, esto no es nada.

Salgo deprisa al jardín y me agacho junto al lienzo. Sierro al Niño Jesús, la cara de la Virgen María y las alas del ángel. Es un trabajo difícil, el lienzo es muy resistente. La hoja chirría y rechina. Giro el cuadro en sentido horizontal y le rasgo las vestiduras doradas al hombre, decapito a la Virgen y le corto la cabeza a una vaca. Sierro al tipo de la casaca verde en dos y al pastor de la barba, igual. Al acabar, estoy sudando y me duele el brazo. Tiro el cuchillo al suelo, me siento y estudio el cuadro: está cortado en pedazos más o menos manejables que cabrán en la barbacoa. Espero que el cura tuviese razón, porque, si no, he aserrado veinte millones de dólares. A la puta mierda, ya es tarde para pensarlo. Al menos tengo el dinero.

Amontono los pedazos en la barbacoa y voy a por el tabaco y el mechero. Enciendo un cigarrillo con el Zippo y le doy una calada. Ahh, mucho mejor. Esparzo la gasolina del mechero sobre el lienzo, tiro el cigarrillo encima y miro mientras se quema. Despacio, despacio, la punta del cigarrillo va consumiéndose con un resplandor anaranjado y al final se convierte en cenizas. Se hace un agujero negro en la tela y el borde resplandece: blanco, después dorado y hasta que por fin prende. El fuego se extiende poco a poco a medida que los óleos de distintos colores van consumiéndose. Me fijo en cómo mudan las llamas: blanco azulado, azul, rojo claro, azul verdoso. Deben de ser los compuestos de los pigmentos: cobre, plomo, estaño. Los vapores que desprende huelen muy fuerte, a tóxico. A tela quemada. Se me calientan las mejillas y me escuecen los ojos. El humo denso forma volutas y desaparece. Cuando el cuadro ya está ardiendo

como está mandado, me doy media vuelta y me alejo.

Nino está fregando el suelo con el brazo bueno. Por suerte, es de baldosas y no de madera. Dice que es imposible quitar las manchas de sangre de la madera, pero en este caso ya casi no queda. Emilia se dará cuenta de que falta una alfombra, pero no sabrá el motivo. No sé qué tienen los hombres cuando friegan el suelo, pero me resulta muy sexi. Será la concentración intensa, el ritmo de los movimientos atrás y adelante. Lo observo mientras él frota las baldosas con las manos ensangrentadas; los brazos, la cara, la camisa... Está cubierto de sangre. Al acabar, mete la fregona en el cubo.

—Necesito ropa —dice—. Voy a ducharme y nos marchamos.

El suelo está impecable y las maletas esperan junto a la puerta. Ha hecho un trabajo fabuloso, teniendo en cuenta que sólo ha usado un brazo. Al menos ha dejado de quejarse del dolor; supongo que la cocaína le ha hecho efecto.

Le consigo ropa de Ambrogio: un par de vaqueros azules, un polo negro y una chaqueta de cuero suave como la mantequilla. Respiro hondo y cierro los ojos. El vestidor huele a él: Armani Black Code. Me acuerdo del instante en que lo conocí, cuando entró en el bar de la facultad de Elisabeth, en Oxford. Recuerdo que esa noche bailamos juntos, y él se movía como Jagger. Niego con la cabeza y cierro las puertas. No pienses en Ambrogio, Alvie. Ambrogio ya no está. Muerto, seco, fiambre. Tieso como la mojava. No era quien tú creías.

Nino lleva la ropa al baño y se oye un rumor bajo mientras el agua corre. Me siento frente al tocador de Elisabeth y entierro la cabeza entre las manos. Me noto la piel seca, se me está pelando. Es el calor, todo el estrés. Me unto de la crema de mi hermana: Crème de la Mer. Le robo un poquito de crema antiojeras. Debería pedirle hora a Cristina Peluquería y Belleza para un tratamiento facial, pero ahora no puede ser. Tengo que largarme de aquí.

Voy al cuarto de Ernie. La lucecita está encendida: una luna que arroja una luz azul sobre su cara dormida. Está sereno, como un ángel. Como el Niño Jesús. Está rodeado de peluches y tiene un móvil precioso con nubecitas mullidas. Cuando no está llorando, Ernie es muy mono. Le acaricio la piel suave del carrillo con la yema del dedo y le aparto un mechón de pelo de la cara. Me gusta mirarlo mientras duerme; es inocente, puro. Vamos a empezar una nueva vida: él, Nino y yo. Nos instalaremos en alguna casa bonita de Londres. En cuanto salgamos de esta isla de locos, no nos pasará nada. Estaremos sanos y salvos.

Lo cojo en brazos y lo pongo en la sillita, aunque no sé cómo voy a encajarla en el Lamborghini. Sólo tiene dos plazas. No creo que quepa. ¡Ernie no cabe en el coche! Sé que Nino quería llevarse su coche, pero no pienso dejar un

Miura clásico pudriéndose fuera. La puerta de la casa se cierra de golpe. Mierda, ¿quién es? Nino sigue en la ducha. ¿Será mi madre? ¿La mafia? ¿La puta policía? Echo un vistazo desde la barandilla y veo que Emilia está en la entrada, empapada de lluvia y con cara de haberse perdido. Emilia. Genial. Es un inconveniente, pero al menos no es letal. Bajo corriendo con Ernie en la sillita del coche. Pesa más de lo que recordaba, y el plástico del cacharro me da golpes en los tobillos, se me clava en las pantorrillas y me pega en el hueso. Me cuesta una barbaridad bajar. Emilia me ve y me observa con una expresión preocupada en su rostro arrugado mientras corro. Está ahí plantada con un camisón de flores y una bata abierta de color azul claro. Tiene un bolso de cuero marrón en la mano. Lleva el pelo suelto, le cae hasta los hombros. Tiene varices.

—Emilia, ¿pasa algo? Te veo un poco...

—*Signora*, ¡he oído tiros! Y ahora estoy... *Sono preoccupata!*

Mira a su alrededor como si buscase las armas, se retuerce las manos, se muerde el labio y mira hacia el pasillo con nerviosismo. Me acerco con el niño y lo dejo en el suelo, entre las dos. Sacudo el brazo y me froto el tobillo; tengo un arañazo en la pierna y me ha salido sangre y todo. Tengo la mano dolorida del asa. Esa cosa pesa un puto quintal. Emilia no me quita ojo de la mano. ¡Ay, mierda! Se supone que soy Beth: tengo que usar la derecha. ¿Cómo es posible que se me olvide eso? De todos modos, creo que no se ha dado cuenta. Y ahora no puedo con esto; se supone que nos vamos. En serio, no tengo tiempo para esto. Voy a arriesgarme.

—Emilia —digo, y la agarro muy fuerte del antebrazo—. Estamos en peligro, necesito que me ayudes.

Ella coge aire de golpe. Retrocede dos pasitos y se apoya en el pomo de la puerta.

—*Ma perché?*

—¿Has oído los tiros?

—*Sì!* ¿Qué ha pasado? ¿Ernesto está bien?

Se agacha junto a la sillita y mira al niño. Él nos contempla con el chupete en la boca. Yo diría que está contento.

—Ernie está bien, pero tenemos que marcharnos.

—¿Quiere que lo cuide?

—¿Puedes?

—Sí, por supuesto, cómo no. Pero ¿adónde va?

Se agacha de nuevo y tapa al niño. Él se abraza a una oveja de peluche.

—Nada, fuera de la ciudad. No tardaré mucho. Pero escucha una cosa, Emilia; es muy importante: no puedes quedarte en la casa. Es muy peligroso. Los amigos de mi marido...

—*Mamma mia!* ¡Llamo a la policía! —exclama, y se tapa la boca con la mano.

—¡No! Ni se te ocurra. Quédate en tu casa. ¿Me entiendes? Vete a casa con Ernesto. Que esté seguro.

Ella se cierra la bata y se frota los brazos. Ay, ahora me sabe un poco mal haberla asustado. Bueno, no del todo.

—No te preocupes, Emilia, no pasará nada. Pero, por favor, no llames a la policía.

Ella niega con la cabeza.

—Y no le cuentes esto a nadie.

—*Sì, signora.*

—A nadie, ¿de acuerdo? Te llamaré más tarde.

—*Va bene.* De acuerdo.

Ambas miramos al bebé y Emilia suspira.

—*Mamma mia, che bellissimo* —dice ella—. Se parece a su madre.

Trata de ofrecer una sonrisa tranquilizadora; qué buena es. Es la madre afectuosa que yo no tuve. Es como la *supernanny* de la tele.

—Gracias, Emilia. Lo siento mucho, pero tengo que irme.

La abrazo y ella me abraza a mí. Me cae bien, y Beth tenía razón: es una maravilla. Me ha salvado el pellejo cien veces y me gustaría poder llevarla conmigo, pero tiene que quedarse aquí con el niño. Me agacho y le doy un beso a Ernie en la frente. Se me parte el corazón de ver lo suave y blanquito que es. Creo que está sonriendo, pero podrían ser gases. Se me hace un nudo en el estómago y se me llenan los ojos de lágrimas: ¡quizá no lo vuelva a ver! Doy media vuelta para marcharme, pero Emilia me llama.

—¡Espere, *signora!*

Mete la mano en el bolso y saca un sobre marrón doblado.

—Me había pedido que le guardase esto, ¿no se habrá olvidado?

Me lo entrega.

—Claro que no. Muchas gracias, Emilia.

¿Qué habrá dentro? Rompo el papel para abrirlo: dos billetes de avión a Londres con fecha del jueves, 27 de agosto, a las nueve de la mañana. Eso fue la mañana siguiente a la muerte de Beth. Uno es para Alvina Knightly y el otro para Ernesto Caruso. Miro dentro del sobre, pero eso es todo. No hay billete para el bueno de Salvatore. Ni para mí a nombre de Elizabeth Caruso (no me extraña que insistiese en cambiarnos los pasaportes). Tampoco hay uno para Ambrosio. Bueno, supongo que ahí tengo la explicación. Los guardo en el sobre. Mi hermana lo tenía todo planeado. Aunque no sé cómo podía salir bien: mi cadáver le hubiera proporcionado algo de ventaja, pero no habría ganado tanto tiempo.

De todos modos, la ocasión requería medidas excepcionales. Me ha quedado muy claro.

—Gracias, Emilia. Me has ayudado mucho.

Miro al bebé por última vez. Una fuerza invisible, un nudo en la garganta: no quiero dejarlo atrás. Todavía no lo había llevado a la playa. Tal vez podríamos llevárnoslo... Pero entonces me acuerdo del Lamborghini: estoy enamorada de ese puto coche.

Emilia coge la sillita y yo los acompaño afuera. Ha dejado de llover, pero sigue cayendo un poco de llovizna. La neblina fría me refresca la piel quemada.

—No se preocupe, *signora*. No diré nada —me promete, y se lleva el dedo índice a los labios—. Chiss...

Miro cómo desaparece por la calle con el bebé. Me da la sensación de que Emilia lo sabe todo. Sabe quién soy. Sabe que Salvo está muerto. Supongo que debería liquidarla, pero ¿sabes qué? No quiero hacerlo. Cuida muy bien del niño y tengo la corazonada de que puedo confiar en ella. Creo que no dirá ni pío. Lo más rápido y fácil es salir de aquí. Cuando todo haya acabado, vendré a por Ernie. Vendré a buscarlo cuando sea seguro.

Cierro la puerta de la casa y de pronto todo está en silencio. Demasiado en silencio. Ya echo de menos a mi hijo. Sus mofletes, la sonrisa traviesa... Miro el iPhone de Beth; no hay mensajes nuevos. ¿Qué pasa con mi madre? ¿No estaba de camino? Está en el avión desde Australia. Dios, esto podría ser un puto desastre. Ella siempre nos ha distinguido. Quizá debería advertirle que esto es una zona en guerra, pero ¿qué le digo? Es como en *Uno de los nuestros*. Como en los putos «Soprano». Pero ella no tendrá ni idea, sólo ve programas de cocina. No tendría ni idea de qué le estoy hablando. De todos modos, no quiero hablar con ella y mucho menos verla. No obstante, si no se lo impido, se presentará aquí, y si le pegan un tiro en la cabeza será culpa mía.

Recorro el pasillo de un lado a otro. Arriba y abajo. Arriba y abajo. Ésta es una decisión muy importante. Podría aparecer en cualquier momento, o dentro de una hora. Me sería útil que no estuviera por aquí. Tengo que avisarla. ¿Lo hago o no? ¿Qué tal si lanzo una moneda al aire?

Dame un motivo para que no la mate yo misma.

¿Que es mi madre?

Tengo que avisarla. Es lo correcto.

Aunque, pensándolo bien, igual mejor...

Entro en el salón y veo a Nino buscando algo con desesperación. Mira detrás del sofá, debajo de las mesas, detrás de las cortinas...

—¿Dónde está? —me pregunta.

—¿El qué? ¿El cuadro?

Otra vez no. Estoy al límite. Él para y apoya una mano en la cadera. Expectante. Jadeando. Frunciendo el ceño con rabia. No parece muy contento; de hecho, tiene la misma cara que la reina Victoria.

—Betta, no me jodas. ¿Qué has hecho con el cuadro?

—Era falso, lo he quemado. No podíamos llevárnoslo ni dejarlo aquí.

El rostro de Nino se vuelve rojo como las llamas del infierno.

—¿Qué? Me cago en la puta, Beth, ¿qué has hecho?

Me agarra de la garganta y me empotra contra la pared. Me doy un golpe en la cabeza. Noto su aliento húmedo y caliente en la cara. Me aprieta el cuello y me atrapa con el cuerpo. Coge la pistola y me la clava en la garganta, justo debajo de la mandíbula.

—Dilo otra vez, dime qué cojones has hecho.

—¡No lo sé! Nino, por favor, ¡suéltame!

—El cuadro —repite.

—No, no.

Niego con la cabeza. Empieza a escocerme la piel del sudor. Me tiemblan las piernas.

El metal frío se me clava en la piel. Me duele la cabeza, me palpitan las sienes.

—¡Nino! ¡Nino, no dispaes! ¡No dispaes!

—¿Dónde está? —insiste.

Yo aprieto los ojos.

—Es falso. El cura ha dicho...

—¿Lo has quemado? No me jodas...

—Está... está en el jardín.

—¿Has quemado veinte millones de dólares?

Nino empuja la pistola con más fuerza y se me clava en la mandíbula. De pronto me suelta, da media vuelta y sale corriendo hacia el jardín.

—¡Es una puta falsificación! —grito.

Me dejo caer al suelo y recupero el aliento. Me froto la garganta. Cuando se enfada, Nino está todavía más bueno.

—¡Mierda! ¿Qué es eso? —digo, y piso el freno. No me gusta este coche. Si lo dejo siniestro total, podemos regresar a por el Lamborghini.

El monovolumen derrapa, doy un volantazo y nos estrellamos contra un árbol. Nino y yo salimos despedidos hacia el parabrisas, pero los cinturones de

seguridad nos devuelven al asiento de golpe. Algo se hace añicos. Cristales rotos. Me he cargado un faro como mínimo. Se oye el ruido sordo de las maletas con los cadáveres, y la del dinero, los diamantes de Beth y nuestra ropa sale volando desde atrás y choca contra el reposacabezas de Nino.

—¡Coño! —exclama Nino, y se frota la cabeza con la mano sana.

Yo me masajeo el cuello, creo que me ha dado un latigazo. Debía de ir muy deprisa.

—He visto algo ahí, en la carretera. Algo que se movía.

—¿Eso negro?

—Sí, eso negro.

—Es una serpiente, joder.

—¡Sí, ya me parecía! ¡Qué asco! —digo.

Nino me mira. Si las miradas matasen...

—¿Has estrellado el coche por culpa de una serpiente?

—Una serpiente en mitad de la carretera. Y no lo he estrellado, es un golpe de nada. Para eso están los parachoques.

—¿Te das cuenta de que tenemos prisa?

—¿Es venenosa?

—Hay hombres armados buscándonos para matarnos.

—¿Qué clase de serpiente es?

—¿Me escuchas o qué cojones?

—¿Qué clase de serpiente es?

—¿Estás loca o qué?

—¡Vale! Era sólo por curiosidad. Nunca había visto una serpiente en medio de la naturaleza. ¿Es venenosa?

—¿Qué coño te importa? Estás dentro del coche.

—Vale. Muy bien.

—Yo soy venenoso.

—Perfecto.

—Conduce.

—Vale.

—¿Vas a poner el coche en marcha?

—Sí.

—¿Estás segura de que no quieres hacerte amiga de la serpiente?

—No. Voy a atropellarla. Venga, vámonos.

Voy marcha atrás y, al regresar a la carretera, le paso por encima. Ay, con el golpe me he hecho daño en el cuello, no puedo mover la cabeza hacia los lados. (A lo mejor he sido demasiado convincente al estrellar el coche.) Nino se agarra al asiento con la mano buena; tiene los nudillos blancos.

—Mira por dónde vas. Santo Dios... En este país conducimos por la derecha.

SÉPTIMO DÍA

Orgullo

@AlvinaKnightly69 «Sexo, drogas y asesinato: ¿qué más se puede pedir?»

El accidente fue culpa de Beth.

Cuando era pequeña, me cambié el nombre por el de Matilda. Ya sabes, Matilda, la niña del libro de Roald Dahl. La que tiene poderes. No me lo cambié oficialmente ni fui al registro ni nada de eso; fue sólo en la escuela, en el patio. Les pedí a algunos de los niños que me llamasen así.

Todo empezó en nuestro séptimo cumpleaños.

Beth había dejado el patinete nuevo en la acera, justo delante de casa, y yo no había sido capaz de resistirme. Verás, es que yo no tenía. Ése se lo había regalado mi madre por nuestro cumpleaños: un patinete rojo reluciente, precioso de la muerte. Y en ese momento estaba tirado en la calle, esperando a que yo lo llevase a dar una vuelta.

Me subí y eché a correr calle abajo. Beth estaba en la acera con un grupito de niñas de la escuela. Sus amigas. Las más populares. «¡Más rápido! ¡Más rápido!», gritaron. Así que les hice caso: las ruedas chirriaban e iban haciendo saltar la gravilla, mientras a mí se me hinchaban los carrillos al viento. Era la primera vez en mi vida que me sentía libre; a toda velocidad, volando a cuarenta y cinco por hora. «Esto se me da bien —pensé—. Soy espectacular, sin duda. He nacido para esto...» «¡Para! —chilló Beth—. ¡Da la vuelta, Alvie! Mamá te matará. ¡Hay coches!» Estaba celosa porque era su patinete y no quería que yo lo usase. Llegué casi hasta el final de la calle, pero ¿qué pasó entonces?

¿El bordillo?

No lo sé.

De pronto me precipité por encima del manillar, me di de cabeza contra el pavimento y me la partí por la parte de arriba, a la derecha.

¡PUM!

Después de eso, nada.

Me desperté con el sabor del hierro en la boca y el sonido de mis propios

gritos. No era más que una cría y no entendía lo que decían los médicos. No sabía qué era el córtex prefrontal. Para mí, no tenía sentido. Sólo quería arrancarme la cabeza y lanzarla bien lejos para poder dormir un rato.

El dolor era abrumador. Insoportable. Una broca taladrándome la cabeza día y noche, día y noche, día y noche. Pasé varias semanas en el hospital; vomitando, llorando, tirándome del pelo, enganchada a un gotero que debía de ser de morfina, contemplando con rabia las estrellitas fosforescentes que algún idiota había pegado en el techo. Ni que decir tiene que mi madre se puso como loca. Me dijo que el patinete no era mío, que iba demasiado deprisa, que todo había sido culpa mía y bla, bla, bla. Elizabeth jamás habría sido tan idiota. Pero aun así le compró un casco.

Cuando regresé al colegio transcurrido más de un mes después del accidente, les dije a todos los niños que tenía poderes. Me preguntaron dónde había estado, qué me había ocurrido, así que me inventé una historia. No quería que supiesen que había estado en cama, mirando estrellas, conectada a un gotero. Mentí, ¿qué quieres que te diga? La cicatriz de la cabeza era donde me habían echado la poción, el punto de los hechizos. Tenía poderes, igual que Matilda en su libro: era especial. Con sólo mirarlos, podía hacer que los lápices se pusieran de pie y que la tiza escribiera en la pizarra. No tuve que demostrarlo; con decirlo bastaba. Era verdad.

Al cabo de un tiempo todos se olvidaron del tema, pero la cicatriz sigue ahí, debajo de mi melena. Es mi rayo de Harry Potter, mi ese de Superman. Soy como Sansón antes de Dalila. La fuente de mi magia: mi poder único. ¡Y Fred West tenía una igual! A lo mejor ésa es la razón de mi forma de ser. El motivo de que las cosas nunca hayan salido bien. La respuesta a por qué soy yo la mala. ¿Y si es culpa de eso y no por lo de los corazones? A lo mejor, si Beth se hubiera dado un buen porrazo en la cabeza, habría sido ella la que se habría despertado siendo yo. Ella habría vivido mi triste vida, y yo la suya.

Espera, que ¡yo ya estoy viviendo su vida!

Y resulta que al final ella sí era mala.

La cosa no estaba tan clara como yo creía, hay muchas zonas grises. Ni Beth era un ángel ni yo un demonio. De hecho, cuando me conoces soy muy agradable, aunque nadie se moleste en conocerme. Me palpo debajo del pelo buscando la cicatriz. Hay una abolladura en el hueso y una especie de costura abultada en la piel.

Si quieres, te dejo que la toques. Pero tienes que llamarme Matilda.

Domingo, 30 de agosto de 2015, 05.00 horas

Taormina, Sicilia

—Necesitamos más, o no se hundirán.

—No me jodas, que está a punto de amanecer. Nos van a ver.

—No podemos lanzarlos así. Te garantizo que flotarán.

—Tampoco podemos quedarnos a plena luz del día con una maleta hasta arriba de cura muerto. ¿Por qué hemos venido aquí?

Nino y yo estamos en la playa, llenando las maletas de piedrecitas. No hay guijarros, así que estamos metiendo puñados de gravilla. No es que haya mucho sitio, pero Nino dice que hay que meter peso. Cuando los cadáveres empiezan a descomponerse, se llenan de gas y flotan. Al menos, eso asegura él. Las piedras están húmedas y frescas de la noche. Estamos tardando una eternidad. Cojo un puñado de piedrecitas lisas y redondeadas y las meto en una bolsa. Al caer, hacen ruido. Miro a mi alrededor por si alguien nos ha oído, pero no hay nadie. Nino cierra una de las maletas y me ayuda a rellenar las otras. Me levanto con los brazos en jarra y recupero el aliento. Cuando miro al mar, veo una isla pequeña que está unida a tierra firme por un camino estrecho.

—¿Qué es eso? —pregunto, y señalo la masa de tierra negra que se alza en el mar.

—Isola Bella. ¿Por quién me tomas?, ¿por un puto guía turístico? ¿Cómo es posible que no lo sepas ya, Beth? ¿Es que no has salido de casa en todo este tiempo? —Señala la maleta con la barbilla; creo que quiere ayuda. Y él todavía cree que soy mi hermana. Venga, Alvie: sé más Beth.

Seguro que de día la isla es muy bonita, pero a esta hora, justo antes del alba, parece un monstruo marino gigantesco que se alza desde las profundidades. El sol empieza a despuntar en el horizonte y la isla arroja una sombra oscura y alargada hacia donde estamos nosotros en la playa. Enciendo un cigarrillo y sopló el humo hacia el mar mientras contemplo las vistas.

—Beth, ¡venga!

Querrá que me dé prisa.

Me agacho, agarro unas piedras y las echo a la maleta para que vea que estoy colaborando, siendo útil.

Miro por encima de su hombro y cojo aire de golpe. Se acerca la silueta de un hombre corriendo por la orilla. Se aproxima cada vez más. Mierda. Cojo la tapa de una de las maletas y la cierro.

—¡Nino! —digo, y señalo a su espalda—. Tenemos compañía.

Un perro trota hacia nosotros ladrando y moviendo la cola. Es un chucho de pelo largo y gris que ha estado bañándose. Le interesa mucho lo que tenemos en las maletas. Se vuelve como loco y ladra mientras husmea la tapa. El dueño va

acercándose y acercándose.

—¡Silvio, no! *Scusatemi* —dice el corredor.

El perro gime, vacila con una pata en el aire y empieza a perseguirse la cola.

—¡Silvio!

El perro sale corriendo.

—*Scusatemi. Buongiorno.*

—*Buongiorno* —responde Nino, y lo saluda con la mano sin muchas ganas.

Yo hago guardia y fumo, y el tipo del chucho se larga corriendo por la orilla con el perro detrás. Se van haciendo cada vez más pequeños. Miro a Nino.

—Dame tu pistola.

—¿Qué? No.

—Dámela. La mía no tiene balas.

—De eso nada —responde Nino.

—Deberíamos matarlo. ¡Rápido! ¡Se aleja!

—No ha visto nada —dice él.

—Esto tiene muy mala pinta, no me jodas.

—Hoy no vamos a matar a nadie más.

—Qué lástima.

—A menos que estén a punto de matarnos a nosotros.

—De acuerdo, lo que tú digas. Por lo menos podríamos habernos cargado al perro, ¿no?

Lanzo la colilla hacia el mar. Nino coge más piedras y las mete en la maleta.

—Somos geólogos recogiendo muestras —dice.

—¿A las cinco de la mañana?

Debería haber cogido el arma y haberle pegado un tiro yo misma. Me ha visto. ¡Me ha visto! Se ha fijado en mi cara.

Cuando tenemos las maletas llenas de piedras, cierro las cremalleras y entre los dos cargamos con la del cura por la arena hasta el monovolumen. Pesa la rehostia. Incluso más que Ambrogio, y varias veces tenemos que dejar la maleta para recuperar el aliento. Además, con un solo brazo en uso, Nino no vale para mucho. Es inútil, y sería más rápido si me ocupase yo sola, la verdad. Con un esfuerzo sobrehumano, la metemos en el maletero y corremos hacia la orilla a por las otras dos. Estoy agotada. Esto cuenta como ejercicio, sin duda. Levantamiento de pesas nivel olímpico. Seguro que estoy quemando más calorías que nadando. Que en una puta clase de pilates. Lanzamos las otras dos maletas encima de la del cura y entonces Nino se fija en el coche.

—¿Qué coño has hecho?

La parte delantera de la carrocería cuelga de un lado. La matrícula está agrietada. Los dos faros están rotos. Tiene muy mala pinta.

—Eh... No es nada, hombre. Un golpecito.

—Está hecho una mierda; así no podemos ir a ninguna parte. Nos parará la policía.

Arranca lo que queda del parachoques y lo echa al asiento de atrás. Fantástico.

—Qué pena. Habrá que ir a por el Lamborghini.

—¡Betta! *Madonna mia*... ¡Vas a volverme loco!

Nos subimos al coche y yo intento que no se me vea lo contenta que estoy.

—Conozco un sitio donde podemos tirarlos —dice Nino—. Gira a la izquierda.

Doy un volantazo en una curva cerrada y la fuerza centrífuga lanza a Nino contra la puerta. Se agarra el brazo herido justo por donde tiene el agujero de bala y me fulmina con la mirada. Ir conmigo en coche es como estar en un parque de atracciones: el tren de la mina, la montaña rusa, caída libre. La gente paga un montón de dinero por pasar miedo en esas atracciones, ¿qué problema tiene? El torniquete de Yves Saint Laurent está empapado; la sangre ha traspasado la tela y le gotea por el costado. El coche huele a carnicería.

Nino suelta un alarido y se desata la blusa del brazo.

—¿Para qué te la quitas? Vas a salpicar sangre por todas partes —lo riño—. A mí no me manches, que acabo de cambiarme. Esto es de Versace. ¿Por dónde voy ahora?

—Sigue recto. Pásame esa camiseta —ordena Nino, que señala un gurrño con la mano buena.

Se la ha quitado a uno de los mafiosos antes de hacerlo pedazos. Su capacidad de previsión me asombra.

—Nino, estoy conduciendo. Cógela tú.

—¿A esto lo llamas conducir? Si no tuviera el brazo jodido, te enseñaría lo que es conducir. Tú lo haces como una chica.

—Es que soy una chica.

—Eso es.

Nino gruñe, y yo piso el acelerador a fondo. El motor ruge, se me pega la cabeza al asiento. Vamos a ver a qué velocidad puedo llegar.

Nino suelta otro grito.

Él sí que parece una chica. Le da miedo cómo conduzco y no para de quejarse del brazo. Tampoco es que la herida sea para tanto. La bala sólo lo ha rozado.

—Cuando hayamos tirado los cadáveres, iremos a por el Lamborghini —le advierto—. Tu monovolumen es una mierda.

—¡Es un Mercedes! —protesta él—. Era un buen coche hasta que lo has estrellado.

Se acerca, coge la camiseta él mismo y se la enrolla alrededor del brazo. Agarra un extremo con los dientes y la ata. Después se seca el sudor de la frente con la mano buena.

—Para aquí —ordena—. Ya hemos llegado.

Piso el freno de golpe.

Nos detenemos en un puente que da directo al mar y tiene una caída de quince metros por lo menos. Hace viento, se está fresco. Abro la puerta del monovolumen y salgo. Las olas arremeten contra las rocas y la espuma blanca nos salpica. Noto el sabor del salitre y del yodo, y al asomarme a la barandilla y ver el agua negra y profunda, me pregunto cuántos cadáveres habrá ahí abajo. Es el lugar perfecto para deshacerse de un muerto, y me da la sensación de que Nino ya ha estado aquí. Forcejamos con las maletas, pero, no sé cómo, al final acabamos lanzándolas una a una al vacío. Al caer hacen ruido y salpican, y al hundirse, sueltan burbujas. Me vuelvo pensando que Nino está a mi lado, pero veo que ha regresado al coche. ¿Cómo lo hace para moverse con tanto sigilo? Es como un fantasma sexi, como Patrick Swayze en esa película cuyo título no recuerdo.

Doy marcha atrás con el Mercedes. Me muero de ganas de conducir el Lamborghini. Me pregunto qué velocidad alcanza; Ambrogio llegó a ciento ochenta, pero yo quiero correr todavía más. Se va a enterar Nino de cómo conducen las chicas. Estaremos en Londres antes del atardecer.

Arranco el motor y bajamos por el camino de entrada, atravesando la nube de humo del cuadro. Adiós, «La Perla Nera». Hasta nunca. Que te vaya bien. *Arrivederci*. No sé cuándo volveremos a vernos. Giro hacia la carretera, pero entonces piso el freno de golpe.

—¡Mierda, se me olvidaba! No tardo nada.

Vuelvo a entrar marcha atrás.

—¿Qué se te ha olvidado? ¡No tenemos tiempo!

—Ya lo sé, ya lo sé. Será un momento. Tú espera aquí.

Nino me contempla patidifuso mientras me apeo del Lamborghini y le cierro la puerta en las narices. Me sigue con la mirada a través de la ventanilla, negando con la cabeza.

Hago un esprint por la gravilla y empujo la puerta de la mansión de Elizabeth. Subo la escalera a la velocidad del rayo y mis pisadas resuenan por el

pasillo. Irrumpo en el dormitorio de mi hermana. ¿Dónde lo habré dejado? El cuarto está hecho un desastre de cuando he hecho la maleta: hay ropa por todas partes, joyas, zapatos. Me recuerda a mi piso de Archway, si no cuentas las joyas, claro. Me siento en la cama y hundo la cabeza entre las manos. ¡Piensa, Alvie, piensa! Esto es importante. ¿Dónde lo guardaste?

¡Todavía está en el cochecito!

Bajo a la carrera y cruzo el pasillo; el cochecito está aparcado en el hueco de la escalera. Meto la mano y encuentro el dibujo de Channing Tatum enrollado debajo del asiento de Ernie.

—Lo siento —le digo—, nunca más me olvidaré de ti.

Piso a fondo y pasamos junto al teatro como una exhalación; aceleramos entre jardines y huertos preciosos de cítricos. El olor fresco de los limones contrarresta el hedor metálico de la sangre, la capota está abierta, y en el cielo despuntan las primeras franjas rosadas del amanecer. Giramos en una curva.

—¡Ahí! —exclama Nino.

—¿Qué?

—¡¿No los has visto por el retrovisor?! —grita.

—¿Ver a quién? ¿Un coche? ¿Qué coño importa?

—¡Están siguiéndonos! *Merda!* No deberíamos haber venido; tendríamos que habernos largado antes.

Le da un puñetazo al salpicadero. Creo que está molesto por lo del dibujo.

—¿Cómo sabes que están siguiéndonos?

—Se acercan. ¡Corre!

«De acuerdo, Nino, lo que tú digas. ¿Quieres una persecución? Pues la tendrás.» Esto va a ser divertido: piso a fondo. El Lamborghini acelera de golpe y lo noto en el estómago. Echo un vistazo muy rápido al retrovisor: un Land Rover negro y siniestro se acerca a toda velocidad. ¿Y si Nino tiene razón?

—¡Son ellos, la *cosca* del cura! —exclama, aferrándose al asiento.

Hago un viraje brusco en una curva cerrada y, a pesar de sus esfuerzos, Nino se da con el brazo herido contra la puerta. Emite un sonido extraño y tenue, una especie de gemido, como un gatito atrapado en una bolsa de basura. Creo que le da miedo mi forma de conducir. A mí también. El Land Rover que nos persigue va ganando terreno.

—¡Es Don Rizzo! *Madonna mia*, vamos a morir.

Por el retrovisor veo a dos hombres con cara de muy pocos amigos.

—¿Qué hago? —pregunto.

—Conduce. Joder. Me habías dicho que sabías conducir.

Quizá haya mentido al respecto.

¡PUM! ¡PUM!

Se oye el estallido de los disparos y las ruedas chirrían en el asfalto. Creo que han rozado la pintura, cosa que me molesta porque el coche es precioso y ahora tendré que arreglarlo.

—¡Corre! —chilla Nino.

Piso el acelerador a fondo. Ojalá no llevase unos tacones tan ridículos: me rozan y casi no puedo caminar con ellos, pero combinan demasiado bien con la ropa que llevo.

—¡No puedo ir más deprisa!

¡PUM! ¡PUM!

Voy a ciento sesenta kilómetros por hora y la carretera tiene curvas, cuestas y baches.

Veo una curva y piso el freno.

—¿Qué haces?

—Voy a bajar por ahí.

Hago girar el volante y entramos en una calle flanqueada por árboles. Me resbala el pie del acelerador y el coche se cala. ¡Malditos zapatos! El Lamborghini petardea, las ruedas chirrían. Noto el hedor acre de la goma quemada. Nos detenemos.

—¡Muévete! —ruge Nino.

—¡No es culpa mía, son los zapatos! ¿Has intentado conducir con tacones de quince centímetros?

Arranco el motor y piso a fondo. Salimos disparados calle abajo. La hostia, esto es una puta locura. Pero el Land Rover sigue en el retrovisor y se acerca cada vez más.

—Gira a la izquierda —dice Nino.

Es una calle que va directa al centro de Taormina.

—¿A la ciudad? ¿Estás seguro?

—Confía en mí: a la izquierda.

Me aparto el flequillo de los ojos y hago lo que me dice. Volamos por las calles en dirección a Taormina. El motor ruge. Pero el Land Rover sigue pisándonos los talones.

—¡Ahora a la derecha! —grita Nino.

Es un giro demasiado brusco, joder. Las ruedas chirrían. Al frente veo un arco viejo de ladrillo y la calle es demasiado estrecha. No lo conseguiremos. Cierro los ojos y acelero. Pasamos por la callejuela y el Lamborghini va casi raspando las paredes; se oye el estrépito de los adoquines. Dios mío, ¡la pintura! ¡El coche! Jamás encontraremos el tono exacto de rojo. Abro los ojos y

compruebo que hemos pasado; estamos en una especie de plaza. Miro atrás y veo que el Land Rover entra en la callejuela: una lluvia de chispas, el acero rechina contra la piedra y se detiene. No se mueve ni un ápice. Veo que los hombres tratan por todos los medios de abrir las puertas, pero no lo consiguen. Están atrapados.

—¡Sí!

—¡Bien!

Nino y yo chocamos los cinco.

—¡Bien! ¡Viva yo! ¡Viva Alvie! —exclamo.

Ha sido pan comido. ¿Qué quieres que te diga? Soy una profesional.

—¿Quién es Alvie? —pregunta Nino.

—Ah, no. Nadie —respondo.

¡Ups!

Agarro la pistola de Nino y me vuelvo para disparar. El parabrisas del Land Rover se hace añicos, y ambos acaban con una bala en la cabeza.

—¡Genial!

Se oyen sirenas a lo lejos: el típico ¡UIIIIIUU! ¡UIIIIIUU! agudo que te pone el vello de punta. Nino me fulmina con la mirada. Ni una sonrisa.

—¡Tira, coño!

Cuando pasamos de nuevo por el puente, Nino lanza las armas al mar. Estoy a punto de protestar, pero le veo la cara. Está destrozado. Creo que le tenía mucho cariño a la pistola, pero no es buena idea ir por ahí con un arma homicida. La policía podría pararnos, el riesgo no merece la pena. Me quito los tacones y piso el acelerador. Descalza es más fácil, y me encanta conducir este coche.

Hablemos un poco de los logros personales. Hace una semana, mi vida era una auténtica mierda. Odiaba mi trabajo, tenía una depresión clínica, un par de vagos me habían echado de casa. Quería morirme de una puta vez, joder. Pero ¿ahora? ¡Hola, caracola! Ahora veo arcoíris y mariposas y unicornios. He encontrado mi lugar. Estoy en mi salsa. Y ¿sabes qué? Estar viva es fabuloso.

Alvie está viva.

Por fin, por fin he encontrado algo que se me da bien. Algo que hago mejor que Beth.

Alvina Knightly, asesina.

*Matar: nací
para ello. Me sienta bien,
como un vestido bonito.*

No como esa mierda de color fucsia que me apretaba tanto que no podía respirar. Ni como el de chifón dorado que parecía para ir a la iglesia. Pero ¿el Louis Vuitton negro? Ése sí me quedaba bien.

Voy a decirlo a voces: me encanta matar. ¿Qué quieres que te diga? Es lo mío. Matar, como muchas otras cosas, es un arte. Y yo tengo un talento excepcional para ello. Ya te lo he dicho, soy una gran artista: Caravaggio, Shakespeare, Mozart, Knightly.

Me he convertido en una mariposa letal, en una esfinge de la muerte, en una *acherontia atropos*. Hay belleza en la muerte, matar bien requiere estilo. Y descubrir tu potencial te hace sentirte bien; darle rienda suelta es una sensación de la hostia. ¿Sabes otra cosa? Este negocio sale a cuenta. Trabajando en la revista habría tardado un siglo en ganar dos millones de euros, pero ¿crees que habría conseguido ahorrarlos? Ni de puta coña. El dinero, el coche, la casa, los

diamantes: me siento más rica que la reina de Inglaterra. Más rica que J. K. Rowling o el presidente Putin; que Richard Branson o que Bill Gates. Más rica que Taylor Swift o que Miley Cyrus, Metallica o Adele.

Esto es mejor que que te toque la lotería, porque me lo he ganado. Lo he conseguido con el sudor de mi frente. He descubierto mi talento, mi verdadera vocación. Pero no se puede ir por ahí matando sin ton ni son, hay que ser listo. El truco es que no te pillen.

Ojalá mi madre y Beth pudiesen verme. ¡Ojalá pudiera verme todo el mundo! Aunque tal vez acaben viéndome... Casi me dan ganas de que me detengan. Así sería una figura infame y todo el mundo oiría hablar de mí. ¡Y todo el mundo me temería! «¿Alvie? Sí, ya sé quién es», diría la gente. Y después saldrían corriendo.

«Gracias, Beth, por la oportunidad que me has brindado. Gracias, querido Ambrogio.» Creo que lo llaman *sincronicidad*. Cuando todo fluye, las piezas de tu vida encajan. El universo o Dios están de tu parte, todo funciona; todo es fantástico.

Puerto de ferris de Mesina, Sicilia

—*Passaporto?*

Vacilo. En el bolso tengo el mío y el de mi hermana.

—*Passaporto? Carta d'identità?* —repite.

Recuérdame quién soy. Podría ser Beth o Alvina. Hace demasiado calor para pensar y empiezo a sudar. Ha salido el sol, está perforándome la coronilla. Estoy deshidratada. Noto que tengo los labios agrietados y se me pega la lengua al paladar. Ahora mismo mataría por una *limonata* con hielo y vodka. ¿Quién coño soy? Es posible que la policía empiece a buscar a Beth. Alvie podría haber estado viajando unos días por Sicilia, viendo lugares nuevos antes de regresar a casa, a Londres. Exacto, si a alguien le interesa, eso es lo que he estado haciendo. ¿Palermo? Magnífica. ¿Catania? Divina. Por supuesto que subí a la cima del Etna, el amanecer con vistas al mar es insuperable. ¿Los templos de Agrigento? Ejemplos deslumbrantes de la arquitectura de la Magna Grecia. Pero ¿quién va a preguntar? Nadie.

—*Passaporto!*

Vaya, ahora va y se enfada. Qué poca mecha tienen estos italianos.

Le entrego al tipo de la garita el pasaporte de mi hermana. Lleva una gorra azul oscuro con visera y un uniforme de aspecto oficial. Espero que no sea policía.

—*Grazie* —dice, y le echa un vistazo al coche.

Por su cara, diría que él también lleva toda la noche en danza. Se ve que todos hemos estado muy ocupados. Examina el pasaporte de Nino. Entonces se fija en mi cara y mira el pasaporte de Beth. Yo contengo la respiración, pero ¿de qué me preocupo? La de la foto parezco yo. Es imposible que lo cuestione.

—*Grazie, signora* —dice, y lo cierra de golpe.

Cuando el tipo le devuelve el pasaporte a Nino por la ventanilla, le echo un vistazo. Según el documento, se llama Giannino Maria Brusca. Suelto una carcajada.

—¿Tu segundo nombre es Maria?

Nino me mira.

—Y ¿qué pasa?

—¡Maria es nombre de chica!

Él frunce el ceño.

—En Italia no.

—No me puedo creer que te hayan puesto un nombre de niña.

—Cállate, Beth. Y conduce.

—¡Ni siquiera te llamas Nino!

—Nino viene de Giannino. Ahí hay un hueco.

—Te llamaré Nicola —digo sin dejar de reír—. Es un nombre de niña muy bonito. Conduzco el coche hacia la rampa de entrada al ferri.

—En Italia, Nicola es nombre de chico.

—Maria es de niño y Nicola también. Estáis como una cabra.

—Te he dicho que te calles. Estás jugándote un disparo.

—¡Nancy! ¿Nancy es nombre de niña?

—Sí.

—Pues te llamaré Nancy.

Nino está sentado a mi lado, muerto de la rabia. Pero yo no puedo evitarlo: tengo un ataque de risa histérica; se me saltan las lágrimas y estoy doblada en dos.

—En serio, Beth, más te vale que pares. He matado a hombres por menos que eso.

—¿En serio? —contesto, y me seco una lágrima del rabillo del ojo.

—Sí, en serio. A uno lo maté por mirarme mal. Y maté a una niña por reírse de cómo me llamaba.

Nino me fulmina con la mirada.

Paro de reír, porque me parece que le creo. Podría matarme y eso no estaría bien.

Aparco el Lamborghini entre un Maserati y un Fiat. Odio los ferris, sobre

todo la cubierta de los coches. Apesta a gasolina y se me revuelve el estómago. Echo de menos el yate de Ambrogio, aunque sólo he navegado en él una vez. Fue una pena que lo destrozásemos.

Los coches aparcen tan juntos que casi no puedo ni abrir la puerta. Salgo del Lamborghini de lado y poco a poco, y tiro de la maleta del dinero para sacarla. No pienso dejar dos millones de euros en un aparcamiento. Nada de correr riesgos: hay asesinos, ladrones y violadores por todas partes. Nunca jamás estás a salvo. Sigo a Nino hasta la cubierta principal por una escalera estrecha. Cuando el Ladymatic de Beth dice que son las siete de la mañana, el ferri zarpa hacia el mar Tirreno. Nino y yo nos apoyamos en la barandilla y contemplamos el mar. Esta mañana el día está nublado y el agua, de un gris plomizo.

El ferri empieza a mecerse de izquierda a derecha y a subir y a bajar con la marejada. Hoy hace viento, y ya siento náuseas. Con la mano buena, Nino saca un paquete de Marlboro del bolsillo de su chaqueta y me ofrece un cigarrillo. Cojo uno y enciendo los de ambos. Nino protege la llama y veo que tiene la piel raspada. Tiene los nudillos reventados y sangre debajo de las uñas, restos de color marrón rojizo. El par de no fumadores que están a nuestro lado arrugan el gesto y se apartan. Nos quedamos solos.

—He estado pensando —digo, y soplo una bocanada de humo en dirección al horizonte. Me vuelvo hacia Nino y le dedico una sonrisa ganadora—. Quiero trabajar contigo.

—¿Que quieres qué?

—Quiero trabajar contigo. Quiero ser tu socia.

Nino me mira con los ojos entornados; el sol se ha asomado entre un par de nubes de color blanco sucio, y él se pone las gafas de sol. La luz del día no parece gustarle mucho. Es lo contrario de un girasol.

—¿Mi socia?

—Sí, tu socia. Creo que sería genial. ¿Qué opinas?

Me acerco a él y lo miro a los ojos. A través de las lentes negras de las gafas de sol no se ve nada, pero miro donde me imagino que deben de estar. Yo llevo el Wonderbra de Beth y tengo el canalillo colocado estratégicamente.

—Estás *pazza* —me dice.

—¿Qué pasa? —pregunto con una ceja enarcada.

Nino apaga el cigarrillo en la barandilla metálica y lo lanza al mar. Yo le doy una calada al mío y también lo tiro. Se marcha dando zancadas hacia el interior y me da con la pesada puerta de metal en las narices. La abro como puedo y echo a correr tras él, que va hacia el bar.

—*Un caffè* —le pide al camarero con voz hosca.

—*Due caffè* —añado yo—. Y un agua.

Cuando Nino coge la taza, le tiembla la mano. Él no bebe agua, es como un cactus. O un camello. La verdad es que no sé cómo se mantiene con vida. Encontramos un par de sillas horribles de plástico y nos sentamos a una mesa pegajosa. Odio los putos «restaurantes» de los ferris porque parece que los han diseñado para quitarte las ganas de comer. El café sabe a quemado. El barco se menea en un mar furioso y por los ojos de buey vemos el horizonte ondulado como si fuera gelatina de color verde y azul. Ahora sí que me encuentro mal. Nos tomamos los cafés en silencio.

—Bueno —dice Nino al final con la frente surcada de cordilleras montañosas—, lo tuyo es increíble. Me hiciste matar a Salvatore y ahora me dices..., ahora quieres ser asesina a sueldo.

Hace una bola con el vasito de plástico del café y se oye un crac como el de un cráneo.

—Sí, te pido disculpas por eso. Ahora preferiría haberlo hecho yo. Creo que me gustó...

—¿Que te gustó el qué?

—Asesinar al cura y a esos tíos.

Me mira a los ojos.

—Beth, me matas. ¿De qué hablas? ¿Cómo que crees que te gustó?

Reflexiono un momento sobre la pregunta y después sonrío y me paso la lengua por los labios.

—No, la verdad es que me encantó. No me había divertido tanto en toda mi vida.

Nino se levanta de la mesa y la silla chirría en el suelo. Me pongo en pie, cojo la maleta y echo a correr tras él.

—¡Nino, espera! ¿Cuánto cobras por cada trabajo? —le pregunto.

—Depende —responde él, sin mirarme ni dejar de caminar a paso rápido.

—¿Cuánto? —insisto.

—¿En Sicilia?

—En Sicilia.

Vamos por un pasillo hacia una puerta con un cartel que dice: *Uomini*. Es el baño de caballeros. Nino abre la puerta y las bisagras arman más escándalo que un cerdo en la matanza. Miro a ambos extremos del pasillo. A la mierda. Lo sigo. Todos los cubículos están vacíos, pero apesta a vómito; alguien ha echado la pota y no se han molestado en limpiarlo. No hay ventilación ni ventanas. Apoyo la espalda en la puerta y el plástico frío se pega a la tela fina de la blusa de Beth. Nino se acerca al urinario, se baja la cremallera y yo lo miro mientras hace pis.

—Puede ser desde dos mil euros si es un favor para algún colega...

—¿Dos mil? ¿Matarías a alguien por dos mil euros?

Tiene que ser una broma. Aunque, bien pensado, yo lo haría gratis. Por el subidón.

—... hasta diez mil o veinte mil si es un trabajo más difícil.

El siseo del pis en la cerámica. El hedor de la orina. Hay un charco en un rincón y una mancha de moho negro y espeso que sube por la pared. Me tapo la boca con la mano.

—Pero eso es en Sicilia, que no es precisamente Montecarlo. En Londres será otra cosa. Más lucrativo —le digo.

Se oye la descarga de una cisterna desde algún cubículo. Supongo que el baño no estaba vacío. No estábamos solos. Bajamos la voz para que nadie nos oiga.

—Veinte mil es lo que más he ganado de una vez, pero fue una persona de perfil muy alto. Un funcionario del gobierno.

Los susurros de Nino suenan como una serpiente.

—Eso queda bien en el currículo —contesto—. Imagina si yo también estoy trabajando: el doble de dinero en la mitad de tiempo. Imagina lo que ganaríamos en un lugar como Londres.

Un sitio con glamur, con estilo. Ansío ser rica y tener una casa obscena.

—En cualquier caso, en Sicilia no hay futuro. Ya sé que hay una guerra, y la mafia está jodida.

Nino ha terminado de mear. Se sube la cremallera, se acerca al lavabo y me mira con enfado por el espejo mientras se lava las manos.

—Yo estoy jodido gracias a ti. Nunca podré regresar a la isla.

Un hombre abre la puerta de uno de los cubículos. Es bajo y delgado y lleva una gorra de béisbol que dice: ROMA. Debe de ser turista. Me observa, frunce el ceño, dirige la vista a Nino y enseguida lo mira de nuevo. Nino le devuelve la mirada sin mover ni un músculo. Me recuerda a una mantis, preparada para atacar en un abrir y cerrar de ojos. El hombre inclina la cabeza y sale corriendo como un grillo asustado. Ni siquiera se ha lavado las manos, ¡qué asco! Supongo que Nino le ha dado miedo. A lo mejor ha sido por la sangre. Tiene el brazo jodido. Supongo que, siendo objetiva, Nino da un poco de miedo; pero sigo pensando que está muy bueno.

—¿Has oído hablar de Giovanni Falcone? —pregunta, mirándose al espejo—. Era uno de los míos. Bueno, no fui yo solo. Éramos más y..., todos acabaron en la cárcel.

—Nosotros dos nos forraríamos —digo.

—¿Has oído hablar de él?

—¿De quién?

—Da igual.

Hace demasiado calor, joder. Se te pega al cuerpo, hace mucha humedad. Es una puta incomodidad y quiero regresar afuera. Tomar el aire un poco. Me acerco a Nino por detrás, le paso el brazo por la cintura y tiro de él hacia mí.

—Cariño..., nosotros dos juntos. Seríamos una puta leyenda.

Lo miro mientras se moja las manos y estira el brazo para alcanzar el dispensador de jabón. Aprieta el pulsador, pero no sale nada. Lo intenta de nuevo, cada vez más fuerte, pero está vacío. Finalmente lo arranca de un tirón con la mano buena y lo lanza al fondo del lavabo. El aparato se estrella contra la pared: el crujido del plástico duro.

—Has matado a un tío y ya te crees Al Capone.

—Se trata de calidad, no de cantidad.

Él no sabe lo de los demás. Ojalá pudiera contárselo. Me gustaría poder confesárselo todo, que no hubiera secretos entre nosotros. Quiero explicarle que no soy Beth.

—Betta, eres una aficionada con talento. Pero yo tengo veinte años de experiencia. Tengo una reputación.

—¿Y qué? Eso ahora no sirve de nada. Acabas de decirme que no podemos regresar a Sicilia.

Nino reniega en italiano entre dientes.

—Dime el nombre de una asesina a sueldo.

—¿Una asesina a sueldo? —contesta él, y levanta la mirada buscándome los ojos.

No le cuadra. Le he cortocircuitado el cerebro.

—Ya veo que no puedes nombrar ni una.

—Es por un motivo —responde.

Me aparta y va hasta el secador, pero tampoco funciona. Acciona la palanca del dispensador de toallas de papel, y no queda ninguna.

—Sabes que se me da muy bien. Los tiros que he disparado desde el coche han sido perfectos.

—¿Quién te ha dicho que busco un ayudante?

Tira de la palanca otra vez y otra. Nada. Arranca el dispensador con la mano buena.

—¿Crees que por ser la mujer de Ambrogio voy a darte trabajo? No tienes formación ni experiencia. Y ¿de dónde viene tanta sed de sangre? Hace una semana ¡ni siquiera querías ver una pistola!

Nino mete el dispensador en uno de los retretes. La cabeza me da vueltas, necesito aire. El suelo sube y baja, el ferri oscila de lado a lado, de atrás adelante. Echo a correr y aparto a Nino, pero no llego a tiempo. Vomito en el

suelo.

—Es mala idea.

Arona, Italia

—¿Estamos llegando ya? —pregunto.

Después de cinco horas y media de Metallica, mataría por algo más ligero. De mí nadie podría decir que tengo un carácter alegre ni que sea aficionada al country más animado, pero Nino está matándome con el heavy metal. No aguantaré mucho más thrash. Podría poner una canción de Taylor Swift. *I Knew you Were Trouble*. Ésa es buena.

—¿Adónde? —contesta él.

—No sé. ¿A Francia?

Me mira de reojo.

—Ni siquiera hemos pasado la frontera suiza.

—Entonces eso es que no, ¿verdad?

—Y todavía hay que atravesar toda Suiza al salir de Italia.

—Vaya... —respondo.

Debería haber consultado un mapa. Beth habría mirado uno y habría buscado en Google todos los lugares donde parar a hacer pis y los mejores paisajes para un pícnic.

—Tu manera de conducir me da dolor de cuello.

—¿Dolor de cuello? ¿Cómo puede ser si la que tiene el latigazo soy yo?

—Me pones tenso.

Resulta que el trayecto de Nápoles a Londres es bastante largo y todavía son las doce. El cielo está de un azul muy tedioso y no se ven más que los mismos paisajes. El firme está tan caliente que comienza a derretirse y apesta a asfalto chamuscado. La hierba está tan seca que podría entrar en combustión espontánea. Hace unas horas que el paisaje no varía: montañas a la derecha y a la izquierda. Cerca de la frontera nos detenemos por fin para descansar. Es un

pueblecito llamado Arona. Hay un lago enorme, el lago Maggiore. Si no estuviera tan cansada, saldría a echar un vistazo. Tiene una pinta asombrosa, pero hay demasiados turistas y me preocupa caerme si intento caminar. El lago se extiende hasta donde alcanza la vista y el agua tiene un color azul oscuro como si fuera tinta. Las lomas cubiertas de árboles nos rodean y hay casitas blancas con tejados de terracota.

Aparcamos en una callecita tranquila y cerramos la capota del Lamborghini. Cerramos las puertas. Yo reclino el asiento e intento dormir. Pero no puedo. Estoy incómoda; se me ha dormido el culo. Me sudan los muslos y se me pega la tapicería a la piel.

Busco algo que hacer. Nino se ha dormido con la boca abierta y no es una imagen bonita. Estoy tan aburrida que le echo un vistazo a una biblia que ha traído él para tener algún sitio donde hacer las rayas. Las biblias siempre me recuerdan a Adán y Eva, a cómo a ella la crearon de una costilla como si fuera el monstruo de Frankenstein.

«Los ídolos de los gentiles son oro y plata, hechura de manos humanas: tienen boca y no hablan, tienen ojos y no ven, tienen orejas y no oyen, no hay aliento en sus bocas. Sean lo mismo los que los hacen, cuantos confían en ellos.»

¿Qué problema tienen con el oro? Sigo aburrida.

«Seis cosas detesta el Señor, y una séptima aborrece del todo: ojos altaneros, lengua mentirosa, manos que derraman sangre inocente, corazón que maquina planes perversos, pies que se apresuran tras la maldad, testigo falso que proclama mentiras y hombre que siembra discordia entre hermanos.»

Por lo que parece, el Señor es un intolerante; no debe de tener muchos amigos. Aunque supongo que no le falta razón: la mayoría son unos gilipollas.

Y ahora que estoy pensando en el Señor, no consigo quitarme de la cabeza una puta ridiculez de canción que Beth y yo cantábamos cuando éramos Girl Guides. La oigo una y otra vez en mi mente en un bucle incesante. Me dan ganas de pegarme un tiro para deshacerme de la cancioncilla, tirar del gatillo con el cañón en la boca para morirme como está mandado, no como Ed Norton al final de *El club de la lucha*, que continúa hablando con media cabeza reventada y la garganta atascada con litros de sangre.

—*No llegarás al cielo (¡no llegarás al cielo!) en una lata de atún (¡en una lata de atún!), porque en la lata de atún (porque en la lata de atún) no se viaja al tuntún (¡no se viaja al tuntún!). No llegarás al cielo en una lata de atún porque en la lata de atún no se viaja al tuntún. No lloraré más, Señor. Nunca más. No lloraré más, Señor. Nunca más. No voy a llorar, Señor. No voy a llorar, Señor. No voy a llorar más, Señor.*

»*No llegarás al cielo (¡no llegarás al cielo!) montada en bicicleta*

(¡montada en bicicleta!), porque la bicicleta (porque la bicicleta) no es una carreta (¡no es una carreta!). No llegarás al cielo en una bicicleta, porque la bicicleta no es una carreta. No lloraré más, Señor. Nunca más. No lloraré más, Señor. Nunca más. No voy a llorar, Señor. No voy a llorar, Señor. No voy a llorar más, Señor.

»No llegarás al cielo...

—Calla de una puta vez, Beth —protesta Nino.

Debía de estar cantando en voz alta.

Nos despertamos a la hora de comer. Sólo queríamos descansar un momento, pero hemos dormido un rato. No es lo ideal porque tenemos que salir del país. Nino se despereza y bosteza.

—¿Has dormido bien?

Él responde con un gruñido.

—¿Qué hora es?

—Las dos.

Enciende la radio y va cambiando de emisora. Más Metallica no, por favor.

—Te toca conducir, yo ya me he cansado.

Él enarca las cejas, un par de orugas negras y peludas.

—¿Y mi brazo?

—¿Qué pasa? ¿No lo tienes mejor?

—¿De verdad crees que te dejaría conducir a ti si pudiera llevar yo el coche?

—Oye, que no lo hago tan mal. Hemos llegado hasta aquí.

—Estrellaste mi monovolumen.

Se me había olvidado. Nino está retorciendo el botón de la radio y el ruido blanco es muy molesto.

—Apaga eso ya.

—Cállate, quiero oír una cosa.

La voz de la radio grita en italiano, y yo preferiría poner música. Me pregunto si a Nino le gusta Justin Bieber o si es más de música deprimente como la de Adele.

—Bla, bla, bla, bla, Elizabeth Caruso... —dice la radio.

—¿Qué coño ha dicho?

—Chiss —me chista él, y sube el volumen.

El hombre de la radio sigue cotorreando durante diez segundos más y, mientras tanto, yo observo el rostro de Nino tratando de interpretar sus reacciones.

—¿Qué? ¡Dime! ¿Qué pasa?

—Han entrevistado a un vigilante de seguridad. ¿Conoces a alguno? Es del teatro, un tal Francesco no sé qué.

Mierda.

—Sí, ¿por qué?

Así que se llamaba Francesco. Tiene gracia, porque no tiene cara de Francesco. Más de Carlo o quizá de Claudio.

—Dice que estaba preocupado por ti. Por tu seguridad. Que últimamente no parecías la misma, aunque no sé qué quiere decir con eso. Y también ha dicho que eras «*bellissima*», muy guapa. Bueno, no pasa nada. La policía te está buscando, pero a mí no.

—¿Están buscándome? ¿Cómo que no pasa nada?

Lo miro a los ojos intentando encontrar una explicación.

—Porque no me están buscando a mí.

—Menudo capullo. ¿Qué han dicho?

Nino saca la cocaína y prepara una raya. Me ofrece el billete de cincuenta, y yo esnifo.

—La policía sabe que has desaparecido. Saben que ha habido un tiroteo, alguien denunció que había oído disparos. Han encontrado los cadáveres en el Land Rover. La policía sabe que has desaparecido y están preocupados por ti.

—Y ¿qué significa que me estén buscando? ¿Puedo salir del país?

Dios, por favor, permítenos salir de Italia. En cuanto llegemos a Suiza estaremos a salvo. Los suizos no se preocupan por nada: mira a Roger Federer.

—No lo sé —responde Nino.

Abre la puerta del Lamborghini, se levanta y estira las piernas.

—¿Cómo que no lo sabes? —pregunto, y me bajo del coche—. ¿Adónde vas?

—Voy a por el desayuno. ¿Quieres algo?

¿De qué habla? ¿Desayuno? Son las dos de la tarde.

—No. ¿Qué pasa con la frontera? ¿Y con la policía italiana?

—Voy a buscar una pizzería. ¿Te gusta el *pepperoni*? No te alejes del coche. No te muevas de aquí, ¿me entiendes?

Saca las llaves del contacto y se las guarda en el bolsillo.

—¡Oye!

Se marcha calle abajo.

—¡Tengo sed! —grito.

—Ya compro cervezas —dice por encima del hombro, y desaparece al doblar una esquina.

—¡No me gusta! Compra tampones y paracetamol. Creo que me va a venir la regla.

Tengo calambres por todas partes. Aunque también podría ser por llevar tanto tiempo sentada. Lo último que necesito ahora mismo es ponerme a sangrar durante cinco días. No me malinterpretes: me encanta la sangre, pero prefiero que sea de los demás. Me dejo caer en el asiento.

Joder, esto es una puta pesadilla. Cojo el bolso y lo abro. Miro los pasaportes: el mío y el de Beth. Dejo el mío preparado en el salpicadero y guardo el de mi hermana en el fondo del bolso. Si están buscando a Beth, tendré que ser Alvie. El instinto no me ha fallado en la terminal de ferris. De pronto me encuentro mal. Bajo la ventanilla para que entre aire y me sopla una brisa en la cara. ¿Qué pasa si Nino ve el pasaporte? Será mejor que funcione.

Miro el interior del coche. Está hecho un desastre: vasos de poliestireno, envoltorios grasientos de bocadillos, paquetes vacíos de Marlboro. Nino ha dejado la cocaína en el salpicadero; la mía está atrás. Si queremos cruzar la frontera, más vale que no causemos problemas: hay que deshacerse de esta mierda. Busco mi paquete, después cojo el de Nino y salgo del coche. Hace un calor insoportable; la brisa fresca ha desaparecido. El sol me quema en los hombros, la frente, la nariz y detrás del cuello como si los tuviera en carne viva. Hay una papelería en la misma calle y tiro allí toda la droga. Nino me matará, pero no quiero arriesgarme. Me chupo el dedo para tomar el último tiritito. Después lanzo los paquetes al fondo de la papelería. Por si acaso, los tapo con un *Corriere della Sera*. Al cabo de un momento rescato el periódico de la papelería y repaso los titulares y las fotografías de la portada y las primeras páginas por si dicen algo sobre mí. Sobre Beth. Pero no hay nada. Todavía.

Suiza está llena de subidas y bajadas y me mareo. Francia es llana y aburrida. Es un alivio cuando avistamos el canal de la Mancha, aunque eso signifique atravesar Calais en coche, que es un sitio de mierda. Nunca he entendido por qué a la gente le gusta Francia. Una vez mi hermana y yo fuimos de fin de semana a París con mi madre: me sobraron dos de los dos días. La gente cree que es la ciudad del amor, pero las calles huelen a meado y están a rebosar de indigentes. Los japoneses van y luego necesitan terapia por culpa del choque de culturas, en serio. Llegan en avión pensando en castillos de Disney y en Coco Chanel, hacen cinco horas de cola para visitar la torre Eiffel, se suben al taxi de un pirado que no hace más que abusar del claxon intentando sortear el tráfico del Arco del Triunfo y al final un hombre llamado Marcel les contagia la gonorrea. Les dan de comer puré de ajo, vaca cruda y queso con gusanos vivos, se fuman unos veinte paquetes de Gauloises con pasividad y echan de menos la zona de Harajuku. Te juro por Dios que eso les ocurre a todos y a cada uno de ellos.

Menos *Midnight in Paris* y más *El puente sobre el río Sena*.

Nino está durmiendo en el asiento del copiloto, roncando como una morsa. Ahora que me he deshecho de la droga está cansado y malhumorado. Pasamos por Dijon (de donde viene la mostaza, y yo odio esa puta mierda. No pienso ni probarla) y por un lugar llamado Arras (¿eso no es algo de las bodas?). Ciudades que no son más que carteles de la *autoroute*. Hasta donde yo puedo ver, toda Francia es asfalto gris y campos marrones. No me extraña que estén todos locos. Es aburridísimo. Lo único que hacen es comer y follar. Aunque, ahora que lo pienso, tampoco es mala vida. A lo mejor me mudo a vivir aquí.

Si acabo viviendo en Francia, no será en Calais, eso seguro. Es un desierto industrial donde sólo hay líneas metálicas de refrigeración, turbinas gigantes y vapor. No me explico que haya gente que viva aquí por gusto. No para de llover y está lleno de franchutes. Lo único que redime a este lugar es un supermercado que vende vino por una libra con noventa y nueve peniques la botella. Considero la posibilidad de parar y coger provisiones, pero entonces recuerdo que ya no soy pobre y puedo pagar el precio exorbitante de Londres y más si hace falta. Tengo pasta para dar y tomar. Ya no hace falta que me dé un ataque al corazón cada vez que alguien me cobra quince libras por un gin-tonic. Matar ha merecido la pena.

—¿Paramos a comer algo? Me apetece una hamburguesa francesa.

Nino sigue roncando, así que lo despierto.

—¿Tienes hambre? —le pregunto.

—Busquemos un McDonald's —contesta, frotándose los ojos.

Rodeamos la ciudad bajo la lluvia hasta que vislumbramos los arcos dorados.

—Ya pido yo —me ofrezco—, que sé hablar el francés de McDonald's. He visto *Pulp Fiction*.

Nino me mira con expresión vacía. A lo mejor no es aficionado a las películas de Tarantino. Me extrañaría.

—Pero tienes que pedir un cuarto de libra con queso, no sé cómo se llaman el resto de las cosas.

—Vale, lo que quieras —contesta.

Todavía está medio dormido.

Entramos en el McAuto y bajo el cristal. La chica de la ventana me saluda.

—*Bonjour*.

—*Bonjour* —respondo, y estiro dos dedos—. Dos Royales con queso.

—Royales con queso... *C'est deux Royales avec du fromage?* —pregunta con el ceño fruncido.

Tiene una melena larga y rubia, y las pestañas largas y rubias. Parece

demasiado joven para estar trabajando.

Lo repito en voz más alta y más despacio.

—Dos Royales con queeesoooo.

Ella teclea algo en la pantalla táctil del ordenador, creo que lo ha entendido.

—*Cinq euros, s'il vous plaît, madame.*

—¿Cómo?

—*Cinq euros* —repite, y despliega los cinco dedos.

—Ah, vale, cinco.

»Nino, ¿tienes dinero?

Él señala la maleta del cura. La cojo de la bandeja de atrás y me la pongo en el regazo. Abro los cierres y levanto la tapa. El dinero es tan bonito que no quiero ni tocarlo; huele a pintura fresca. Cojo un billete de quinientos de uno de los montones, tan limpio y crujiente que parece que acaben de imprimirlo. Saco el brazo por la ventanilla del coche y se lo entrego a la chica, que se ha quedado mirando la maleta. Ay, el dinero. Coge el billete con dos dedos y revuelve en busca del cambio. Tarda una eternidad.

—*Quatre cents quatre-vingt-quinze euros. Merci* —dice con los billetes en la mano.

Están sucios y arrugados como si alguien acabara de limpiarse el culo con ellos.

—No, da igual, quédate el cambio —contesto, frunciendo la nariz—. Dame las hamburguesas y ya está.

Ella no comprende, y yo niego con la cabeza.

—*Non.*

Nino se acerca, coge el dinero y lo mete en la guantera. La chica me entrega el pedido y nos marchamos de allí.

—¿Por qué has hecho eso? Intentaba ser amable —le recrimino.

—Pues no lo hagas. No te sienta bien —responde él.

Miro por la ventana, pero no veo peces. Sólo negrura. Estamos en el Lamborghini, embutidos en un vagón con docenas de coches. Sorprende que embarquen los coches en un tren y sea el tren el que atraviese el Eurotúnel. No le veo sentido, ¿por qué no dejan que sean los coches que pasen por el túnel? Estos franceses están locos, pero después del último viaje en ferri, no quería viajar en otro. Y creo que a Nino tampoco le hacía gracia. Así que supongo que esta especie de tren es mejor que los mareos. Sólo que huele a humo de escape y no hay nada que hacer. Tengo el sabor de la gasolina en la boca. Si tuviera que provocar un incendio, éste sería el lugar perfecto.

—¿Salimos a dar un paseo? —propongo.

—Y ¿adónde vamos a ir? Estamos en un tubo metálico a setenta metros bajo la superficie del mar.

Nino sigue enfadado porque he tirado la droga a la basura.

Está hundido en el asiento del copiloto con el cuello de la chaqueta de cuero de Ambrogio subido y los ojos como un par de agujeros negros de mirada muerta y funesta. La cicatriz que le surca la mejilla picada de viruela parece una raya fina y recta de cocaína.

—No lo sé. Por el vagón.

—¿Qué sentido tiene eso, joder?

—Estirar las piernas.

—A mí no me hace falta.

—Podríamos echar un vistazo a los coches.

Nino me mira con incredulidad y niega con la cabeza.

—Llevamos todo el día en la autopista sin ver nada más que coches, y ahora quieres ir a ver unos cuantos más. Éste es el mejor puto coche de todo el tren. Mira éste.

Tiene razón: ya estoy aburrida de coches. Estoy aburrida de ir al volante.

No tengo ni puta idea de conducir, así que he suplido la falta de técnica con velocidad. Si prendieses una hoguera en el Eurotúnel, supongo que, con tanto depósito lleno de gasolina, explotaría todo el tren. Hay cientos de vehículos los unos pegados a los otros. Bastaría con encender una cerilla y dejarla debajo de uno de ellos para que todo saltase por los aires como un barril de dinamita. Se declararía un incendio en Folkestone y otro en Calais, como un par de bocas de dragón. Sería un espectáculo de la hostia. Quiero hacerlo, pero no hay manera de salir. Ambos nos quemaríamos vivos.

¿Valdría la pena por el subidón de adrenalina?

—Nino —digo, y le pongo la mano en el hombro. Noto su calor corporal a través del cuero—, ¿tú quieres morir?

—¿Qué? ¿Cuándo?, ¿ahora?

—Sí, ahora mismo.

Lo piensa un segundo, oigo los engranajes de su cerebro.

—Tenemos dos millones de euros en una maleta, una bolsa llena de diamantes y un Lamborghini clásico. No me jodas, Betta: quiero vivir.

Tiene razón.

—Vale, era por saber.

No ha contado la casa. Cuando todo esto haya acabado, la venderé. Debe de valer tonelada y media.

—¿Quieres que compremos una mansión en Beverly Hills? —le pregunto.

—No, quiero un chalet cerca de Roma, junto al mar.

Nino sigue poniendo mala cara, pero me gusta cuando está enfadado. Me gusta la manera en que su mirada te penetra como una bala o la broca de un taladro o el borde de la acera, y también cómo reluce su diente de oro, que parece la chispa de un disparo. Me gusta cuando habla con ese gruñido gutural. Me pregunto si me propondrá matrimonio al llegar a Londres. Si lo hace, contestaré que sí.

Cuando estemos en Inglaterra, urdiré un plan: un plan ingenioso para Nino, Ernie y yo. Es lo que necesitamos: ¡un plan magnífico! Una estrategia genial. Podemos viajar los tres juntos por todo el mundo y dedicarnos a matar, a follar, a navegar, a conducir a toda velocidad, a comprar, a broncearnos, a construir castillos altos como rascacielos en playas de cocaína y agua de vodka con las estrellas brillándonos en los ojos. Y a olvidarnos de Beth y de Ambrogio. Y de Salvatore, y de esos tipos. Ay, y del cura. Ya me había olvidado de él.

Saint James, Londres

—Sí, pero ¿por qué tiene que ser el Ritz? —pregunta Nino.

Estamos en Pall Mall, atrapados en un atasco que no se mueve y sin poder pasar de la primera marcha.

—Es carísimo, joder —protesta él.

—Ya sé que es caro, pero siempre he querido ir allí.

—¿Qué se hace allí? ¿Puedes bañarte en champán?

—Si quieres...

—Y ¿también te alimentan con oro?

—Pues seguramente sí.

—A menos que Kate Moss y Naomi Campbell vayan a chuparme la polla, no creo que merezca la pena.

—No, supongo que los favores sexuales de supermodelos no están incluidos en el precio. Pero ¿para qué te hacen falta? Ya me tienes a mí.

Nino resopla. Creo que era una risotada.

Giramos hacia Piccadilly y detengo el coche delante del hotel. Un cartel dice THE RITZ en letras grandes y luminosas. En la fachada del soportal ondea la Union Jack.

Le lanzo las llaves al mozo y salgo del Lamborghini.

—No le des ningún golpe.

—No, señora.

—Ni lo pierdas.

—No, señora.

El portero nos hace una reverencia; lleva un bombín negro con un ribete dorado, un abrigo negro largo con grandes botones dorados y los zapatos tan pulidos que puedes verte la cara reflejada en ellos. Nos abre una puerta pesada de cristal, y entramos en el Ritz: un atrio luminoso y alegre. El palacio de Buckingham o Versalles. El aire huele a rosas y hay un ramo enorme en el centro del vestíbulo. A Beth le gustaban las rosas y éstas le encantarían. Supongo que ésta es la clase de sitio al que iría ella. Nino y yo atravesamos el vestíbulo hacia la recepción.

—¿Cómo tienes el brazo?

Nino me mira y hace una mueca de dolor.

—Todavía me duele un huevo, pero lo tengo un poco mejor.

—Genial —respondo.

Los hombres de la recepción dejan de hablar y miran cómo nos acercamos. Llevan traje de chaqueta con chaleco de color gris claro y corbata a juego. Seguramente piensan que no vestimos lo bastante bien.

—Buenas noches, señora —dice uno de ellos.

—Hola —respondo.

Detrás del mostrador de recepción hay toda una pared de espejo y un reloj antiguo de oro muy recargado. Los números romanos marcan que son las diez de la noche. Las lámparas de las paredes emiten un resplandor dorado muy cálido. Me veo un instante en el espejo: extensiones de pestañas, cejas depiladas a la cera, melena larga y rubia con reflejos de color miel. Parezco Beth.

—Dígame, señora. ¿Señora? ¿En qué puedo ayudarla?

—Ehhh...

Debo de haberme distraído mirando a Beth.

—Necesitamos una habitación —interviene Nino.

Miro a Nino, con la cazadora de cuero suave como la piel de un bebé. Era de Ambrogio. Tiene una pequeña mota roja en el cuello, junto a la mandíbula; parece que se haya cortado afeitándose.

—Lo único disponible es la suite real —contesta el hombre mientras consulta la pantalla del ordenador y hace clic con el ratón.

—Me parece fabuloso —respondo.

Tengo la voz rara; ronca, áspera. Como la de Beth.

—La suite cuesta cuatro mil quinientas libras la noche, más IVA.

—*Ma quanto?* —quiere saber Nino.

Creo que es «no pienso pagar eso», pero en italiano.

Le arranco la maleta de las manos y la dejo caer sobre el mostrador. El recepcionista da un respingo.

—¿Aceptan euros? —pregunto.

—No es necesario que paguen ahora. Pueden hacerlo por la mañana —dice el hombre, y sonrío aliviado—. Tenemos una caja de cambio. ¿Le importa si le tomamos los datos de la tarjeta a modo de confirmación?

No pienso darle mi tarjeta de débito porque la cuenta está vacía. Y tampoco voy a darle la de Beth porque puede que la policía esté vigilándola. Saco un fajo de billetes y se los lanzo a las manos.

—Toma, ya está pagado.

El hombre asiente y coge el dinero.

—Perfecto —concluyo.

Es extraño, porque podría haber jurado que eso lo ha dicho Beth. Sacudo la cabeza y miro a Nino, pero él no se ha dado cuenta. ¿Y si estoy volviéndome loca?

—¿Tendría la amabilidad de mostrarnos una identificación para registrarlos?

—Por supuesto.

Le entrego un pasaporte y después me doy cuenta de que es el de Beth.

—Muy bien —dice el recepcionista—. Firme aquí, por favor.

Menuda suerte la mía si la policía de Londres está buscando aquí a mi hermana. Firmo el papel: Elizabeth Caruso. Hasta uso la mano derecha, esto cada vez se me da mejor. Miro a Nino, pero creo que no se ha dado cuenta. Está examinándose el brazo herido.

—Aquí tienen las llaves de la suite real. Mi compañero Matthew será su mayordomo durante toda su estancia. Si necesitan alguna cosa, por favor, no duden en...

—No será necesario —gruñe Nino.

—Por favor, permítanle a mi compañero que los acompañe con el equipaje.

—Ya me ocupo yo —contesta Nino, y lo intercepta.

Agarra la maleta de la ropa y la del dinero, una en cada mano, y lo veo estremecerse de dolor.

—Como desee, caballero.

Es una pena, porque me habría gustado tener mayordomo. Habría sido muy divertido. Matthew nos conduce hacia la suite por un pasillo de arañas de cristal y cortinas bordadas con hilo de oro. Pulsa un botón y esperamos el ascensor; es uno de los antiguos, con paneles de madera pulida, un retrato de una señora con un vestido victoriano y un pasamanos de latón bruñido. Estudio el rostro juvenil del mayordomo: pelo lacio y rubio, afeitado reciente, ojos de color azul claro. El cuello almidonado de la camisa se le clava en la barbilla. Se parece a todos los componentes de todos los grupos pop que hayas visto en la vida. Tiene hasta un hoyuelo en la barbilla, pero no aparenta más de doce años. Se da cuenta de que lo miro y sonrío; yo aparto la mirada y observo el suelo: baldosas de mármol blanco con una erre mayúscula dorada. Suena un ping, ya hemos llegado.

—Por aquí, señora —dice Matthew.

Nino y yo lo seguimos por otro pasillo hasta llegar a la puerta: habitación 1012. Introduce la tarjeta en la ranura y la puerta se abre con un clic. La empuja y entramos en un salón amplio y palaciego con muebles de época y un cuadro enorme con un marco de bronce. Hay una chimenea de mármol con una estatua de una mujer griega en miniatura a cada lado; en la repisa hay una especie de urnas, además de candelabros retorcidos y relucientes. Nino le entrega al mayordomo una cuña de billetes de quinientos de propina, y éste abre los ojos con sorpresa. Vacila un instante y los coge.

—Que no suba nadie —ordena Nino, y lo agarra por el brazo como si tuviera una tenaza en lugar de una mano.

—No, señor. Por supuesto.

—Nadie —insiste Nino.

—No, señor.

Matthew hace una reverencia y da media vuelta para marcharse. Nino deja

la de los euros sobre la cama, junto a la de la ropa, y los diamantes. Recorro la suite como si fuese un sueño, flotando por el salón, el comedor, el dormitorio, el baño, el vestidor y el despacho. Es incluso más grande y mejor que la casa de Taormina. ¿Y si nos quedamos a vivir aquí?

—¡Vaya, lo hemos conseguido! ¡Lo conseguimos!

Cojo la maleta y la abro.

—Mira todo el dinero: ¡es nuestro! ¡Todo nuestro! Nada de mafiosos ni de curas. Nada de Salvatores.

Agarro puñados de billetes y los lanzo al aire, hacia el cielo. Los esparzo por la cama. Su tacto es suave y liso, casi sedoso.

—¡Ja, ja! —Me río.

Los billetes revolotean en el aire y descienden como copos de nieve de color morado. Vuelco la maleta y vacío el contenido sobre la cama. Es como una piscina a la hora de la puesta del sol: los billetes forman ondas de un púrpura violeta y rosa fucsia. Quiero tirarme de cabeza y chapotear como una tía buena en una película porno, empaparme. Casi siento la frescura del agua, la caricia de los rayos de sol calientes en la espalda.

—¡Mira esto, Nino! ¡Joder!

Me vuelvo hacia él y le descubro fuego en la mirada.

—Ya lo veo —responde, mirándome a los ojos.

—Lo hemos conseguido. —Respiro.

No me lo creo.

—Lo conseguimos, *Minchia* —repite él.

Lo cojo y lo empujo sobre la cama. Me siento encima de él y tiro de su camisa. Los botones saltan por los aires y caen al suelo. La tela se rasga, se rompe.

Me quito la blusa, me desabrocho el sujetador y me desplazo piernas abajo para desabrocharle los pantalones. Le beso el pecho, desde el hueco de la cintura escapular hasta las caderas. Le desabrocho el cinturón y tiro de la cremallera. Dios mío, la erección ya me espera.

—El coche, el dinero, los diamantes: ¡somos ricos! ¡Podemos hacer todo lo que se nos antoje!

Me siento a horcajadas y me deslizo sobre él mirándolo a los ojos. La sensación es magnífica. Lo noto en el punto G, lo noto muy dentro, en toda su longitud y amplitud. Nino me agarra los pechos y juega con los pezones; me los pellizca, me hace daño. Yo cabalgo despacio sobre él y después acelero cada vez más. Juntamos las palmas de las manos, calientes y resbaladizas del sudor. Entrelazamos los dedos. Se las empujo por encima de la cabeza.

Estoy sentada encima de él, y la sensación de tenerlo tan adentro es genial;

me llena, me completa. Me agarra las caderas para acercarme más a él y me clava las uñas en la piel.

—Di mi nombre.

—Beta.

Y yo me muevo arriba y abajo, arriba y abajo, y el sudor me corre por la espalda, por el pecho. Sin aliento. Jadeante. Ligera. Acalorada. Percibo cómo la temperatura de mi cuerpo va aumentando, y me quemo y floto como si fuera de llamas y ceniza. Soy el humo, y Nino el fuego. Me da vueltas la cabeza, me flotan los hombros. Me siento libre. Siento que soy invencible, y me parece la hostia.

—Eres un chico malo, Nino. Muy muy malo. Muy muy muy malo.

Noto cómo palpita al correrse dentro de mí, una y otra vez. Me inclino hacia atrás con él todavía dentro y respiro fuerte. Y me corro, me corro durante un tiempo que me parece eterno, con la mente a punto de explotar y el cuerpo flotando y el corazón a cien.

Salgo de la ducha y me envuelvo en un mullido albornoz blanco, me seco el pelo con una toalla y me coloco la melena sobre uno de los hombros. Mmm, qué bien huelo. El gel de cortesía es delicioso, huele a limón y a pomelo. Estoy para comerme. Es la marca del Ritz, igual que en los supermercados. Pienso robar algunas de las botellitas. Y el albornoz. Y las zapatillas.

Cuando salgo a la habitación, veo que Nino está durmiendo a pierna suelta, exactamente en la misma posición en que lo dejé. Parece tranquilo, me recuerda a mi bebé, a Ernie, y puede que un poco también a Ambrogio cuando ya estaba muerto.

Hay un escritorio antiguo pegado a la pared. Me acerco a echar un vistazo y veo que hay un tintero y papel con membrete. El papel parece caro, de color crema, grueso. Hay bolígrafos con la leyenda «Ritz London» y postales del hotel: una fotografía de su magnífica fachada con las columnas y las flores a la luz del sol. Abro un cajoncito de madera y encuentro un abrecartas precioso: mango de marfil y hoja plateada y reluciente. No es un cuchillo, pero es muy bonito y parece afilado. Me pregunto cuánto. Me olvidé la navaja multiusos en Sicilia.

—Nino.

Nada.

—¡NINO!

—*Cazzo!*

Nino se sobresalta, creo que lo he asustado. Al menos, se ha despertado.

Abre los ojos, pero al ver que soy yo y no algún tipo de monstruo, los cierra de nuevo, da media vuelta y continúa roncando. Me siento en la cama, a su lado. Le agarro la muñeca y le hago un tajo profundo y recto en el dedo con el abrecartas. La sangre brota del corte, se le vierte por la mano y se derrama sobre las sábanas.

Nino da un alarido.

—¿Qué coño haces?

Se agarra la mano y se la lleva al pecho. Ahora sí que está despierto.

—No te muevas —le ordeno—. Enséñame el dedo.

Él niega con la cabeza, con cara de no entender nada.

—Dame el dedo o voy a por los huevos.

Ambos miramos su polla; sigue totalmente desnudo. Nino concluye que no quiere arriesgarse.

—¿Qué vas a hacer?

—Ahora lo verás.

Le sujeto el dedo y cojo una ampolla de cristal que tengo guardada en el bolsillo del albornoz. La compré hace mucho en un mercadillo de Londres, pero no había tenido tiempo de usarla.

—¿No te parece que ya he sangrado suficiente por este brazo?

No aparta la mirada del corte del dedo, de la sangre que no para de salir; el hilo serpentea hasta la muñeca y le corre por todo el brazo formando largas líneas del color del vino.

—Mira, ¡es un collar! —exclamo con la ampolla en la mano, antes de llenarla de sangre—. Pienso llevarla toda la vida colgada al cuello, para siempre. Angelina Jolie y Billy Bob Thornton tenían un par iguales que ésta.

Cuando el vial está lleno a rebosar de la sangre de Nino, enrosco el tapón.

—¿No hacía falta que me abrieses todo el dedo! *Sei pazza...* —protesta él.

Se sostiene la mano del corte, que es el mismo brazo del disparo. Parece herido, dolido. Lastimoso, como un conejo en el arcén de una carretera. Como un cachorro al que alguien acaba de propinar una patada: «¿Cómo has podido?».

—Basta ya —le advierto.

—¿Basta ya?

—Sí.

—¿Basta de qué?

Entorno los ojos con incredulidad.

—¿Es que no puedes...?

—¿Si no puedo el qué?

—Ser más Nino.

Él suspira.

—No puede haberte dolido tanto. No puede ser. Además, ¿no te parece romántico?

No contesta.

—Tengo otro para ti, mira. Hacen pareja.

Saco el otro collar con su ampolla diminuta de cristal. Me encantan. Son

viejos, antiguos, pero no parece que estén usados.

—No, yo no lo quiero —contesta mientras mira el vial—. Yo no llevo collares.

—Ah, vale.

Supongo que es normal: en realidad no es su estilo.

Me acerco y le doy un beso; un beso largo, profundo y pausado en la boca. Y él me besa a mí. No puede estar tan enfadado.

—Y tú sé más Betta —dice, y por fin se ríe—. No tenía ni idea de que estuvieses tan loca.

Creo que debe de ser la primera vez que lo veo sonreír. Pensaba que me gustaría, pero no quiero ser Betta: la segunda opción, la número dos, el puto plan B. Yo quiero ser el alfa, quiero ser yo: Alvina Knightly. Y casi se me olvida. Sólo han pasado unos días, pero parece una eternidad. Me da la sensación de que Alvie le caería bien a Nino, y necesito contárselo a alguien o me volveré loca. Estoy segura de que él lo comprenderá. Nino y Alvie juntos para siempre, ¡matando y follando y follando y matando! Esta misma noche se lo cuento en el bar.

—Voy a llamar a la recepción para que te traigan una tiritita.

Cuando Matthew ya se ha ido y Nino tiene la tiritita bien enrollada en el dedo ensangrentado, nos levantamos de la cama.

—Vamos a vestirnos y a comer algo —propongo—. Creo que hay un restaurante en el hotel.

Nino tiene pinta de necesitar algo de sustento, está un poco pálido. Coge el cuello del albornoz, me lo descuelga de los hombros y tira de él hasta que queda a nuestros pies. Estoy desnuda.

—¡Oh! —exclamo.

¿Qué pasa? ¿Quiere que nos acostemos otra vez? Espero que no; Dios mío, es peor que yo.

—Espera —dice.

—¿Qué?

Me quedo ahí plantada mientras él revuelve en la maleta, la que tiene la ropa de Ambrogio y las joyas de Beth.

—Ponte esto —me ordena.

Levanta el collar de diamantes, el que me probé hace unos días. A la luz de las lámparas parece aún más bonito y los diamantes centellean como un trillón de estrellas. Aguanto la respiración. La vez anterior, Beth me pilló con el collar puesto, pero ahora ya no está. Y es todo mío.

—Quiero que te lo pongas.

Dios mío. Me abrocha los diamantes alrededor del cuello. Están tan fríos que me queman la piel. Alcanzo a verme un instante en el espejo: desnuda aparte de las joyas resplandecientes que parecen estar ardiendo sobre mi piel y brillan tanto que me duelen las retinas. Miro los diamantes directamente y acaricio el más grande de todos, el que cae justo entre mis pechos. Nino es un romántico. Estoy sin palabras.

Me da un beso en la frente.

—¿Por qué no bajas y pides algo de beber? Yo me ducho y te veo en el bar.

—De acuerdo —contesto—. Hasta ahora.

Estoy esperando a Nino en el bar Rivoli. Recorro el borde de la copa de Martini con el dedo y le sonrío al camarero. El collar de diamantes de Beth resplandece a la luz de las lámparas y cada uno de ellos tiene el tamaño de la cabeza de un bebé. Los anillos relucen, son efervescentes; no veo los pendientes de diamantes, pero estoy segura de que deslumbran de igual modo. Me los he puesto para que hagan juego con el collar. Toda yo soy fulgurante, brillante. Tengo un aspecto maravilloso. Respiro hondo: magnolia sintética; empiezo a relajarme. Un trago de Martini con vodka: mezclado, no agitado. Así lo pedía Ambrogio, como en las películas de James Bond. Sabe a libertad y a cielo azul. Me lo han servido con una espiral de piel de naranja y una aceituna que vienen en un cofre de plata, por si me apetece. Los echo los dos y remuevo.

Joder, adoro ser millonaria.

Acaricio la barra fresca y lisa con las palmas de las manos. El Rivoli está en silencio y yo soy la única clienta. Es la una menos cuarto de la madrugada, aunque no recuerdo de qué día; puede que sea lunes, pero da lo mismo. Doy una vuelta sobre el taburete: madera de caoba, piel de leopardo, querubines dorados, sillones estilo Luis xvi y mesas tan bien pulidas que son espejos oscuros y brillantes. Hay un carrito cargado de vasos de diferentes tamaños, copas para champán, chupitos, cincuenta tipos de licores. La coctelera tiene las palabras «Ritz London» grabadas en letra tan diminuta que apenas consigo leerla.

Todavía espero a Nino.

Estoy hambrienta, así que pido caviar beluga del menú de barra. Cuesta cincuenta libras y me sirven una porción como de casita de muñecas en una bandeja de plata. Huevas negras y brillantes como ojos minúsculos. Hay tres blinis diminutos, un cuarto de limón dentro de una redecilla, una tacita de chalota picada, otra de perejil y un polvo amarillo que parece extraño. No estoy segura de qué debo hacer, así que me quedo mirando la comida: arte abstracto de

algún artista famoso que se supone que debo apreciar. Al final me como los cacahuets que sirven gratis con la bebida.

Entra un hombre en el bar, pero no es Nino. Se sienta al otro extremo de la barra y pide un whisky solo. Hace girar el taburete y juega con su móvil. Colgando detrás de él hay una escena preciosa con un marco dorado: una mujer recostada junto a un cisne delante de una puesta de sol radiante. Los rayos de luz se esparcen por un cielo resplandeciente de tonos naranja y dorados. Finas volutas de nubes. La mujer está desnuda, con el pecho al aire, es hermosa; tiene el pelo suelto y la boca abierta. El cisne está encima de ella, majestuoso, regio, con las alas desplegadas. No es hasta que me acabo el Martini que me doy cuenta de que el cisne está violando a la mujer; recuerdo haberlo visto en el canal Historia: ella es Leda y el cisne es Zeus. Qué puto asco. De pronto me encuentro mal.

Miro hacia la puerta, pero no aparece nadie más. Echo un vistazo a mi alrededor y la sala está tranquila, vacía. Contemplo el segundero del Ladymatic de Beth: tic, tac, tic, tac. El tiempo pasa muy despacio. Frena y se detiene como uno de los relojes derretidos de Salvador Dalí. Miro de nuevo y todo parece congelado como en un cuadro: los colores son pintura al óleo. Las ventanas, los muebles, las mesas y las sillas, todo está pintado. Sólo hay dos dimensiones, nada se mueve. Y sé que Nino no vendrá. Que por eso me ha hecho esperar. No va a venir.

De pronto, reacciono.

Mierda.

—¿Puedo usar el teléfono? —le pregunto al camarero—. Quiero llamar a la habitación.

—Por supuesto, señora —contesta.

Me acerca el aparato, y yo se lo arrebató y marco los números con rabia: 1012. Escucho los tonos, cuelgo y marco de nuevo. Nada. Puede que esté bajando, pero sé que no es cierto. Firmo la cuenta de la copa y salgo del bar a toda prisa, corriendo por el pasillo y escaleras arriba. ¿Y si él baja por el ascensor y nos cruzamos? Saco la tarjeta y abro la puerta.

—¿Nino?

No veo sus cosas. Ni su ropa, ni sus zapatos, ni nuestra maleta. La suite está vacía. Registro todas las habitaciones buscando la maleta, abro armarios, miro debajo de la cama. Busco el dinero y saco todos los cajones uno a uno. Compruebo todas las mesitas para ver si las llaves del Lamborghini están en alguna. Miro el suelo. Nada.

Mierda.

El sombrero está sobre la mesilla de noche: la fedora gris con la banda

estriada de color negro. Huele a él y es lo único que delata que ha estado aquí. Cojo el teléfono, me dejo caer sobre la cama y llamo a recepción.

—Con el aparcacoches, por favor. —Alguien me conecta—. Hola, llamo de la habitación 1012; ¿está mi coche en el aparcamiento?

Una pausa.

—Lo siento, señora, pero su marido acaba de llevárselo.

—Gracias —contesto, y cuelgo—. Joder...

Corro a la ventana, la abro de par en par y miro a la calle. Hace frío y llueve. Ahí está el Lamborghini rojo; el aparcacoches está saliendo. Nino está ahí con las maletas, con el dinero.

—¡Nino! —grito.

Él abre la puerta del coche sin hacer caso de mi llamada.

Me quito los tacones de una patada y salgo corriendo por el pasillo del hotel. No puedo permitir que ese gilipollas se salga con la suya. El ascensor es demasiado lento, así que bajo por la escalera. La bajo como una exhalación, a trompicones, dando traspiés. Paso por delante de recepción sin mirar a los recepcionistas siquiera, aunque ellos sí me miran a mí. Matthew me sonrío cuando paso frente a él a toda prisa. El puto Nino. Joder, joder, joder. Creía que teníamos un futuro, que teníamos algo especial. El portero hace una reverencia al abrirme.

Salgo a la calle. Llueve a cántaros y llego dos segundos demasiado tarde, porque justo alcanzo a rozar la parte trasera del deportivo cuando Nino pisa el acelerador. Echo a correr con todas mis fuerzas y las gotas de lluvia me taladran la cabeza, se deslizan por mi cuello y mi espalda, me hielan. El coche se aleja deprisa por Piccadilly. Le veo la nuca. El pelo negro peinado hacia atrás. Ni siquiera se vuelve para mirar, y yo tengo el sombrero en la mano. Lo lanzo en su estela y me siento a llorar en un charco de la calzada. ¡Ya está! Se ha ido. Ya puedo olvidarme de la propuesta de matrimonio; ya puedo olvidarme del plan. Me he quedado sola, sin compañía ni compañero una vez más. Ni siquiera me queda la opción de odiar a Beth. Y al resto los he matado.

Mierda, mierda, mierda, joder.

Joder, joder, joder, puta mierda, joder.

Putas, putas, putas mierda.

Avanzo por el interminable pasillo recorriendo la pared con el dedo; el papel es suave y está fresco. Mis pies parecen estar moviéndose por su cuenta. Al final, veo la puerta de la suite. Me apoyo en el marco y la abro a tientas. Se

oye un clic y se enciende la lucecita verde. Entro en la habitación. Todo está igual, sólo que es un poco diferente. Pixelado, como si estuviera dentro de un videojuego. De pronto, el silencio es abrumador y la estancia parece demasiado grande. ¿Tanto espacio para mí? Me tiro en el sofá aturdida. Atontada. ¿Qué voy a hacer ahora? No puedo quedarme aquí, no tengo más dinero. Y no puedo regresar a la casa de «Gran Hermano». No me dejarían entrar ni aunque se lo suplicase. Me acuerdo de mi viejo dormitorio de Archway y me pregunto cómo será ahora que no queda nada mío. En la pared habrá un vacío delimitado por un rectángulo oscuro de suciedad donde antes estaba el póster de Channing Tatum; habrá restos de masilla adhesiva en las esquinas. Me pregunto qué habrá sido de él; seguro que los concursantes lo tiraron a la basura junto con los juguetes sexuales. Lo que me recuerda que no debería haberme dejado a Mr. Dick en Taormina. Habrán puesto otro cubo en el suelo para las goteras de la lluvia y todas mis cosas habrán desaparecido, pero, por lo demás, supongo que estará exactamente igual: el viejo futón y las cortinas, como si no me hubiera marchado, como si nada hubiese cambiado. ¿Es posible que todo siga igual y todo esto haya ocurrido en mi cabeza?

Sicilia empieza a apagarse en el olvido, a desvanecerse como una pesadilla. Cojo el móvil y miro las fotografías: yo con Ernie, el selfi con el cura. Los cadáveres bajo la lluvia. Pues sí, ¡ha sucedido de verdad! No estoy volviéndome loca. Me abrazo a un cojín de terciopelo rojo y apoyo la cabeza en el reposabrazos.

Nino ha dejado el televisor encendido y un canal de veinticuatro horas de noticias puesto; es BBC World. Hablan de la crisis de refugiados. El volumen está muy bajo, pero en la parte inferior de la pantalla hay un título en color rojo que dice: «ÚLTIMA HORA: Los expertos confirman que se han hallado los restos de la *Natividad con san Francisco y san Lorenzo*, el cuadro desaparecido de Caravaggio, en un incendio doméstico en Taormina, Sicilia. El FBI lleva buscando la obra maestra de Caravaggio valorada en treinta millones de dólares desde 1969, cuando la robaron del oratorio de San Lorenzo de Palermo».

¿He quemado treinta millones de dólares?

Me pongo a chillar.

Corro hacia la pantalla y la arranco de la pared. El aparato cae al suelo y se desenchufa. Salto y salto y salto sobre él. Crac, crac, crac. Me agacho, apoyo las manos en las rodillas y recupero el resuello. ¿Treinta millones de dólares? ¿Treinta putos millones? Abro el minibar de par en par y saco una botella de ginebra Bombay Sapphire. ¿Qué es de color azul, la botella o la ginebra? Me la bebo de golpe y no me gusta mucho, pero me siento un poco mejor.

El móvil de Beth hace un ruido. Pip, pip, pip. ¿Quién será ahora? Meto la

mano en el bolso y cojo el teléfono. Tengo seis llamadas perdidas y dos mensajes de texto de mi madre:

Beth, ¿dónde estás? Estoy fuera de la casa: se ha quemado en un incendio. Han venido los bomberos, pero está todo destrozado. Llámame. ¿Estás bien?

Beth, cariño, tengo a tu hijo. No te preocupes por él. Estaba a salvo con Emilia, pero me lo llevaré al hotel y le daré un poco de puré de plátano.

Chillo.

Y chillo.

Y chillo.

Agarro un candelabro dorado y barro la mesa con él; una lámpara, un bol de fruta y una figurilla de cristal salen volando por el suelo. Vuelco el sofá y un sillón. Corro, me abalanzo sobre las cortinas y las descuelgo. Se oye un desgarrido y de pronto están hechas un gurrúño rojo en el suelo. Me enrolló en ellas, me aovillo. No tengo dinero. No tengo mansión. No tengo coche. No tengo a Nino. No tengo yate. No tengo al bebé Ernesto. Quiero desaparecer.

Alguien llama a la puerta con los nudillos y suena como una serie de disparos. Mierda. ¿Qué pasa ahora? «Dejadme en paz, hijos de puta.» ¿Quién puede ser a estas horas de la madrugada? La cabeza me va a mil por hora. ¿Y si es mi madre? No, por Dios, que no sea ella, por favor. Por favor. Pero ¿cómo iba a saber dónde estoy? ¿Será Nino? No, él se ha ido para siempre. ¿Elizabeth? No seas estúpida, Alvina; es imposible que sea ella. ¿Y los tipos de Sicilia que nos perseguían? No, a ellos los maté, ¿verdad? ¿La policía? Cálmate, Alvie. Estás paranoica. Se oye otro golpe en la puerta que es como un taladro en el cerebro. Respiro hondo.

—¡Voy!

Salgo de entre las cortinas, me arreglo el pelo, me froto la cara con las manos. Abro la puerta centímetro a centímetro. Es Matthew. Menos mal, joder. A lo mejor podría matarlo ahora, por si eso me alegra el día. Al verme, da un paso atrás.

—¿Va todo bien, señora? Me ha parecido... me ha parecido oír un ruido.

—¿Un ruido? No.

—¿Unos chillidos?

—No, no.

—¿Seguro que está bien?

—Estoy perfectamente.

—Es que tiene cara de...

—¿De qué?

Lo miro desafiante para que lo diga.

—De susto.

Me observa con los ojos muy abiertos y las manos temblando a los costados.

—Tú también.

Cierro la puerta y me aseguro de que esté bien cerrada. ¿De verdad tengo cara de susto? Voy hasta el espejo y lo compruebo. La cara de Elizabeth me devuelve la mirada. La cara de Elizabeth. Los ojos de Elizabeth. Se me acelera el pulso y niego con la cabeza. No seas ridícula, Alvie. No seas gilipollas. Estás pensando locuras. Pero me acerco hasta que la nariz casi me roza el espejo. Llevo las joyas de mi hermana, su collar de diamantes. ¿Por qué me lo ha dado Nino? Me miro los ojos y veo que están bañados en lágrimas. Y es cierto.

Soy Elizabeth. Soy Beth.

Una sensación terrible me brota del estómago. ¿Qué me pasa? Se me acelera el corazón todavía más y mi reflejo profiere un grito silencioso.

—¿Elizabeth?

Dios mío.

Soy Elizabeth.

Soy Beth.

Mi cara, mis ojos, mi sonrisa, son todos de ella.

Niego con la cabeza y miro a mi alrededor presa del pánico. Cojo una urna de la repisa de la chimenea y la lanzo contra el espejo, que se hace añicos. Los pedazos de cristal caen como una lluvia sobre la chimenea. Se me acelera el pulso cada vez más. ¿Dónde tengo el corazón? Me palpo el pecho por debajo del sujetador. Me noto el pulso: BUM, BUM, BUM. Todo está bien, no pasa nada. Tengo el corazón a la derecha. En el lado correcto, no en el izquierdo. Basta ya de gilipolleces. Alvina, estás perdiendo los estribos. Esto es una locura. Estás mal de la puta cabeza, joder. Has tomado demasiada cocaína y no has dormido lo suficiente. Demasiada sangre. Necesito aire fresco.

Corro a la ventana, me asomo y miro la acera. Respiro hondo. Caen gotas de lluvia gruesas y pesadas. Cielo plomizo. Noche oscura impenetrable. Nino. Nino. Él me ha hecho esto. Es todo culpa suya. ¿Cómo ha podido irse? Claro que ha huido; es exactamente lo que habría hecho yo si se me hubiera ocurrido primero. Aunque me sepa mal, ¡bien por él! Verás, Nino y yo somos iguales, almas gemelas. Estamos hechos el uno para el otro. Él es el novio perfecto y yo soy la Cenicienta. Nino es mi puto príncipe azul. Y ha escogido la peor chica para hacerle una faena. Soy una asesina nata y pienso encontrarlo aunque sea lo último que haga. Me niego a perder. Él no ganará la partida.

—¡Esto no ha terminado, Giannino Maria! —grito por la ventana.

Voy a dar con ese *stronzo* y, después, me tomaré mi tiempo y le haré pupa.

Lo encontraré y lo mataré.

O me casaré con él.

Nino necesita conocer a Alvie.

EPÍLOGO

*Alvina Knightly
Hotel Ritz
150 Piccadilly
Londres
W1J 9BR*

*CAA
A la atención del señor Channing Tatum
Avenida de las Estrellas, 2000
Los Ángeles, CA 90067*

*Lunes, 31 de agosto de 2017, 03.56
Asunto: matrimonio*

Querido señor Tatum:

Me llamo Alvina Knightly, pero usted puede llamarme Alvie o Al (aunque éste parece más bien un nombre masculino). No soy sólo su mayor fan, sino también su posible futura esposa. Llevo un tiempo admirándolo desde la distancia (desde que se estrenó la primera entrega de Magic Mike en el Reino Unido), pero esos abdominales tallados con cincel y su torso tonificado no son lo único que aprecio de usted, porque también me gusta mucho su polla. Creo que es mejor actor que Ryan Gosling, aunque no tan bueno como Matthew McConaughey, que tiene un talento descomunal.

Deje que le cuente algunas cosas sobre mí para que pueda decidir si quiere o no casarse conmigo (ni que decir tiene que debería hacerlo). Como ya he dicho, me llamo Alvina y tengo ~~veintiséis~~ veintiún años. Ahora mismo vivo en Londres, Inglaterra, en el hotel Ritz (como puede leer en el membrete del papel

de carta), pero éste no es mi domicilio habitual. Espero encontrar casa después de haber empeñado los diamantes de mi hermana, cuyo valor debe de estar entre las setenta mil y las ochenta mil libras. Me lo regaló por mi cumpleaños. Con eso debería bastar para la entrada de un apartamento pequeño en Archway. Es posible que pueda reclamar el dinero del seguro de una mansión que quemé en Sicilia, pero ahora mismo no estoy segura de si se puede. Soy cordial, amigable, amante de la diversión y de las personas. Me llevo bien con todo el mundo y me encantan los animales, los niños y los turistas. Me gusta la poesía, la ópera, los Lamborghini, viajar, el alcohol, el sexo y ~~matar~~. Sobre todo, el sexo. Mi experiencia en la alcoba es muy amplia y me han dicho que la chupo muy bien. Hasta la fecha me he acostado con trescientos tres hombres, pero ha sido a lo largo de un período de ocho años; no quiero que piense que soy una zorra.

He tenido varias relaciones largas (o sea, que han durado más de una noche). La más reciente ha terminado hace poco (esta noche) y de forma amistosa (él sigue vivo), y, aunque cabe la posibilidad de que él y yo volvamos a juntarnos, quería alertarlo a usted de que ahora mismo estoy disponible. Trataré de localizarlo usando la aplicación de rastreo de móviles vía GPS que le instalé en el teléfono mientras él estaba en la ducha, pero mis mejores cálculos demuestran una posibilidad de tan sólo el cincuenta por ciento de que el asunto acabe en una propuesta de matrimonio.

Mientras tanto, le envió esto a través de su agente de Los Ángeles. No conozco su dirección particular, pero que no le quepa duda de que la encontraré. Puede contactarme llamando al 004 477 669 756 330 cuando le convenga (en un plazo de veinticuatro horas tras la recepción de esta carta) para notificarme cuándo y dónde quiere que nos veamos.

Reciba un ~~cordial~~ orgásmico saludo,

ALVINA

P. D. He olvidado mencionar que parezco una versión más joven y sexi de Angelina Jolie, aunque mucho más delgada, rubia y más guapa. Me habría gustado enviarle una foto junto con la carta, pero no tengo ninguna.

P. P. D. He cambiado de opinión y no quiero que me llame Al. Podría recordarle a Al Gore y provocarle disfunción eréctil.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, me gustaría dar las gracias a mis padres por haberme creado. Sin ellos, no existiría y no habría podido escribir *Loca*. Gracias por todo vuestro apoyo durante mis años de formación y más allá pero, mamá, papá, NO LEÁIS LA TRILOGÍA. Esperad a que estrenen las películas y cerrad los ojos cuando salgan las guarrerías. ¿Trato hecho?

Gracias a Paolo, que, además de ser italiano y mi marido, es increíblemente sexi (pero no ha servido de inspiración para ninguno de los italianos sexis de las novelas). Gracias por apoyarme cuando te dije que pensaba dejar el trabajo para escribir una novela. Ha sido un detalle que hayas pagado todas las facturas. *Ti amo*.

En tercer lugar, me gustaría dar las gracias a mi maravilloso tutor de la Faber Academy, Richard Skinner. Richard, gracias por decirme que no me censurase a mí misma y por darme la confianza para crear un personaje tan encantador y trastornado como Alvina Knightly, y por haber compartido tu sabiduría y tu amistad conmigo desde entonces. ¡Skinner, ra ra ra! (El tío es una leyenda.)

Gracias a todos mis compañeros de curso de la Faber Academy por toda la diversión y los comentarios sobre la novela. No podría haber pedido compartir el viaje con un grupo de escritores más comprometido o con más talento. Lydia Rose Ruffles, Felicia Yap, Michael Dias, Ilana Lindsey, Sam Osman, Helen Allen, Sarah Edghill, Paola Lopez, Gina North, Margaret Watts, Kate Vick, y Ally, sois una cuadrilla maravillosa pero estáis locos. Os quiero.

Gracias a todos mis amigos que tuvieron la amabilidad de leer el manuscrito y comentarlo: Clare, Chris, Sophie, Alex, Ezzat, Alessandra, y los demás. Sobre todo a Lisa Taleb. Tu amabilidad y los ánimos que me diste significaron muchísimo para mí. Eres más una hermana que una amiga y no

podría haberlo hecho sin ti.

Gracias a mis agentes Simon Trewin, Erin Malone, Alicia Gordon, Annemarie Blumenhagen y Tracy Fisher de WME. ¡Menudo equipo más increíble! No habéis parado de asombrarme con vuestros conocimientos, sabiduría y profesionalidad. Trabajar con vosotros ha sido una delicia. Os estaré eternamente agradecida.

Muchas gracias a mis editoras Jessica Leeke y Maya Ziv de PRH, sois maravillosas e infatigables. Trabajar en esta trilogía con vosotras ha sido todo un sueño. Vuestra dedicación y fe en este proyecto ha sido abrumadora y, si estas novelas son buenas, ¡es gracias a vosotras!

C XXX



Loca
Chloé Esposito

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Mad*

© del diseño de cubierta, Coverkitchen
© de la imagen de la cubierta, Coverkitchen
© de la fotografía de la autora, Charlie Hopkinson

© Chloé J. Esposito, 2017

© por la traducción, Maia Figueroa Evans, 2018

Canciones del interior:

© *Wannabe*, 2007 Virgin Records Ltd., interpretada por Spice Girls
© *I Should Be So Lucky*, 1987 BMG Rights Management (UK) Ltd. interpretada por Kylie Minogue
© *Nessun Dorma*, 1993 Decca Music Group Ltd., interpretada por Luciano Pavarotti
© *The Power of Love*, 1993 Sony Music Entertainment, interpretada por Celine Dion
© *Umbrella*, 2012 Big Machine Records, 2007 The Island Def Jam Music Group, interpretada por Rihanna
© *Master of Puppets*, 1986 Blackened Recordings, interpretada por Metallica
© *Shake It Off*, 2014 Big Machine Records, LLC, interpretada por Taylor Swift
© *Born Slippy*, 2014 Universal Music Operations Ltd. interpretada por Underworld
© *I Knew You Were Trouble*, 2012 Big Machine Records, interpretada por Taylor Swift

© Editorial Planeta, S. A., 2018
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2018

ISBN: 978-84-08-18318-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltalldellibre.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NARRATIVA CONTEMPORÁNEA



¡Síguenos en redes sociales!



Table of Contents

[SINOPSIS](#)

[PORTADILLA](#)

[SERIE LOCA, MALA Y PELIGROSA. LIBRO I](#)

[CITAS](#)

[DESCARGO DE RESPONSABILIDAD](#)

[PRIMER DÍA. Pereza](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[SEGUNDO DÍA. Envidia](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[TERCER DÍA. Ira](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CUARTO DÍA. Lujuria](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[QUINTO DÍA. Gula](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[SEXTO DÍA. Avaricia](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[SÉPTIMO DÍA. Orgullo](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[CAPÍTULO 41](#)

[CAPÍTULO 42](#)

[CAPÍTULO 43](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[COLOFÓN](#)

[CRÉDITOS](#)

[¡Encuentra aquí tu próxima lectura!](#)